

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE POSGRADO EN LETRAS**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS**

**“REPRESENTACIONES DE LOS OTROS Y NOSOTROS EN
LA LITERATURA DE VIAJE DE DOMINGO FAUSTINO
SARMIENTO Y JUSTO SIERRA O’REILLY”**

TESIS

**QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
DOCTORA EN LETRAS
(Letras Latinoamericanas)**

PRESENTA

ROMINA ABIGAIL ESPAÑA PAREDES

TUTORA

DRA. GUADALUPE BELEM CLARK DE LARA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS (IIF) DE LA UNAM

COMITÉ TUTORIAL

DRA. ANA LAURA ZAVALA DÍAZ, IIF, UNAM
DR. VICENTE QUIRARTE CASTAÑEDA, UNAM
DRA. LUZ AMÉRICA VIVEROS ANAYA, IIF, UNAM
DR. FRIEDHELM SCHMIDT-WELLE, INSTITUTO IBERO-AMERICANO (BERLÍN)

Ciudad de México, Febrero 2017



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis papás, Silvia y Jorge, por su motivación e inspiración de vida.

A mi hermana, Pamela, por su valor y afecto.

A mi esposo, Rodrigo, por su compañía de sueños.

AGRADECIMIENTOS

Esta tesis de doctorado es el resultado del apoyo y asesoría de profesores, investigadores, colegas, familiares y amigos, quienes han acompañado su elaboración a partir de valiosas y numerosas reflexiones a lo largo de varios años. Agradezco profundamente a cada uno de ellos.

En especial, a la Dra. Belem Clark de Lara por su invaluable asesoría que dio orientación a cada una de las partes que conforman esta investigación. Sus generosas recomendaciones, así como sus observaciones acerca de la fascinante literatura mexicana del siglo XIX, fueron sin duda sugerentes y significativas para repensar las obras escritas en este particular período y su trascendencia en nuestro tiempo.

A los investigadores integrantes del comité tutorial que siguieron los pasos de la elaboración del presente documento, les agradezco su siempre cordial disposición y vitales reflexiones. A la Dra. Ana Laura Zavala por sus agudos comentarios y, sobre todo, sus detalladas e intensas revisiones en cada etapa, a las cuales se debe en gran medida el rigor de la investigación. Al Dr. Vicente Quirarte por sus enriquecedoras lecturas, así como por la motivación constante por el estudio de la sorprendente literatura de viajes mexicana.

A la Dra. Luz América Viveros por aportar su mirada sobre los relatos autobiográficos y gran apoyo en la revisión de este documento. Al Dr. Friedhelm Schmidt-Welle por su asesoría durante la estancia de investigación que realicé en el Instituto Ibero-Americano

(Ibero-Amerikanisches Institut, IAI) en Berlín, Alemania, y por motivar la imprescindible reflexión sobre la complejidad contradictoria de nuestra literatura latinoamericana. Extiendo un agradecimiento al IAI, por su hospitalidad e invaluable apoyo en la consulta de materiales bibliográficos, de igual modo, por permitirme participar en su enriquecedor seminario.

A la Universidad Nacional Autónoma de México, especialmente al Programa de Posgrado en Letras, por su apoyo fundamental en la formación de universitarios en un ambiente libre y humano.

Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACyT) por otorgarme una Beca Nacional al cursar un Programa Nacional de Posgrado de Calidad. Asimismo, por brindarme una Beca Mixta para realizar una estancia de investigación en el IAI en Berlín, Alemania, en 2014. Ambos apoyos fueron de gran importancia para la realización de esta tesis.

A los coloquios y seminarios realizados en el marco del Proyecto PAPIIT IG400113 “Poéticas y pensamiento: relaciones entre literatura y filosofía” del Centro Peninsular en Humanidades y en Ciencias Sociales de la UNAM, cuyos debates y discusiones nutrieron este trabajo. Particularmente agradezco a la directora, la Dra. Carolina Depetris, quien fue además comentarista de los primeros avances de la tesis en el Congreso de Doctorandos de la UNAM.

A mis papás, Silvia y Jorge, por su motivación de vida y apoyo incondicional. A mi hermana, Pamela, a quien le agradezco su ejemplo y valor constante. A mi esposo, Rodrigo, por compartir lecturas, viajes y sueños.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I. LA AMÉRICA LATINA DE SARMIENTO Y SIERRA O'REILLY EL CONTEXTO DE SUS VIAJES A LOS ESTADOS UNIDOS	14
1.1. Primeros años de independencia en México y Argentina: el conflicto de la definición nacional	15
1.1.1. <i>Del constitucionalismo a la dictadura: federales y unitarios en la Argentina de inicios del siglo XIX</i>	18
1.1.2. <i>Del federalismo al centralismo en el México de inicios del siglo XIX</i>	22
1.2. El contexto sus viajes a los Estados Unidos: la escritura desde el exilio y la secesión	26
1.2.1. <i>La causa unitaria: el viaje de Sarmiento desde el exilio</i>	29
1.2.2. <i>El regionalismo yucateco: separatismo y la misión diplomática de Sierra O'Reilly</i>	39
CAPÍTULO II. IDENTIDADES DISCURSIVAS Y NARRATIVAS DEL VIAJERO EN LAS OBRAS <i>VIAJES E IMPRESIONES</i>	50
2.1. Apropiación del relato de viaje: la ciudad letrada latinoamericana y el referente estadounidense	51

2.2.	Identidades multisituadas y heterogeneidad discursiva: enunciación y narración	64
2.3.	La escritura de <i>Viajes</i> desde el exilio: identidad referencial del viajero-ensayista e identidad narrativa del viajero-personaje	73
2.4.	La escritura de <i>Impresiones</i> desde los márgenes: identidades referenciales, narrativas y del historiador	87

CAPÍTULO III. IDENTIDADES Y LITERATURAS HETEROGÉNEAS

EN *VIAJES* E *IMPRESIONES* 100

3.1.	Los “otros” del “nosotros” y los “otros” hegemónicos: heterogeneidad del relato de viaje	101
3.2.	Los “otros” del “nosotros sudamericano” en <i>Viajes</i> de Sarmiento	111
3.2.1.	<i>El “nosotros” liberal civilizado y los “otros” federalistas bárbaros</i>	111
3.2.2.	<i>El “otro” hegemónico estadounidense y el “nosotros sudamericano”</i>	123
3.3.	Los “otros” del “nosotros yucateco” en <i>Impresiones</i> de Sierra O’Reilly	134
3.3.1.	<i>El “nosotros” regionalista y los “otros” centralistas e indígenas</i>	134
3.3.2.	<i>El “otro” estadounidense y la representación multisituada del viajero</i>	146

CAPÍTULO IV. UTOPIÁS Y PROYECTOS NACIONALES AMBIVALENTES

EN *VIAJES* E *IMPRESIONES* 155

4.1.	Naciones ficticias e identidades nacionales ambivalentes en América Latina	155
4.2.	Utopías nacionales como ficciones fundacionales	161
4.3.	En búsqueda de una nueva utopía: el modelo de nación del “nosotros sudamericano”	165
4.4.	La utopía de un regionalismo: la nación federal del “nosotros yucateco”	178

CONCLUSIÓN 196

BIBLIOGRAFÍA 210

INTRODUCCIÓN

Durante las últimas décadas los estudios sobre literatura de viajes del siglo XIX se han centrado, especialmente, en el “nosotros” europeo u occidental que mira y escribe sobre el “otro” oriental o latinoamericano. En este sentido, ha surgido un gran interés por analizar los vestigios del colonialismo vigentes en los discursos y prácticas del mundo poscolonial,¹ entre ellos destacan las representaciones que Occidente ha realizado de Oriente y América Latina,² o que el centro ha elaborado acerca de la periferia en sus relatos de viaje, principalmente destacando las relaciones asimétricas de poder. Sin embargo, cada vez más se ha señalado la importancia de estudiar aquellos relatos que fueron escritos por latinoamericanos en los siglos XIX y XX, a propósito de sus visitas a otras regiones. Esta perspectiva ha visualizado la producción del género de viajes en el continente, así como la diversidad de sus características que demandan diferentes enfoques de estudio.³

¹ David Viñas define el término “poscolonial” como “cualquier cultura que haya sufrido un proceso imperialista desde los comienzos de las colonizaciones o bien, en un sentido más restringido, en referencia a los imperios coloniales del siglo XIX” (2002: 575).

² Esto es evidente en la crítica poscolonial, cuyo punto de partida, como señala Nair Anaya, “tiene que ver con un enfoque textual y con el reconocimiento de que la identidad del individuo colonizado depende en gran medida de la forma en que éste ha sido representado” (2011: 155).

³ Tales son los casos de los recientes trabajos *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina* de Beatriz Colombi (2004); *Viajeros ilustrados y románticos en la imaginación nacional* de Ricardo Cicerchia (2005); *Republicanos en otro imperio* editado por Vicente Quirarte (2009); *México trasatlántico* coordinado por Julio Ortega y Celia del Palacio (2008); *La escritura de los viajes. Del diario cartográfico a la literatura* de Carolina Depetris (2007), entre otros.

Esta tesis se une a las investigaciones que se proponen invertir la problemática de representación del “nosotros” y los “otros”. Por lo tanto, su objeto de análisis es la literatura perteneciente al género del relato de viaje elaborada por intelectuales, escritores y políticos que pertenecían a las elites criollas de las recientes naciones independientes de la América Latina del siglo XIX, y cuyos viajes a otras regiones tuvieron alguna finalidad diplomática o política. Dicha literatura, que se popularizó entre el grupo de letrados latinoamericanos de la época, convirtió al viajero latinoamericano en un nuevo “mediador cultural” (Pratt, 2010: 349) con respecto a los múltiples referentes que lo afectaban; de manera que dejó de ser el “otro” para definirse como el “nosotros”, aquel que escribe sobre un lugar distante en relación a su espacio de pertenencia.

El objetivo general que guía esta investigación es analizar las representaciones discursivas de los “otros” y del “nosotros” presentes en dos obras, *Viajes por Europa, África y América, 1845-1847* de Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) e *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos y al Canadá* de Justo Sierra O’Reilly (1814-1861), tomando en consideración el marco político y literario de la conformación de identidades nacionales en América Latina del siglo XIX.

Los viajeros latinoamericanos que son de interés para este estudio compartieron una serie de características en sus vidas, obras y recorridos, que permiten analizarlos de manera conjunta, así como problematizar el tradicional binomio del “nosotros” y de los “otros” en el contexto de la región. Entre estas particularidades se encuentra una misma preocupación por la construcción de la nación en sus países, recientemente independizados de la metrópoli española; así como una admiración por los Estados Unidos, el nuevo referente político que encarnaba el deber ser de una nación moderna y una alternativa de orden social.

En 1845, Sarmiento emprendió un viaje a Europa y los Estados Unidos con el fin de estudiar el estado de la enseñanza primaria en diversas naciones. Durante su visita envió once cartas a personajes de la elite intelectual de su país, que posteriormente fueron publicadas en dos volúmenes en 1849 y 1851 bajo el título *Viajes por Europa, África y América, 1845-1847*.⁴ La onceava carta, que es la más extensa en proporción a las demás que conforman su libro, se centra en su viaje a los Estados Unidos. Con el fin de analizar el referente estadounidense, a lo largo de la investigación me enfocaré principalmente en esta carta, aunque también abordaré fragmentos de las otras cuando sea necesario.

Por su parte, Sierra O'Reilly viajó a los Estados Unidos entre 1847 y 1848 como comisionado de una misión política, durante la cual mantuvo un diario personal publicado póstumamente, del que se desprende la escritura de su libro *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y al Canadá*, publicado en Campeche en 1850 y 1851.⁵

Si bien cada uno de los libros que conforma el *corpus* de este estudio, *Viajes e Impresiones*, responde a contextos políticos y de producción diferentes debido a que Argentina y México experimentaron dinámicas sociales y culturales distintas en el siglo XIX, propongo demostrar que la representación discursiva de los “otros” y del “nosotros” es una problemática central en ambos. Sobre todo, este ejercicio de escribir sobre las identidades, que Sarmiento y Sierra O'Reilly realizan en la complejidad discursiva de sus libros de viaje, está atravesado por el interés compartido de configurar proyectos políticos acordes con la visión que cada uno tenía sobre la nación y, como ya dije, el referente ideal de los Estados

⁴ Esta publicación realizada por la imprenta chilena Julio Belin no fue la única que se hizo de esta obra en el siglo XIX, posteriormente fue reproducida por periódicos de Chile y Montevideo, y se reimprimió en Buenos Aires en 1856. En lo que sigue me referiré a esta obra como *Viajes*.

⁵ En lo que sigue me referiré a esta obra como *Impresiones*.

Unidos. Esta búsqueda de nuevos modelos se relaciona con el deseo y la idea cosmopolita que ambos escritores tenían de participar en la historia de las naciones modernas y, especialmente, de superar lo que consideraban un retraso en el funcionamiento político de sus países.⁶

A partir de esta particular tensión entre el “nosotros” y el “otro” presente en sus obras, a lo largo de la investigación buscaré responder: ¿quiénes y cómo son los múltiples “otros”, y quién es el “nosotros” para los viajeros?; y ¿cómo estas representaciones forman parte, en *Viajes e Impresiones*, de los proyectos políticos que Sarmiento y Sierra O’Reilly perseguían al momento de su escritura? Atendiendo estos cuestionamientos, la hipótesis que guiará el estudio consiste en que el “nosotros sudamericano”, desde el cual Sarmiento configura una identidad política, se identifica con el referente político estadounidense, al mismo tiempo que se distancia de la Argentina rosista que lo mantenía exiliado en Chile desde 1840. Asimismo, en el caso de Sierra O’Reilly, el “nosotros yucateco” estará definido por una identidad regional yucateca, que se identifica con los Estados Unidos a la vez que rechaza la nación mexicana centralista. Para ello parto de la idea de que esta concepción compleja de las identidades del “nosotros” y los múltiples “otros” son ejemplos de identidades nacionales ambivalentes, marcadas por el conflicto y la contradicción de sus relaciones poscoloniales.

⁶ Al respecto, vale la pena recordar que la idea de nación que las elites latinoamericanas adoptaron fue aquella heredada de la Ilustración, la cual promovía los principios del liberalismo burgués triunfante de los años 1830 a 1880. Desde esta perspectiva, “la nación no era más que la etapa evolutiva alcanzada para mediados de siglo, un paso necesario en el trayecto hacia un futuro mundo unificado en el que las fronteras nacionales, que pertenecían a la infancia de la especie, se disolverían bajo el sol de la ciencia y el arte” (Garrels, 1993: 270). En este sentido, Elizabeth Garrels (1993) señala que la condición doble entre lo particular y lo universal en la idea de nación fue trasladada a la concepción de identidad nacional en América Latina donde, en algunos países, además de buscar una particularidad nacional, se aceptaba que la civilización radicaba en la imitación de lo externo o extranjero.

Con el fin de desarrollar esta hipótesis he dividido el análisis en cuatro aspectos de estudio específicos que conforman, cada uno, los capítulos de esta tesis, cuyo contenido presento a continuación.

Para comprender la intrincada red de relaciones y configuración del “nosotros” y los “otros” en los libros de viajes de los autores que competen a esta investigación, es imprescindible comenzar la indagación ubicando los contextos en los que ambas figuras emblemáticas de las elites políticas de sus países realizaron sus viajes y elaboraron sus libros *Viajes e Impresiones*. De este modo, en el primer capítulo, “La América Latina de Sarmiento y Sierra O’Reilly. El contexto de sus viajes a los Estados Unidos”, analizaré el marco histórico de la América Latina de la primera mitad del siglo XIX, especialmente el caso de Argentina y de México en relación a los viajes de los autores. Si bien la escritura de los libros *Viajes e Impresiones* son el testimonio de sus particulares ideas políticas, en un específico momento histórico de Argentina y México, en este apartado desarrollaré los puntos de contacto que los sitúan en una problemática común: la “configuración” de identidades y proyectos de nación en el horizonte de la reciente independencia de España y de enfrentamientos políticos internos y externos, en la Argentina y el México decimonónico. De manera específica destacaré las condiciones de esta época en Argentina, las circunstancias del destierro de Sarmiento en Chile, así como los objetivos de su viaje a Europa y los Estados Unidos, en una suerte de doble exilio promovido por parte del gobierno chileno. Al respecto, examinaré la postura política del escritor y su papel en Argentina y Chile.

Por otro lado, al hablar de Sierra O’Reilly será necesario profundizar en la historia separatista de la región yucateca en el siglo XIX (considerando eventos imprescindibles como la Guerra de Castas iniciada en la región en 1847, y la reciente invasión de los Estados

Unidos a México en 1846), y en la búsqueda de una soberanía nacional que el escritor promovía con sus ideas regionalistas y federalistas. En cuanto a su misión como comisionado del gobierno yucateco, independiente de México durante su viaje, enfatizaré la importancia del giro político en la región al momento de la escritura de *Impresiones*, es decir, la etapa de su anexión a la nación mexicana en 1848. En este apartado se buscará, también, establecer los puntos de encuentro y desencuentro que asemejan o diferencian los viajes y las obras de ambos escritores.

Una vez establecidas las coordenadas históricas e ideológicas de la escritura y la producción de *Viajes e Impresiones*, en el segundo capítulo, titulado “Identidades discursivas y narrativas del viajero en las obras *Viajes e Impresiones*”, desarrollaré la dimensión discursiva de las representaciones de la identidad en dichos textos, con el fin de conocer cómo cada viajero configura el “nosotros” y los “otros” desde el marco de enunciación de sus libros. Concibo fundamental este primer nivel de análisis formal ya que, saber quién habla y desde dónde genera sus enunciados, define la perspectiva de las representaciones, la cual será el punto de partida para la interpretación de los apartados posteriores. Para abordar esta cuestión, retomaré planteamientos propios del análisis del discurso, así como de la teoría de la narración del filósofo francés Paul Ricoeur. De este último, emplearé sus conceptos de “identidad narrativa” para referir a los viajeros como actores de su narración, y de “referencia cruzada”, para señalar en qué sentidos sus discursos narrativos e históricos hacen de sus obras textos de un época.

De igual manera, siguiendo la noción del crítico uruguayo Ángel Rama, plantearé cómo son las “apropiaciones creativas” (transculturación) que ambos escritores realizan del género de viajes en las particulares circunstancias políticas de producción de sus obras,

dentro de la heterogénea y hegemónica “ciudad letrada” latinoamericana. Me interesará destacar que esta apropiación del género de viaje, tradicionalmente europeo, se relaciona con la “plasticidad” en la literatura de América Latina,⁷ caracterizada por producir innovaciones discursivas como respuesta a las condiciones de su producción. Será de especial interés analizar las apropiaciones que Sarmiento y Sierra realizan de la “heterogeneidad discursiva” que caracteriza al género de viaje y su relación con las representaciones de las identidades nacionales, núcleo problemático de ambas obras. Observaré este procedimiento a través del estudio de dos tipos de discursos, el ensayístico y el histórico, que desplazan en *Viajes e Impresiones* la relevancia estructural de la narración del viaje, común en este género, ocasionando que las identidades discursivas de ambos escritores sean multisituadas temporal y espacialmente.

Una vez señalados los mecanismos discursivos de representación de la identidad, en el tercer capítulo, “Identidades y literaturas heterogéneas en *Viaje e Impresiones*”, observaré cómo son las representaciones que Sarmiento y Sierra O’Reilly realizan del “nosotros” y de los “otros” en sus libros de viaje, a partir del estudio de la heterogeneidad literaria. Este análisis lo realizaré con el objetivo de comprender la complejidad y la particularidad que caracteriza la producción de literatura de viajes escrita por latinoamericanos, especialmente como resultado de la condición poscolonial de su producción y difusión que, sin duda, la distingue de los relatos de viajes escritos desde Europa o Estados Unidos en el siglo XIX. Por tal motivo, una de las nociones centrales que desarrollaré en este apartado es entender *Viajes e Impresiones* como “literaturas heterogéneas”, concepto proveniente de la crítica

⁷ Para Ángel Rama, la plasticidad “certifica la energía y la creatividad de una comunidad cultural” (2004: 38), es decir, es una manera de respuesta creativa a los modelos literarios pertenecientes a otros circuitos literarios.

cultural del peruano Antonio Cornejo Polar.⁸ Observaremos que dicha heterogeneidad está presente en varios niveles del proceso literario de las obras de Sarmiento y Sierra O'Reilly, tanto en los aspectos de su producción como en los referentes que son representados y que pertenecen a estatutos socio-culturales diferentes a los de los viajeros.

Ahora bien, considerando la propia historicidad de los viajeros, es decir, el horizonte de escritura de sus obras que incluye a sus contemporáneos y lectores, en el cuarto capítulo, “Utopías y proyectos nacionales ambivalentes en *Viajes e Impresiones*”, identificaré cómo en sus representaciones del “nosotros sudamericano” y del “nosotros yucateco” subyacen una visión particular de las naciones argentina y yucateca. Como mencioné anteriormente, la hipótesis que desarrollaré consistirá en que se trata de identidades nacionales “ambivalentes” en las que confluyen antagonismos y contradicciones entre el “nosotros” y los múltiples “otros” con los que interactúan en sus libros de viaje. Es decir, estas identidades son configuradas en un marco de cruces (de choque o de intercambio) entre fuerzas sociales y culturales internas y externas, que hacen de ambas obras narraciones “ambivalentes”⁹ sobre el devenir de las naciones en América Latina. De este modo, en el apartado se intentará responder a la pregunta: ¿cómo son las configuraciones de la nación presentes en estas obras, tomando en cuenta las tensiones culturales y sociales que intervienen en las representaciones de los “otros” y del “nosotros” desde América Latina en el siglo XIX?

⁸ Para Antonio Cornejo Polar, a diferencia de las literaturas homogéneas (como las nacionales) que presentan un circuito cerrado entre los componentes de su proceso literario, lo que caracteriza a las literaturas heterogéneas es “la duplicidad o pluralidad de los signos socio-culturales de su proceso productivo [producción, texto, referente y difusión]: se trata, en síntesis, de un proceso que tiene por los menos un elemento que no coincide con la filiación de los otros y crea, necesariamente, una zona de ambigüedad y conflicto” (1978:12).

⁹ Al hablar de narraciones “ambivalentes” retomaré la propuesta de Homi Bhabha en *Nación y narración*, donde define la “nación” como una forma de “elaboración” cultural, es decir, “es un medio de narración ambivalente que mantiene a la cultura en su posición más productiva como una fuerza para ‘subordinar, fracturar, difundir o reproducir, en igual medida que [para] producir, crear, imponer o guiar’” (2010: 14).

Como es posible observar en la presentación de los cuatro capítulos que conformarán esta investigación, el estudio que realizaré de las representaciones de los “otros” y del “nosotros” en la literatura de viaje de Sarmiento y Sierra O’Reilly, más allá de consistir en un análisis de alteridad producto del viaje, busca demostrar el núcleo de tensiones políticas y enfrentamientos entre diversos grupos políticos y culturales en el contexto latinoamericano de mediados de siglo XIX. Es en este sentido que en la lectura de *Viajes e Impresiones* me interesará destacar cómo es la mirada del “nosotros” sobre los “otros” desde América Latina a Europa y los Estados Unidos. Considero que este análisis permitirá identificar en qué sentido existe una inversión del enfoque de las representaciones elaboradas por Occidente sobre América Latina. Recordemos al respecto la caracterización que plantea Tzvetan Todorov en el “Prefacio” a su célebre obra *Nosotros y los otros*,¹⁰ en el que traza la relación entre el “nosotros” y los “otros” presente en la historia de Francia, la cual considera representativa de Europa. Sintetiza esta mirada en dos enfoques: la “regla de Heródoto” en la que los europeos “se han juzgado como los mejores del mundo, y han estimado que los otros son buenos o malos, según se hallen más o menos alejados de ellos”. Y a la inversa, la “regla de Homero”, que “ha llegado a la conclusión de que los pueblos alejados son los más felices y admirables, en tanto que entre sí mismos no han visto más que la decadencia” (Todorov, 2003: 432). De estas dos visiones, observa Todorov en su libro, se derivan las conocidas ideas del relativismo cultural, el exotismo, el etnocentrismo, el racialismo y el nacionalismo, presentes en la historia del pensamiento europeo.

A mi parecer, en el caso de *Viajes e Impresiones* veremos que la “regla de Heródoto” y la “regla de Homero” sufren una serie de conciliaciones y contradicciones que permiten la

¹⁰ Publicado en Francia en 1989 bajo el título *Nous et les autres. La réflexion française sur la diversité humaine.*

exaltación de lo “otro”, al mismo tiempo que dan lugar a la definición de un “nosotros” nacional ambivalente. Sin embargo, en vez de que este procedimiento se derive de un horizonte exotista que prefiere siempre lo ajeno, o de una visión nacionalista que defiende solamente lo propio, la adopción de discursos externos, como el de nación o el de la literatura de viajes, hace de estas dos obras ejemplos de las particularidades de dicho género en América Latina y evidencia la complejidad de los proyectos nacionales configurados por Sarmiento y Sierra O’Reilly. Estas proyecciones de la nación moderna ilustran el cruce de fuerzas antagónicas, los múltiples referentes e intercambios, las apropiaciones, las esperanzas y la diversidad de visiones contradictorias presentes en el pensamiento latinoamericano de esta época.

La investigación parte de la concepción de que el estudio de las representaciones discursivas de los “otros” y del “nosotros” en la literatura de viaje de Sarmiento y Sierra O’Reilly demanda un enfoque teórico y metodológico que tome en consideración el marco social, político y literario de ambos escritores, así como las problemáticas que subyacen en las representaciones elaboradas desde la perspectiva de viajeros latinoamericanos que visitan los Estados Unidos a mediados del siglo XIX. Por ello, en los diferentes momentos de esta tesis, tal como he podido destacar anteriormente en cada capítulo, abordaré el análisis desde varios enfoques teóricos, tanto aquellos que observan aspectos de enunciación y hermenéutica literaria, como los estudios poscoloniales que permitirán atender la cuestión de la construcción de un modelo de nación en los libros de viaje de ambos escritores. Asimismo, será imprescindible retomar trabajos de la crítica cultural latinoamericana, que desarrollan problemáticas que caracterizan la literatura de nuestro continente.

Un punto de partida en el planteamiento en este estudio es la noción misma de “representación”, la cual resulta central para desarrollar los objetivos. Adelanto que este concepto lo entenderé según lo propuesto por Edward Said (2004) en su obra paradigmática de los estudios poscoloniales: *Orientalismo*. Said señala que estas representaciones se encuentran “en los textos que podríamos llamar verídicos (historias, análisis filológicos, tratados políticos) y en los textos reconocidos abiertamente artísticos (ejemplo, los imaginarios). Los aspectos que se deben considerar son el estilo, las figuras del discurso, las escenas, los recursos narrativos y las circunstancias históricas y sociales, pero no la exactitud de la representación ni su fidelidad a un gran original” (2004: 45).¹¹

En el análisis de las representaciones de los “otros” y “nosotros” en la literatura de viaje de Sarmiento y Sierra O’Reilly no se pretenderá identificar si se tratan de imágenes fieles de Argentina, México, América Latina, Yucatán, Estados Unidos o Europa. Tal como Said observa en el orientalismo, las representaciones son construcciones que “depende[n] más de Occidente que de Oriente, y este sentido le debe mucho a las técnicas occidentales de representación que hacen que Oriente sea algo visible y claro, que este ‘allí’ en el discurso que se elabora sobre él” (Said, 2004: 46). Por lo tanto, parto de la idea de que las representaciones de ambos viajeros revelan la orientación política de sus obras, así como las marcas de su propio horizonte cultural. Es por eso que será de interés reconocer cómo las

¹¹ Es bajo esta consideración que, al momento de analizar los diferentes tipos de discursos desde los cuales Sarmiento y Sierra O’Reilly elaboraron sus representaciones, será necesario complementar el enfoque de los estudios poscoloniales con teorías que nos permitan estudiar las herramientas discursivas de la enunciación, principalmente nos interesa retomar a Émile Benveniste (2004), Roland Barthes (2009) y Gérard Genette (1998). Lecturas complementarias sobre otras herramientas que articulan la enunciación en un relato son: Luz Aurora Pimentel (2008), Liliana Weinberg (2001; 2006) y Jorge Lozano (1989; 1994). Cabe señalar que esta teoría sobre el relato y el discurso busca únicamente complementar la teoría y la metodología de la perspectiva poscolonial que, como hemos señalado, será el enfoque que orientará esta investigación.

representaciones de los “otros” dan lugar a la configuración de un “nosotros sudamericano” en la obra de Sarmiento, así como del “nosotros yucateco” en el libro de Sierra O’Reilly.

Es importante mencionar que esta investigación se deriva de las reflexiones que surgieron durante la elaboración de mi tesis de maestría “La utopía nacional en la literatura de viaje de Justo Sierra O’Reilly”, la cual formó parte del proyecto de Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología “La reinención decimonónica de Yucatán, 1821-1915”. El presente trabajo pretende ser un aporte de mayor amplitud al estudio de la literatura de viaje latinoamericana producida en el siglo XIX, en tanto abarca dos casos destacados de escritores de Argentina y México. Desde esa perspectiva, este trabajo busca ser un aporte en la comprensión del complejo fenómeno de la escritura de libros de viajes latinoamericanos y su relación con el objetivo político de configurar un proyecto e identidad nacional durante la primera mitad del siglo XIX.

Como parte del alcance del presente estudio, en el caso del libro de viaje *Impresiones* de Sierra O’Reilly se pretende abrir la orientación crítica y la interpretación que se ha tenido de él hasta el momento, en la medida que el análisis literario de este valioso texto intenta ir más allá de la lectura histórica, desde la cual ha sido casi siempre interpretado (De Armond, 1951; Abreu 1987; Campos, 1995; Nolte, 2005). Por su parte, si bien *Viajes* de Domingo F. Sarmiento es más conocida que *Impresiones*, y sus estudios literarios han sido múltiples y se han realizado desde diversos enfoques (Colombi 2004; Pratt, 2010; Cicerchia, 2005), la crítica poscolonial se ha interesado más por profundizar en la relación de Sarmiento como sujeto poscolonial y sus representaciones sobre Europa (Pratt, 2010). Será un aporte de esta tesis plantear el análisis de las representaciones que elaboró sobre Estados Unidos, teniendo

en consideración su relación con las representaciones del “nosotros sudamericano” y la problemática de la construcción de una nación argentina.

Hasta el momento, no existe un trabajo comparado que ponga en diálogo estas dos grandes obras de Sarmiento y Sierra O'Reilly, sus interesantes similitudes de producción, así como las cercanías y diferencias en las representaciones de los “otros” y “nosotros” que en ellas se configuran. Asimismo, el estudio de estos textos escritos de América Latina hacia otras regiones del mundo plantea una inversión de la dinámica que ha caracterizado a la crítica y, con ello, forma parte de un proceso necesario de descolonización de la mirada. Es en este sentido que el interés mayor de la presente investigación es dar luz acerca de los fenómenos históricos y artísticos que vuelven particular y valiosa a la literatura de viajes latinoamericana producida en el siglo XIX.

CAPÍTULO I

LA AMÉRICA LATINA DE SARMIENTO Y SIERRA O'REILLY

EL CONTEXTO DE SUS VIAJES A LOS ESTADOS UNIDOS

El presente capítulo pretende poner en relación el pensamiento, la vida y los viajes de los intelectuales, escritores y políticos latinoamericanos, el argentino Domingo F. Sarmiento (1811-1888) y el mexicano Justo Sierra O'Reilly (1814-1861), dentro del complejo marco histórico de la América Latina de la primera mitad del siglo XIX.¹² Si bien la escritura de sus libros *Viajes por Europa, África y América, 1845-1847* e *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos y al Canadá*, respectivamente, son el testimonio de sus particulares ideas políticas en el específico marco histórico de Argentina y México, así como de sus experiencias personales en el país del Norte, el objetivo de este capítulo es evidenciar los puntos de contacto, intercambios y semejanzas que sitúan a ambos escritores en una problemática compartida: la preocupación por configurar identidades y proyectos de nación

¹² Si bien me referiré a América Latina, en este contexto no incluiré los casos de Brasil y las islas del Caribe que se independizaron tardíamente en relación con otros países del continente, incluyendo entre ellos a Argentina y México.

en un contexto de reciente independencia de España y de enfrentamientos políticos entre los grupos pertenecientes a la elite criolla en la Argentina y el México decimonónico.

Este entramado, particularmente histórico, será el punto de partida para entender desde qué lugar estos autores realizaron y escribieron sus viajes a los Estados Unidos. Para ello, desarrollaré elementos del contexto histórico de Argentina y México que ponen en evidencia la situación y crisis política a la que se enfrentaron ambos escritores. Cabe señalar que, atendiendo los objetivos de este estudio, no pretendo abarcar la totalidad de los acontecimientos que tuvieron lugar en estos países, pero sí me detendré en aquellos sucesos que formaron parte del horizonte de producción de *Viajes e Impresiones*. Especialmente destacaré la condición de doble exilio que caracteriza el viaje y la obra de Sarmiento, así como la situación del Yucatán separatista en relación al México centralista que enmarca el de Sierra O'Reilly. Por lo tanto, este capítulo estará dividido en dos partes: 1) los primeros años de vida independiente en Argentina y México; 2) las primeras décadas de mediados del siglo XIX, momento en el que tuvieron lugar los viajes y la producción de los libros de ambos escritores.

1.1. Primeros años de independencia en Argentina y México: el conflicto de la definición nacional

Las primeras décadas del siglo XIX latinoamericano conformaron, en la mayoría de sus países, una etapa en la que se perfilaron tres problemáticas relacionadas entre sí, y que fueron compartidas por México y Argentina. La primera de ellas es el derrumbe de la unidad colonial que había mantenido a estos dos países configurados en virreinos; la segunda consiste en los diversos esfuerzos y fracasos constitucionales por consolidar repúblicas representativas;

y la tercera es el enfrentamiento entre grupos políticos pertenecientes a las elites criollas, de las cuales Sarmiento y Sierra O'Reilly formaron parte en sus respectivos contextos.

Los virreinos que durante la Colonia organizaban el mapa político de las diferentes regiones de América Latina, y que permanecían unidos bajo la autoridad central de España, después de las independencias experimentaron la manifestación de tendencias centrífugas regionalistas que tendría consecuencias en la configuración de las identidades nacionales en el continente. Por ejemplo, el virreinato de Nueva Granada se fraccionó en Ecuador, Colombia y Venezuela en 1830; el virreinato de Perú se transformó en Chile y Perú. Este fenómeno, también presente en la historia de Argentina y México, formó parte de la crisis política que Sarmiento y Sierra O'Reilly enfrentaron a mediados del siglo XIX y que impactó tanto en los objetivos de sus misiones políticas al extranjero, como en el papel que ambos escritores jugaron dentro de sus países y, de este modo, en la función que le atribuyeron a sus libros de viaje, como veremos más adelante.

De igual modo, cabe destacar que las independencias latinoamericanas fueron un fenómeno que, al igual que la Conquista y la Colonia, conectó el devenir político de los países de esta región. Para las jóvenes naciones latinoamericanas independizarse políticamente de la metrópoli española significó enfrentar las similares condiciones económicas y sociales heredadas del sistema colonial, así como la necesidad de definir un nuevo orden político por parte de las elites criollas, ahora situadas en los espacios de poder. Los movimientos de independencias en América Latina, lejos de tratarse de fenómenos populares, fueron la

sustitución de un gobierno peninsular por el de una minoría criolla,¹³ poseedora de una cultura particularmente europea.

Ahora bien, al hablar de “elites criollas” me referiré a aquella minoría privilegiada conformada por criollos, herederos de la cultura europea. En el siglo XIX, una vez alcanzadas las independencias frente a la metrópoli, este grupo retuvo el dominio político de los países latinoamericanos. En este sentido, la elite que había promovido la insurgencia, tenía en sus manos el papel fundacional de la construcción de identidades nacionales, mismo que Mary Louise Pratt definió como el proyecto ideológico criollo. Como señala Pratt, dichas elites estaban autorizadas a crear la cultura nacional independiente ya que mantenían los valores europeos, entre ellos mantuvieron la función dominante de la escritura. Es decir, se trataba de la fundación de un cultura independiente pero que, paradójicamente, mantenía valores europeos, así como reiteraba la supremacía blanca frente a otros grupos. Pratt llamará a este sistema de ideas una “lógica cultural euroamericana” (Pratt, 2010: 319), la cual era influencia de la Colonia y se tradujo por los criollos en términos de discursos apropiados en torno a la nación, el progreso, la modernidad e incluso la literatura.

Evidentemente, el grupo criollo era diverso en América Latina. Una misma región se dividía en diferentes sectores políticos, ya fueran liberales, conservadores, federales, centralistas, etc. Como consecuencia de esta variedad se produjeron fracturas y enfrentamientos entre los miembros de las elites, razón por la cual difícilmente se puede concebir como una comunidad homogénea. Sin embargo, como veremos después y en

¹³ Es revelador el hecho de que, a principios del siglo XIX, de una población aproximadamente de quince millones de habitantes en América Latina, alrededor de un 46% eran indígenas, 8% negros y 26% blancos, de los cuales menos de un 5% había nacido en España. Véase Gómez-Martínez (1987: 403). Por ejemplo, en el caso de la Nueva España, en 1810 la población “era de aproximadamente 6 millones de habitantes: 60% indios, 18% españoles y criollos, 16% mestizos y 6% mulatos y negros libres” (Tanck y Marichal, 2011: 346).

próximos capítulos, también es posible asociar a estos individuos con el sector de los letrados (“ciudad letrada” como la llamaría Ángel Rama) que en las ciudades latinoamericanas asumieron el papel de organizar, diseñar e imaginar el orden de sus sociedades a través de la escritura. En este caso, dentro del grupo de las elites criollas se encontraban los escritores que llevaron a cabo la empresa de definir las identidades de las nacientes naciones independientes, tal fue el caso de Sarmiento y Sierra O’Reilly, quienes asumieron esta tarea desde la particularidad de sus contextos.

1.1.1. Del constitucionalismo a la dictadura: federales y unitarios en la Argentina de inicios del siglo XIX

Durante 1810 y 1826, primeros años de vida independiente, el virreinato del Río de Plata vio el derrumbe de la unidad colonial. Sin embargo, como señala Pilar González (2001: 31), esta región no constituía una comunidad territorial configurada a lo largo de los años, como sucedió en Perú, Nueva España o Chile, ni poseía una unidad política a partir de un centro definido. Esto se debía a que se trataba de una región periférica para el Imperio (dependía en gran medida de Lima), que despertó un interés tardío en comparación con otros virreinos. Buenos Aires, capital de un extenso territorio, carecía de la autoridad política y económica al momento de su independencia, circunstancia que dificultó la posibilidad de consolidar una identidad nacional unida.

Al respecto, algunos historiadores (González, 2001; Chiaramonte, 2011) señalan que, lejos de lo que en ocasiones se afirma, la nación argentina no surgió de manera espontánea una vez alcanzada su independencia. De hecho, el virreinato del Río de Plata estaba conformado por varias provincias distanciadas y carecían de un sentido de identidad común.

Síntoma de esta situación fue el caso de la temprana separación de la ciudad de Asunción Paraguay, que reclamó su soberanía frente al poder revolucionario de Buenos Aires en 1811.

Entre la Revolución de Mayo en 1810 y el Pacto Federal de 1831¹⁴ hubo un esfuerzo por lograr una unidad política en el nuevo país independiente; de éste se derivan dos textos constitucionales que fueron invalidados por las provincias federales, debido “al carácter unitario” del Estado que diseñaban.¹⁵ Tras el fracaso del intento constitucional de las Provincias Unidas de la América del Sur en 1819, el Congreso Constituyente de 1824-1826 trató de reunir las diferentes provincias en un Estado Nacional y se elaboró la Constitución de la República Argentina de 1826. Sin embargo, los diferentes diputados de las provincias demandaron su autonomía y sus intereses sobre el territorio que se ponían en entredicho bajo la organización de una representación nacional. Como consecuencia se conformó el “Estado provincial” que consistía en la reducción del virreinato a la ciudad de Buenos Aires y sus provincias,¹⁶ las cuales no tardaron en entrar en guerras civiles exigiendo sus autonomías. En este momento, la organización política de los “pueblos rioplatenses” permaneció indefinida y mantuvo un orden provisional.¹⁷

¹⁴ Fue un documento que surgió primero como tratado constitutivo de la Liga de Litoral, conformada por provincias federales de dicha región, como respuesta a la Liga Interior, coalición unitaria. Posteriormente fue firmado por el resto de las provincias argentinas y constituyó el fundamento contractual de la llamada Confederación Argentina, que existiría hasta la Constitución de 1853.

¹⁵ En este período se reunieron cuatro asambleas con fines constituyentes en 1813, 1816-1819, 1824-1826 y 1828.

¹⁶ La ciudad de Buenos Aires y sus *hinterlands* es el modelo de “Estado provincial” que, desde 1820, será “la única unidad económica y social coherente” (González, 2001: 33) para Argentina.

¹⁷ Como señala Chiaramonte, esta provisionalidad terminó siendo contradictoriamente permanente, debido a la demora y el fracaso de conformar una asamblea constituyente. De este modo, antes de 1831 (año en que se logró una débil formalización) existieron diversos gobiernos centrales que fueron soluciones provisionales y cuya naturaleza y sustrato estatal eran aún objeto de discusión: “Primera Junta (mayo a diciembre de 1810), Junta Provisional Gubernativa o Junta Grande (enero a septiembre de 1811), Junta Conservadora (septiembre a noviembre de 1811), Primer Triunvirato (septiembre de 1811 a octubre de 1812), Segundo Triunvirato (octubre de 1812 a enero de 1814), Directorio (enero de 1814 a febrero de 1820), Presidencia (febrero de 1826 a agosto de 1827)” (Chiaramonte, 2011: 82).

Inmerso en este contexto de indefinición e inestabilidad política,¹⁸ el régimen liberal instaurado durante el gobierno de Bernardino Rivadavia (1821-1827), formó parte de la difícil transición de la sociedad colonial a una de carácter nacional. Durante este período se hizo evidente el fracaso del proyecto de organización constitucional de un Estado nacional, que culminó con la renuncia de Rivadavia a la presidencia en 1827. Así, el régimen conservador de Juan Manuel de Rosas, instaurado en 1829, fue la respuesta a la ejecución del gobernador Manuel Dorrego y al triunfo del levantamiento campesino en el sur de la provincia de Buenos Aires.¹⁹ Si bien durante su gobierno Rosas se alejó de los esfuerzos constitucionales, “fue el primero en lograr establecer, con la organización de la Confederación rosista, un poder ‘nacional’” (González, 2001: 31). El orden que asumió el gobierno de Rosas procuró establecer una autoridad a través de alianzas con las autoridades locales, distanciándose de los intentos constitucionales de las primeras décadas y fortaleciendo el caudillismo como mecanismo de legitimidad del poder nacional.²⁰

La dictadura de Rosas, que se prolongó hasta febrero de 1852, se caracterizó por guerras civiles, conflictos con otros países latinoamericanos como la guerra que mantuvo con Uruguay y Brasil a partir de 1837, y los enfrentamientos entre su comunidad política dividida

¹⁸ Al igual que en México, durante sus primeros años de vida independiente Argentina tuvo dirigentes políticos con breves períodos de gobierno. Como señala Oss (1987: 20), en 1820 la anarquía era tal en esta región que llegó a cambiar de gobernante cada dos semanas.

¹⁹ Al respecto, Pilar González destaca que Rosas logró movilizar a un gran grupo de campesinos a través de incorporar en su ejército a caudillos. De este modo, “Rosas funda su poder en una movilización popular, mientras que Lavalle [su oponente unitario] lo hace sobre un pequeño grupo de militares e intelectuales que lo acompañan en 1828. Frente a lo que Rosas llama ‘la lógica unitaria’, el levantamiento de 1829 se presenta como la verdadera voluntad del pueblo” (González, 2001: 145).

²⁰ De hecho, el caudillismo fue propio del panorama político latinoamericano del XIX. Se trató de un mecanismo de organización que surgió como respuesta a la ineficacia de los organismos reconocidos por las administraciones ante una América Latina dividida. En México, al igual que en Argentina, el caudillismo y el militarismo estuvieron ligados. Con ello, los caudillos que dominaban el ejército y las fuerzas armadas crecieron significativamente durante los primeros treinta y cinco años después de la independencia. Para el año de 1855, señala Adrian C. Oss (1987: 26), el ejército mexicano consumía el 80% del presupuesto nacional. Asimismo, en Argentina, entre 1830 y 1850, los gastos militares oscilaban entre el 50% y 70% del desembolso total.

en unitarios y federales, que ponían en evidencia la inexistencia de un poder representativo dentro del panorama de diversas soberanías. En este momento, unitarios y federalistas en realidad no estaban completamente definidos y, en determinadas circunstancias, tampoco estaban diferenciados. Al respecto, cabe retomar la aclaración que realiza José Carlos Chiaramonte acerca del “federalismo argentino” de la primera mitad del XIX, el cual se encuentra lejano al sistema federalista como es entendido actualmente e, incluso, como era entendido en México en la misma época. De este modo, en vez de organizar una federación, el Pacto Federal de 1831 organizó una “confederación” en la que las provincias que la conformaban eran en realidad estados independientes y soberanos que se interesaban por este tipo de unión por estar fundadas en débiles bases.²¹ Si bien este Pacto no fue bien percibido por Rosas, entonces gobernador, debido a que identificaba en él la imposibilidad de consolidar un Estado rioplatense bajo la hegemonía de Buenos Aires, permaneció vigente durante la Confederación argentina hasta 1853. En este período, el gobierno de Buenos Aires lograría el paulatino sometimiento de la mayoría de las demás provincias, sin que esto significara una real organización nacional.

Sin embargo, es necesario destacar que entre unitarios y federales había divisiones internas y no siempre existía una homogeneidad en términos ideológicos. Por ejemplo, durante el primer mandato de Rosas en 1833, una facción de federales “doctrinarios” se opuso

²¹ La confusión de los términos en la jerga política argentina del momento se debió, según Chiaramonte, “a la percepción de la historia norteamericana, tanto en la bibliografía política de la época como en la historiografía posterior”, confusión que consistía en “no tener en cuenta que lo que los líderes federales [norteamericanos] designaban con la palabra *federación* era algo más cercano a los ‘artículos de confederación’ de las 13 antiguas colonias de 1781, que a la Constitución federal de 1878. Es decir, que lo predominante en el federalismo rioplatense –aunque ni siquiera logrado con el Pacto de 1831– habría sido algo similar a aquella primera experiencia de organización política independiente, cuya inadecuación para el desarrollo de la nación norteamericana fue de inmediato percibida y criticada por los que se propusieron remplazarla con una forma federal más apta a la emergencia de una nación unida y fuerte” (Chiaramonte, 2011: 93).

al mandato sin límites que promovió la rama rosista de “federales apostólicos”. En este sentido, como se verá más adelante, Sarmiento iniciaría su participación en la vida política de Argentina como defensor de los unitarios, durante su posterior exilio en Chile establecería distinciones entre los integrantes de este grupo y marcaría una distancia frente a ciertos miembros e ideas de éste, incluso llegaría a defender en el *Facundo* una República “unitaria, federal, mixta”.

Es importante aclarar que mientras los federalistas en México, sobre todo los más radicales, promovían las ideas liberales, en Argentina eran los unitarios quienes estaban cercanos a la ideología liberal en términos económicos y culturales, y los federalistas eran los defensores de las tradiciones coloniales, ideas que compartían con los conservadores mexicanos. Así, veremos que mientras Sierra O’Reilly apoyó el federalismo como parte de la promoción que hizo de las ideas regionalistas y que a mediados del XIX se tradujeron en un separatismo, Sarmiento se definió a sí mismo como un unitario, liberal, que defendía la civilización y el progreso frente al atraso y la barbarie que identificaba con el federalismo del gobierno de Rosas.

1.1.2. Del federalismo al centralismo en el México de inicios del siglo XIX

En el caso de México, el virreinato de la Nueva España experimentó notables tensiones y enfrentamientos en su definición como una república unificada, una vez alcanzada su independencia política. Como señalan José Antonio Serrano y Josefina Zoraida Vázquez, el funcionamiento del sistema político de la primera mitad del siglo XIX estuvo caracterizado por “la constante negociación entre clases populares y grupos políticos regionales y nacionales” (2011: 410). Desde la insurrección iniciada en 1810, la desestructuración del

orden jerárquico colonial generó lo que se ha llamado “la revolución territorial de los pueblos novohispanos” (Ávila y Jáuregui, 2011: 371), que consistió en la lucha de las diferentes cabeceras por obtener facultades de autogobierno, siguiendo el impulso de las luchas por la independencia. En este contexto, una vez jurada la independencia el 27 de septiembre de 1821, una de las dificultades primordiales fue intentar organizar un Congreso Constituyente que integrara la participación representativa de las regiones que, desde 1786, dividían el virreinato de la Nueva España en doce intendencias en el centro del país (México, Puebla y Tlaxcala, Oaxaca, Guanajuato, San Luis Potosí, Zacatecas, Durango, Sonora, Yucatán, Guadalajara, Veracruz, Valladolid) y tres regiones al noroeste (Nuevo León, Tamaulipas y Coahuila).

Como parte de las ideas ilustradas que inspiraban la insurgencia, en esta época de definición nacional es evidente la importancia que tenía para las elites criollas el constitucionalismo en la configuración de una representación política y económica.²² Sin embargo, la imposibilidad de Agustín de Iturbide por reunir a los grupos políticos imperiales y regionales que posibilitaron la independencia ocasionó el fracaso de los primeros intentos de redactar un proyecto de constitución, los cuales se debatían entre un sistema liberal republicano y uno monárquico conservador. Es en este marco que surge el movimiento

²² Si bien llegaron tarde y de manera atenuada a América Latina, principalmente a través de España, la difusión de las ideas de la Ilustración entre las elites criollas abarcó las obras de Montesquieu, Rousseau, Voltaire, entre otros. El espíritu ilustrado heredó una creencia optimista en el poder de la razón como fuerza transformadora de lo real y entre sus prácticas, además de la exaltación de la libertad, del empirismo y la secularización de la cultura, se encuentra el constitucionalismo. Esta necesidad de conformar constituciones una vez concluidas las independencias, se sujetaba de la búsqueda por mantener el estado de independencia y el interés por “proclamar los derechos humanos” (Gómez-Martínez, 1987: 405). El espíritu constitucionalista respondía a la idea fundacional de la república basada en el contrato, tal era la influencia que existía en América Latina de la constitución francesa y la norteamericana.

federalista en México, impulsado y respaldado por los criollos de las provincias que buscaban mantener los privilegios del sistema borbónico de las intendencias.

La presión de estos grupos políticos dio como resultado la promulgación del Acta Constitutiva de la Federación el 31 de enero de 1824, en la que los Estados Unidos Mexicanos quedaron integrados por veinte estados, cuatro territorios y un Distrito Federal; al mismo tiempo, en ella se estableció la soberanía de los estados, concediéndoles amplias facultades en la recaudación de impuestos y en la impartición de justicia. Esta constitución impulsaba un federalismo radical que limitó las facultades fiscales y administrativas del gobierno nacional, especialmente en zonas marginales como Yucatán, Sonora, las Californias y Tamaulipas, donde concibieron el federalismo como una descentralización administrativa.²³ De este modo, de 1824 a 1835, los gobiernos regionales fueron los que definieron el rumbo del país durante la primera República federal.

Sin embargo, el consenso que fundó la República federal con la Constitución de 1824 se diluyó hacia 1826 debido a la carencia de unidad del proyecto político. En gran medida esto hizo evidente los distintos puntos de vista que conformaban la ideología liberal en México: por un lado se encontraba el grupo de los moderados que consideraban que el pueblo no tenía la capacidad de ejercer sus derechos políticos dentro de un proceso electoral y, por lo tanto, creían necesario reducir el radicalismo del federalismo y fortalecer el gobierno nacional; y, por otro lado, estaba el grupo de los radicales “que querían ampliar la participación de todos los grupos sociales por medio de las elecciones directas” (Serrano y Vázquez, 2011: 410 y s.).

²³ A pesar de esta descentralización, en octubre de 1824 Chiapas, perteneciente a Guatemala, se incorporó a México.

Finalmente, la crisis del federalismo fue el resultado de numerosos enfrentamientos que tuvieron como consecuencia la inestabilidad política,²⁴ el empobrecimiento de la hacienda nacional, el aumento de la deuda pública,²⁵ y que, en otro sentido, permitieron que Antonio López de Santa Anna llegara a la presidencia, por primera vez, el 1 de marzo de 1833. Durante el primer gobierno de Santa Anna, el modelo federalista fue suplantado por el sistema centralista que se consolidó entre 1836 y 1843. El gobierno centralista estableció que todos los ramos de ingreso del país fueran administrados por el gobierno nacional, que todos los departamentos tuvieron gobernadores nombrados por el presidente y canceló todo ayuntamiento inexistente en 1808,²⁶ entre otros aspectos.

El centralismo enfrentó las pugnas de la facción federalista representada por las elites regionales, inconformes por las medidas políticas y económicas tomadas por el gobierno mexicano. De este modo, el centralismo, al igual que el federalismo, fracasó en su intento de organizar la República; esto se debió a la “falta de recursos y de coordinación territorial, [la] incapacidad para defender y controlar un extenso territorio casi deshabitado, expuesto al contrabando y al expansionismo, y la resistencia de las elites regionales” (Serrano y Vázquez, 2011: 425). Esta crisis del centralismo, presente durante el gobierno de Santa Anna entre 1843 y 1844, se manifestó con claridad en cuatro acontecimientos: las amenazas de

²⁴ Como en otros países de América Latina, en los primeros años de independencia los presidentes cumplían breves períodos de gobierno debido a los numerosos enfrentamientos políticos. Como señala Oss (1987:20), en los primeros treinta y cinco años de vida independiente, México experimentó cincuenta y cuatro cambios de gobierno; por ejemplo, en 1833 hubo siete presidentes y cinco en 1847. Entre 1821 y 1855 los gobiernos mexicanos tenían una expectativa promedio de nueve meses. Cabe señalar que el primer presidente constitucional fue Guadalupe Victoria, una vez jurada la Constitución de 1824; a éste le siguió el gobierno de Vicente Guerrero en 1829, Anastasio Bustamante en 1829, y Manuel Gómez Pedraza, breves meses, del 22 de diciembre de 1832 al 1 de marzo de 1833, fecha en la que, como ya he mencionado, Antonio López de Santa Anna llegó a la presidencia por primera vez y donde permanece, por períodos, un total de seis años.

²⁵ Es significativo el hecho que la deuda pública aumentara de 32 millones de pesos en 1824 a 50 millones de pesos en 1850.

²⁶ Serrano y Vázquez (2011: 425) señalan que esta medida fue la responsable de la inestabilidad rural durante los diez años del centralismo.

separación de Texas,²⁷ las rebeliones contra la capitación, las difíciles negociaciones con el Congreso y, de especial interés para esta investigación, la separación de Yucatán como nación independiente. En este contexto, durante las primeras décadas de vida independiente, México se encontraba lejos de ser una nación con un orden político estable; en su lugar las pugnas y los intereses de las elites regionales dificultaban la consolidación de una identidad nacional homogénea.

1.2. El contexto sus viajes a los Estados Unidos: la escritura desde el exilio y la secesión

Los viajes de Sarmiento y Sierra O'Reilly tuvieron lugar a finales de los años cuarenta del siglo XIX; por la proximidad de estas fechas, podemos afirmar que ambos escritores coincidieron brevemente en los Estados Unidos, entre octubre y noviembre de 1847, aunque nunca tuvieron la ocasión de estar en la misma ciudad. El primero de ellos zarpó de Chile rumbo a Europa en el buque de vela *Enriqueta*, el 28 de octubre de 1845, donde permaneció más de un año visitando Francia, España, Italia, Suiza, Alemania, Inglaterra y África. Si bien la visita de Sarmiento a los Estados Unidos fue improvisada, el 17 de agosto 1847 partió rumbo a Nueva York, en el vapor "Moctezuma", llegando a esta ciudad el 14 de septiembre de 1847. Durante los dos meses y medio que estuvo en este país también visitó Nueva Inglaterra, Buffalo, Albany, Troy, Niágara, así como las ciudades canadienses de Montreal y Quebec. Posteriormente, conoció Boston, Baltimore, Filadelfia, Washington, Harrisburgo, Cincinnati, Pittsburg y Nueva Orleans. El 14 de noviembre de 1847, dejó este país por el

²⁷ Recordemos que en 1836 Texas logró su independencia de México como parte de las tensiones que el centralismo imponía a sus intereses políticos y económicos, aunque el reconocimiento de su independencia y su incorporación a la nación estadounidense fue resuelta hasta 1848, una vez concluida la invasión de este país a México.

puerto de Nueva Orleans y viajó hacia Cuba. No dejó relatos del resto del viaje, pero se sabe que llegó a La Habana el 15 de noviembre de 1847 y atravesó Lima, Perú. Finalmente desembarcó en Valparaíso el 24 de febrero de 1848.²⁸

Por su parte, Sierra O'Reilly zarpó de la ciudad de Campeche en la goleta americana *Essex*, el 12 de septiembre de 1847 rumbo a Nueva Orleans, donde arribó el 4 de octubre. Poco después, se trasladó a Washington el 16 de noviembre del mismo año y durante seis meses aproximadamente visitó otras ciudades de los Estados Unidos, incluyendo un breve recorrido por la zona fronteriza entre dicho país y Canadá. Una vez fracasada la misión política en los Estados Unidos que había motivado su viaje, sobre la cual me detendré más adelante, emprendió el regreso a México el 16 de junio de 1848, donde desembarcó el día 8 de agosto del mismo año.

Ambos viajes fueron realizados en momentos críticos de la consolidación de las naciones argentina y mexicana. Como he mencionado anteriormente, estas crisis fueron el resultado de la pérdida de la unidad colonial y las pugnas de los diferentes grupos políticos que caracterizó los primeros años de independencia. Tanto en Argentina como en México, los múltiples enfrentamientos entre elites regionales y provincias dificultaron la resolución constitucional de definir un territorio y un proyecto político autorizado. En este contexto, Sarmiento y Sierra O'Reilly fueron dos figuras que jugaron un papel central en la vida política de sus países. El espacio que ocuparon dentro de los diferentes grupos de las elites criollas fue determinante tanto para la realización de sus viajes, como para la posición desde donde elaboraron sus libros *Viajes e Impresiones*.

²⁸ Más al respecto, véase Campobassi (1975: 240).

Atendiendo la cuestión anterior, me referiré a este lugar de la escritura como “desde los márgenes políticos”, para hablar de la posición social y política de Sarmiento y Sierra O’Reilly en el momento de la producción de sus obras. En el primer caso, este espacio será el doble exilio; mientras que en el segundo, es el de un Yucatán separatista incorporado a la nación mexicana. Es importante señalar que este carácter de marginalidad no significa que estos autores se encontraran fuera de la elite criolla, o que estuvieran al exterior de la privilegiada comunidad de letrados que tenían en sus manos el poder de la escritura y los recursos para su difusión. Sino que se trata de una marginalidad simbólica frente al orden político que gobernaba en sus países al momento de viajar y escribir sus libros. En este sentido, como veremos en los próximos capítulos, sus viajes y sus obras son la búsqueda de referentes políticos diferentes a los que regían el funcionamiento de la Argentina rosista y el México centralista. Sarmiento asumió esta posición en sus cartas para configurar un “nosotros sudamericano” (a veces ambiguo y abarcador) y con ello criticar el gobierno rosista, así como todo rastro de barbarie que, al igual que identificaba en los federalistas argentinos, en Brasil y en Uruguay, también la reconoció en la decadencia de Francia y los liberales chilenos; mientras que Sierra O’Reilly defendió esta posición (en ocasiones ambivalente) para justificar su viaje y, a su vez, la causa federalista, configurando un “nosotros yucateco”.

A continuación, me detendré en los años cercanos a los viajes de ambos escritores y, especialmente, destacaré los acontecimientos que definieron el lugar de las escrituras de sus libros desde los mencionados “márgenes políticos”. De este modo, en el caso de Sarmiento hablaré de la consolidación del gobierno federalista de Rosas, de los enfrentamientos de Buenos Aires con sus provincias y de la causa unitaria antirosista. Me detendré en el período

de su exilio en el Chile conservador, de donde parte con destino a Europa y Estados Unidos en una suerte de doble destierro. Por su parte, en el caso de Sierra O'Reilly señalaré la relación de Yucatán y México entre 1838 y 1848, período que estuvo caracterizado por el movimiento separatista yucateco y que es el marco político de la misión a los Estados Unidos de este escritor ideólogo del regionalismo yucateco en su época.

1.2.1. La causa unitaria: el viaje de Sarmiento desde el exilio

El viaje de Sarmiento a los Estados Unidos está enmarcado por los aludidos conflictos internos entre los federalistas rosistas y los unitarios exiliados, así como por los enfrentamientos externos entre Buenos Aires y otros países de América Latina, y ante la intervención inglesa. De este modo, cuando Sarmiento partió a Europa era uno de los numerosos desterrados argentinos en Chile, nación que había logrado una relativa estabilidad política bajo un gobierno conservador. Empecemos por destacar algunos elementos de su vida política como unitario en Argentina y exiliado en Chile.

Los primeros años de la juventud de Sarmiento estuvieron caracterizados por una serie de ideas y posturas ideológicas que fueron cambiando a lo largo de su vida; entre ellas se encontraban: un patriotismo derivado de la causa independentista de la Revolución de Mayo de 1810, en la que familiares suyos habían sido partícipes; una postura federalista que resultó de la intervención de su padre y otros parientes en el movimiento que le concedió plena autonomía a su provincia natal San Juan; y, por último, una posición católica producto de su educación religiosa²⁹ y herencia de su familia, en la que sobresalían las figuras de

²⁹ Como señala Katra, ésta fue una de las razones por la cual Sarmiento apoyó la orientación religiosa en la educación para los niños, siempre y cuando ésta propagara los valores que servían para el progreso material y

clérigos. En realidad, como explica José S. Campobassi (1975: 79), estos puntos de vista políticos y religiosos eran compartidos por los sanjuaninos de la época, de igual forma que la causa unitaria era rechazada por la mayoría, y la liberal tenía pocos adeptos.³⁰

El suceso histórico que el propio Sarmiento señaló como el responsable de su transformación ideológica, de una postura federalista a una unitaria, fue el que alude en su obra apologética *Mi defensa* [1843]: la invasión del caudillo Facundo Quiroga a San Juan en busca de hombres y dinero para sus futuras campañas contra los unitarios, en enero de 1827. Siendo entonces adolescente, Sarmiento menciona haber reconocido dos tendencias de la República Argentina: “Veía en uno a los viejos retrógrados, a los antiguos godos, y a los gauchos ignorantes; en otro a los jóvenes, a los antiguos patriotas y a los que abogaban por la libertad. Nada más necesitaba, fui unitario desde entonces” (2001: 13). Este acontecimiento motivó a Sarmiento a incorporarse a las fuerzas unitarias que actuaban de manera clandestina en San Juan en contra del ejército federalista, con lo que inició su participación dentro de la vida política y militar.³¹ Tras la victoria de los federalistas, Sarmiento cayó prisionero en la provincia de Mendoza y logró ser liberado por la intervención de uno de sus familiares que, como la mayoría de ellos, defendía la causa federal. A su regreso a San Juan, su familia lo

social. Fue sólo a sus 62 años cuando cambiaría de idea, ante los “intentos de un catolicismo enardecido por eliminar en el país la educación secular” (1996: 875).

³⁰ Campobassi destaca que en San Juan, “como en otros lugares del país, unitarismo y liberalismo parecían querer decir lo mismo, y federalismo y catolicismo se confundían en una sola tendencia” (1975: 78).

³¹ Las biografías de Sarmiento suelen describir este momento como uno de toma de conciencia e independencia en su vida, y señalan la siguiente anécdota: “El joven Domingo Sarmiento puso sus amados libros en sus estantes, ordenó sus documentos, cerró la tienda [de su familia en donde era tendero] y entregó las llaves a su tía. ‘Doña Ángela –le dijo-, aquí está la llave. Voy a unirme al ejército’. Y eso fue todo. No dio explicaciones ni siquiera a sus padres. Llevó consigo la espada de su padre y se fue para unirse a las fuerzas unitarias en su campamento de Pocito, en las fuerzas de San Juan” (Williams, 1966: 62).

mantuvo alejado provisionalmente de la guerra,³² pero en 1830 se reincorporó a las fuerzas unitarias de esta provincia.

Con el triunfo rosista y derrotados los unitarios,³³ Sarmiento se desterraría a Chile en 1831 por primera vez, donde la República conservadora se había instaurado con Diego Portales.³⁴ En Chile, Sarmiento tuvo múltiples trabajos, todavía distanciado de la vida política, como maestro, empresario, dependiente de tienda, minero, capataz de establecimiento, etc. Fue hasta 1836 que volvería a su provincia de San Juan con autorización del gobernador federal rosista, Nazario Benavídez, quien aceptó su retorno debido al grave estado de salud de Sarmiento. A su regreso, se integró a un salón literario donde se discutían temas políticos, que, posteriormente, se transformó en una sociedad llamada Grupo de los Cinco.³⁵ El año de 1839 fue decisivo en la vida de Sarmiento como periodista y educador, pues se inauguró el Colegio de Santa Rosa de América para señoritas y, el 20 de julio,

³² En *Recuerdos de provincia* el propio Sarmiento señala que entre octubre de 1829 y marzo de 1830 permaneció en su casa como en una cárcel, ocasión que le permitió estudiar el francés que pondría en práctica durante su viaje a Francia: “En 1829, escapado de ser fusilado en Mendoza por el fraile Aldao, por la benéfica y espontánea intervención del coronel don José Santos Ramírez, a cuyo buen corazón no deben perjudicar las flaquezas de su juicio, tuve en San Juan mi casa por cárcel, y el estudio del francés por recreo” (Sarmiento, 2001: 131).

³³ Desde los primeros meses de 1831 se dieron fuertes enfrentamientos entre los gobiernos unitarios, entre ellos destacaron los de las provincias de Córdoba y San Juan. Los federales lograron derrotar a los primeros en la batalla de Chacón el 28 de marzo. En este contexto, “el 3 de abril, cuando se recibió la noticia de la derrota de Chacón y la entrada de Facundo en Mendoza, cayó el gobierno [unitario] de San Juan y se eligió un gobernador federal” (Williams, 1966: 74).

³⁴ El grupo político conservador que gobernaba Chile había llegado al poder en 1830, después de su victoria militar durante una lucha civil con el grupo opositor. El primer gobierno provisional conservador fue dirigido por Diego Portales y, posteriormente, pasó a manos del general Joaquín Prieto, que restauró las garantías y libertades suprimidas durante el gobierno del primero.

³⁵ En sus inicios, este grupo de jóvenes se reunía en la biblioteca de Manuel Quiroga Rosas, que se conformaba por lecturas de autores europeos contemporáneos. Este grupo, explica Williams, “estaba profundamente convencido de que la sociedad en la que se encontraban contrastaba fuertemente con la sociedad tal como debía ser. En consecuencia, la mayoría de aquellos jóvenes sentía en diversos grados una oposición concreta al existente sistema gubernativo de Rosas y su satélite Benavídez” (1966: 89). Posteriormente, el llamado Grupo de los Cinco, conformado por Sarmiento, Aberastain, Quiroga Rosas, Cortínez y Rodríguez, fue una continuación de la anterior sociedad dramática y literaria que ahora se reunía en el Café de Comercio y buscaba seguir el modelo establecido por la Asociación de Mayo, conformada por diversos opositores de Rosas, entre ellos Alberdi y Echeverría.

apareció el primero número del periódico *El Zonda*, publicado por José Quiroga Rosas y por él; este medio se convirtió en el “órgano oficioso” de la Joven Argentina (Ponce: 1976, 45), que se vio forzado a cerrar pocos meses después, el 25 de agosto, por orden del gobierno.³⁶

Mientras tanto, Buenos Aires enfrentaba con Francia una discusión diplomática respecto a la detención y el arresto de un ciudadano francés, cuya consecuencia fue el bloqueo económico en 1838, el cual se prolongó hasta 1840. Por su parte, en Uruguay, el general Fructuoso Rivera llegaba a la presidencia el 1° de noviembre de 1838, rompiendo con su sucesor federalista Manuel Oribe, quien seguía siendo reconocido por Rosas como presidente legal de esta región. A esta revolución riverista se unió el general Juan Lavalle, formando una fuerza antirosista. Este enfrentamiento y el bloqueo de Francia marcó un momento de crisis económica en el gobierno rosista, el cual inició una serie de negociaciones con Gran Bretaña en torno a la cesión de derechos de las Islas Malvinas a cambio de arreglar la deuda que tenían; con dicha estrategia el gobierno de Buenos Aires buscó estrechar vínculos con esta nación frente al conflicto con Francia.³⁷

En 1840, Sarmiento viajó a Chile en compañía de su tío, el obispo electo Quiroga Sarmiento, y entró en contacto con exiliados argentinos para coordinar su acción en contra de Rosas. En este mismo año, Lamadrid inició un movimiento antirosista en las provincias norteafricanas (Tucumán, Salta, Jujuy, Catamarca, La Rioja) que conformaron la Liga del Norte, al cual se unió la provincia de Córdoba que expulsó a su gobernador rosista. De vuelta a la

³⁶ La polémica por el cierre del periódico *El Zonda* fue narrada por el propio Sarmiento en *Recuerdos de provincia*, en donde menciona que fue llamado por el gobernador Benavídez para pagar un nuevo impuesto del papel, a lo cual se rehusó sabiendo que se trataba de un mecanismo de censura.

³⁷ Cabe señalar que en 1839, al mismo tiempo que en Uruguay Rivera declaraba la guerra contra Buenos Aires, iniciaba en México la secesión de Yucatán a partir del movimiento encabezado por Santiago Imán contra el gobierno centralista.

provincia de San Juan, Sarmiento colaboró con el movimiento antirosista que también se estaba fraguando en esta región, motivo por el cual fue arrestado el 8 de noviembre y desterrado por el gobernador Benavídez el día 18, después de un episodio en la que su vida fue amenazada. Después de numerosos enfrentamientos, la Liga del Norte fue derrotada junto con Lamadrid y Lavalle.

En enero de 1841, Sarmiento regresó a Santiago de Chile como un exiliado más del gobierno rosista. Durante este período se inauguró una etapa de maduración en sus ideas políticas, que enmarca su viaje a Europa y los Estados Unidos entre 1845 y 1847. Gracias a su temprana amistad con la comunidad letrada de Santiago, así como con el jefe del partido conservador y ministro de educación, Manuel Montt, pocos meses después de su llegada, Sarmiento ocupó el puesto de editor del periódico *El Mercurio*, labor que continuó hasta mediados de 1842.³⁸ También fue el editor de *El Nacional*, el cual estaba dedicado a promover la candidatura del general Manuel Bulnes, quien había llegado a la presidencia desde 1841 y continuó con el régimen conservador de su antecesor Prieto.³⁹ Esta toma de postura política frente a los partidos chilenos respondió a que Sarmiento y sus compatriotas veían en Bulnes un opositor del gobierno rosista.⁴⁰

³⁸ Fundado en 1827, *El Mercurio* era considerado el decano de la prensa de la América española. En 1841 este periódico estaba en manos del gobierno, de modo que era un órgano semioficial. El primer artículo que publicó Sarmiento en sus páginas fue el 5 de marzo de 1841, con un tema vinculado a la educación pública (Williams, 1966: 127).

³⁹ El gobierno del general Prieto fue fuertemente criticado por sus opositores liberales, quienes lo consideraban una tiranía. Estas tensiones y enfrentamiento se hicieron evidentes en las elecciones de 1841.

⁴⁰ Esta elección política de Sarmiento es señalada por la crítica como resultado de la falta de claridad en su filosofía política durante esa época; de manera que el criterio del escritor estaba definido por el rechazo a cualquier asunto que considerara vinculado al gobierno de Rosas. Esto lo expresó claramente en *El Mercurio*, donde identificó en el partido conservador la posibilidad de libertad y orden, mientras que en el partido liberal chileno, al que llamó “seudoliberal”, veía anarquía y un hábito revolucionario sin fundamentos.

Con la victoria del presidente Bulnes, en 1842 Sarmiento fue designado director de la recién fundada Escuela Nacional de Santiago,⁴¹ y publicó en esa ciudad el periódico *El Progreso*. En 1843 entregó a los lectores *Mi defensa*, breve autobiografía que escribió en respuesta a los ataques de un representante del partido liberal chileno. Mientras tanto, en Argentina, Oribe encabezaba las tropas rosistas que sitiaron Montevideo hasta 1851, ocasionado la derrota del movimiento riverista en 1845 y la migración de varios antirosistas. El 2 de mayo de 1845 Sarmiento inició la publicación de su célebre obra *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga* en los folletines de *El Progreso* y de *El Mercurio*, y que aparecería en forma de libro el 28 de julio del mismo año.

El 28 de octubre, Sarmiento partió rumbo a Europa desde Valparaíso. El motivo de su viaje suele ser identificado con dos causas: la más recurrente apunta que fue una salida por parte del gobierno chileno ante los conflictos que el escritor había generado entre las autoridades de este país,⁴² los cuales se habían agravado por la presión de Rosas que exigía su destierro y que cesara la campaña política en su contra. Sin embargo, también se suele defender la intención del escritor por conocer el funcionamiento de la educación pública en Europa y, finalmente, en los Estados Unidos. Lo cierto es que el amigo de Sarmiento, Manuel Montt, entonces ministro de Justicia y de Educación Pública en el gobierno de Bulnes, le propuso realizar un viaje por cuenta del gobierno chileno a Europa y los Estados Unidos, con el aludido objeto de estudiar el estado de la educación elemental y los métodos de colonización en Argel. Este último es el motivo de viaje que Sarmiento expresa de manera explícita en *Viajes*.

⁴¹ Cabe señalar que en este mismo año se funda la Universidad de Chile.

⁴² Este es el caso del enfrentamiento de Sarmiento con Domingo Santiago Godoy, liberal que estaba a cargo del periódico opositor *El Siglo*.

No obstante, es posible que ambos motivos –una decisión política y una búsqueda de modelos educativos- estuvieran relacionados y no fueran excluyentes. En esta investigación partiré de la idea de que el viaje de Sarmiento, primero a Europa y luego a los Estados Unidos, fue una suerte de doble exilio, ya que puede ser entendido como una estrategia del gobierno chileno ante las crecientes presiones políticas que habían generado la participación pública del escritor argentino en dicho país, donde a su vez se encontraba en calidad de refugiado por su persecución en la Argentina rosista. Desde el destierro, Sarmiento escribirá la cartas de viaje que posteriormente conformaron *Viajes*.

Durante los dos años y tres meses de su viaje, Sarmiento mandó cartas dirigidas a sus amigos en Chile, quienes las publicaron en los periódicos locales. La crítica suele señalar que es probable que Sarmiento tuviera, desde el principio, la finalidad de editar sus impresiones en forma de libro;⁴³ lo cierto es que dos años después de volver a Chile, en 1849, publicó la primera entrega de todas sus cartas con el título *Viaje por Europa, África y América*, que completó en 1851. Las once cartas que conforman esta obra están tituladas por los lugares visitados: 1) “Más a fuera”; 2) “Montevideo”; 3) “Río de Janeiro”; 4) “Ruan”; 5) “París”; 6) “Madrid”; 7) “África”; 8) “Roma”; 9) “Florencia”; 10) “Suiza”; y 11) “Estados Unidos”.

Como se expresa en el contenido de sus primeras cartas, antes de llegar a Europa, Sarmiento pasó por algunas ciudades latinoamericanas. Primero arribó a la capital de Uruguay, donde se encontró con otros argentinos desterrados de la dictadura de Rosas, entre ellos Esteban Echeverría. En este momento, Montevideo se encontraba en guerra con Buenos Aires y permanecía en estado de sitio, manteniendo la ayuda de Europa como única salida comercial. Asimismo, de dicho continente provenía un flujo de numerosas corrientes de

⁴³ Véase Katra (1996: 854).

pensamiento. En su segunda carta, Sarmiento le atribuyó a esta circunstancia la verdadera salvación de Montevideo ya que, antes de llegar a Europa, mantenía la visión de que este era el continente (sin España) de la civilización, idea que cambió cuando entró en contacto con la realidad europea. Más adelante regresaré al caso de Uruguay que el escritor argentino desarrolla en *Viajes*, al analizar la configuración del “nosotros sudamericano” que postula en esta obra.

Posteriormente, atravesó Río de Janeiro, Brasil, donde reconoció un país con grandes pretensiones, pero que no superaba las condiciones de mendicidad y contrabando que formaban parte de su herencia colonial. A partir de esta tercera carta, Sarmiento formuló en su experiencia de viaje la posibilidad de establecer contrastes entre los países de América Latina y aquellos que visitaría en Europa. Fórmula que continuó a lo largo de sus escritos.

Sarmiento llegó a Francia en un momento crítico de su historia social y política, es decir, poco tiempo antes del estallido de la Revolución Francesa de 1848 que tuvo entre sus consecuencias la abdicación del rey Luis Felipe I y la posterior instauración de la Segunda República Francesa. En gran medida, este contexto forma parte de la decepción que el escritor argentino sufrió de dicho país al momento de su llegada a Ruan. Al primer desencanto se sumaron: el fracaso de su intento por difundir la lectura y traducción de *Facundo*;⁴⁴ así como la falta de éxito de las críticas que pretendió promover en contra del gobierno de Rosas.⁴⁵

⁴⁴ No obstante, *La Revue des Deux Mondes* publicó un elogioso análisis de *Facundo* por Charles de Mazade en 1846.

⁴⁵ Este es el caso de su intento por convencer al ministro francés Guizot y a sus hombres del repudio al gobierno rosista. Sin embargo, al no lograrlo, Sarmiento criticó la monarquía burguesa de Francia, heredada de la restauración de Luis XVIII y que veía ahora encarnada en Guizot, defensor del régimen moderado que estaba interesado en asegurar la paz y el orden de los burgueses. Más al respecto véase Dardo Pérez Guilhou (1996: 1038-1040).

Ahora bien, de especial interés para los objetivos de esta investigación es la onceava carta, correspondiente al viaje de Sarmiento en Estados Unidos y que está dirigida a su amigo Valentín Alsina.⁴⁶ Se trata de la última que conforma el libro y que probablemente Sarmiento despachó desde Panamá o al llegar cerca de su destino final en Santiago. Cabe destacar que la decisión de viajar a los Estados Unidos fue tomada por el escritor argentino a última hora durante su visita a Inglaterra, donde leyó sobre los logros de la educación pública en el país americano alcanzados por Horace Mann, a quien conocería después en Boston bajo el cargo de presidente del Board of Education del estado de Massachusetts.⁴⁷ A diferencia de su viaje a Europa que fue antecedido por numerosas lecturas acerca de sus países, sobre los Estados Unidos carecía de información previa, aunque, al igual que Sierra O'Reilly, estaba familiarizado con la lectura de Alexis de Tocqueville y de James Fenimore Cooper, como se verá más adelante.

Cuando regresó a Chile, el gobierno rosista se encontraba inmerso en una crisis agravada por los diferentes enfrentamientos civiles y la intervención francesa. Sarmiento inmediatamente se integró a la iniciativa del levantamiento en contra de Rosas. No es de sorprender que a la vez que publicó su libro *Viajes* en 1849, saliera a la luz su obra *Educación popular*, y comenzara a editar el periódico *La Crónica*. Al reactivar su labor política, el gobierno de Rosas exigió su extradición. Un año después publicó su obra *Agriópolis*, en la que expuso un plan para una confederación argentina ampliada, con una capital federal fuera

⁴⁶ El argentino Valentín Alsina (1802-1869) era “hombre público, abogado, de destacada actuación contra el gobierno de Rosas. Exiliado en Montevideo, colaboró con el *Comercio de Plata*, de Florencio Varela y asumió su dirección a la muerte –por asesinato– de Varela. Escribió unas *Notas* al libro *Civilización y barbarie*” (Rojas, 1996: 599). Asimismo, fue gobernador de la provincia de Buenos Aires en dos ocasiones: 1852 y 1858-1859.

⁴⁷ William H. Ktra (1996: 855) señala que el viaje a los Estados Unidos fue programado a última hora, y la decisión de Sarmiento al respecto fue el resultado de conocer en Inglaterra la obra de Horace Mann acerca de la educación pública en Estados Unidos. Evidentemente, esto hizo que su viaje estuviera marcado por dificultades económicas.

de Buenos Aires y ubicada en la isla de Martín García. Esta obra estratégica tenía como finalidad consultar los intereses políticos del general Urquiza, quien, en 1851, se pronuncia en contra de Rosas. A este movimiento se unieron Entre Ríos, Montevideo y Brasil, creando el Ejército Grande Aliado Libertador. En este mismo año, Manuel Montt fue elegido presidente de Chile.

Esta etapa fue, sin duda, un período álgido en el que se anticipa el final del gobierno rosista. Como señala Tulio Halperin, gracias a ello iba a completarse, en menos de un año a partir de la batalla de Caseros, “el abanico de proyectos alternativos que desde antes de esa fecha divisoria habían comenzado a elaborarse” (1980: XXVI). La caída del Rosas en febrero de 1852 marcó un cambio en las condiciones políticas de Argentina y, de igual forma, significó la reintegración de Sarmiento a la vida política de su país en 1855, del cual se encontraba exiliado permanentemente desde 1840. Así, Sarmiento pasaría de una condición de destierro político a ser gobernador de su provincia de San Juan de 1862 a 1864, y más tarde a ocupar la presidencia de la Nación Argentina de 1868 a 1874.

Cabe señalar que *Viajes* es una obra donde se presenta una transformación del pensamiento político de Sarmiento. Como señala Gabriel Eduardo Brizuela, éste fue “un período de maduración de ideas, de confirmación y de decepciones. El sanjuanino estudió todos los sistemas políticos y se puede decir que eligió el que creyó, en ese momento, más apropiado” (2001: 109 y s.). De este modo, Europa dejó de ser visto por él como el referente político ideal (postura defendida en *Facundo*, obra anterior a su viaje), y su lugar es ocupado por los Estados Unidos. Este cambio en su pensamiento será un parteaguas para el proyecto de nación argentina que, más adelante, Sarmiento propondrá en sus obras posteriores a

Viajes, ente ellas: *Recuerdos de Provincia, Campaña de Ejército grande*, “Constitución de 1853” y “Comentarios de la Constitución de la Confederación”.

1.2.2. El regionalismo yucateco: separatismo y la misión diplomática de Sierra O’Reilly

Yucatán es un caso paradigmático entre los regionalismos que surgieron en el México independiente. Si bien se había anexado a México en 1821,⁴⁸ tras el fracaso iturbidista de decretar una constitución representativa, Yucatán se unió a la diputación provincial de Guadalajara en su autodenominación como “estados soberanos”, declarando un poder legislativo propio.⁴⁹ A este acto se unieron las demás provincias del país, generando una crisis en el Congreso y la emergencia del sistema político federal en la Constitución de 1824. A partir de este momento, Yucatán se pronunció por un federalismo que lo llevaría enfrentarse con el centralismo instaurado en 1834.⁵⁰

La primera ruptura con el gobierno centralista fue la rebelión de Santiago Imán en 1839, que condujo a la caída de este régimen en Yucatán y marcó el inicio de una etapa independentista a lo largo de 1840 y 1847. En este período se abrió “la posibilidad de establecer un gobierno independiente que podía ser momentáneo o perpetuo, y las opciones de restaurar la unión nacional o el anexionismo pro estadounidense” (Campos, 1995: 52). Es

⁴⁸ De este modo, una vez proclamada la independencia de Yucatán de la corona española en 1821, un sector amplio de la elite yucateca declaró que: “Yucatán decidió separarse del gobierno de España, (y) adherirse al que establezca el imperio siempre que sea representativo” (Campos, 1995: 47).

⁴⁹ Melchor Campos García señala que al desconocerse el Plan de Iguala, los federalistas promovieron la creación de órganos autónomos de gobierno: “La diputación provincial, en su proclama de 27 de abril de 1824, declaró que ante la carencia de un congreso nacional y de una constitución que estableciera el pacto social e integrara a toda las provincias en una nueva nación, Yucatán se encontraba ‘en el estado de libertad natural y política para deliberar soberanamente’” (1995: 48).

⁵⁰ Al respecto, Arturo Taracena enfatiza que el federalismo en México fue empapándose de una visión asimétrica, de este modo, “Yucatán consideraba por razones históricas que su territorio debía contar con más atribuciones que las de los otros de la Federación, pero sin necesariamente cubrir las obligaciones adquiridas frente al gobierno nacional” (2010: 48).

en este período en el que Sierra O'Reilly cumplió un papel central como figura política y representante de la facción federalista que promovía la soberanía de la región; estas ideas regionalistas y separatistas las expuso y defendió en su abundante producción de obras literarias, periodísticas e históricas. A continuación, me enfocaré en presentar el contexto político de su vida y el de mediados del XIX, momento de su viaje a los Estados Unidos.

Durante sus primeros años de formación, Sierra O'Reilly tuvo una educación a cargo de miembros de instituciones religiosas.⁵¹ Posteriormente, entre los años de 1832 y 1836 durante la instauración del modelo centralista en México, realizó sus estudios como Bachiller en Cánones y Derecho Civil.⁵² En 1834 fue doctorado pasante en Teología Escolástica y Moral, desempeñó el cargo de bibliotecario y fue nombrado secretario del plantel. El primero de septiembre de 1836 obtuvo el título de bachiller en Derecho Canónico e inició sus estudios en jurisprudencia. Poco después, en 1837, se trasladó a la Ciudad de México con una pensión eclesiástica e ingresó en el Colegio de San Ildefonso, donde se recibió como abogado el 21 de julio de 1838. Este mismo año regresó a Mérida y recibió el grado de doctor en Derecho que le concedió la Universidad Literaria de Yucatán, e ingresó al claustro de la Universidad.

Poco tiempo después de su regreso a la Península, inició el movimiento independentista en la región (1840 y 1841). En este período se perfilaron dos facciones políticas entre la elite yucateca, “una que trabajaba a favor de consolidar el gobierno

⁵¹ Entre los años de 1825 y 1827 Sierra O'Reilly inició sus estudios escolares en la ciudad de Mérida. A los once años realizó su primer viaje a Tabasco en compañía del “doctor Domingo López de Somorza, cura del Sagrario de Mérida, rector y catedrático de la Universidad, y provisor y vicario del obispado; Manuel Zapata y Gregorio Sauri” (Sierra, 1996: v). En el año de 1829, gracias a la protección del cura Antonio Fernández Montilla, ingresó al Seminario Conciliar de San Ildefonso en Mérida (Sierra, 1996: v), donde cursó filosofía con el presbítero Domingo Campos y teología en 1832 (Castro, 2008: xxi). En el año de 1833 le otorgaron una beca de Merced, y en 1835 otra de oposición (Sierra, 1996: v).

⁵² Estudios realizados “bajo la dirección del doctor Domingo López de Somorza, un liberal español expulsado por Fernando VII” (Castro, 2008: xxi). Las ideas liberales, como desarrollaré más adelante, fueron de las principales enseñanzas durante la formación de Sierra O'Reilly y se verán reflejadas en sus ideales políticos.

independiente y la otra, que pugnaba por mantener la separación mientras se lograba el triunfo del federalismo en México” (Taracena, 2010: 74). En un primer momento, la minoría centralista en Yucatán apoyaba una separación táctica, mientras que la mayoría se inclinaba por la independencia, entre ellos el líder de los campechanos y futuro suegro de Sierra O’Reilly, Santiago Méndez Ibarra, y el de los meridianos, Miguel Barbachano Tarrazo. En 1840 inició la participación política de Sierra O’Reilly en Yucatán, al ser nombrado secretario de una de las principales figuras que combatieron en Campeche a los partidarios del centralismo: el coronel don Sebastián López de Llega. Este mismo año, la revolución federalista derrotó a los centralistas y restableció la Constitución Federal de 1824 y la local de 1825; con este triunfo, Yucatán se separó por primera vez de la primera República Mexicana, y se designó a Sierra O’Reilly juez de distrito de Campeche.

La aprobación de las bases para una independencia provisional por el Congreso local significó reasumir el control de un poder Ejecutivo soberano, lo que ocasionó que el movimiento federalista en Yucatán se dividiera en facciones. Como señala Arturo Taracena, las “elecciones para el poder Ejecutivo del nuevo gobierno autonomista confirmó la hegemonía de los grupos localistas que dominaban ya la escena política en Campeche y Mérida” (2010:77); es decir, entre los grupos mendecistas y los barbachanistas. Sin embargo, la separación de los intereses de esta facción inicialmente federalista se dio cuando Méndez Ibarra, nombrado jefe de gobierno, fue tornando sus intereses hacia quienes defendían una separación táctica. Este cambio en la posición de Méndez se debió a que las medidas que el gobierno mexicano tomó ante la declaración de independencia de la región, afectaban sus

intereses económicos en Campeche.⁵³ Mientras tanto, los seguidores de Barbachano en Mérida se radicalizaban y demandaban al Congreso una independencia inmediata. Ahora bien, en el año de 1845 estas posiciones se invierten por razones soberanistas y Sierra O'Reilly, partidario de Méndez, también se convirtió en uno de los principales promotores del separatismo yucateco tanto en sus escritos como en sus acciones políticas.

En este ambiente de tensiones internas, en septiembre de 1841 el futuro suegro de Sierra O'Reilly,⁵⁴ Méndez Ibarra, lo comisionó para concertar con las autoridades tabasqueñas una posible alianza para enfrentarse al gobierno mexicano, pero lejos de unirse a la lucha independentista, Tabasco terminó por sumarse al Plan de Veracruz promovido por el general Santa Anna. Al volver a Yucatán, Sierra O'Reilly intervino en el convenio que el gobierno de la Península celebró con el representante del gobierno mexicano el día 28 de diciembre de 1841, Andrés Quintana Roo,⁵⁵ cuyo resultado fue un acuerdo firmado por ambas partes el 5 de enero de 1842, en el que se le otorgaba a Yucatán un importante grado de autonomía en su reintegración a la República Mexicana. Sin embargo, al enterarse de esta resolución Santa Anna, rechazó el acuerdo una vez finalizada la misión de Quintana Roo, y con ello se opuso a que Yucatán conservara las leyes particulares de su régimen interior, entre

⁵³ Recordemos que Campeche tenía en México su principal vínculo comercial y, Santa Anna, aprovechó esta circunstancia promoviendo el bloqueo comercial con la región. Viendo sus intereses afectados, “a partir de julio de ese año [1841], Méndez Ibarra [quien pidió permiso para ausentarse de la gubernatura para atender sus negocios mercantiles en Campeche] deja de alentar el independentismo en sus contactos públicos y privados, exigiendo que el gobierno de la República enviase comisionados para alcanzar una solución política ecuaníme” (Taracena, 2010: 80).

⁵⁴ Sierra O'Reilly contrajo nupcias con doña Concepción Méndez en 1842, hija de Santiago Méndez Ibarra, y de esta unión nacieron sus hijos María Concepción (1844), María de Jesús (1846), Justo (1848), Santiago (1850) y Manuel José (1852).

⁵⁵ Méndez Ibarra y Barbachano, aunque divergían en cómo resolver la crítica situación de Yucatán, acuerdan oír las propuestas del enviado por el gobierno mexicano, Andrés Quintana Roo, quien representaba los intereses de Santa Anna de evitar la fragmentación de la Península debido a situaciones estratégicas. Mientras que los yucatecos negociaban amenazando con buscar una alianza con Texas que, en ese momento, también buscaba el reconocimiento de su independencia. Más al respecto véase (Taracena, 2010: 83).

otras demandas. Al no aceptar las condiciones, Santa Anna decidió someter a Yucatán por las armas y en julio de 1842 envió tropas para sitiar la plaza de la bahía de Campeche. En esta lucha, las tropas yucatecas se conformaron en su mayoría por indígenas del Oriente del estado que fueron armados para prestar servicios en la guerra. Más tarde, esta medida estratégica tomada por las elites yucatecas tendría consecuencias durante el levantamiento armado de los indígenas en la “guerra de castas”, que estallaría pocos años después, el 30 de julio de 1847.

Ahora bien, el 29 de mayo de 1843, tras la derrota de la expedición militar que el presidente Santa Anna había mandado a Yucatán para someter la región al régimen centralista, Sierra O’Reilly fue consejero del Gobierno y, “junto con Joaquín García Rejón y Jerónimo Castillo, firmó el nuevo tratado el 14 de diciembre de 1843” (Sierra, 1996: VII). En este tratado se acordaba la reincorporación de Yucatán bajo criterios similares a los acordados por Quintana Roo. Durante el mismo año, la Asamblea Departamental de Yucatán desconoció al Supremo Gobierno Nacional y se separó por segunda ocasión de la República Mexicana. Un año después, Sierra O’Reilly fue electo vocal de la Asamblea Departamental y, posteriormente, de la Asamblea Legislativa en la que firmó, “el 1 de enero de 1846, el decreto por medio del cual Yucatán reasumió su soberanía” (Sierra, 1996; VII).

Unida a su labor política, Sierra O’Reilly mantuvo un papel central en el periodismo de esta región. Desde enero de 1841, publicó en Campeche *El Museo Yucateco* (1841-1842), primer periódico literario en Yucatán, el cual se insertaba en un momento particular de la literatura mexicana que “planteaba regenerar la opinión pública por medio de la educación, literatura y el arte” (Taracena, 2007: 14). Esta tendencia ideológica del periodismo literario se fundaba en los principios de un patriotismo criollo que pretendía “‘inventar’ a México

como posible nación soberana por medio del ensalzamiento de la fertilidad de su Naturaleza, la riqueza del territorio, su buena disposición geográfica, la grandeza de su pasado prehispánico y la fecundidad de sus hombres de letras y artistas” (Taracena, 2007: 14). En estos escritos, Sierra O’Reilly promovió la idea de Yucatán como una nación, fundada en un pasado propio y en una serie de valores compartidos, que reafirmaban la supremacía de los criollos en la región. Asimismo, en el *Museo Yucateco*, Sierra O’Reilly publicó por entregas varias obras literarias de corte primordialmente histórico y bajo el influjo de obras del romanticismo francés, tales como *El Filibustero*, *Doña Felipa de Sanabria* y *Los bandidos de Valladolid*. De igual modo, en este periódico presentó fragmentos del célebre libro de viajes del estadounidense John Lloyd Stephens en 1848, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, del cual hablaré en el siguiente capítulo.

En el año de 1845, Sierra O’Reilly fundó su segundo periódico, el *Registro Yucateco* que, con bastante irregularidad, prolongó su existencia hasta 1849. En él dio a conocer otras de sus novelas por entregas, entre ellas: *El secreto del ajusticiado* y *Un año en el hospital de San Lázaro*.

Cuando Sierra O’Reilly fue comisionado por el gobernador de Yucatán para viajar a Washington en septiembre de 1847, la “guerra de castas” ya había manifestado sus primeras amenazas a la elite regional y, desde inicios de 1846, había iniciado la invasión de los Estados Unidos a México bajo el mando del presidente James Polk, quien defendía la doctrina expansionista bautizada como “Destino manifiesto” por John L. Sullivan en 1845: “cualquier pueblo podía establecer su autogobierno, solicitar su admisión y ser aceptado en la Unión, aunque algunos pueblos tendrían que ser educados para vivir en libertad” (Serrano y Vázquez, 2011: 432).

Si bien Yucatán se había declarado neutral en la guerra con los Estados Unidos, esta postura duraría poco tras la ocupación que este país extranjero hizo de la Isla y la ciudad del Carmen (hoy estado de Campeche), “a pretexto de que allí se introducía a Tabasco, y de Tabasco a México, contrabando de armas y parque que servía para combatir a las tropas norteamericanas” (Pérez, 1988: 35). La ocupación del Carmen y la aplicación de impuestos al comercio entre la tierra firme y la isla motivaron que el gobierno de Yucatán mandara al juez José Rovira a Washington con la finalidad de obtener la desocupación de la isla y el término de los impuestos. La misión de Rovira tuvo éxito aparente y, tras acontecimientos posteriores, Sierra O’Reilly fue acreditado para viajar a Washington.

La misión de Sierra O’Reilly a Estados Unidos tenía tres finalidades: 1) solicitar la desocupación de la ciudad del Carmen; 2) conseguir para Yucatán un trato especial que garantizara la seguridad del estado ante cualquier medida represiva tomada por el gobierno mexicano contra él, tras su declarada neutralidad ante la guerra con Estados Unidos; y 3) pedir auxilio para el gobierno yucateco frente a los indios rebeldes. No obstante, el crecimiento de las dificultades políticas y sociales durante el período de su viaje debido a la cada vez más violenta guerra de castas, la dificultad de comunicación con el gobierno yucateco y los enfrentamientos políticos entre la facción de Santiago Méndez y la encabezada por Miguel Barbachano, ocasionaron que Sierra O’Reilly tomara nuevas medidas en su misión, e intentara negociar la soberanía de Yucatán a cambio de ayuda por parte del gobierno estadounidense.

El 25 de marzo de 1848, durante los últimos meses de la misión de Sierra O’Reilly, “Santiago Méndez ya había renunciado a la gubernatura a favor de Miguel Barbachano, con quien se tenía la esperanza de entablar negociaciones, pues algunos rebeldes se identificaban

con él, particularmente Jacinto Pat” (Quezada, 2001: 142). Sin embargo, los tratados de conciliación entre ambos bandos fracasaron y la guerra continuó a favor de los indios. Fue hasta el 14 de junio de 1848 que el gobierno de México otorgó la ayuda que Yucatán buscaba para reprimir la sublevación indígena, como respuesta a las gestiones de Barbachano. El 16 de junio de 1848, la misión de Sierra O’Reilly se dio por terminada y, poco tiempo después, el 17 de agosto del mismo año se declaró concluida la guerra con los Estados Unidos. A su vez, Barbachano decretó la anexión de Yucatán a la nación mexicana, además de que “reconocía los poderes supremos nacionales, la sujeción de la entidad al régimen federal y la Constitución general de 1824, se derogaba la local de 1841, se restablecía la de 1825 y se convocaba a elecciones para diputados federales y para los poderes estatales” (Quezada, 2001: 143). Finalmente, Yucatán se reincorporó a México de manera definitiva.

De vuelta en Yucatán en 1848, el panorama político de Yucatán en relación con México se había transformado. Es sabido que a su regreso, Sierra O’Reilly sufrió la crítica de sus compatriotas, especialmente debido a que su misión diplomática representó para sus opositores un acto de traición a la soberanía nacional mexicana. En *Impresiones* es posible observar el tono apologético con el cual el escritor yucateco intentó matizar el objetivo anexionista que adquirió su misión durante los últimos meses, una vez derrotada la facción mendecista en Yucatán.

Es en este momento, en los márgenes políticos del México centralista, que Sierra O’Reilly elaboró *Impresiones*, retomando las notas que había hecho durante su viaje en su *Diario* que, como hemos señalado, asumió también la forma de un texto epistolar dirigido a su esposa Concepción Méndez. De la reescritura del *Diario*, así como de la incorporación de información e investigación historiográfica, resultan los cuatro tomos del libro *Impresiones*

que verían la luz entre 1850 y 1851 en Campeche. Como estudiaré más adelante, esta obra lejos de ser un relato meramente anecdótico o una crónica de viaje, conjugó las ideas políticas regionalista del escritor y promovió un proyecto político que criticó el funcionamiento de la República Mexicana y cuestionó el lugar de Yucatán en ella.

En noviembre de 1848 publicó su tercer periódico, *El Fénix*, en el que apareció en el primer número del folletín su hoy conocida novela histórica *La hija del judío*, la cual se siguió publicando en la imprenta de su cuñado Pedro Méndez Echazarreta, “sin interrupción cada día, 1, 5, 10, 15, 20 y 25 del mes hasta el 25 de diciembre de 1849” (Castro, 2008: xix). Esta obra, como anuncia el escritor en las notas de *Diario*, fue concebida durante su viaje en los Estados Unidos.

En *El Fénix*, Sierra O'Reilly continuó con la labor de configuración de una identidad nacional yucateca, como lo había hecho desde *El Museo Yucateco* y el *Registro Yucateco*, partiendo de la reflexión histórica sobre la Conquista española y la Colonia.⁵⁶ Especialmente, en este periódico se destacan los artículos publicados entre 1848 y 1851 con el título de “Consideraciones sobre el origen, causas y tendencias de la sublevación de los indígenas, sus probables resultados y su posible remedio”,⁵⁷ en los que el escritor desarrolló sus ideas sobre “la raza indígena”, y planteó la problemática en torno a la continuidad y discontinuidad entre la antigua civilización indígena y la contemporánea. Esta reflexión es un punto de partida para identificar las causas del levantamiento armado de los indígenas en Yucatán; uno de los principales peligros para la supervivencia de los “blancos” y el progreso de la República

⁵⁶ No es de extrañar que la novela histórica *La hija del judío* partiera del horizonte histórico de la época de la Colonia en Yucatán para reflexionar sobre la propia identidad yucateca, siguiendo el modelo crítico de las novelas históricas con tintes nacionalistas.

⁵⁷ Posteriormente, en 1857, estos artículos fueron publicados en Campeche de manera parcial en su obra intitulada *Los indios de Yucatán. Consideraciones históricas sobre la influencia de elementos indígenas en la organización social del país*.

sobre la que se tenía puesta la esperanza nacional: “siendo la perfectibilidad humana una ley providencial, claro es que el individuo, la familia, la comunidad deben esperar ese progreso incesante. La acción reguladora que la sociedad ejerce sobre sí misma en un sistema republicano, es sin duda el más notable elemento de ese progreso. Tenemos fe en la república” (Sierra, 1994: 25).

Sierra O'Reilly siguió figurando en la vida política de la región tiempo después. En 1851, una vez realizadas las elecciones para el Congreso Federal, ocupó el cargo de diputado federal en México como representante de uno de los dos partidos políticos en los que se dividió la Representación Popular, evidentemente del lado mendecista. Concluida esta función, regresó a Campeche como Agente del Ministerio de Fomento en Yucatán y Juez Especial de Hacienda de su puerto. En este momento, se destaca la producción de Sierra como jurista. En 1854 publicó el tratado jurídico *Lecciones de Derecho Marítimo Internacional*, obra encargada por el Ministro de Fomento. En 1859, viviendo en Mérida después de verse obligado a abandonar Campeche a causa del hostigamiento que sufrió en 1857,⁵⁸ elaboró el “Proyecto del Código Civil Mexicano”, encargado por el gobierno de México para suprimir la diversidad en la legislación civil en los Estados de la Federación,⁵⁹ y que fue publicado poco después de su muerte en 1861.

⁵⁸ Las biografías más celebratorias sobre Sierra O'Reilly suelen enfatizar este suceso como el comienzo del declive anímico del escritor que, ya enfermo, se aproximaba a su temprana muerte en 1861: “Habiendo sufrido persecuciones con motivo de la revolución de 1857 se vio obligado el político Sierra O'Reilly a abandonar Campeche. Y su casa, asaltada, fue presa de vandalismo: destruyeron sus muebles y sus archivos y ahí perecieron muchos trabajos inéditos de ese distinguido escritor y muchos libros antiguos que había podido reunir a fuerza de trabajo y de dinero [...]” (Jiménez, 1977: 20).

⁵⁹ Este proyecto se convirtió Ley en el Estado de Veracruz en 1861 y, en 1870, se convirtió en el Código Civil del Distrito Federal, extendiéndose también a otros estados.

En síntesis, como se ha podido apreciar en este capítulo, los primeros años de la independencia de Argentina y México están marcados por un convulso panorama político, en los que Sarmiento y Sierra O'Reilly jugaron un papel central en la definición de las identidades nacionales. En el primer caso, el conflicto entre los intereses de los federalistas y los unitarios definió dos etapas en este período, que fue de un constitucionalismo hasta el establecimiento del gobierno de Rosas. En este marco tuvo lugar el destierro de Sarmiento a Chile y su viaje, en una suerte de doble exilio, a Europa y los Estados Unidos. Por su parte, las tensiones en México se dieron entre los intereses del gobierno centralista y los federalistas que, en el caso de Yucatán, estaba representado por una facción separatista, de la cual Sierra O'Reilly fue miembro destacado. Su viaje a los Estados Unidos, resultado de este panorama y de la guerra entre este país y México, así como su posterior escritura y publicación una vez anexo Yucatán a México, posicionan al escritor en un espacio ambivalente y polémico dentro de la elite criolla. En ambos casos, sus viajes al país del Norte están orientados por misiones políticas (financiadas por el gobierno chileno, y el independiente de Yucatán, en cada caso) que promovían búsquedas de modelos nacionales diferentes a la realidad de sus países.

En este sentido, *Viajes de Sarmiento e Impresiones de Sierra O'Reilly* son escritos desde “los márgenes” políticos de Argentina y México, respectivamente. Esta condición será el punto de partida para el estudio de la representación de la identidad discursiva de estas obras en el siguiente capítulo. Veremos cómo dicha perspectiva definida por el contexto histórico, político y cultural de sus países, determinó la apropiación que cada uno de los autores realizó del género de viaje, como parte de su ideario político y literario.

CAPÍTULO II

IDENTIDADES DISCURSIVAS Y NARRATIVAS DEL VIAJERO EN LAS OBRAS *VIAJES E IMPRESIONES*

El objetivo de este capítulo es atender la dimensión discursiva de las representaciones de la identidad en los libros de viaje de Domingo F. Sarmiento y Justo Sierra O'Reilly. En *Viajes e Impresiones* este aspecto del discurso atraviesa dos problemáticas relacionadas con la escritura del viaje: el decir-escribir de la enunciación y la “configuración” del tiempo en la narración. Para abordar esta cuestión, en la primera parte del estudio analizaré la extensa tradición de la literatura de viaje en el siglo XIX, especialmente en el contexto latinoamericano en el que Estados Unidos conformaba el nuevo referente de nación, y en donde la producción de las obras dependía de una ciudad letrada. En este apartado señalaré cómo en estas condiciones Sarmiento y Sierra O'Reilly fueron parte de dicha historia literaria y se “apropiaron” del género de viaje en respuesta a las condiciones políticas de construcción de la nación argentina y mexicana, haciendo parte central de sus obras la problemática de la representación de identidades.

En la segunda parte veremos cómo, en cada caso, estas apropiaciones del género ocasionan que en *Viajes e Impresiones* el “yo” de la enunciación adopte distintas formas discursivas, en las cuales la identidad del escritor asume diferentes posiciones frente a sus interlocutores explícitos e implícitos, ya sea como personaje, ensayista o historiador.

Finalmente, en este momento del análisis destacaré en qué sentido las marcas discursivas de las identidades hacen que no sólo sean obras multisituadas en el espacio, aspecto propio del desplazamiento en el viaje, sino también en el tiempo.

2.1. Apropiación del relato de viaje: la ciudad letrada latinoamericana y el referente estadounidense

El auge que la literatura de viajes tuvo en el siglo XIX es, sin duda, un referente imprescindible para analizar las obras *Viajes e Impresiones*, debido a que ambas fueron escritas siguiendo las nociones estéticas de lo que debía ser un relato de este género: la importancia de la descripción de la geografía, de la naturaleza, de las exóticas costumbres del país lejano; la narración de los recorridos en el espacio y de los acontecimientos de manera cronológica; el énfasis en las dificultades del viaje como un mecanismo para mantener la expectativa del lector; la forma epistolar como un recurso recurrente que inscribe al lector en el relato; las extensas explicaciones y comparaciones entre el aquí y allá del viajero; y la enunciación de un “yo” vivencial que, a modo de una autobiografía, habla desde la propia experiencia de lo visto y hace del “yo narrado” el “yo narrador”, entre otros, forman parte de las múltiples estrategias discursivas que estos escritores adoptaron de este tipo de textos con los que estaban familiarizados. En ambos casos, la influencia de dicha literatura atravesó dos condiciones que caracterizaron el marco de elaboración de sus libros y que, en gran medida, son las responsables de las apropiaciones que Sarmiento y Sierra O’Reilly hicieron de ella: por un lado, el papel de la escritura en las ciudades letradas latinoamericanas del siglo XIX y, por el otro, la exaltación de los Estados Unidos como el modelo de la nueva nación moderna.

Al hablar de “apropiación” me referiré a las adaptaciones “creativas” que en América Latina se generaron de modelos literarios de origen europeo, como es el caso del relato de viaje. En esta cuestión que ha sido abundantemente trabajada por la crítica, destaca el hecho de que, en las primeras décadas del siglo XIX, la literatura latinoamericana fue una suerte de realidad paradójica que, al mismo tiempo que seguía los modelos de una tradición cultural europea, había una serie de transformaciones, apropiaciones o “transculturaciones”,⁶⁰ al incorporarse al circuito letrado y a los proyectos políticos de las elites criollas que lo conformaban. Por lo tanto, la literatura de este período producida en el continente se descubre a sí misma como criolla, identidad que en el siglo XIX presenta una condición doble que conjuga una identidad nacional –anticolonial- y una identidad internacional –o hispanoamericana- (Rojas, 1980: 62).

Como he mencionado, la literatura y la escritura jugaron un papel imprescindible en la tarea de consolidación de las nuevas identidades y naciones latinoamericanas. La influencia de la corriente del romanticismo⁶¹ hizo que la literatura fuera el mecanismo pedagógico e histórico de reconstrucción de la etapa previa a la época colonial, así como el medio para definir un presente político y cultural, dando lugar a un primer hispanoamericanismo interesado en la revisión del pasado. Esta visión afirmaba que cada “pueblo” estaba definido “por el área geográfica, el lenguaje y la experiencia histórica”, y

⁶⁰ Esta categoría creada por el cubano Fernando Ortiz para criticar los conceptos de “aculturación” y “desculturación”, los cuales formulaban una relación pasiva en el intercambio entre culturas, es retomada en los años sesenta por el uruguayo Ángel Rama en *Transculturación narrativa en América Latina* (2004). Rama hablará de “transculturación” para caracterizar un proceso que abarca varios fenómenos culturales, entre ellos un momento de “plasticidad creativa” que conlleva una respuesta propia y original por parte de la cultura receptora en una relación de intercambio, como es el caso de la América Latina poscolonial y su literatura.

⁶¹ Especialmente, escritores representantes del romanticismo francés como Victor Hugo, Alexandre Dumas, François-René Chateaubriand, Alphonse de Lamartine, entre otros, como el británico Walter Scott y el italiano Alessandro Manzoni.

era el “constructor de los espíritus y conciencias colectivas (regionales o nacionales) diferenciadas” (Taracena, 2010: 29).

Sin embargo, como he señalado anteriormente, escribir y leer en estos espacios era tarea de un grupo privilegiado que concentraba la mayor parte de los recursos económicos y políticos de sus países recién independizados. El circuito de interacción de la literatura estaba definido por lo que el crítico uruguayo Ángel Rama (1984) denominó “ciudad letrada” latinoamericana. Es importante señalar que este concepto abarca varios niveles de la dinámica cultural latinoamericana que revelan el poder de la institución letrada en el continente; de tal modo que refiere tanto al conjunto de instituciones que dependen de las letras como base de su poder y prestigio, como al grupo de individuos “letrados” que construyen su identidad de manera diferenciada de quienes no tienen alcance a la escritura y lectura. Es en este sentido que la ciudad letrada que analiza Rama, especialmente en el contexto colonial, dialoga consigo misma y se encuentra amurallada, logrando con ello excluir a quienes no pertenecen a ella y reafirmar su dominio político y simbólico.

En el siglo XIX, la ciudad letrada de esta región estaba conformada por la elite criolla que mantenía un control social y político a través de diferentes medios, entre ellos la producción de discursos literarios y periodísticos. Como señala Belem Clark de Lara en su estudio sobre la crónica periodística mexicana en el siglo XIX, la prensa en esta época fue el mundo de la literatura, y tenía entre sus objetivos “influir de alguna forma sobre la vida colectiva a través de escritos que se hacían públicos” (2005: 326). La función de esta literatura estaba unida al objetivo independentista de educar al pueblo y modelar una autonomía intelectual y de espíritu, al mismo tiempo que buscaba regular un orden social. Este último punto se relaciona con el hecho de que la ciudad letrada definía sus límites entre

aquellos que podían acceder a la escritura y a la lectura, conformando un grupo reducido que excluía a las poblaciones marginadas por el sistema colonial: indígenas, migrantes y habitante de regiones alejadas de los centros políticos. De este modo, el documento escrito fue uno de los mecanismos ideológicos primordiales para definir los medios de organización, difundir las ideas, debatir los proyectos políticos y contar una historia propia como países independientes, así como otorgar un lugar a América Latina y sus sociedades dentro de un panorama internacional.

Entre las obras privilegiadas para trazar estas líneas de la identidad latinoamericana se encontraban los libros de viaje europeos y norteamericanos sobre esta región, cuya difusión trascendió los márgenes de sus países de producción y alcanzaron una gran popularidad en las regiones que describían. Sólo entre 1805 y 1835 salieron a la luz numerosas publicaciones de viajeros europeos sobre el territorio argentino,⁶² y en México proliferaron las exploraciones de europeos y norteamericanos, especialmente después del gran interés que despertó el relato de viaje del alemán Alexander von Humboldt.⁶³ Tal como señala Ricardo Cicerchia (2005: 11), estos textos de viaje europeos, realizados entre los siglos XVIII y XIX, constituyen uno de los episodios centrales en el diseño de los primeros discursos nacionales, contribuyendo a la creación de imaginarios sobre la naturaleza, historia y costumbres de dichos países.

Éste es el caso del *El repertorio americano* (1826, 1827) de Andrés Bello, una conocida obra latinoamericana del período independiente que se inspiró en los escritos de

⁶² Entre ellos destacan los trabajos de Vidal [1820], Brackenrige [1820], Caldecleugh [1825], Head [1826], Miers [1826], Beaumont [1828], Miller [1828], Bourne [1835], MacCann [1853] (Cicerchia, 2005: 135).

⁶³ Como señala Ottmar Ette, “Alexander von Humboldt fue el viajero de lengua alemana más conocido del siglo XIX y, sin duda, también el más famoso investigador sobre la América española que conoció su época” (2001: 15). De hecho, su influencia ha sido estudiada tanto en Europa como en América Latina, donde sus trabajos fueron el origen de imaginarios fundacionales. Ver Pratt (2010).

viajeros europeos,⁶⁴ en la que el venezolano retoma las representaciones de la naturaleza americana que Humboldt describe en *Cuadros de la naturaleza* (1808).⁶⁵ Publicado en Inglaterra en 1826 y dirigido “Al pueblo americano”, *El repertorio* forma parte del primer americanismo europeizante, el cual revela el proyecto de los criollos en torno a la construcción de identidades independientes de la metrópoli española, al mismo tiempo que reproduce valores europeos. En su obra, Bello parte de las imágenes producidas por Humboldt de una naturaleza americana romántica, exótica y no colonizada, “no la naturaleza accesible, recolectable, reconocible, categorizable de los linneanos, sino una naturaleza impresionante, extraordinaria, un espectáculo capaz de sobrecoger la comprensión y el conocimiento humanos” (Pratt, 2010: 229). En definitiva se trataba de una semántica que hacía de América del Sur un espacio de naturaleza.

Estas imágenes que Europa creó de América en su literatura de viaje fueron el punto de partida de numerosos miembros de las elites criollas en América Latina a principios del siglo XIX, quienes desde la autoridad de su posición política y social llevaron a cabo una reinención de América a través de la escritura. Es ilustrativo el ejemplo de Simón Bolívar, figura representativa de la independencia en el continente, quien en una carta dirigida a Humboldt en 1821, lo reconoció como “un gran hombre que con sus ojos sacó a América de su ignorancia, y con su pluma pintó en plenitud su natural belleza” (Bolívar en Pratt, 2010: 212).

⁶⁴ Numerosos estudios destacan el caso de la obra de Andrés Bello, uno de ellos es el conocido trabajo *Ojos imperiales* de Mary Louise Pratt (2010). También existen otras menciones en Cicerchia (2005: 147) y Taracena (2007: 14).

⁶⁵ Esta obra formó parte de aquellos escritos no especializados que popularizaron el trabajo de Humboldt, si bien sus dos textos magistrales son: *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente* [*Voyage aux régions équinoxiales du nouveau continent en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 et 1804*], conformada por 30 volúmenes que fueron publicados en Francia entre 1805 y 1834, y en la que comparte autoría con Aimé Bonpland; y *Cosmos* [*Kosmos*] elaborada y publicada entre 1845 y 1847.

Es interesante destacar que la compleja apropiación de estas literaturas de viaje europeas asumió diferentes formas en las primeras décadas del siglo XIX, incluso, en ciertas obras latinoamericanas el componente humanista de la visión romántica de Humboldt sirvió para justificar la jerarquía social en América Latina, imitando de este modo los valores europeos que perduraron en la mentalidad “euroamericana” de los criollos una vez consolidadas las independencias políticas.⁶⁶

Ahora bien, la relación entre la literatura de viaje y la ciudad letrada latinoamericana no consistió únicamente en retomar obras de autores extranjeros en los discursos nacionales, ni se limitó a su traducción y difusión, ya que en este contexto de las nuevas naciones independientes, como explica Mariana Martínez Andrade, “la mirada se dirigió del ‘más allá’ (México) al más acá” (Europa y Estados Unidos), al encuentro con los que ahora resultaban los otros” (2004: 66). De hecho, a diferencia de la época de la Colonia, los viajeros latinoamericanos que visitaban Europa en este período escribieron y produjeron una abundante literatura.⁶⁷ Sin embargo, aunque cada vez son más abundantes los reconocimientos y reivindicaciones que la crítica ha hecho de este tipo de literatura (siendo Sarmiento uno de viajeros con mayor recepción), es necesario indicar que la lectura que en el siglo XIX se hacía de estas obras estaba limitada al circuito literario latinoamericano, es decir, no existía en Europa un interés por lo que sobre ella se decía desde América.⁶⁸ La

⁶⁶ Retomando algunos ejemplos proporcionados por Mary Louise Pratt (2010) en su estudio sobre la reinención de América en las obras de latinoamericanos de la primera mitad del siglo XIX, nos encontramos con el criollismo de José María Heredia en los años veinte, el racialismo de Esteban Echeverría en su obra *La cautiva* (Argentina, 1837), y la crítica a la barbarie americana en el *Facundo* (1845) de Domingo F. Sarmiento.

⁶⁷ Como señala Pratt, en la Colonia “era frecuente que los criollos hispanoamericanos viajaran a Europa y a menudo mandaran a sus hijos a estudiar allí, pero en modo alguno produjeron una literatura sobre Europa” (2010: 345).

⁶⁸ En torno a esta cuestión, es complementaria la lectura de Ottmar Ette, quien señala: “estas relaciones no sólo se basan en una asimetría económica o social, sino también en una asimetría intercultural, que hace que a los viajeros latinoamericanos no se les ocurra pensar en un dominio sobre el país visitado sino que además abre

asimetría política cimentada en una historia colonial entre ambos continentes, determinaba las condiciones de la hegemonía cultural y, por lo tanto, el alcance en la difusión de estas obras. Más adelante, retomaré dicha cuestión al analizar las relaciones del “nosotros” sudamericano y yucateco con el “otro” europeo presentes en *Viajes e Impresiones*.

En el caso de Sarmiento, los relatos de viaje formaban parte del repertorio de lecturas que tenía al momento de escribir su propio libro, junto con numerosos textos sobre Europa. En el prólogo de *Viajes* hace una especial mención a este horizonte de lecturas, conformado por escritores románticos que definieron la fórmula literaria del relato de viajes decimonónico: “Sobre el mérito puramente artístico y literario de estas páginas, no se me aparta nunca de la mente que Chateaubriand, Lamartine, Dumas, Jaquemont, han escrito viajes, y han formado el gusto público” (Sarmiento, 1949: XIV). De igual modo, Sierra O’Reilly estaba familiarizado con varios escritores de libros de viaje, a quienes también menciona a lo largo de *Impresiones*. Incluso, este autor era conocedor de la extensa tradición de libros de viaje elaborados por europeos y estadounidenses sobre Yucatán, y que en las primeras décadas del siglo XIX habían alcanzado el éxito y proliferado en los periódicos locales *El Registro Yucateco* y *El Museo Yucateco*.⁶⁹ Algunos de estos viajeros y sus obras fueron retomados en las discusiones del regionalismo yucateco con la finalidad de constituir los principios identitarios de la historia nacional de la región. Éste es el caso del viajero

literariamente el relato de viaje a otras funciones y formas de expresión. Incluso hoy, los europeos parecen poco preocupados por lo que viajeros no europeos escriben sobre Europa” (2001: 33).

⁶⁹ En el caso del periódico *El Registro Yucateco*, editado por el escritor, retomar las descripciones que dichos viajeros realizaron en sus obras de las ruinas de Uxmal, Palenque, Chichén Itzá, Kabah, etc., permitió “revalorizar los monumentos prehispánicos de la Península” (Taracena, 2010: 217).

francés Frédéric Waldeck, el austriaco Emanuel von Friedrichsthal⁷⁰ y el estadounidense John Lloyd Stephens;⁷¹ este último fue a su vez influenciado por la obra de Humboldt. Cada uno de ellos formó parte de las polémicas y los debates en la obra periodística de Sierra O'Reilly acerca de cuestiones centrales de la identidad yucateca, incluyendo en este ámbito la discusión en torno al origen de las pirámides mayas y su relación con los mayas contemporáneos.

Otro aspecto que caracteriza a la literatura de viajes latinoamericana en este período, y que es compartida por Sarmiento y Sierra O'Reilly, es que si bien Europa había sido el centro político, económico y cultural de interés, la construcción de las naciones en América Latina surgió en un momento en el que esta región experimentó una ruptura ideológica con la metrópoli española. Como consecuencia, varios latinoamericanos dirigieron su mirada a los Estados Unidos, una nación que generó una gran admiración por haber alcanzado tempranamente su independencia, así como por su rápido progreso económico y político.⁷² La mayoría de los viajeros latinoamericanos que visitaron dicho país, según explica Jack Ray Thomas (1992), tenía un alto nivel educativo, y un gran número de ellos conocía otros países latinoamericanos, al igual que Europa, África y Asia.

⁷⁰ Sierra O'Reilly mantuvo un diálogo con este viajero austriaco durante la primera mitad del siglo XIX. El día 18 de abril de 1841, éste le dio a conocer dicha teoría sobre el origen de las pirámides (Taracena, 2010: 169). El diálogo con Friedrichsthal con respecto a su teoría sobre el origen caucásico de los constructores de las pirámides de Yucatán, fue un tema polémico en las páginas del periódico *El Museo Yucateco*.

⁷¹ El caso de Stephens permite reconocer la profunda relación de Sierra O'Reilly con la tradición de los libros de viaje. Este explorador estadounidense es conocido por su popular obra *Incidents of Travel in Yucatan*, que elaboró en 1843 como resultado de su visita a Yucatán por motivos diplomáticos. La gran aceptación y el reconocimiento que dicho documento obtuvo en el país del norte motivó que Sierra O'Reilly publicara, en cuatro entregas en *El Museo Yucateco*, fragmentos de los capítulos 23 al 25 del segundo volumen del libro *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, mismo que en agosto de 1841 salió a la luz originalmente en inglés. Posteriormente, el escritor yucateco realizó la traducción del primer tomo de *Viaje a Yucatán a finales de 1841 y principios de 1842*, en 1848, y del segundo tomo en 1850.

⁷² Más al respecto véase Vogt (2008: 158).

No es de sorprender, entonces, que como parte de este panorama, Sarmiento y Sierra O'Reilly estuvieran familiarizados con uno de los viajeros que en el siglo XIX fue un referente obligado sobre el país del norte: Alexis de Tocqueville. Este político liberal e historiador francés elaboró su conocida obra *De la démocratie en Amérique* (*De la démocratie en Amérique*, 1835-1860) con motivo de su viaje a los Estados Unidos en el año de 1831, en un momento en el que Francia se encontraba en crisis y el país americano generaba admiración en Europa, debido al rápido desarrollo que tuvo una vez alcanzada su emancipación de Inglaterra. El viaje de Tocqueville fue el primero de una larga serie que vieron en el desplazamiento hacia este país “una máquina política del tiempo” (Ette, 2001: 20), una especie de viaje hacia el futuro de las naciones modernas. Tanto Sarmiento como Sierra O'Reilly, formaron parte de los que retomaron de la obra de Tocqueville el modelo analítico sobre la realidad social y política norteamericana, así como el énfasis en los principios rectores de la nación moderna: la soberanía, la libertad, la igualdad y los valores del gobierno democrático.

La influencia de Tocqueville en las ideas y planteamientos de Sarmiento ha sido constantemente señalada por la crítica.⁷³ Sin embargo, llama la atención que el escritor argentino sólo mencione una vez al viajero francés a lo largo de *Viajes*. Al respecto, William H. Kattrer considera que esto pudo haber sido una estrategia de escritura de Sarmiento para minimizar “la obvia asociación entre su propio texto y el de esta influencia casi

⁷³ No obstante, esta influencia no sólo es evidente en *Viajes* sino en gran parte de la obra de Sarmiento que, como Dottori y Zanetti (en Sarmiento, 1977: 10) señalan, suele citarlo con frecuencia. Asimismo, destacan que Tocqueville tuvo especial impacto en la denominada Generación del 37, e incluso antes, debido a que parte de *La democracia en América* fue traducida por Bernardino Rivadavia durante su destierro.

predominante, quizás [esto] también indica un intento de evitar la acusación, no sin motivo de plagio” (1996: 859).

Sarmiento retomó temas similares a los tratados por Tocqueville en su obra sobre los Estados Unidos, e incluso adoptó el modelo de argumentación en torno a la educación, la democracia y el funcionamiento de la vida política en dicho país, es importante destacar que existen distinciones primordiales que pueden ser explicadas por el papel de la escritura en la América Latina de la primera mitad del siglo XIX, ligada estrechamente a la integración de una sociedad y economía nacional. Como señala Miguel Rojas Mix (1980), a diferencia de Tocqueville, Sarmiento no se preocupa por examinar de qué modo se ha alcanzado en Estados Unidos “una solución al gran problema político del siglo XIX, la conciliación de la libertad y la igualdad, sino a rastrear el surgimiento de una nueva sociedad y una nueva civilización basada en la plena integración del mercado nacional” (1980: XXXVI). Esta discrepancia radical entre ambos autores es la que permite observar la visión conservadora que Sarmiento tenía acerca de la educación popular, la cual lejos de ser el medio para alcanzar una igualdad entre los grupos no letrados, como señala Tocqueville en su estudio, representa un mecanismo para mantener un orden social jerarquizado que privilegia a la elite criolla letrada.⁷⁴

Por lo pronto me parece importante destacar que no es posible hablar simplemente de una imitación o una copia de modelos literarios y discursivos europeos, sino de una apropiación de ciertas fórmulas argumentativas, discursivas y temáticas. Es decir, Sarmiento adoptó y tradujo en *Viajes* aquellos aspectos del trabajo de Tocqueville que le eran de utilidad

⁷⁴ Desde el *Facundo*, Sarmiento advierte los peligros de una difusión masiva y prematura de ideologías entre los grupos no letrados. Para él, ésta era una de las causas del drama político de Argentina, encarnado en el régimen de Rosas.

para la legitimar lo que escribe. En este sentido, para él, el autor francés es un referente aplicado de un tipo de estudio social que buscaría reproducir en su propia obra, al mismo tiempo que conforma el ejemplo de un tipo de viajero autorizado, científico, capaz de explicar y definir, figura que él mismo “ensayaría” ser en *Viajes*. De hecho, la posición desde la cual este viajero ideal enuncia, otorga autoridad a las representaciones que Sarmiento realiza no sólo del país del norte, sino también de la América Latina. Esta misión ideológica que justifica la escritura del viaje está presente desde su obra anterior, *Facundo*, donde señala la necesidad de “un Tocqueville” en la comprensión de la Argentina todavía no explicada ni definida:

A la América del Sur en general, y la República Argentina sobre todo, le ha hecho falta un Tocqueville, que, premunido del conocimiento de las teorías sociales, como el viajero científico de barómetros, octantes y brújulas, viniera a penetrar en el interior de nuestra vida política, como en un campo vastísimo y aún no explorado ni descrito por la ciencia, y revelase a la Europa, a la Francia, tan ávida de frases nuevas en la vida de las diversas porciones de la humanidad, este nuevo modo de ser, que no tiene antecedentes bien marcados y conocidos (Sarmiento, 1977: 10).

Vemos, entonces, que Sarmiento retomó la fórmula de la literatura de viajes con el conocimiento de que éste era un tipo de discurso autorizado, casi científico, desde el cual podía ser posible interpretar su propia realidad y darla a conocer. Por su parte, para señalar la influencia de Tocqueville en *Impresiones* de Sierra O'Reilly es necesario mencionar el caso de otro viajero yucateco que visitó los Estados Unidos a principios del siglo XIX y que mantuvo una cercanía con el viajero francés. Aludo al yucateco Lorenzo de Zavala, una de las mayores influencias políticas y literarias para Sierra O'Reilly, y uno de los responsables en dar a conocer varias de las ideas liberales que llegaron a Yucatán desde finales del siglo

XVIII y que fueron asimiladas de forma clandestina o a través de ciertas instituciones eclesiásticas.⁷⁵ La influencia de estos principios llevó a la primera tentativa separatista por parte de los liberales sanjuanistas de 1814 en Yucatán, encabezados por Andrés Quintana Roo. Pero, tras fallidas rebeliones sanjuanistas, en 1818 Lorenzo de Zavala fue quien encaminó a este grupo político hacia la independencia. Posteriormente, en los años de 1822 y 1833, Zavala realizó un viaje a Estados Unidos que testimonió en su obra *Viage a los Estados Unidos del Norte de América*, editada en París en 1834. Este libro, que encuentra evidentes paralelismos con la obra de Tocqueville en temáticas y forma argumentativa,⁷⁶ fue reimpresso por Sierra O'Reilly en 1846 con el título *Viaje a los Estados Unidos de Norte América*, poco antes de realizar su propio viaje. En esta edición, Sierra incluyó una extensa nota introductoria donde afirma que el viaje fue el medio que le permitió a Zavala examinar la nación estadounidense, “sus instituciones, sus medios de existencia y poder, y los establecimientos públicos” (Sierra, 1976: 226). Posteriormente, Sierra O'Reilly retomó esta justificación como uno de los argumentos centrales en la escritura de su obra: viajar era el modo privilegiado para analizar el funcionamiento político de los Estados Unidos.

Sin duda, podemos rastrear un primer acercamiento al trabajo de Tocqueville en la influencia que Zavala tuvo en Sierra O'Reilly, pero también es necesario destacar que en

⁷⁵ Como señala Melchor Campos, esta “revolución filosófica se gesta en el Seminario [de Sanjuanistas] donde existían obras de los ilustrados y de los racionalistas franceses [como Descartes]. Pablo Moreno inició esa ofensiva ilustrada socavando la enseñanza aristotélica-tomista” (1995: 32). Durante 1810, los sanjuanistas circulaban manuscritos políticos y económicos, tarea de la cual Zavala era responsable. Las ideas que se difundían simpatizaban con el liberalismo español y rechazan la representación elemental de las Cortes. Campos destaca la influencia de Montesquieu en los liberales yucatecos y sus tendencias democráticas, al mismo tiempo aportó a su teoría de la división de poderes, de los cuerpos intermedios y la descentralización como frenos al despotismo. La constitución también era vista como un medio para prevenir el despotismo, “asegurar la libertad individual y el constitucionalismo” (1995: 34).

⁷⁶ Incluso algunos críticos como Gina Zabloudousky (1995) señalan una especie de diálogo indirecto entre Tocqueville y Zavala.

Impresiones el viajero hace mención explícita al libro del escritor francés y, si bien niega la pretensión de utilizar a ambos autores en sus textos, representan un referente para su estudio de la nación estadounidense:

Sobre los Estados Unidos han escrito Poussin, Tocqueville, Zavala y otros miles escritores de nota, en donde puede estudiarse a fondo aquel gran pueblo. Yo, pobre pigmeo, no había de cometer la ridícula torpeza de pretender sentarme al lado de esos hombres, o de ajar sus recomendables trabajos zurciéndolos en mi librito. No tal: yo estoy libre de tal pretensión” (Sierra, 1850a: 9 y s.).

Asimismo, más adelante alude a esta obra, cuando la recomienda como una lectura obligada para conocer sobre la organización política de Nueva York: “Los funcionarios que cooperan al movimiento de esta máquina, son numerosísimos; y puede formarse una idea de todos ellos y sus funciones leyendo la preciosa obra de Tocqueville” (Sierra, 2012: 569).

La relación que Sarmiento y Sierra O’Reilly tuvieron con el género de los libros viaje a través de sus lecturas y ediciones de este tipo de documentos, implicó un conocimiento de los aspectos formales de esta literatura, así como del alcance político que hacía de esta escritura un medio propicio de análisis y representación de otras sociedades y, con ello, para observar desde cierta distancia crítica su propio país. Atendiendo a esta influencia, en el siguiente apartado me interesa destacar cómo es la apropiación discursiva de este género en *Viajes e Impresiones*, según las circunstancias políticas en la que se encontraban ambos autores en el momento de sus visitas a los Estados Unidos. El punto de partida para profundizar en el tema de la identidad en el discurso, será el análisis de la enunciación. Por lo tanto, señalaré cómo las marcas subjetivas del “viajero ensayista”, “personaje” e “historiador” generan identidades multisituadas en el tiempo y el espacio.

2.2. Identidades multisituadas y heterogeneidad discursiva: enunciación y narración

La escritura de un relato de viaje plantea la problemática de la identidad unida al acto de decir. El “yo” de quien se habla es también el que construye enunciados dentro de un discurso y establece una relación con el “otro”, lector o sujetos de representación, así como con el “nosotros” de identificación, en diferentes espacios y temporalidades. Atendiendo estos aspectos imprescindibles para el análisis de las configuraciones de identidades en el discurso y el relato de viaje de Sarmiento y Sierra O’Reilly, en este apartado estudiaré dos aspectos relacionados: la enunciación y la narración, tomando en cuenta la “heterogeneidad discursiva” del género de viaje.

Vinculada a la enunciación destacaré que cuando un viajero emplea la escritura para narrar su visita a un espacio diferente al propio, las representaciones (enunciados) que realiza del lugar recorrido es también un proceso de constante “asignación del sí mismo”, o representación de “yo” y del “nosotros” en el discurso, el cual se configura en relación con quien habla. Esta dimensión intersubjetiva de la enunciación contempla una situación de interlocución en donde el “yo” se dirige a un “tú”. Unido a esto, analizaré una segunda cuestión en torno a cómo la narración de viaje configura identidades dentro de una dialéctica temporal, haciendo de estas obras documentos que van de lo personal e ideológico, a lo histórico, político y literario. Esta dimensión temporal configura “identidades narrativas” en el tiempo del viaje y también plantea el desplazamiento en el tiempo en distintos discursos que conforman las obras de Sarmiento y Sierra O’Reilly.

Empecemos recordando que el sujeto de la enunciación ha sido estudiado por diversas perspectivas teóricas. A partir de Émile Benveniste, en la lingüística europea se comenzó a analizar el discurso como el espacio de construcción del sujeto. En este sentido, se argumenta

que a través del discurso el sujeto construye el mundo como objeto y se configura a sí mismo. Esta doble tarea de construcción y autoconstrucción permite observar que el enunciado revela todo aquello que en el texto indica la actividad del sujeto respecto a lo enunciado, es decir, “el texto se presenta siempre como ‘marcado’ o ‘no marcado’ subjetivamente, esto es, referido a un sujeto que manifiesta expresar sus opiniones, puntos de vista, refiere una experiencia o unos acontecimientos respecto a sí mismo, o bien como saberes ‘objetivos’ ajenos a quien los enuncia” (Lozano *et al.*, 1989: 40). Al analizar relatos de viaje, que son una forma de discurso autobiográfico,⁷⁷ nos encontramos frente al caso de un tipo de escritura marcada subjetivamente donde el escritor-viajero conforma, en apariencia de manera explícita, el referente de la enunciación. Según esta perspectiva pragmática, dicho modo de enunciación plantea en las marcas del discurso la relación del sujeto hablante con aquellos acontecimientos que enuncia, así como el alcance de su interlocución con un lector.

A partir de las marcas subjetivas de quien enuncia (*deixis*)⁷⁸ es posible establecer las coordenadas desde las cuales se construye el universo discursivo. Los indicadores “yo”, “eso”, “aquí”, “ahora”, conforman un procedimiento de individualización que sujeta al enunciadador a la enunciación. En este sentido:

el “yo” se convierte en el primero de los indicadores; indica a aquel que se designa a sí mismo en toda enunciación que contenga la palabra “yo”, llevando tras el “tú” del interlocutor. Los demás indicadores –los deícticos: “esto”, “aquí”, “ahora”- se reagrupan en torno al sujeto de

⁷⁷ La autobiografía es un género literario en el que el discurso está caracterizado por la focalización de enunciación auto-intradiegética, es decir, quién narra es el personaje central o el héroe de la historia, tal como sucede en los diarios o en las memorias. De tal modo que, en ellas, el autor escribe sobre su propia vida empleando marcas subjetivas de un yo que interviene en la acción de lo que se narra. Este género también es conocido por su pretensión de realismo y verosimilitud, ya que se encuentra fundado en la vida de su autor. No obstante, como señala Luz América Viveros (2015), en torno al género de la autobiografía, la crítica ha realizado diferentes aseveraciones, sin que exista un consenso sobre una única definición.

⁷⁸ La *deixis* es “la localización y la identificación de las personas, objetos, procesos, acontecimientos y actividades de que se habla por relación al contexto espacio-temporal creado y mantenido por el acto de enunciación” (Lozano *et al.*, 1989: 97).

la enunciación: ‘esto’ indica todo objeto situado en la cercanía del enunciador; “aquí”, es el lugar mismo en que éste se encuentra; “ahora” designa todo acontecimiento de contemporáneo de aquel en el que el enunciador pronuncia la enunciación (Ricoeur, 2011: 25).

En una narración como la de los relatos de viaje, los deícticos forman parte de los recursos para señalar un proceso de identificación del presente de la escritura, esto es el lugar desde el cual el escritor elabora su discurso. Con ello, el viajero indica su posición espacial y temporal dentro de la narración, ya sea que esté ubicado en el momento del viaje o posterior a él. El primero será el caso de *Viajes* de Sarmiento, quien desde la forma epistolar sitúa el tiempo y el espacio de la enunciación en el viaje, colocado en los Estados Unidos; mientras que *Impresiones* de Sierra O’Reilly constituye un ejemplo del segundo tipo, ya que las marcas de la *deixis* colocan al escritor en un tiempo posterior del viaje. Recordemos que el autor yucateco elaboró su libro al regresar a Yucatán en 1848, retomando las notas de su *Diario* pero actualizando acontecimientos políticos y matizando su postura política.

Asimismo, las marcas de enunciación permiten reconocer en *Viajes e Impresiones* diferentes formas discursivas. Como señalé anteriormente, es una característica propia del género de los relatos de viaje y se presenta en varios niveles de las obras. Al respecto, Beatriz Colombi (2006) retoma la propuesta del filósofo Mijaíl Bajtín sobre los géneros discursivos para señalar que el relato de viaje consiste en un género “secundario” o “ideológico”, entendido éste como más elaborado que uno primario en la medida en que participan en situaciones de comunicación cultural de mayor complejidad:

Podemos pensar el viaje como un género discursivo secundario o ideológico que aloja en su interior a géneros discursivos menores o primarios, como guías, mapas, cartas, tablas, itinerarios, cronologías, instructivos, descripciones, dibujos. Estas formas primarias no son

narrativas sino enumerativas, descriptivas o estadísticas, incorporándose como “pruebas” o “constancias” del fundamento empírico de aquello que se cuenta (Colombi, 2006: 13).

Sin duda esta característica dificulta la tarea de acotar la especificidad del género de viaje, sobre todo si agregamos en su interior, además de discursos menores o primarios, formas que son independientes o secundarias (a su vez compuestas por discursos menores), como son el género ensayístico, literario o historiográfico. Por lo tanto, en este análisis me referiré a esta complejidad como “heterogeneidad discursiva” del relato de viaje, ya que a pesar de que la narración, como veremos más adelante, busca organizar y jerarquizar discursivamente, cada una de estas formas secundarias o primarias presentan marcas de enunciación y de identificación que los diferencian entre sí, imposibilitando una homogenización de la voz del viajero y de sus enunciados. Evidentemente, en esta multiplicidad de discursos se deriva la riqueza del género de viajes, ya que permitió a los viajeros proyectar en sus obras los objetivos políticos que tenían.

Como veremos más adelante, estas identidades discursivas multisituadas forman parte de la problemática de la configuración de las identidades nacionales, lo que hace de este género un medio propicio para la expresión de dicha complejidad cultural y política presente en las jóvenes naciones latinoamericanas. Por tal motivo, es necesario aclarar que si bien en este capítulo me refiero a la “heterogeneidad” como una categoría meramente discursiva que permite reconocer la apropiación del género por parte de ambos escritores, en el siguiente capítulo me interesará asociar esta noción con su significado en los estudios culturales latinoamericanos, tal como lo plantea el crítico peruano Antonio Cornejo Polar.

Ahora bien, a pesar de los alcances de la pragmática, el “yo” que se designa a sí mismo en la enunciación presenta una limitación de identificación. Al respecto, Ricoeur señala:

“Yo’ designa tan escasamente el referente de una referencia identificante como lo que parece ser su definición, esto es: ‘toda persona que se designa a sí misma al hablar’, no se deja reemplazar por las circunstancias de la palabra ‘yo’” (2011: 25). Esta afirmación implica ya una separación importante entre el “yo” del viajero como sujeto y aquel que se designa en el discurso a sí mismo con la palabra “yo” o con los deíticos “aquí”, “ahora”, “esto”. La imposibilidad de sustitución del sujeto real por aquel del discurso tiene efectos significativos al momento de la representación de la identidad; en este sentido “decir” puede ser entendido como “hacer”,⁷⁹ ¿pero decir puede ser entendido como “ser”? En definitiva, esta distinción plantea un nuevo problema de representación del referente que, como señala Ricoeur, no es lo mismo que la función del índice. Aunque, como explicaré más adelante al desarrollar el análisis de los discursos que intervienen dentro de la heterogeneidad de los libros de viaje de Sarmiento y Sierra O’Reilly, la forma ensayística es un intento de solución a esta disociación, ya que es el discurso de mayor referencialidad dentro de la enunciación.

Partiendo de esta problemática en la representación de una referencia identificante en el discurso, Ricoeur plantea la función de mediación intersubjetiva que la narración establece entre el emisor y el mundo. Esta es la teoría de la narración del filósofo francés, definida como una hermenéutica del *sí*.⁸⁰ Su propuesta reconcilia dos perspectivas aparentemente distantes de la teoría lingüística: la semántica, que parte de un sentido referencial del

⁷⁹ Me refiero al aporte de la teoría de los actos del lenguaje (*speech-acts*) de J.L Austin, quien en su libro *How to do Things with Words* [1962] parte de la distinción de dos clases de enunciación, los “performativos” y los “constatativos”. En su definición de los primeros, Austin señala que son aquellos cuando decir es hacer, con ello, enunciarlos equivale a realizar lo mismo que se enuncia.

⁸⁰ Esta hermenéutica es un cuestionamiento a las “filosofías del sujeto del *Cogito*”, las cuales parten de la inmediatez del yo (visto como el sujeto ahistórico), es decir, “la identidad de un “mismo” que escapa a la alternativa de la permanencia y del cambio en el tiempo, puesto que el *Cogito* es instantáneo” (Ricoeur, 2011: XVIII). Esta crítica al autofundamento de las filosofías del sujeto, le permite a Ricoeur proponer una hermenéutica que reconoce la diferencia entre ipseidad y mismidad que, posteriormente en su análisis, desencadenará el despliegue de la dialéctica del sí y del otro.

enunciado, interesada en la tercera persona de la que se habla (“él/ella”), identificada con el personaje; y la pragmática (reflexiva), enfocada en el acto de enunciación, el cual alude al “yo” y al “tú” de la situación de interlocución. Al respecto concluye: “Se trata de saber, en definitiva, cómo el ‘yo-tú’ de la interlocución puede exteriorizarse en un ‘él’ sin perder la capacidad de designarse a sí mismo, y cómo el ‘él/ella’ de la referencia identificante puede interiorizarse en un sujeto que se dice a sí mismo” (Ricoeur, 2011: 19).

A partir de esta visión que une a la semántica y la pragmática, observamos que la identidad en los relatos de viaje al mismo tiempo que reconoce un personaje en el “él” de las acciones que se narran, como es el caso del viajero-personaje, nos recuerda la situación de interlocución donde el enunciador, el “yo”, también es el viajero-escritor que se dirige a un “tú” explícito e implícito, el cual interpreta el texto. Me interesa destacar esta lectura hermenéutica en la representación de la identidad en *Viajes e Impresiones*, ya que nos permite analizar el “yo” del viajero más allá de una noción meramente semántica del personaje, o un sujeto de interlocución pragmática, y nos ayuda a profundizar la complejidad de la enunciación en estas obras atendiendo dos cuestiones asociadas a la narración, lo que Ricoeur llama: “identidad narrativa” y “referencia cruzada”.

Es evidente que la noción de “identidad narrativa” se distancia de la perspectiva narratológica del relato centrado en el análisis de la *diégesis*, ya que este concepto está unido en su filosofía a la idea de la configuración de las acciones en la *trama*. Para articular esta visión hermenéutica de la narración es importante señalar dos cuestiones que el filósofo francés adelanta en su obra *Tiempo y narración*. Por un lado, la *trama*, en tanto *mimesis* de la acción, implica dos cuestiones: una “configuración” (*mythos*) de la trama, es decir, de la fábula de la acción que se desarrolla en el espacio de ficción (Ricoeur, 1999: 227); y una

“refiguración” que es lo que sucede al imitar en el relato las acciones efectuadas por los hombres, así la *trama* reinterpreta y reescribe las acciones. Esto último, también está asociado al acto de lectura en tanto que es una refiguración del sí mismo; la apropiación de la identidad del personaje es la figuración del yo del lector. En este orden de ideas, la “identidad narrativa” es el carácter duradero de un personaje que el relato configura (dentro de una dinámica de concordancia y discordancia) en una narración, a la vez que es interiorizado en el sí mismo del lector.

Ricoeur observa que la configuración de la *trama* es la mediación entre la concordancia y la discordancia, es decir, entre “el principio de orden que vela por lo que Aristóteles llama ‘disposición de los hechos’”, y “los trastrocamientos de la fortuna que hacen de la *trama* una transformación regulada, desde una situación inicial hasta otra terminal” (Ricoeur, 2009: 139). Por lo tanto, en la narración la configuración de la trama cumple una función de mediación entre concordancia y discordancia, dando lugar a una *síntesis de lo heterogéneo*.⁸¹ Esta síntesis articula el tiempo de las acciones narradas unido a la identidad narrativa. De este modo, para Ricoeur narrar “es decir quién ha hecho qué, por qué y cómo, desplegando en el tiempo la conexión en estos puntos de vista” (2011: 146).

Bajo esta perspectiva de la teoría de la narración, observamos que en las obras de Sarmiento y Sierra O’Reilly lo que la *trama* configura son las diferentes relaciones temporales de la identidad del viajero. Sin embargo, si bien la *trama* del viaje busca realizar una síntesis de temporalidades concordantes y discordantes, que en *Viajes e Impresiones* se

⁸¹ Esta síntesis consiste en la mediación que la trama realiza entre: a) la diversidad de acontecimientos y la unidad temporal de la historia narrada; b) los componentes inconexos de la acción, intenciones, causas y casualidades, y el encadenamiento de la historia; c) la pura sucesión y la unidad de la forma temporal (Ricoeur, 1999: 140).

trata de la convergencia del tiempo del viaje (pasado próximo) con el tiempo de la escritura (presente de enunciación), el tiempo de la historia (pasado lejano) y el tiempo de una utopía política ubicada en el futuro de las naciones latinoamericanas, no logra una total síntesis de lo heterogéneo. Considero que esto se debe a la multiplicidad de discursos que rebasan la solución narrativa de un relato de ficción o un relato histórico, casos de los que parte Ricoeur. Por ejemplo, esto sucede en la narración de las acciones situadas en un momento pasado, presente o futuro, que no corresponden al encadenamiento de la historia del viaje, o que pueden centrarse en otras identidades que no son las de los escritores. Observaremos que cuando la trama del viaje no puede configurar la totalidad de la sucesión de acontecimientos en la narración de *Viajes e Impresiones*, surgen otras tramas en el relato (con ello otras identidades narrativas), o formas menos narrativas como el ensayo, el cual desplaza la mediación de la *trama* y plantea la tensión entre una identidad narrativa y una identidad referencial y personal del escritor.

Podríamos señalar que en estas obras la mediación de la *trama* pasa de la narración autobiográfica de un personaje/héroe identificado con las acciones del escritor en el tiempo del viaje, a una forma de enunciación historiográfica que relaciona la identidad del viajero con un tiempo pasado u otro espacio, a la vez que representa otros personajes; hasta llegar a borrar la identidad narrativa e igualar el yo de la enunciación con el tiempo presente de la escritura y la identidad referencial del escritor como sujeto real. Esto nos recuerda que en dichos relatos estamos frente a una configuración no sólo del tiempo del viaje, como podría suceder en una novela con tema de viaje, sino también del tiempo del viajero y de los otros que forman parte de sus identificaciones adquiridas previamente o durante el recorrido, lectores y referentes de identidad. Lo anterior ocurre debido a que la finalidad de las obras

trasciende el simple hecho de contar la historia del viaje, y estas buscan ser documentos políticos en los cuales esté presente la comparación, la crítica y, sobre todo, la representación del modelo de nación que cada uno de los escritores defendía.

Siguiendo un planteamiento hermenéutico, Ricoeur también se interesará en atender en qué sentido una obra literaria es un documento de la figuración del sí mismo del lector. Al respecto, recordemos que en *Tiempo y narración* Ricoeur propone el tema de la “identidad narrativa” para profundizar en cómo la literatura es, en sus palabras, “un amplio laboratorio donde se ensayan estimaciones, valoraciones, juicios de aprobación o de condena, por los que la narrativa sirve de propedéutica a la ética” (2011: 109). En esta obra, anterior a *Sí mismo como otro*, Ricoeur había adelantado la noción de identidad narrativa para señalar lo que llama “referencia cruzada” del relato histórico y del relato de ficción en la comprensión de sí. Su hipótesis consiste en que “la identidad narrativa, sea de una persona, sea de una comunidad, sería el lugar buscado de este quiasmo entre historia y ficción” (2011: 107). Es decir, para Ricoeur “la comprensión de sí es una interpretación; la interpretación de sí, a su vez, encuentra en la narración, entre otros signos y símbolos, una mediación privilegiada; esta última se vale tanto de la historia como de la ficción” (2011: 107). Con ello, el entrecruzamiento entre historia y ficción es el responsable de la identidad narrativa de una persona o de una comunidad, que se configura a sí misma a través de estas narraciones. Evidentemente, estas afirmaciones tienen como resonancia el planteamiento filosófico de Ricoeur acerca de la dimensión temporal de la existencia humana.

Dicho esto, profundizando en el alcance de las narraciones, ¿podríamos afirmar que los relatos de viaje escritos por las elites criollas latinoamericanas en el siglo XIX son un caso especial de referencia cruzada, en donde la ficción y la historia se unen en la narración

y, de este modo, son un espacio de refiguración por parte de sus lectores para la interpretación de sí mismos? Sin duda, podemos reconocer que estos relatos eran “laboratorios” de identidades, en tanto circulaban en contextos en los que eran leídos como documentos didácticos e ilustrativos de alternativas sociales y políticas para las naciones latinoamericanas recientemente independizadas. En el relato de viaje la narración organiza la temporalidad del escritor,⁸² así como de aquellos que representa y a quienes se dirige, dentro del cruce de sus diferentes discursos que, como veremos en los siguientes apartados, configura identidades multisituadas. Por lo tanto, ahora analizaré los casos de *Viajes e Impresiones*, uniendo el acto del decir-escribir de la enunciación con el de la configuración de identidades narrativas.

2.3. La escritura de *Viajes* desde el exilio: identidad referencial del viajero-ensayista e identidad narrativa del viajero-personaje

Como he señalado, el libro *Viajes* de Sarmiento es una obra que se encuentra conformada por un “Prólogo” y once cartas sobre sus viajes, desde el momento de su partida de Chile en octubre de 1845, pasando por Europa y África, hasta su llegada a los Estados Unidos en septiembre de 1847. La última carta está, a su vez, dividida en dos secciones diferenciadas por encabezados:⁸³ la primera de ellas, titulada “Estados-Unidos”, adopta la forma epistolar y ensayística en la que el autor reflexiona sobre las condiciones políticas, económicas, los recursos naturales y geográficos de este país, al mismo tiempo que crítica y realiza comparaciones con otras regiones de América del sur; la segunda parte, “Incidentes de viaje”,

⁸² Retomando a Ricoeur, Victor Bravo afirma que: “El viaje es el despliegue de la temporalidad en el horizonte de lo espacial, y ese despliegue es la posibilidad misma de la vida. [...] Y si la vida es un viaje, su inteligibilidad se alcanza en el lenguaje, en la estructura del relato” (2010: 309).

⁸³ Como mencioné en la “Introducción” de la tesis, me detendré espacialmente en el estudio de esta carta, ya que se trata de aquella dedicada al viaje por los Estados Unidos. No obstante, también retomaré otras secciones y cartas de *Viajes* que considero ilustrativas para el análisis de la identidad discursiva.

retoma la organización cronológica del viaje, haciendo énfasis en cada uno de los espacios visitados y en las experiencias afortunadas y desafortunadas. En este apartado analizaré cómo estas dos formas discursivas, que caracterizan la primera y segunda parte de la onceava carta, configuran una identidad referencial y una identidad narrativa ligadas a la enunciación y a la narración, las cuales dejan ver la problemática de la representación de una identidad en el complejo contexto político de la escritura de *Viajes*.

En el “Prólogo” a sus *Viajes*, Sarmiento realiza varias reflexiones sobre la escritura de sus cartas que son clave para analizar la representación discursiva de la identidad en esta obra. Comienza diciendo:

Ofrezco a mis amigos, en las siguientes páginas, una miscelánea de observaciones, reminiscencias, impresiones e incidentes de viaje, que piden toda la indulgencia del corazón, para tener a raya la merecida crítica que sobre su importancia no dejará de hacer el juicio desprevenido. Saben ellos que a fines de 1845 partí de Chile, con el objeto de ver por mis ojos, i de palpar, por decirlo así, el estado de la enseñanza primaria, en las naciones que han hecho de ella un ramo de la administración pública (Sarmiento, 1996: 8).

En esta introducción a sus cartas, el autor menciona el momento y las condiciones de su elaboración, en el marco de su viaje iniciado a finales de 1845. Continúa aclarando a sus lectores (identificados desde estas primeras líneas con sus “amigos”) que su exilio en Chile ya lo había convertido en “viajero” antes de su partida a Europa y a los Estados Unidos. Si bien Sarmiento se niega a detenerse en ese pasaje de su vida, advierte que esta condición de exilio será un tema que aparecerá en su discurso de viaje:

Para mejor comprender esta elaboración, téngase presente que *el báculo de viajero no lo he tomado a las puertas de Santiago*. Recojilo solo de algun rincón, donde lo tenía, como tantos otros, abandonado, mientras hacia alto, en una peregrinación a que están periódicamente, i a veces sin vuelta, condenados los pocos que en *nuestros países* se mezclan a las cosas públicas;

i si bien omito estas primeras páginas, que nada digno de noticia encierran, hame sucedido encontrar en el discurso de mi viaje, hechos, ideas i hombres que a ellas se ligan íntimamente, como que eran la continuación i el complemento del grande mapa de las convulsiones americanas; no siendo otra cosa mi viaje, que un anhelar continuo a encontrar la solución a las dudas que oscurecen i envuelven la verdad, como aquellas nubes densas que al fin se rompen, huyen i disipan, dejándonos despejada i radiosa la inmutable, imagen del sol (Sarmiento, 1996: 13. Subrayado mío).

La representación colectiva de “nuestros países”, para referirse a América Latina, se une con la función del viaje como un medio de reflexión sobre las “convulsiones americanas”. Para Sarmiento, el viaje se encuentra vinculado a su escritura, no es extraño que, más adelante aluda a la forma en la que está conformada su obra, la cual, al adoptar el género epistolar y del viaje, le permite justificar el empleo de diferentes tiempos e incluso, si bien no lo nombra de este modo, recurrir al discurso ensayístico:

He escrito, pues, lo que he escrito, porque no sabia cómo clasificarlo de otro modo, obedeciendo a los institutos i a impulsos que vienen de adentro, i que a veces la razon misma no es arte a refrenar. Algunos fragmentos de estas cartas que la prensa de Montevideo, Francia, España o Chile han publicado, dan cumplida muestra de aquella falta de plan que no quiero prejuzgar; si bien me permitirá hacer indicaciones que no serán por demás, para escusar su irregularidad. Desde luego las cartas son de suyo jénero literario tan dúctil i elástico que se presta a todas las formas i admite todos los asuntos. No le está prohibido lo pasado, por la asociación natural de ideas, que a la vista de un hecho o de un objeto despiertan reminiscencias i sujieren aplicacion; sin que siente mal aventurarse mas allá de lo material i visible, pudiendo con propiedad seguir deducciones que vienen de suya a ofrecer al espíritu. Gústase entónces de pensar, a la par que se siente, i de pasar de un objeto a otro, siguiendo el andar abandonado de la carta, que tan bien cuadra con la natural variedad del viaje (Sarmiento, 1996: 9. Subrayado mío).

Este primer planteamiento de Sarmiento en el “Prólogo” de *Viajes* revela la concepción que tenía sobre el género de viaje: uno con gran flexibilidad en sus estrategias discursivas que podrían ir de lo narrativo, lo autobiográfico, hasta la digresión ensayística; es decir, lo que hemos definido como la “heterogeneidad discursiva” de este tipo de literatura. Asimismo, señala las marcas de identificación del “yo” de enunciación con relación al “nosotros” sudamericano y los “otros”, que más adelante serán evidentes en sus cartas, y que ponen en juego la complejidad de la identidad multisituada en esta obra.

En la primera parte de la onceava carta, Sarmiento comienza sus reflexiones sobre su viaje a los Estados Unidos adoptando la forma epistolar, la cual se distingue por marcas intersubjetivas que, desde un inicio, definen el lugar del lector explícito que acompañará al escritor a lo largo del texto:

Sr. Don Valentin Alsina

Noviembre 12 de 1847

Salgo de los Estados Unidos, mi estimado amigo, en aquel estado de excitacion que causa el espectáculo de un drama nuevo, lleno de peripecias, sin plan, sin unidad, erizado de crímenes que alumbra con su luz siniestra actos de heroísmo i abnegacion, en medio de los esplendores fabulosos de decoraciones que remedan bosques seculares, praderas floridas, montañas sañudas, habitaciones humanas en cuyo pacífico recinto reina la virtud i la inocencia (1996: 290).

En esta cita observamos que la forma epistolar que Sarmiento emplean en su obra es un modo de escritura referencial en donde, a la vez que se reconoce a un lector real (Don Valentin Alsina) y el momento específico de la escritura señalada por la fecha, también es el punto de partida de un extenso discurso ensayístico en el que las marcas del “yo” de la enunciación

asignan, de manera explícita, al viajero como escritor. Así, en este discurso la voz enunciativa enmarca la complejidad de la inscripción y de la subjetividad en la medida que representa las ideas del autor real acerca de un tema y representa a su “yo” real desde la textualidad, en relación con sus lectores.

El carácter referencial del “yo” del discurso ensayístico, que Sarmiento había inaugurado desde su obra *Facundo*, posiciona al escritor en el centro temporal y espacial, es decir, “cumple las mismas condiciones del *aquí* y el *ahora*: es el deíctico que permite organizar el discurso por referencia a quien toma la palabra” (Weinberg, 2006: 79). Una condición de esta referencialidad tiene que ver con el hecho de que “yo” en este discurso emplea siempre el tiempo presente para enunciar, estableciendo así el carácter “autodesignativo” de la voz enunciativa e indicando la posición de Sarmiento. De este modo, este “yo” conforma un aquí-ahora absolutos, posición discursiva desde donde el viajero habla. En este caso, el tiempo presente del discurso genera el efecto de inmediatez de la escritura, el aquí-ahora es el momento en el que Sarmiento escribe *Viajes*. Se podría decir, entonces, que el lugar de enunciación del “yo” del viajero es el del doble exilio, entre dos países que le eran extranjeros.

Además de ser una forma discursiva referencial del sujeto real de enunciación, el ensayo es ante todo un discurso reflexivo donde el “yo” “se observa, examina e interpreta a sí mismo en el momento de la interpretación” (Weinberg, 2001: 29). En relación a esta característica del género, Horacio Cerutti señala que el ensayo es “un texto reflexivo, en que la experiencia personal construye su materia misma, habla sobre los otros y los otros se expresan en él” (1993: 18). El carácter reflexivo del ensayo permite al viajero cuestionarse a sí mismo y analizar aquello que lo rodea, conformando una postura crítica que lo sitúa

temporalmente en una distancia frente a “lo acontecido”. Por lo tanto, no es casual que el género del ensayo esté ligado en su origen al del relato de viaje y compartan, por tal motivo, la distancia crítica y la fórmula reflexiva como parte central.⁸⁴ El discurso epistolar y el ensayístico posibilitan que el viajero, con sus lectores, reflexione de manera crítica sobre el desarrollo económico de los Estados Unidos, su distribución demográfica, su política de migración, así como otros aspectos que le son útiles para describir un modelo social y político del que se asombra y que se diferencia de lo observado en Europa y de lo conocido en América del sur.

De este modo, en la primera parte de la onceava carta, Sarmiento establece un vínculo dialógico con sus compatriotas y amistades sudamericanas. Su lector explícito es también aquel con el que establece una relación de identificación,⁸⁵ con el que reconoce su cercanía sea por las experiencias históricas o las realidades sociales en común, o porque comparten un interés por descubrir un “Nuevo Mundo” en el que proyectar un ideal político. Por este motivo, el escritor advierte a sus lectores latinoamericanos sobre la necesidad de “educar el juicio propio” para poder aprender a comprender a los Estados Unidos, que es “una cosa sin modelo anterior, una especie de disparate que choca a la primera vista, y frustra la expectación pugnando contra las ideas recibidas, y no obstante este disparate inconcebible es grande y noble, sublime a veces, regular siempre” (Sarmiento, 1996: 290). Recordando en

⁸⁴ Liliana Weinberg señala que el ensayo, junto con la literatura de viaje, surgen “en el momento en que el clima del Renacimiento y el Humanismo se apodera de algunas regiones de Europa y en el que comienza la etapa de grandes exploraciones, con la expansión sobre África y Asia y muy especialmente con el descubrimiento de América” (2006: 247). Como menciona Earle y Mead (1973), Michel de Montaigne fue el primero en emplear el nombre de este género en 1580 en su obra *Essais*, la cual nace de la lectura de distintas noticias de humanistas que habían viajado a América durante la Conquista. Desde los primeros textos denominados ensayos se pone en juego las competencias cognitivas de aquel que busca comprender y traducir a un texto lo que observa o conoce de ese otro mundo que le es distante.

⁸⁵ Como señalamos en el capítulo anterior, Don Valentín Alsina era un argentino que compartía con Sarmiento la condición de exilio, en su caso en Montevideo, y también era un simpatizante de la causa antirrosista.

este punto la cita de *Facundo* en el apartado anterior, donde Sarmiento justifica la necesidad de un viajero (de “un Tocqueville”) para medir y explicar “este nuevo modo de ser [de América Latina], que no tiene antecedentes bien marcados y conocidos” (Sarmiento, 1977: 10), notamos que él usará esta posición del observador externo, que mira desde la distancia, para asegurar su autoridad en la escritura del viaje a los Estados Unidos.

Por lo pronto, cabe adelantar que el “nosotros” que se vuelve frecuente en el discurso epistolar, cercano al “yo” de la enunciación, comparte la inscripción del viajero en una realidad latinoamericana que, lejos de ser exclusiva de Argentina, se extiende a la región Sur del continente. Al mismo tiempo, Sarmiento reconoce en el “nosotros” una añoranza común para los que, como él, son desterrados y buscan una alternativa política a la de sus países.⁸⁶ De este modo, el “yo-nosotros” del viajero ensayista es el punto de partida de un discurso crítico y reflexivo sobre las condiciones de crisis que eran familiares en América Latina, y sobre el deber ser de una nación democrática, libre y republicana, aspectos que Sarmiento en vez de identificar en Europa, observa en los Estados Unidos. Para el escritor argentino este país había logrado superar las “feas úlceras de la especie humana”, incluso aquellas que son propias de Europa: “Consuélenos, empero, la idea de que estos demócratas son hoy en la tierra los que más en camino van de hallar la incógnita que dará la solución política que buscan a oscuras los pueblos cristianos, tropezando en la monarquía como Europa, o ajados por el despotismo brutal como en nuestra pobre patria” (1996: 291).

⁸⁶ “Así, pues, nuestra república y fuerza, inteligencia y belleza; aquella república de nuestros sueños para cuando el mal aconsejado tirano cayera y sobre cuya organización discutíamos candorosamente entre nosotros en el destierro, y bajo el duro aguijón de las necesidades del momento; aquella república, mi querido amigo, es un desiderátum todavía, posible en la tierra si hay un Dios que para bien dirige los lentos destinos humanos, la justicia es un sentimiento inherente a nuestra naturaleza, su ley orgánica y el fin de su larga preparación” (Sarmiento, 1996: 291).

En esta primera parte de la onceava carta es posible reconocer la influencia de Tocqueville en la forma de argumentar de Sarmiento. De hecho, como señalé, este autor es una de las referencias explícitas que aparecen en esta sección de la carta. Esto nos recuerda que gran parte de las descripciones proporcionadas por Sarmiento eran el resultado de sus lecturas sobre los Estados Unidos. Al igual que en la obra del viajero francés, en *Viajes* el orden en el que se presenta el análisis del funcionamiento de la República se deriva de una detallada descripción de la geografía de los Estados Unidos, lo que el primero llama “configuración exterior”, y el escritor argentino denomina “aspecto general del país [...], distribución de los medios de acción puestos por Dios” (Sarmiento, 1996: 297). Los lagos, las extensiones de tierras, la distribución de los ríos y la forma de organización de los pueblos, son algunas de las temáticas centrales de este apartado. Tanto para Tocqueville como para Sarmiento, la naturaleza por sí misma no es suficiente para lograr la grandeza de un pueblo, se requiere del trabajo y la intervención del hombre sobre ella. Es decir, para el escritor argentino la grandeza de los Estados Unidos no depende de la naturaleza, sino la acción del hombre. En sus palabras: “La naturaleza había ejecutado las grandes facciones del territorio de la Unión; pero sin la profunda ciencia de la riqueza pública que poseen los norteamericanos, la obra habría quedado incompleta” (1996: 296 y s.). Por tal motivo, los aspectos tecnológicos como el telégrafo, la electricidad, las vías de comunicación, mecanismos de transporte y las maquinarias para la explotación de recursos, forman parte del paisaje que describe con admiración.

Otros temas que desarrolla el discurso del viajero ensayista, desde el tono crítico del “yo” referencial, es el funcionamiento político de los Estados Unidos, el sistema electoral, la condición moral de su pueblo, los métodos de población del territorio desde el momento de

su independencia, la inmigración, el entramado de religiones y el modelo de educación. En todas ellas, la posición de la voz de enunciación adopta la forma científica de la distancia objetiva, persiguiendo autorizar las descripciones de determinados sucesos o las comparaciones entre diferentes lugares y tiempos, pero especialmente para legitimar aquellas observaciones e interpretaciones personales en las cuales el viajero-ensayista denuncia el estado de los países latinoamericanos y europeos en relación con el estadounidense. Este es el modelo del viajero “a la Tocqueville”, quien reflexiona desde las observaciones de la realidad.

No obstante, la fórmula del viajero-ensayista que Sarmiento toma de la heterogeneidad discursiva del relato de viaje en la primera parte de su carta, para legitimar sus interpretaciones comparativas y críticas sobre Argentina, se transforma en la segunda. De este modo, además de la identidad de un “yo” referencial (presente absoluto de aquí-ahora) y un “tú” (explícito e implícito) que, a su vez, se representa como un “nosotros” latinoamericano con el que Sarmiento comparte un horizonte crítico, también surge una “identidad narrativa”. Se trata de una identidad ligada al personaje, es decir, el sujeto que realiza en un tiempo y espacio determinadas acciones: en este caso, el viajero-personaje que narra en primera persona del singular su inscripción dentro de su viaje por los Estados Unidos.

Como mencioné, el segundo apartado de esta carta comienza con el encabezado “Incidentes de viaje” y, al mismo tiempo, se divide por otros títulos en los que el viajero indica la ciudad sobre la que escribe. Para justificar esta separación entre la primera y la segunda parte de la carta, Sarmiento señala: “Mis aventuras de viaje en los Estados Unidos no merecen intercalarse entre las reflexiones que el espectáculo de aquel país me ha sugerido,

por lo que no referiré a Ud. sino algunas que creo pueden interesarle” (1996: 369). De este modo, rompe con una de las fórmulas más comunes del relato de viaje que es intercalar la narración de los acontecimientos vividos con los comentarios reflexivos o personales. Esta separación por apartados entre ensayo y narración destaca la forma de apropiación que el escritor realiza de la heterogeneidad discursiva de este género. Esta adaptación responde a que Sarmiento buscaba generar dos efectos diferentes en sus lectores: mientras que el ensayo perseguía justificar y autorizar las reflexiones críticas del viajero frente a sus compatriotas; la narración pretendía recrear el aspecto literario de las “impresiones de viaje”, forma con la que estaba familiarizado. Especialmente era conocedor de obras como las de Dumas, que colocan al viajero como protagonista y en las que “hermoseando sus cuadros casi siempre con las ficciones de la fantasía, o bien apropiándose de acontecimientos dramáticos ocurridos atrás” (Sarmiento, 1996: 8) es imposible saber qué es verdad y qué es fantasía. Sarmiento intenta distanciarse de este tipo de “impresiones” y señala que en su época no son comunes este tipo de excitaciones de viaje, sino que predomina la monotonía de lo cotidiano que se suma a la falta de cosas nuevas por describir. Esta idea que Sarmiento plantea en su “Prólogo” puede justificar la separación, en la onceava carta, entre un primer discurso ensayístico y otro narrativo del viaje que configura una identidad narrativa unida a su recorrido en el tiempo y el espacio.

En esta segunda parte de la carta siguen existiendo las marcas epistolares que señalan la interlocución con un lector explícito, pero a diferencia del “yo” referencial del discurso ensayístico, situado en el tiempo presente de la escritura y que define un “aquí y ahora absolutos” de la enunciación, el “yo” del viajero se ubica en un espacio y tiempo pasado,

localizado en el momento del viaje que, como sabemos, no corresponde al tiempo de presente de la escritura y de la enunciación.

Ahora, la *trama* de la carta configura una cronología que organiza la concordancia de la narración del viaje, es decir, el tiempo y el espacio de los acontecimientos. Así, el tiempo de la narración está unido a las acciones que el viajero refigura en su relato y que tienen su punto de partida en los últimos días de julio de 1847, cuando Sarmiento se encontraba todavía en París. En este momento, el viajero se refiere a sí mismo en tiempo pasado: “Tomando balance a mi bolsa en París, hallé los primeros días de julio que me quedaban escasos, cosa de 600 duros” (1996: 368). Esta narración secuenciada es la responsable de generar una *síntesis de lo heterogéneo* de los eventos del viaje, ya que ordena en este marco temporal la mención de los hechos vividos por el viajero-personaje, héroe central del relato, haciendo que la identidad del viajero esté dada por la configuración de la *trama*.

Anteriormente señalé que esta identidad narrativa del viajero se presenta a partir de una forma similar a la de una autobiografía, en la cual quien narra es el mismo sujeto que realiza las acciones, que son parte de las experiencias y los recuerdos del escritor. Los géneros de la autobiografía y de los relatos de viaje (diarios, memorias, relatos, cartas, etc.), están estrechamente emparentados. El relato elaborado por un viajero es un ejemplo de autobiografía parcial, delimitada por el acontecer de la experiencia de un recorrido o desplazamiento. Si pertenece a este género es porque es el propio viajero quien narra sus vivencias, asumiendo la focalización auto-intradiegética, construyéndose él mismo como héroe del relato y actor principal de la trama.⁸⁷ Retomando a Mijaíl Bajtín, una autobiografía es “la forma transgrediente más

⁸⁷ Lo que Genette define como un narrador auto-intradiegético, aquel que por ser “autodiegético” es el protagonista de la acción, tal como funciona en los diarios y en las autobiografías. En palabras de Eagleton, este tipo de narrador “no solo se halla dentro del relato sino que es personaje principal” (1993: 131); y al ser “intradiegético” está inscrito dentro del universo de la diégesis narrativa.

elemental mediante la cual yo puedo objetivar mi vida artísticamente” (2003: 133); de ese modo en ellas sucede una autoobjetivación verbal de la vida del autor que, a su vez, pasa a ocupar el lugar del héroe. Es decir, el narrador en una autobiografía se coloca en la situación del héroe en el momento que participa en la misma narración de su vida o, más bien, de los recuerdos del pasado que, para Bajtín, son siempre “estilizados”.

Por tal motivo, la identidad del viajero-personaje de esta segunda parte de la carta es igualada a la del viajero-escritor del discurso ensayístico, es decir, ambos son el escritor argentino. Pero a diferencia de la identidad referencial de la enunciación del discurso ensayístico (“yo” de la enunciación), la narración del viaje potencia la identidad de Sarmiento, quien se configura semánticamente a sí mismo como héroe del relato.

Esta identidad narrativa del viajero-personaje como héroe podemos observarla desde el inicio del relato, cuando Sarmiento se plantea el dilema ético de realizar un viaje a los Estados Unidos a pesar de las condiciones económicas en las que se encontraba en Europa; este es un esfuerzo literario por reforzar el drama de su viaje: “¡Maestro de escuela en viaje de exploración por el mundo para examinar el estado de la enseñanza primaria, y regresar a América, sin haber inspeccionado las escuelas de Massachusetts, la más adelantadas del mundo!” A lo que agrega: “Republicano en perspectiva y con la presencia de la resurrección de la república en Francia, ¿volvería sin haber visto la república única, grande y poderosa que existe hoy en la tierra?” (1996: 368). Este es el principio de una aventura en la que lo incierto forma parte de los obstáculos que el héroe debe enfrentar para alcanzar el objetivo ético de su viaje (conocer la grandeza de la república estadounidense) y lograr retornar a Chile, país del que partió. Para ello, el escritor argentino compara las dificultades de su propio viaje con aquellas experimentadas por otros viajeros en la antigüedad:

Luego donde la realidad flaquea, la imaginación continúa la obra. Si llegare a La Habana siquiera, allí me ingeniaría, para pasar a Venezuela, donde por la prensa, la enseñanza y otras trazas, me haría de recursos y de relaciones para atravesar el continente hasta Bogotá, de allí hasta Quito a asomar al fin la cabeza en Guayaquil, realizando por economía de medios, el viaje más novedoso y sorprendente que haya hecho americano de nuestros días. Los fenicios que circunnavegaron el África, se detenían, al decir de Heródoto, de distancia en distancia a sembrar trigo y cosecharlo para continuar su viaje. ¿Por qué no me detendría yo en Caracas, por ejemplo, a enseñar mis métodos de lectura, borrajear páginas en la prensa, abrir cursos pedagógicos, y cosechar unos cuantos pesos, para irme arrastrando poco a poco hacia las cimas del sur, de donde había partido? (Sarmiento, 1996: 368).

Siguiendo la estética del relato de viaje decimonónico que privilegia el sentido de la vista para elaborar descripciones de “cuadros” o “impresiones” de escenas, ya que es la forma discursiva predilecta para “hacer ver” al lector lo mismo que el escritor observa en su viaje, la narración de Sarmiento incluye la descripción de recorridos y de los espacios que descubre a su paso. Pero, a diferencia del tono crítico del discurso ensayístico de la primera parte de la carta, ahora adopta una forma literaria. La mirada subjetiva del viajero contrasta con aquella de objetividad analítica situada en el tiempo presente de la enunciación del ensayo. Así, el autor menciona las impresiones que experimentó al momento de observar determinados espacios, en la inmediatez de lo vivido, en el tiempo pasado que es el de la experiencia.

Esta forma literaria en ocasiones recurre a temáticas y estrategias que son parte de la del repertorio romántico; este es el caso de la representación de lo sublime en las descripciones que Sarmiento realiza de la naturaleza estadounidense. Dicho recurso consiste en colocar al sujeto en el marco de la naturaleza que, sea por su fuerza, inmensidad o exuberancia, resulta una amenaza para el hombre. Esta técnica estética propia del relato de

viaje, que encuentra en Humboldt uno de sus principales representantes románticos en el siglo XIX,⁸⁸ genera en los viajeros un sentimiento de temor producido por la pequeñez del hombre frente a los abarrotados paisajes de la naturaleza que son inconmensurables para el ojo humano. Por ejemplo, el escritor argentino suele usar este recurso para hablar de los bosques y ríos, en este caso, del Niágara:

La vista de las otras cascadas me había hecho sonreír de placer; mas en la del Niágara sentía que las piernas me temblaban, y aquella sensación fibrosa que indica que la sangre se retira de la cara. [...] El bosque primitivo que cubre la isla y oculta tras su ramaje la vecina ciudad, la perspectiva río arriba en que el río viene caracoleando, presenta uno de esos golpes de vista risueños, virginales, tan comunes en los Estados Unidos. [...] La cascada del lado americano tiene doscientas yardas de ancho y esto la hace llamar la chica [...]. Al ver escritas estas cifras averiguadas por mensura, nótese la incompetencia del ojo humano para abrazar las grandes superficies. San Pedro, en Roma, aparece una estructura de dimensiones naturales, y la cascada del Niágara se achica a la simple vista para ponerse al nivel de nuestra pequeñez. El espesor de la masa de agua es de 21 pies, de manera que no pudiendo atravesar la luz, conserva su color verde en el centro de la caída. Este accidente, que revela a los ojos la magnitud de la escena, aumenta el pavor que inspira (1996: 377).

En síntesis, la onceava carta de *Viajes* configura, por un lado, una identidad enunciativa definida por la forma discursiva epistolar-ensayística, donde el “yo” es la marca subjetiva autoreferencial que coloca al viajero en el tiempo presente de la escritura, distanciado de la experiencia del viaje, y desarrolla un análisis crítico sobre los Estados Unidos como referente político de la “nueva república”. Asimismo, separado del discurso del viajero-ensayista, en la segunda parte de la carta la narración del viaje configura la identidad narrativa del viajero-

⁸⁸ Después de Kant, esta categoría trascendió en las conceptualizaciones del Romanticismo. Este es el caso del pensador romántico Schiller quien dedicó parte de su trabajo en desarrollar la idea de lo sublime vinculada con lo bello. Para él, el sentimiento de lo sublime se compone de tristeza, escalofrío, alegría, entusiasmo y finalmente gozo, accesible sólo a las almas refinadas.

personaje, quien también es el héroe cuyas acciones son el centro del relato. De este modo, esta carta presenta una identidad multisituada, debido a que adopta diferentes tiempos y espacios en discursos separados por las marcas subjetivas de enunciación. Mientras que en la primera parte, el “yo” de enunciación se encuentra cerca de Chile, en la segunda, la *diégesis* del viaje organiza las acciones del escritor, es decir, la narración potencia semánticamente la identidad referencial del viajero-ensayista. En ambos casos, la identidad del escritor es el del viajero en el doble exilio, distante a Argentina espacialmente, pero también alejado de Chile.

Esta “referencia cruzada” que converge en la heterogeneidad discursiva en *Viajes*, es el punto de partida de la apropiación que Sarmiento realiza del género de viaje, haciendo de esta obra un tipo de documento privilegiado para desarrollar su modelo político ideal en un momento de ambivalencia en la definición de la nación argentina. Por tal motivo, en el siguiente capítulo analizaré cómo en este libro de viaje se presenta la problemática de las identidades heterogéneas ligada a la representación del “nosotros” y los “otros” social y cultural.

2.4. La escritura de *Impresiones* desde los márgenes: identidades referenciales, narrativas y del historiador

Al igual que *Viajes* de Sarmiento, *Impresiones* de Sierra O’Reilly, presenta entre sus páginas una forma discursiva heterogénea en la que intervienen diferentes marcas subjetivas que colocan la voz del escritor en distintos tiempos y espacios. Si bien es posible reconocer puntos similares entre la heterogeneidad discursiva de la obra del autor mexicano y del argentino, como en el caso de la presencia de los discursos del viajero-ensayista y del viajero-personaje, también es interesante identificar cómo estos son presentados de un modo disímil

en *Impresiones* e, incluso, cómo en este libro aparece un tercer discurso, el del viajero-historiador.

Empezaré señalando que en esta obra, siguiendo la tradición del género, la narración del viaje ordena los demás discursos. Por lo tanto, desde el momento en que el escritor inicia sus preparativos a finales de mayo de 1847 en Yucatán, la cronología de los acontecimientos vividos, así como los espacios y costumbres observadas a lo largo de su viaje, serán la *diégesis* central del texto. No obstante, lejos de encontrarse sistematizadas, las marcas de las fechas son parcialmente señaladas y la mayoría se desdibujan en los hechos descritos. De este modo, en vez del viajero-personaje que en la carta de Sarmiento estaba separado del apartado del viajero-ensayista, en *Impresiones* se encuentra presente desde el principio del libro y configura la *trama* de la cual Sierra O'Reilly es el protagonista, siguiendo la forma literaria de una autobiografía. Con ello, el viajero-personaje es aquel con el que inicia el relato, narrado desde su momento de partida del puerto de Campeche hasta llegar a los Estados Unidos. Se trata del propio escritor yucateco que asume la focalización central de la acción y la enunciación a lo largo de la obra, es decir, es el héroe de la historia.

El viajero-personaje es el que experimenta la fuerza positiva y negativa de la naturaleza que, al mismo tiempo que facilita el desplazamiento hacia su nuevo destino, también resulta un impedimento o dificultad. Veamos por ejemplo el motivo de la despedida narrada desde la focalización intradiegetica del “nosotros”:

El viento ayudaba poco o nada, y nos pasábamos toda aquel día frente al puerto. El fastidio de una rémora semejante se compensaba con el placer que produce la vista de Campeche [...]. Aquella exuberante vegetación, la lengua misma de la playa, las colinas que circuyen el puerto, y la ciudad coquetamente extendida sobre esa inmensa falda de verdura, objetos son ciertamente que hechizan la vista agradablemente. [...] Al amanecer el siguiente día todo

había desaparecido, porque durante la noche un viento de la tierra infló nuestras velas, apartándose de las playas de Yucatán” (Sierra 2012, 32).

Desde el momento de su partida del apacible puerto de Campeche en la goleta *Essex*, Sierra O’Reilly narra su recorrido por la costa veracruzana, en el que describe cuadros de la naturaleza mexicana. Entre los recursos literarios que emplea de este género se encuentra, al igual que en *Viajes* de Sarmiento, el sentimiento de lo sublime. Similar a la famosa subida de Humboldt al Chimborazo, el escritor mexicano describe un cuadro del Pico de Orizaba como una vista que exige respeto por su aspecto imponente y que atraviesa los sentidos del espectador escapando de la razón:

Más de una vez, la vista el Pico de Orizaba había excitado en mí un sentimiento de infinita grandeza, mezclado de una melancolía indefinible [...] no fue sino una mañana fría y serena en que se desarrolló delante de mí aquel coloso, cubierto de eternas nieves descendiendo por algunos giros hasta muy debajo de la cumbre, y que le daba aire de un formidable gigante embozados en un manto azul tachonado de plata (Sierra 2012, 35).

El motivo recurrente de la naturaleza sublime en sus descripciones revela que Sierra O’Reilly nunca pierde la perspectiva literaria de su obra, ya que se trata de pasajes que buscan amenizar la lectura y evocar estas imágenes popularizadas en el género de viaje decimonónico.⁸⁹

De hecho, cuando aparece el discurso del viajero-ensayista en el texto éste lo hace a modo de “pausa digresiva”, entendida como “aquellas interrupciones en el discurso narrativo

⁸⁹ De hecho, retomando descripciones de la obra de Chateaubriand a la que hace constantes referencias (véase Sierra 1850a, 199), el escritor mexicano logra conciliar estas ideas de la naturaleza con el paisaje civilizado del espacio estadounidense (véase Sierra 1850a, 214). Evidentemente, si bien la naturaleza del espacio mexicano es exótica, exuberante y dominante frente al hombre, en los Estados Unidos la naturaleza es enmarcada y ordena por éste. Los contrastes entre uno y otro espacio surgen de la admiración que el desarrollo industrial del país extranjero generaba en el viajero, especialmente aquel ligado al transporte y comunicación.

para dar paso al discurso del narrador en su propia voz (generalmente un discurso tipo gnómico o doxal)” (Pimentel, 2008: 51). Es decir, en *Impresiones* la voz enunciativa del viajero-ensayista interrumpe la narración del viaje en tiempo pasado y emplea el presente de la escritura para desarrollar algún comentario que le permitirá hacer una crítica o justificación de su ideal político. Por ejemplo, las descripciones producidas por la narración del viaje son intercaladas con comparaciones que el autor realiza entre las costumbres políticas estadounidense y las mexicanas, revelando las contradicciones y deficiencias de su propia sociedad, la cual ha heredado las limitaciones de la época colonial que impiden la consolidación de una verdadera república. Citemos en extenso uno de los eventos que impactaron a Sierra O’Reilly, también referido en su *Diario*, sobre la visita que realizó al presidente Polk en la Casa Blanca, el día 22 de noviembre de 1847, y en la que el viajero se admiró de la austeridad con la que es conducido y recibido por esta figura política: “Allí no hay guardias, gentiles hombres, ni aparato de ningún género” (1850b: 160). A partir de este momento, la voz del viajero-ensayista irrumpe en la narración con una crítica:

El que ha visto, como yo, no ya al presidente de la república mexicana cuya regia ostentación es al mismo tiempo una ridícula parodia de las cortes europeas y un cruel epigrama contra el espíritu de nuestras instituciones democráticas, sino a gobernadores de provincia y jefes militares rodeándose de un ejército de guardias, ayudantes, edecanes, caballerizos y dependientes de *casa y boca*, manifestándose al *pueblo soberano* con tanta pompa y majestad; y después haber visto al presidente de los Estados Unidos del Norte América en su modesta residencia, sólo acompañado apenas de un individuo de su familia, sin distintivo de ninguna clase [...]; la verdad, no podrá menos de hacer muy triste comparaciones en prejuicio de nuestras costumbres y hábitos republicanos [...]. En México, todos los honores tributados a los antiguos virreyes, y acaso más todavía, se han transmitido al primer funcionario de la república. Es un contrasentido, una antilogía; pero estamos habituados a ello y el contraste no puede menos de chocarnos. Sin embargo, somos un pueblo republicano; y cuenta con que nos envanecemos de ello, hasta tocar en el ridículo (1850b: 161 y s.).

A este modo de intercalar en la narración del viaje las diferentes digresiones críticas y reflexivas, se suma una de las condiciones que separa, a la vez que relaciona, las formas de escribir el viaje entre Sarmiento y Sierra O'Reilly. Tal como señalé en el capítulo anterior, mientras que el primero elabora sus discursos desde el doble exilio, el segundo realiza *Impresiones* situado en Campeche, poco tiempo después de su regreso. Sin embargo, es necesario destacar que, al igual que *Viajes*, la obra del yucateco fue hecha en un momento político en el que la posición del escritor, así como la legitimidad de su viaje, eran cuestionadas por sus contemporáneos. A diferencia del *Diario* epistolar dirigido a su esposa, del cual Sierra O'Reilly parte para elaborar su libro de viaje, *Impresiones* estaba dirigido al grupo político e intelectual de Yucatán que, durante los últimos años de la primera mitad del XIX había sufrido conflictos internos entre la facción representada por Barbachano y la encabezada por Méndez, de la que formaba parte. Como se ha dicho, la victoria de los intereses de la primera derivó en la reincorporación de Yucatán a la nación mexicana en agosto de 1848, a escaso tiempo de finalizada la misión política en los Estados Unidos. De este modo, al escribir su obra, había pasado de ser de un representante del regionalismo yucateco y del grupo en el poder, a un traidor a la patria y una figura radical del separatismo.

Esta nueva condición política del escritor yucateco es una posible explicación del tipo de apropiación que realiza en *Impresiones* de la heterogeneidad discursiva del género de viaje. Por ejemplo, en el discurso ensayístico prevalecen enunciados apologéticos y didácticos en los cuales subyace, no sin algo de ambigüedad,⁹⁰ una crítica profunda a las

⁹⁰ En el siguiente capítulo analizaré cómo esta ambigüedad está ligada a la identidad ideológica del viajero en su obra.

condiciones políticas de Yucatán y de México. Este discurso asume las marcas subjetivas del “yo” autoreferencial del viajero-ensayista, quien adopta la voz enunciativa y se posiciona en un aquí y ahora absolutos que corresponde al tiempo de la escritura. De ese modo, este “yo” reflexivo revela la polémica posición desde los márgenes políticos donde el viajero elabora su obra.

Si bien las marcas espaciales y temporales de Sierra O’Reilly como autor real ubicado en Campeche podemos encontrarlas a lo largo del texto,⁹¹ ellas están dadas principalmente en la nota editorial con la que inaugura el primer libro de *Impresiones*. Este texto introductorio (con el que el escritor inicia su edición de 1850), consiste en una especie de prólogo dirigido al señor don Alonso Aznar y Pérez,⁹² escrito en Campeche el 1° de enero del mismo año, así como una introducción pública de su obra: “Mi buen y leal amigo: Debo a usted la idea original de escribir y dar al público estas *Impresiones de viaje*; y por supuesto me atrevo a emprender una obra semejante, que en verdad no carece de dificultades, necesario es que usted se resigne a ver su nombre inscrito al frente de ella, aceptando la dedicatoria que le ofrezco [...]” (Sierra, 1850a: 1).

A partir de esta nota, el discurso apologético del viajero está acompañado de un tono legitimador de su labor. Por un lado se trata de justificar la importancia que tuvo su misión

⁹¹ Esto ocurre, por ejemplo, cuando Sierra menciona el caso de un viajero, Mr. Norman, quien visitó Campeche poco antes de su viaje a los Estados Unidos: “vino a Campeche, se embarcó de aquí para Nueva-Orleans y nos regaló con un libro magníficamente impreso, es verdad, pero casi no contiene una página en la cual no puedan descubrirse errores de importancia” (Subrayado nuestro. 1850a: 139). Este pasaje es en referencia a la obra *Rambles in Yucatan* (1843) de B. M. Norman.

⁹² “Abogado, político, escritor, editor. Miembro de la Judicatura, recopilador de las leyes yucatecas de 1832 a 1850. Favorable a la unión con México y, a partir de 1846, opuesto al regionalismo de Sierra O’Reilly. Nació el 23 de junio de 1817, siendo hijo del capitán de milicias Benito Aznar Peón y de María Dolores Pérez del Mazo. Falleció el 20 de septiembre de 1861” (Taracena, 2010: 388). Cabe señalar que Sierra O’Reilly critica a esta figura política en su *Diario*, donde lo acusa de ser responsable del cada vez más evidente fracaso de su misión como comisionado en los Estados Unidos. En el Capítulo III desarrollaré las tensiones entre este lector explícito y el escritor en la configuración de la identidad ideológica del “nosotros” en *Impresiones*.

en el extranjero y, por otro, enaltecer su juicio acerca de los Estados Unidos como resultado de la experiencia producida por el contacto directo con esta sociedad. De esta experiencia parte el escritor para criticar y desacreditar las valoraciones hechas por sus compatriotas acerca de dicho país:

Mas volviendo al provecho que de esta obra puede sacarse, yo insisto en ello. Es notorio que he ido a ese país por asuntos del servicio público; servicio de que no tengo por qué sonrojarme ni arrepentirme jamás para que yo pensara en disimularlo. Esta circunstancia me ha ofrecido la ocasión de ser seguramente el único mexicano, que se hallaba en Washington al tiempo de las grandes discusiones del trigésimo congreso sobre la guerra de México, esa guerra injusta que ha dejado caer una fea mancha, no sobre el pueblo de los Estados Unidos en general; sino sobre la administración y el partido que la ha llevado a cabo. Además, yo estaba en contacto con muchos individuos notables de los que allí *hacen la política*, y creo que algunas especies han de ser enteramente nuevas para nuestros compatriotas. Al menos, así me lo hace discurrir la equivocación con que he visto calificadas por escritores distinguidos algunas cosas y personas de los Estados Unidos (Sierra, 1850a: 6 y s.).

Este lector implícito, que abarca a sus “compatriotas”, dirige la intención didáctica de *Impresiones*, ya que es al público que busca ilustrar y persuadir en materia política tomando como referente a los Estados Unidos. En el tercer capítulo de la tesis desarrollaré con más detalle cuál es la identidad del lector a quien Sierra O’Reilly dirige las reflexiones de su obra, y a partir del cual configura una identidad ideológica vinculada a sus ideas regionalistas. Por lo pronto, cabe adelantar que este “compatriotas” comprende un “nosotros” yucatecos con los que el escritor se identifica, pero en otros momentos (como en la cita anterior) se separa de ellos. Esta distancia responde a una finalidad didáctica, común en la obra periodística y literaria del autor, que le permitía “educar” a sus lectores sobre el funcionamiento de una nación. En *Impresiones* este objetivo es justificado por el mismo viajero en la nota

introdutoria de su obra: “Jamás he pretendido escribir en estilo dogmático y como dando lecciones de pedagogo a los que tienen la bondad de leer mis producciones [...]. Sin embargo, yo conozco por experiencia propia que muchas veces incide uno involuntariamente en aquel vicio. Pero al menos, debe cualquiera disculparse, y esto es lo que hago hoy a prevención” (Sierra, 1850a: 8). De igual modo, señala: “Sin embargo de eso, creo, como V., que algún provecho pueden sacar de esta obra nuestros compatriotas, y cuando no provecho, al menos recreo y distracción por la frecuencia de las escenas, de los personajes y de los medios de acción” (Sierra, 1850a: 5 y s).

Aunque el texto introdutorio dicta el modo en el que se presentará la voz autoreferencial, crítica y reflexiva del viajero-ensayista, como señalé anteriormente, esta forma digresiva aparecerá intercalada con la narración del viaje, recordando al lector el lugar desde el cual escribe. Así, la identidad referencial del ensayista, por momentos, interrumpirá la *síntesis de lo heterogéneo* de la narración y suplirá la identidad narrativa. En este sentido, en *Impresiones* es posible reconocer distintas formas de identidad dadas por la heterogeneidad de sus discursos, los cuales mantienen a las marcas subjetivas separadas unas de otras. Entre ellas se encuentra una tercera que comparte elementos de la identidad del viajero-personaje y del viajero-ensayista, pero presenta un discurso independiente regido por la voz del historiador.

Cabe señalar que la importancia del discurso histórico en la abundante obra periodística y literaria de Sierra O'Reilly pone en evidencia que su concepción de la historia respondía a su contexto⁹³ y cumplió un papel imprescindible en el interés que la elite

⁹³ Jorge Lozano explica que “fue en el siglo XIX cuando el rigor de los métodos críticos puestos a punto por los grandes eruditos de los siglos XVII y XVIII se extendió del dominio de las ciencias auxiliares (numismática, paleografía, etc.) a la construcción de la misma historia” (1994: 79).

intelectual yucateca tenía por comprender el presente y reconstruir la identidad de Yucatán.⁹⁴ Esta relevancia ideológica y crítica del discurso histórico en *Impresiones* también responde al lugar primordial que tiene la historia en su obra literaria.⁹⁵ Lo interesante es que los eventos de la historia que el autor intercala en la narración del viaje no son exclusivos de Yucatán o México, sino que, en su mayoría, pertenecen a ciertos pasajes de la historia de la nación estadounidense que consideró relevantes para la comprensión y explicación de su funcionamiento como una nación moderna. Esta es la justificación que Sierra O'Reilly destaca desde el inicio de su obra, en la que señala su labor y objetivos como historiador:

Pero al reunir primitivamente esos materiales, he hecho algunos estudios serios sobre la historia y estadística de aquel país; y si bien esto es un poco más grave y no muy conforme con los placeres de que la imaginación necesita buscando simplemente *las impresiones*; con todo, puede ella estar tranquila en el particular (Sierra, 1850a: 9).

El discurso histórico en esta obra es un ejemplo de la apropiación que Sierra O'Reilly realizó de la heterogeneidad discursiva del género de viaje. El autor retoma este recurso para desarrollar extensas narraciones acerca de eventos acontecidos a distancia temporal del momento de la escritura de la obra y del viaje, lo que sin duda rompe con la narrativa de las “impresiones”. Por lo general, se trata de datos sobre el pasado político que suceden a la información cartográfica y geográfica de cada una de las ciudades o regiones que Sierra O'Reilly visita durante su viaje.

⁹⁴ Sobre el caso del *Museo Yucateco*, periódico editado por Justo Sierra O'Reilly, y el papel de la historia en la reinención de la identidad yucateca, véase Taracena (2010).

⁹⁵ De hecho, en *Impresiones*, Sierra O'Reilly hace menciones a su reciente novela de tono histórico publicada poco antes de su viaje a los Estados Unidos, *Un año en el hospital de San Lázaro*. Por su parte, en su *Diario* hay una mención del comienzo de la escritura de su conocida novela histórica, *La hija del judío*, durante su viaje. Esta obra, de la que ya hablé en otro momento, fue publicada por entregas en su periódico *El Fénix* a partir de 1848, a su regreso de los Estados Unidos, dos años antes de la publicación de la primera y única edición de *Impresiones*.

Sin embargo, a diferencia del discurso de viaje que narra los acontecimientos de un pasado relativamente próximo, la reconstrucción de la historia estadounidense puede extenderse desde su período colonial hasta los años de la misión política del yucateco en 1847 y 1848. De este modo, en este libro de viaje podemos reconocer una problemática temporal que está atravesada por una referencialidad multisituada, en la cual las críticas del “yo” autorreferencial del viajero-ensayista ubicado en el presente de la escritura (Yucatán en 1850) interrumpen el discurso en tiempo pretérito del viajero-personaje (Estados Unidos entre 1847 y 1848) y, a su vez, son complementadas por el discurso del narrador-historiador, ubicado en un pasado más lejano. De este modo, el “yo” del discurso ensayístico será el referente del “aquí” y “ahora” que convierte en “allá” y “entonces” al tiempo y espacio del viaje y de la historia.

En esta triple temporalidad de la enunciación, el discurso histórico y ensayístico son los que “destruyen” la cronología de la narración de viaje. Al igual que la digresión del discurso ensayista en la narración, el histórico interrumpe con una “apertura performativa”⁹⁶ o un tipo de “prefacio” en el que, al igual que el primero, deja ver las marcas subjetivas de la voz de enunciación. Por ejemplo, Sierra O’Reilly dedica el capítulo II del segundo libro de *Impresiones*, en su totalidad, a elaborar una biografía de George Washington. En este caso, la “apertura performativa” del discurso histórico adopta también la perspectiva enunciativa

⁹⁶ Roland Barthes desarrolla dos procedimientos del discurso histórico, el *shifter* de organización y los signos del enunciante (destinador), de este último forman parte las marcas subjetivas de la “apertura performativa”. Barthes destaca que el *shifter* de organización mediante el cual el historiador “organiza su propio discurso, lo retoma, lo modifica a lo largo de su camino; en una palabra, le asigna referencias explícitas” (Barthes, 2009: 95), presenta como parte de su complejidad la coexistencia de dos tiempos, el de la enunciación y el de la materia enunciada (el suceso histórico).

del discurso ensayístico, situando la voz del viajero en el tiempo y espacio absoluto de la escritura:

Más yo creo, que lo poco que voy a decir, es indispensable para llenar cumplidamente el objeto de este pequeño libro. Tratándose de dar cuenta de las *impresiones* de un viaje, no se puede prescindir de hacer referencia de las que el escritor ha recibido. Ahora bien, la impresión mayor que se recibe en los Estados Unidos, es la que produce el nombre de GEORGE WASHINGTON (1850b: 70).

Una vez concluida la “apertura performativa” en forma de enunciación referencial y en tiempo presente, los pasajes históricos presentan una dinámica narrativa propia e independiente del resto de los discursos y temporalidades que la atraviesan. En lo general, en estos pasajes desaparecen las marcas subjetivas de autoreferencialidad, por lo que son narrados desde la objetividad de un narrador externo a la *diégesis*. De este modo, la identidad del viajero-historiador es de autoridad, ya que parte su labor como historiador en la selección, estudio y análisis de ciertos acontecimientos. Estos eventos históricos tienen como objetivo construir un referente político e, incluso, hacer de su viaje un evento de la historia compartida entre los Estados Unidos, México y Yucatán. Por eso, la gran mayoría de los pasajes históricos que Sierra O’Reilly incluye en *Impresiones* pertenecen a la historia principalmente política de los Estados Unidos y su evolución institucional hasta convertirse en la potencia que representaba para el grupo de intelectuales yucatecos del que el escritor formaba parte. No obstante, algunos de los eventos del viaje son justificados también como acontecimientos de trascendencia histórica, de los cuales el propio escritor es testigo e, incluso, protagonista. Así, por un lado, la reconstrucción de la historia es el mecanismo propicio para presentar el desarrollo de la nación moderna como ejemplo y justificación de su viabilidad; por otro, la

historia de México y Yucatán es el marco de comparación a partir del cual Sierra puede señalar y criticar el origen histórico de los problemas contemporáneos que los aquejan.

Por lo tanto, en *Impresiones* las tres formas discursivas generan identidades multisituadas en las que Sierra O'Reilly asume tanto una voz enunciativa referencial, como una de personaje del relato y de narrador de la historia. La apropiación de la heterogeneidad discursiva en esta obra otorga una función privilegiada a la narración, especialmente destaca el lugar del discurso histórico para asignar autoridad al estudio que el escritor realiza sobre los Estados Unidos. Colocado desde un lugar polémico y marginal en el contexto yucateco de mediados del XIX, el relato de su viaje permite a Sierra O'Reilly reivindicar su misión y su posición dentro de la conformación de la nación. De este modo, similar a *Viajes* de Sarmiento, la *referencia cruzada* de la narración del viaje y de la historia hace de su obra un espacio narrativo e imaginativo para configurar un modelo político para Yucatán y México, en un contexto de ambivalencia en la definición de una identidad nacional.

A lo largo de este capítulo he analizado la apropiación del género de la literatura de viaje que Sarmiento y Sierra O'Reilly realizaron, atendiendo las circunstancias de la escritura de sus obras, especialmente de la heterogeneidad discursiva que caracteriza a este tipo de textos. En *Viajes* esta apropiación resulta de la condición de doble exilio del escritor argentino, y en *Impresiones* responde al lugar marginal y polémico del viajero yucateco a su regreso. Al estudiar las formas de enunciar y narrar el viaje he observado que estas obras participan en la compleja tarea de la elite criolla latinoamericana de construir una nación argentina y mexicana, ya que están escritas en relación intersubjetiva con lectores pertenecientes a este grupo. El “yo” de enunciación, por lo tanto, se encuentra vinculado con el “nosotros” al que

dirige sus escritos. No obstante, la referencia cruzada de sus narraciones y discursos hacen que esta representación de la identidad se encuentre multisituadas temporal y espacialmente en ambos textos, lo que en gran medida marca la ambivalencia en la configuración de identidades nacionales.

CAPÍTULO III

IDENTIDADES Y LITERATURAS HETEROGÉNEAS

EN *VIAJES E IMPRESIONES*

El presente capítulo tiene como objetivo analizar cómo son las representaciones que Domingo Faustino Sarmiento y Justo Sierra O'Reilly realizan del “nosotros” y de los “otros” en sus libros de viaje, a partir del estudio de la heterogeneidad de las elites políticas que participan en el circuito literario de sus obras, y en relación a los múltiples referentes que mencionan. Por ello, una de las nociones centrales a desarrollar será entender *Viajes e Impresiones* como “literaturas heterogéneas”, en las que existe una ruptura entre el campo socio-cultural de los medios de producción, la difusión y el referente que describen, lo que, en palabras del crítico peruano Antonio Cornejo Polar, crea “una zona de ambigüedad y de conflicto” (1978: 12). Veremos que esta característica de la literatura de viajes de ambos escritores latinoamericanos se manifiesta en la problemática de la definición de sus identidades políticas y culturales, generando ambigüedad y conflicto en la representación del

“nosotros” en relación a los “otros”. Señalaré que esta forma particular (aunque no exclusiva) de lo heterogéneo revela la complejidad de los contextos latinoamericanos del siglo XIX, en donde la ciudad letrada que he mencionado con anterioridad presenta divisiones entre el “nosotros” de las elites criollas, a su vez que un distanciamiento socio-cultural con el “otro” interno, representado por el indígena y la “barbarie” americana. Asimismo, como parte de la alteridad del viaje, el “otro” hegemónico, europeo y especialmente el estadounidense, jugará un papel central en la construcción del “nosotros sudamericano” de Sarmiento, y en el “nosotros yucateco” de Sierra O’Reilly, ambas identidades políticas y culturales que revelan la indeterminación de la definición nacional en el contexto de la escritura de sus obras.

Este análisis de la heterogeneidad de la ciudad letrada latinoamericana y del relato de viaje que desarrollaré en el primer apartado, en los últimos lo aplicaré a los casos de *Viajes e Impresiones*. Al final concluiré con una síntesis de los puntos en contacto y diferencias de las representaciones del “nosotros” y de los “otros” en cada obra.

3.1. Los “otros” del “nosotros” y los “otros” hegemónicos: heterogeneidad del relato de viaje

En el capítulo anterior analicé cómo la “heterogeneidad discursiva”, propia de los relatos de viaje, es un recurso de apropiación “creativa” de este género de origen europeo, por parte de Sarmiento y Sierra O’Reilly, quienes incluyeron en la narración del viaje discursos ensayísticos e históricos en sus obras. Esta apropiación, que consideramos una respuesta a las condiciones políticas de la producción de ambas obras en los “márgenes”, plantea un discurso multisituado que coloca la identidad discursiva (enunciación y narración) del viajero en diferentes temporalidades y espacios (*aquí-allá, ahora-entonces*). Concluimos, entonces,

que este modo de escribir sus viajes por Estados Unidos e inscribir en ellos sus identidades desde el discurso forma parte de la “referencia cruzada” entre la literatura y la historia, haciendo de ambas obras “laboratorios de identidades”, en tanto que circulaban dentro de una ciudad letrada donde cumplían una finalidad política.

En este primer acercamiento tuvo lugar el análisis de la enunciación del viajero en el discurso ensayístico e histórico. En los dos casos, el lector explícito juega un papel fundamental en la enunciación del “nosotros” intersubjetivo que adopta una forma generalizada o colectiva en sus obras. Sin embargo, escapa a esta primera revisión sobre la relación entre escritor y lector explícito la problemática socio-cultural que subyace en el proceso literario de producción y difusión de estas obras y el de los referentes que representa.

Para analizar la complejidad de las representaciones en *Viajes e Impresiones*, como señalé anteriormente, es de utilidad retomar el concepto de “heterogeneidad” literaria propuesta por el crítico peruano Antonio Cornejo Polar.⁹⁷ En su artículo “El indigenismo y las literaturas heterogéneas: su doble estatuto socio-cultural” (1978), el crítico explica una distinción entre las literaturas homogéneas y las heterogéneas. Las primeras las define como aquellas donde la movilización de todas las instancias del proceso literario (producción, texto, referente y difusión o consumo) se dan dentro de un mismo orden socio-cultural;⁹⁸ de

⁹⁷ Un aspecto clave de esta categoría es que, al analizar la complejidad cultural de la representación y la identidad en el contexto de la América Latina poscolonial, se separa de la reflexión de los estudios poscoloniales que entienden la cuestión del sujeto poscolonial como “subalterno”, tal como señalamos en el capítulo anterior al hablar de la autoridad de enunciación de las elites políticas letradas; y del análisis de la “representación” del “otro” en relación al centro hegemónico (como el *orientalismo* en Edward Said), en los casos de las sociedades poscoloniales africana e india.

⁹⁸ Este planteamiento de Cornejo Polar sobre la heterogeneidad en la literatura se hace aún más complejo en la medida que va profundizando en otras categorías como “totalidad” y “sistema”, que están presente en sus trabajos “La literatura peruana: totalidad contradictoria” de 1982 y *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas* de 1994. Como él mismo explica, a partir de esta “radicalización” de su propuesta, el crítico peruano ve heterogeneidad en cada uno de los niveles del proceso literario, idea que le permite observar al sistema literario como una totalidad contradictoria.

tal modo que “la producción literaria circula entonces dentro de un solo espacio social y cobra un grado muy alto de homogeneidad: es, podría decirse, una sociedad que se habla a sí misma” (1978: 11).⁹⁹ Por su parte, “caracteriza a las literaturas heterogéneas, en cambio, la duplicidad o pluralidad de los signos socio-culturales de su proceso productivo: se trata, en síntesis, de un proceso que tiene por lo menos un elemento que no coincide con la filiación de los otros y crea, necesariamente, una zona de ambigüedad y conflicto” (1978:12).¹⁰⁰

Esta distinción de tipos de literaturas realizadas por Cornejo Polar permite introducir la dimensión social y cultural en el primer análisis discursivo de la enunciación de *Viajes e Impresiones*. Surgen, al respecto, algunas preguntas sobre estas obras: ¿se trata de literaturas que se hablan a sí mismas?, ¿o son literaturas donde la producción, el texto, su referente y el sistema de distribución y consumo atraviesa distintos órdenes socio-culturales? Es entonces importante destacar que, en el caso de las identidades políticas de los viajeros, existen rupturas o desencuentros de orden social y cultural que generan un “nosotros” complejo, que lejos de homogenizar a la elite argentina-chilena y a la yucateca-mexicana, ofrece distinciones e identifica antagonismos.

En vez de inscribirse en un ciudad letrada homogénea, *Viajes e Impresiones* presentan rasgos de heterogeneidad en sus procesos literarios que nos llevan a reconocer que tanto

⁹⁹ El ejemplo del cual se vale Cornejo para caracterizar este funcionamiento de las literaturas homogéneas es la narrativa peruana y chilena de los años cincuenta del siglo XX: “Los relatos de Sebastián Salazar Bondy, Julio Ramón Ribeyro, en parte los de Carlos Eduardo Zavaleta en el caso del Perú, y los de José Donoso o Jorge Edwards, en el caso de Chile ponen en juego perspectivas propias de ciertos sectores de las capas medias urbanas, emplean los atributos de modernidad que distinguen la acción de ese grupo social, que en este aspecto concreto se traducen en el remozamiento del aparato técnico de la narración, aluden referencialmente a la problemática del mismo estrato y son leídos por un público de igual signo social” (1978: 11).

¹⁰⁰ Para observar esta dinámica en la heterogeneidad, Cornejo Polar retoma la propuesta de José Carlos Mariátegui acerca del “proceso literario” en Perú, quien reconoce un dualismo quechua-español no resuelto que demanda ser estudiado con un método diferente al que se emplea para las literaturas “orgánicamente nacionales”, es decir, que no son resultado de la intervención de una conquista.

Sarmiento como Sierra O'Reilly no escribían en sus libros de viaje para una única elite letrada; por el contrario lo hacían para distintos grupos políticos que la conformaban, frente a los cuales establecieron relaciones de identificación del “nosotros” y de rechazo de un “otro”.

En los capítulos anteriores enfatiqué que ambos autores elaboraron sus obras en contextos de enfrentamientos entre facciones de la sociedad argentina y mexicana que se disputaban el poder político en el periodo convulso de la primera mitad del siglo XIX; esto como consecuencia de las recientes independencias de la Metrópoli española y la búsqueda de una definición nacional. En este sentido, distantes del “nosotros” que en gran medida había sido homogeneizador de los diferentes grupos criollos durante los movimientos de independencia en estos países,¹⁰¹ una vez separadas de España las elites criollas se diluyeron en una diversidad de grupos políticos con diferentes intereses y proyectos nacionales. Estas “contradicciones fundamentales” (Ramos, 2003: 35)¹⁰² que vuelven a surgir en el interior de la sociedad en Argentina y México, están presentes en la identidad política e ideológica del “nosotros” de enunciación de los discursos ensayísticos e históricos de *Viajes e Impresiones*. El “nosotros” colectivo con el que Sarmiento y Sierra O'Reilly se identifican es también uno parcial, en tanto representa a una comunidad específica con la que comparten una serie de valores, ideas, intereses, horizontes críticos e ideales políticos; entre ellos, en ambas obras está presente la añoranza de una nación moderna a semejanza de los Estados Unidos.

¹⁰¹ Este esfuerzo homogeneizador de los movimientos de independencia latinoamericanos es el que impulsó un primer “americanismo” emancipatorio, ligado al proyecto político de Simón Bolívar.

¹⁰² Para Julio Ramos, estas contradicciones estaban ocultas bajo la aparente homogeneidad del objetivo común de la independencia: “Si bien durante las guerras de independencia las virtuales clases dirigentes latinoamericanas habían logrado articular un consenso –“nosotros” que adquiere espesor en oposición al enemigo común: España- tras la instalación de nuevos gobiernos las contradicciones fundamentales reemergen a la superficie de la vida social” (Ramos, 2003: 35).

Al mismo tiempo, esta ciudad letrada heterogénea es también hegemónica, pues reproduce relaciones de jerarquía y de poder entre un “nosotros” dominante, que posee el poder político y simbólico (el de la escritura, diría Ángel Rama) frente a un “otro”. Este “otro” es visto como inferior y no participa dentro de la ciudad “amurallada” como lector o interlocutor, no obstante, es representado por ella dentro de sus discursos como aquel “salvaje” o “bárbaro” que simboliza un enemigo social y cultural que es necesario enfrentar. Tanto Sarmiento como Sierra O’Reilly son representantes de valores sociales y culturales dominantes dentro de sus propios contextos donde, evidentemente, se jerarquizaban los diferentes grupos sociales y culturales reproduciendo los valores de la cultura hegemónica heredada de su historia colonial, y los autorizaba a ambos para realizar representaciones de sus propias sociedades e, incluso, apropiarse del relato de viaje para hablar de Europa y los Estado Unidos. A esta autoridad cultural y social que permite representarse a sí mismos en relación a “otros”, se suma también la condición del doble exilio de Sarmiento y de desplazamiento político de Sierra O’Reilly. Esto vincula el problema de la identidad del “nosotros” a la situación política de ambos escritores. De este modo, veremos que en sus obras no se trata únicamente de la reproducción de un orden hegemónico europeo, sino que también responden a las particularidades del contexto latinoamericano en que se producen y que asumen una forma especial en las representaciones que realizan de los “otros” internos, así como de Europa y los Estados Unidos.

Un elemento clave para analizar la heterogeneidad literaria y cultural en *Viajes e Impresiones*, consiste en destacar que este “nosotros” de identificación política también presenta una “lógica cultural euroamericana” (Pratt, 2010: 319) heredada de la Colonia. Dicha “lógica” radica en la apropiación de discursos hegemónicos por parte del “sujeto

criollo poscolonial”, en torno a la nación, el progreso, la modernidad e, incluso, de modelos literarios. Para Mary Louise Pratt (2010), esta apropiación o “transculturación” de discursos europeos,¹⁰³ entre los que se encuentra el propio relato de viaje, reforzaba la hegemonía criolla frente al imperialismo europeo y en contra de la cultura indígena o mestiza.

Partiendo de esta “transculturación” o “apropiación”, considero que en la identificación del “nosotros” político, desde el cual el escritor argentino y el mexicano autorizan sus discursos, surge también el sistema de ideas políticas y valores culturales que conforman una semántica específica en sus obras. Dicho horizonte de apropiación discursiva está estrechamente vinculado con lo que en términos políticos e ideológicos suele ser definido como un “liberalismo latinoamericano” (Lasarte, 2003: 58), que estaba fundado en el deseo de eliminar todo vestigio del sistema colonial como parte de un “nacionalismo paradójico”.¹⁰⁴ Entre sus intereses se encontraba la promoción de “la idea de transformar las naciones en replicantes de los considerados como indiscutibles modelos de desarrollo y civilización” (Lasarte, 2003: 58), en este caso, los Estados Unidos.

En ocasiones anteriores señalé que en los libros de viaje de Sarmiento y Sierra O’Reilly el marco cultural euroamericano conllevaba la apropiación, a su vez, de nociones ilustradas como “libertad”, “justicia”, “soberanía”, “igualdad” y “república”, incluso aquellas

¹⁰³ Haciendo alusión al concepto de “transculturación” que Ángel Rama elabora (a su vez, retomando la propuesta de Fernando Ortíz), Pratt (2010) considera este fenómeno propio de las “zonas de contacto”, debido a que se trata de la respuesta de la sociedad receptora frente a los modos metropolitanos de representación, es decir, en cómo se apropian de ellos y en qué discursos los devuelven. El ejemplo del que parte Pratt para desarrollar esta idea de “transculturación” en América Latina (vista como “zona de contacto” por su historia colonial) es el proceso de “autoinvención” criolla en el siglo XIX, en el cual este grupo adapta discursos europeos sobre América y los “descoloniza”, al mismo tiempo que conserva los valores europeos y su supremacía blanca.

¹⁰⁴ No obstante, para Javier Lasarte Valcárcel (2003) es necesario reconocer que este “nacionalismo paradójico” no fue el único dentro de las elites criollas latinoamericanas de la primera mitad del siglo XIX, y que opuesto a él surgieron otros proyectos de nación, como son los casos de Simón Rodríguez y Andrés Bello.

categorías de la estética y la filosofía romántica como la idea de “pueblo” y de “nación”. Sin embargo, en lo que sigue destacaré que la apropiación de estos discursos europeos, que circulaban entre las elites criollas latinoamericanas, adquiere distintos matices en *Viajes e Impresiones*, como respuesta a que la identidad del “nosotros” en ambas obras depende de las relaciones sociales que establece con los “otros” internos, antagonistas políticos y sujetos considerados cultural y racialmente inferiores por los escritores y sus contemporáneos. Este es el caso de los matices en la apropiación del discurso romántico europeo dentro del marco político de los escritores, especialmente el del romanticismo social. De este modo, en sus libros se genera ambigüedades y contradicciones al momento de definir lo que es entendido como “pueblo” ya que, en defensa de la hegemonía cultural de la elite criolla (aunque sea un grupo político de ella en específico), Sarmiento y Sierra O’Reilly niegan la historia cultural de sus países, tanto aquella ligada a la tradición colonial española, como la de la cultura indígena.¹⁰⁵

De igual modo, en los siguientes apartados, al analizar la heterogeneidad en el proceso literario, si bien me enfocaré en las tensiones de las facciones políticas que forman parte de las elites criollas y, por lo tanto, de la ciudad letrada heterogénea en la que circulan *Viajes e Impresiones*, también me interesará enfatizar que la identidad política del “nosotros” de sus autores rebasa las adscripciones a estos grupos que, como he señalado, no siempre se

¹⁰⁵ Atendiendo la problemática de la apropiación de estas ideas y discursos europeos a aquellos producidos por los criollos latinoamericanos en el siglo XIX, la crítica enfocada en este periodo ha enfatizado las particularidades de sus discursos. Por ejemplo, Dieter Janik (2003) plantean la fusión de las ideas ilustradas con algunos elementos del romanticismo social francés; y Friedhelm Schmidt-Welle (2003) destaca la necesidad de introducir nuevas categorías de análisis dentro de la crítica literaria y cultural latinoamericana, como la de “liberalismo sentimental” en lugar del término “romanticismo”, para mostrar “la tensión entre el programa de emancipación político-ideológica de la elite criolla, por una parte, y la subordinación de la revolución estética del romanticismo europeo a los objetivos ideológicos de estas elites, por otra, porque se refiere, aunque sea implícitamente, a modelos literarios sentimentales que deben servir a la manera de una estabilización de las relaciones sociales en sociedades poscoloniales” (2003: 333).

encuentran ideológicamente separados o definidos. Así sucede con el federalismo dividido en Argentina (Chiaramonte, 2011) y su relación a veces ambigua con los unitarios; o con el federalismo y el centralismo en México que adopta una carga ideológica particular con el regionalismo en Yucatán, especialmente tras la anexión de este último a México en 1848.

Esta funcionalización política del relato de viaje en el contexto latinoamericano del siglo XIX, encontrará en el referente de Estados Unidos el “otro” de representación con el cual se identifica el “nosotros” político de Sarmiento y Sierra O’Reilly. Por tal motivo, veremos que a partir de él la definición del “nosotros sudamericano” en *Viajes* y del “nosotros yucateco” en *Impresiones*, proyecta las ambivalencia de las identidades nacionales argentina y mexicana. En este proceso de heterogeneidad, la alteridad del viaje juega un papel central en la representación del referente socio-cultural distinto al del contexto propio de cada escritor. En estos casos, la alteridad del viaje consiste en el fenómeno que se produce en situaciones de contacto entre culturas y que implica una experiencia de extrañeza que deriva en la distinción de un “otro” diferente al “nosotros”. En el relato de viaje esto se presenta en el posicionamiento de la mirada del viajero desde distintos tiempos y espacios que lo dotan de autoridad para representarse a sí mismos y a los “otros”, unido al proceso epistemológico de interpretación o “traducción” de otras sociedades.¹⁰⁶ Este aspecto característico de dicho género es, sin duda, imprescindible para comprender en qué medida este tipo de relatos les permitió a ambos autores formular un discurso sobre la nación desde el contexto de la producción de sus obras que, además de estar marcada por la condición de la escritura desde

¹⁰⁶ El tema de la alteridad vinculado con la definición del “otro” y su relación con el “nosotros”, ha pasado por diferentes discusiones disciplinarias, desde la filosofía a la antropología. Para un repaso de estas perspectivas sobre la alteridad véase Rabinovich (2009). Para un análisis de la alteridad en el contexto de las ciencias sociales, véase Krotz (2004).

los “márgenes” políticos, también plantea la inversión de la mirada del “nosotros” y de los “otros” en el horizonte poscolonial.

Partiendo de esta cuestión, es importante mencionar que si bien las representaciones del “nosotros” y de los “otros” en *Viajes e Impresiones* pueden ser analizadas desde el concepto de “heterogeneidad” literaria, a su vez son un caso que permite complejizar el modelo analítico de Cornejo Polar, el cual no contempla este tipo de alteridad en el relato de viaje latinoamericano del siglo XIX. En este sentido, cabe señalar que el crítico peruano se enfoca en las crónicas de viaje de la Conquista como uno de los ejemplos críticos con el cual desarrolla este concepto. Para él, este género inicia la tradición de la heterogeneidad literaria en América Latina, ya que en ellas se presenta un juego de distancias y aproximaciones que deja ver los vacíos existentes entre dos culturas distintas entre sí, como parte de la historia colonial de este continente. En estos tipos de textos la heterogeneidad se presenta de dos formas: la primera es el de las crónicas castellanas que formalizan al referente americano con las mismas características con las que fue representada la realidad peninsular. En este caso, la heterogeneidad surge en la relación desigual entre su sistema de producción y consumo, el cual genera que la producción se imponga sobre el referente. La segunda es el de las crónicas producidas por indios o mestizos, como Guamán Poma de Ayala, y es en las que “el referente puede imponer ciertas condiciones y generar una modificación en la estructura formal de las crónicas” (Cornejo, 1978: 15).¹⁰⁷

Atendiendo a esta perspectiva, considero que en las obras de Sarmiento y Sierra O'Reilly la heterogeneidad del referente, producido por la alteridad propia del viaje, adquiere

¹⁰⁷ No exento de cierto esencialismo, al hablar del caso de la crónica de Guamán Poma, Cornejo Polar señala que los “discurso pictográficos y gráficos” que éste emplea en su obra “responde mejor que el lenguaje verbal a las exigencias de fidelidad con respecto al referente” (1978: 15).

una mayor complejidad en tanto pone en juego las contradicciones y enfrentamiento en las identidades nacionales de los cuales parten. En este sentido, *Viajes e Impresiones* implican la inversión del primer modelo, es decir, a diferencia de la crónica castellana, el escritor latinoamericano es ahora quien analiza un centro hegemónico empleando una forma de producción también occidental: el relato de viaje. Asimismo, la heterogeneidad en este caso es distinta a la del segundo modelo debido a que, en estos textos, se trata de elites criollas que se apropian de este género para representarse a sí mismas en función de “otros” hegemónicos, incluyendo a Europa y, especialmente, a los Estados Unidos.

En los siguientes apartados, al analizar las representaciones del “nosotros” y de los “otros” en *Viajes e Impresiones*, me interesará profundizar en dos niveles de la heterogeneidad literaria y cultural que caracteriza a estas obras: el primero en el interior de la ciudad letrada, es decir, en las elites criollas chilena-argentina y la yucateca-mexicana dentro de las que circulaban estos textos. Si bien se trata de una heterogeneidad menor, en ocasiones no es de este modo ya que finalmente es un grupo que comparte un mismo estatuto sociocultural, aunque se encuentran enfrentados por intereses políticos. Y segundo, aquella heterogeneidad vinculada con el fenómeno de alteridad que se produce en el contacto entre culturas durante sus viajes, como es el del referente de los Estados Unidos. Asimismo, veremos que esta representación del “nosotros” político y cultural frente al “otros” estadounidense plantea dos problemáticas particulares, aunque no exclusivas, del relato de viaje latinoamericano del siglo XIX: el reconocimiento del referente de los “otros” internos, del cual ambos escritores se distancian política y culturalmente, y la inversión del orden hegemónico de la representación en la tradición literaria de este género que, en cada obra,

desarrolla diferentes respuestas a la problemáticas de configuración de identidades nacionales.

3.2. Los “otros” del “nosotros sudamericano” en *Viajes de Sarmiento*

En este apartado analizaré la representación del “nosotros” en *Viajes*, en relación a dos tipos de “otros”: los internos y los externos. A su vez, veremos que estos “otros” se subdividen en dos. Los primeros están conformados por: el “otro” político que forma parte de la facción del federalismo rosista, en función al cual Sarmiento se identifica como un “nosotros” liberal; y por el “otro” cultural identificado con el indio y el gaucho no letrado, ante el cual el “nosotros” reitera su hegemonía criolla. Por su parte, los “otros” externos son los correspondientes a los referentes de Europa y los Estados Unidos, a partir de los cuales el viajero configura un “nosotros sudamericano”.

3.2.1. El “nosotros” liberal civilizado y los “otros” federalistas bárbaros

Anteriormente mencioné que las ideas políticas de Sarmiento, en gran medida, estaban definidas por su identificación con una de las facciones políticas en las que había participado en Argentina antes de su exilio en Chile en 1840: la de los unitarios. Sin embargo, posteriormente, el escritor establece algunos matices con este grupo que lo mantienen más cercano a un liberalismo político y económico con el que, al mismo tiempo que rechaza y critica a los federalistas rosistas, establece distinciones entre los unitarios. Esta adscripción política que él mismo definirá en distintos pasajes de *Viajes*, forma parte del universo de ideas y posturas políticas que el autor promovía desde su obra periodística temprana,

especialmente aquella publicada en Chile durante su exilio,¹⁰⁸ así como en su ensayo *Facundo*, publicado en 1845.¹⁰⁹ En estos textos define un “nosotros” en relación con varios “otros” internos, entre los que se encontraban sus potenciales lectores y, por supuesto, también aquellos que no lo eran, pero que jugaban un papel fundamental como referentes de auto-representación social y cultural.

Para analizar la identidad del “nosotros” político en *Viajes* son claves los dos tipos de destinatarios que Daniela Rawicz identifica en la obra periodística temprana de Sarmiento, publicada en Chile entre 1841 y 1850. Rawicz señala que el *prodestinatario* al que el escritor dirige sus textos “se trata básicamente de los sectores ‘cultos’ de la sociedad, los intelectuales ilustrados, a quienes se considera ‘ciudadanos ilustres’ de las nuevas repúblicas” (Rawicz, 2003:143). Junto con este destinatario positivo surge también en su discurso un *contradestinatario*, que responde a la distinción entre civilización y barbarie que caracteriza a sus textos de esta época. En palabras de Rawicz:

[Sarmiento] escinde este “nosotros” amplio y establece un nuevo “otro”, el bárbaro, el ignorante, a quien hay que “civilizar”. Así, Sarmiento se *identifica* con los letrados en cuanto al acceso cultural y privilegio en la palabra, pero también se *identifica* con el pueblo como portador de soberanía. Asimismo, busca *regenerar* al pueblo al propiciar su salida del estado de ignorancia y barbarie. Pero también busca *transformar* a los letrados conservadores a fin de modificar su actitud retrógrada y colonial (2003: 144 y s.).

¹⁰⁸ Escrito publicado en periódicos chilenos como *Mercurio*, *Progreso*, *Nacional*, aunque también en algunas publicaciones argentinas como *El Zonda* y *Nueva Revista de Buenos Aires*.

¹⁰⁹ Además de la cercanía de la publicación del *Facundo* con la fecha del viaje de Sarmiento, también es importante destacar que esta obra fue promovida por el escritor dentro de los círculos intelectuales de Europa, donde buscaba generar simpatía con la causa antirosista. En *Viajes*, Sarmiento declara en qué medida el *Facundo* era para él una carta de presentación con la cual buscaba introducirse en Europa. Por ejemplo, estando en París escribe a don Antonio Aberastain: “Al despedirme de mi buen amigo el señor Montt, le decía yo con aquella modestia que me caracteriza; la llave de dos puertas llevo para penetrar en París, la recomendación oficial del gobierno de Chile i el *Facundo*; tengo fe en este libro [...]. En París no hai otro título para el mundo inteligente, que ser autor, o rei. No he querido ser presentado a Michelet, Quinet, Luis Blanc, Lamartine, porque no quiero verlos como se ven los pájaros raros; quiero tener títulos para presentarme a ellos, sin que crean que satisfago una curiosidad de viajero” (1996: 140 y s.).

En este sentido, para Rawicz, este letrado antagonista, contradestinatario o “adversario discursivo”, conforma a un grupo específico de la elite criolla que es considerada ignorante y bárbara en tanto reproducían las ideas monárquicas y defendían las “atrasadas” costumbres coloniales y feudales, es decir, eran para Sarmiento, “partidarios de la tiranía y el despotismo” (Rawicz, 2003: 145). Finalmente, la intención política del escritor durante la producción de esta obra periodística era desacreditar al gobierno de Rosas.

De igual forma, en el *Facundo*, obra que como ya he mencionado era cercana a las condiciones y al tiempo de su viaje, el escritor argentino establece un antagonismo político que identifica con el gobierno rosistas y la “aristocracia” argentina que, como señala Noé Jitrik, en su descripción como grupo “convergen nociones variadas como: modo de producción, origen racial, costumbres, valores, pretensiones, etc.” (1977: XXI). Aunque, como Jitrik aclara, en realidad se trata de una toma de distancia de Sarmiento respecto de grupos en el interior de la misma clase, postura que para él “tiene un fundamento económico y que se centra, finalmente, en la oposición entre grupos preburgueses del interior y sectores ya más burgueses de Buenos Aires” (1977: XXI). Estas distinciones de grupos, señala Pablo Pozzi (1995), fue determinante durante el gobierno de Rosas, quien apoyó los intereses de la emergente burguesía de Buenos Aires, donde estos conflicto de clases y regiones se mantuvieron hasta 1860 cuando el grupo de estancieros porteños y del litoral asumieron el poder.

Al ser una obra producida en este periodo, *Viajes* continúa con esta fórmula del destinatario-contradestinatario discursivos que plantea la complejidad del “nosotros” en el conflictivo período de luchas internas entre la elite criolla de Argentina. Ahora bien, ¿quién

es este “nosotros”? Sin duda, este referente de identificación abarca a un grupo específico de criollos letrados con los que el escritor compartía sus intereses políticos y quienes, como él, se encontraban exiliados o enfrentados al gobierno de Rosas. Estos matices del “nosotros” liberal, defensor de la República, que es el prodestinatario de sus cartas, es evidente en la onceava de ellas dirigida a Valentín Alsina, en donde el escritor argentino define una postura ideológica al hablar sobre los Estados Unidos:

Educado Ud. y yo, mi buen amigo, bajo la vara de hierro del más sublime de los tiranos, combatiéndolo sin cesar en nombre del *derecho*, de *la justicia*, en nombre de *la república*, en fin, como realización de las conclusiones a que la conciencia y la *inteligencia humana* han llegado, Ud. y yo, como tantos otros nos hemos envanecido y alentado al divisar en medio de la noche de plomo que pesa sobre la *América del sur*, la aureola de luz con que se alumbraba el norte. Por fin, nos hemos dicho para endurecernos contra los males presentes: la república existe, fuerte, invencible; la luz se hace; un día llegará para la justicia, el derecho; la luz se indicará hasta nosotros cuando el Sur refleje al Norte. ¡Y cierto, la república es! [...] Así, pues, *nuestra república, libertad i fuerza, inteligencia i belleza; aquella república de nuestros sueños para cuando el mal aconsejado tirano cayera*, i sobre cuya organizacion discutíamos candorosamente en el destierro, i bajo el duro aguijon de las necesidades del momento; aquella república, mi querido amigo, es un desiderátum todavía, posible en la tierra si hai un Dios que para bien dirije los lentos destinos humanos [...] (1996: 290 y s. Subrayado mío).

El “nosotros” es el que comparte una visión sobre los problemas que enfrenta la “América del sur”, así como las ideas de “nuestra república”, aquella imaginada por otros argentinos en el destierro, como el caso de Alsina en Montevideo, y que era tema de anhelo político siguiendo los principios ilustrados de la “igualdad”, la “justicia” y la “razón”.¹¹⁰ Para

¹¹⁰ Ideas que Noe Jitrik define como una “ideología iluminista” que condiciona los planteamientos de Sarmiento en *Facundo*, “y que es empleada como instrumento de lucha contra algunos sectores de la propia clase si se acepta que el proyecto básico del texto es crear [...] ‘la’ doctrina que va a consolidar en un solo haz a los dispersos grupos burgueses bajo la hegemonía de uno de ellos y que no es, como se puede fácilmente advertir, el no obstante indispensable grupo ganadero porteño. Aunque finalmente sea el que haya triunfado y Sarmiento haya hecho su política” (1977: XXI).

Sarmiento se trata de la “nueva” generación de jóvenes con la que se identificaba en este momento y que, en *Facundo*, se refiere a ella como los “verdaderos” unitarios que fueron formados por catedráticos como Alsina,¹¹¹ los cuales eran seguidores de las ideas europeas introducidas en el contexto americano desde la Independencia, en especial las de origen francés.¹¹² Esta “nueva generación”, que lejos del federalismo rosista o los viejos temores de los “antiguos unitarios” de Rivadavia, promovieron la “civilización europea” desde las letras.¹¹³ Este “nosotros” que se configura en relación a sus otros, se representa a sí mismo como una elite específica, con una tradición formativa particular, que comparte una condición en el exilio bajo circunstancias similares, pero, sobre todo, promueve un ideal político en común. Para Sarmiento, éstos son los miembros del grupo criollo autorizado para formular una idea de nación desde su mirada privilegiada, alejada de la barbarie; así como para emitir un juicio justo sobre América del Sur y su porvenir.

El “nosotros” parcial, que engloba una visión política específica, plantea una relación intersubjetiva no sólo con el prodestinario, sino que también dialoga con el “otro” contradestinario que forma parte de una misma comunidad letrada, pero que es un elemento

¹¹¹ En qué medida Sarmiento identifica con Alsina un interlocutor de sus ideas políticas es evidente desde el *Facundo*, donde el escritor argentino retoma el papel que el catedrático tuvo en la Universidad en la formación de esta nueva generación de jóvenes: “El doctor Alsina, dando lección en la Universidad sobre legislación, después de explicar lo que era el despotismo, añadía esta frase final: ‘En suma, señores: ¿quieren ustedes tener una idea cabal de lo que es el despotismo? Ahí tienen ustedes el Gobierno de don Juan Manuel Rosas con facultades extraordinarias’. Una lluvia de aplausos, siniestros y amenazadores, ahogaban la voz del osado catedrático” (1977: 226 y s.). Al mismo tiempo, es conocida la carta de Sarmiento dirigida a Alsina, en relación a las notas críticas que este último realizó al *Facundo*.

¹¹² Como mencioné anteriormente, las extensas biografías de Sarmiento suelen destacar el papel que jugó la biblioteca de Manuel J. Quiroga Rosas en la formación de las ideas del escritor, la cual estaba conformada especialmente por libros y revistas saintsimonianos, utopistas y románticos, así como ilustrados (Jitrik, 1977: XX).

¹¹³ José Campobassi destaca que Sarmiento, en este momento, se separa del unitarismo rivadavino y del federalismo rosista ya que, en su opinión, se trataban de dos sistemas inoperantes, “el uno por su centralismo doctrinario, contrario a la realidad nacional, y el otro, por su centralismo efectivo también opuesto a las aspiraciones argentinas” (1975: 244). La esterilidad que había ocasionado estos enfrentamientos internos en Argentina, es lo que lleva al escritor a defender en el *Facundo*, “un federalismo tibio, mechado con algunas ideas unitarias” (1975: 244), lo que en esta obra llama “unitaria, federal, mixta”.

de “otredad” dentro del “nosotros”. Si bien en la onceava carta estas distinciones aparecen esporádicamente en el discurso ensayístico, como observamos en la cita anterior, cabe mencionar que en diferentes momentos del “Prólogo”, al igual que de las otras diez cartas que conformar su libro de viaje, Sarmiento establecerá diferencias entre un “nosotros” de inclinación liberal, exiliado, ilustrado, defensor de la República, crítico de las costumbres coloniales y de las condiciones políticas de la Argentina rosista o de América del Sur; y un “otro” antagonista político, contradestinatario, que se inclina por la “tiranía” de Rosas en Argentina, al mismo tiempo que reproduce el modelo atrasado de la colonia española.

Un ejemplo importante de esta representación de antagonismos políticos entre un “nosotros” y los “otros” es la segunda carta dirigida a Don Vicente F. Lopez, fechada el 25 de enero de 1846 en Montevideo.¹¹⁴ En ella, Sarmiento discute la polémica política entre los unitarios y federalistas en Argentina, la cual estaba presente en el contexto del estado de sitio de Montevideo por parte del ejército de Oribe.¹¹⁵ Distante de su propio país, el viajero se identifica con esta capital uruguaya y critica al enemigo político que tienen en común y que los separa:

Es el aspecto de una plaza sitiada imponente de suyo, i el enemigo que cercaba a Montevideo, lo era mio también, por aquel parentesco i mancomunidad que uno a las dos repúblicas del Plata en sus odios i en sus afecciones. I en efecto, sorprendente esta unidad de las dos riberas, de manera de hacer sospechar que su independendencia respectiva es una creación bastarda i contraria a la naturaleza de las cosas (Sarmiento, 1996: 34).

¹¹⁴ Esta carta fue escrita por Sarmiento un mes y once días después de su llegada a Montevideo.

¹¹⁵ Como explica Campobassi, al llegar a Montevideo, la capital Uruguaya estaba “sitiada por las fuerzas argentinas y uruguayas comandadas por el general Oribe, uruguayo, aliado de Rosas. Ese asedio era soportado por los pobladores de la capital del Uruguay mediante la defensa opuesta por las legiones de extranjeros, residentes o refugiados, todas comandadas por el general Paz, argentino” (1975: 242).

La situación política y social del estado de sitio de Montevideo, que encuentra un enemigo común en el gobierno de Rosas, le permite al escritor justificar el grado de “barbarie” del ejército argentino y su clásico antagonismo con los unitarios. Por ejemplo, al hablar de los fusilamientos que el ejército de Oribe realiza en esta ciudad bajo las proclamas “¡Viva la Federacion! ¡Viva el Ilustre Restaurador! ¡Mueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios!” (Sarmiento, 1996: 59), el escritor caracteriza estas acciones como actos de “salvajes”, comparables a los de “caníbales” y bárbaros descritos por otros viajeros en sus relatos.

Para Sarmiento, referir el caso de Montevideo en su libro de viajes es la ocasión oportuna para la definición del “nosotros” político, identificado con una comunidad en el exilio o en estado de sitio, con la que entró en contacto durante su visita a esta ciudad y que define como: “comerciantes, empleados, soldados, letrados i literatos porque todo allí no presta hoy otra fisonomía que la que presentó en los tiempos en que ambos países solo formaron un estado, con un foro, una universidad i un ejército común. Estaba, pues, entre los mios [...]” (Sarmiento, 1996: 34). Es interesante que este “nosotros” diluye los límites de las identidades nacionales en la historia de Montevideo y Argentina, para finalmente atribuirle un carácter positivo al estado cosmopolita, de amplia población europea, que residía en su interior: “véase que aquellas dos ramificaciones de la familia arjentina, son los restos de una sociedad que muere; la vida está ya injertada en ramas mas robustas. No son ni arjentinos ni uruguayos los habitantes de Montevideo, son los europeos que han tomado posesión de una punta de tierra del suelo americano” (Sarmiento, 1996: 35).¹¹⁶

¹¹⁶ Más adelante desarrollaré la evolución de la imagen que Sarmiento tiene de Europa en *Viajes*, especialmente de Francia e Inglaterra, países de los cuales se desencanta después de visitarlos y que criticará ampliamente en su onceava carta sobre los Estados Unidos.

Como parte de sus ideas políticas, Sarmiento tomará el lado de los montevideanos cosmopolitas, que conviven con otras poblaciones europeas civilizadas y que defienden sus intereses en contra del estado de sitio del ejército rosista que, para él, reproduce “la vieja ojeriza española anidada en nuestros corazones, i fortificada por el orgullo provincial de estados improvisados” (Sarmiento, 1996: 35), a la vez que niega lo extranjero tal como España rechazó en su historia a los judíos y a los árabes. El antagonismo entre dos órdenes políticos es representado por el escritor a través del enfrentamiento de los rosistas que, sumidos en la ignorancia y en las costumbres coloniales españolas, detienen el desarrollo civilizado del país; así como por aquellos ilustrados que defienden el cosmopolitismo, al igual que el liberalismo económico bajo el modelo norteamericano:

Lo que hai de real aquí es la industria que se atrinchera, contra la arbitrariedad de los haraganes, llámense estos Oribe, Rivera, Rosas, i las escuadras protectoras del comercio, sea la Inglaterra, la Francia o el Brasil, quienes las envíen. Hai sustitución de vida, por tanto sustitucion de gobiernos, pasando de la *arbitrariedad del caudillo*, que remueve el país por dar suelta a sus pasiones, a la habilitacion de *la masa intelijente*, que requiere gobernarse a sí mismo i seguir sus propias inclinaciones. En una palabra, hai en Buenos Aires, España exclusiva; en Montevideo, Norte América cosmopolita. ¿Cómo han de estar en paz el fuego i agua? (Sarmiento, 1996: 38. Subrayado mío).

En contra de la “arbitrariedad del caudillo” que Sarmiento reconoce en varios países de la América del Sur, esta “masa inteligente”, que evidentemente es la que conforma el “nosotros” político, promueve el interés por la adopción de modelos extranjeros en el contexto latinoamericano e, incluso, la aceptación de la intervención externa dentro de sus países. Estas son las claves con las cuales Sarmiento configura un “nosotros sudamericano”, identificado con los prodestinatarios discursivos de sus cartas. Sin embargo, es importante destacar que este “nosotros sudamericano” se encuentra lejos de ser un “americanismo” como

el que surge durante las independencias en América Latina y del cual Bolívar había sido uno de sus principales promotores. Esta adscripción parcial del “nosotros” en realidad plantea un rasgo de heterogeneidad en términos de ideas políticas y, por lo tanto, se separa de esta categoría. Podemos observar este procedimiento en las constantes críticas al “americanismo” que Sarmiento presenta en *Viajes* para atacar las “ideas de nacionalidad” en la política argentina, que para él eran el fundamento del rechazo del gobierno rosista (así como los temores de los “antiguos unitarios” en su momento) por lo extranjero. Esta crítica, que considera una justificación política de la facción enemiga, es a su vez un elemento de identificación con la comunidad letrada a la que dirige sus cartas. En principio, el escritor argentino supone que sus lectores explícitos, prodestinatarios, comparten esta visión de trasladar modelos externos a la realidad americana, lo que para él era el único medio para superar el atraso y la herencia colonial.

Es interesante que sea justo en este tema donde es posible señalar una de las diferencias entre las ideas políticas del *Facundo* y de *Viajes*. Sin bien en la primera de estas obras, Sarmiento establece la conocida dicotomía entre “civilización” europea y “barbarie” americana,¹¹⁷ siendo la primera la que él defendía y promovía desde la necesidad de adoptar modelos extranjeros de las sociedades francesas e inglesas, en la segunda obra el escritor

¹¹⁷ La dicotomía “civilización y barbarie” en el *Facundo* ha sido abundantemente estudiada por la crítica. Al respecto, retomo una síntesis de Jitrik sobre en qué sentido esta idea es una simbiosis de dos conceptos que Sarmiento retoma de las lecturas que tenía al momento de su escritura: “el primero sacado del novelista norteamericano James Fenimore Cooper, comentador de la conquista ‘civilizadora’ del Oeste, el segundo de las tesis sobre ‘guerra social’ formuladas por Víctor Cousin en su *Introducción a la Historia de la Filosofía*; en cuanto al ‘grande hombre’ y su papel en la historia, la idea procede de Hegel (*Enciclopedia* -1817-, *Filosofía del Derecho* -1821- y *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal* -1837-) a través de la tesis de Víctor Cousin sobre la ‘génesis y función social del hombre representativo o el grande hombre’ (1828) que integra su *Introducción a la Filosofía de la Historia*; sobre la influencia del medio en el hombre, la fuente es Herder, conocida después de las adaptaciones de Víctor Cousin, Quinet y Jouffroy, y apoyada por las observaciones de Humboldt, de quien Sarmiento cita los *Cuadros de la Naturaleza*; en cuanto a las otras ideas, beben su forma en las mismas o complementarias fuentes” (1977: XXXIX).

presenta un cambio en esta dicotomía y establece importantes matices en relación al lugar en donde ubica la civilización. Como mencionaré con más profundidad en el siguiente apartado, en *Viajes* Europa deja de ser el referente político de civilización y progreso (que Sarmiento identificaba en el *Facundo*); ahora, los Estados Unidos se posiciona como el modelo de nación moderna, que debe ser imitada por las nuevas naciones de América del Sur, pero también por las viejas naciones europeas. Aunque esta obra puede ser vista como de transición en las ideas políticas del escritor argentino en relación con modelo de civilización que había desarrollado antes, ya que ahora desplaza el lugar hegemónico de la cultura europea por la estadounidense (perspectiva que continuará siendo central a lo largo de su vida política), es necesario remarcar que la “barbarie” mantendrá un mismo espacio dentro de las sociedades americanas.

Las ideas de lo “bárbaro”, lo “salvaje”, el “campo”, así como la figura del indio y del gaucho de la pampa, conformarán una semántica del “otro” interno que plantea una profunda alteridad cultural frente al “nosotros” del escritor. Es decir, la distancia con este referente del “otro” interno rebasa la “otredad” configurada por la identidad política del “nosotros” y, en este caso, adopta también una distinción de orden cultural que reproduce los valores y principios de la lógica cultural euroamericana, la cual se apropia de los discursos de dominación del “otro” colonizado desde la mirada del criollo latinoamericano. Aunque, como veremos en el siguiente apartado al analizar el caso del “otro” estadounidense, destacaré que también existe una homogenización en la semántica de la barbarie americana que responde a los intereses políticos de escritor.

A lo largo de *Viajes*, la barbarie americana englobará dos condiciones culturales: las costumbres campesinas que identifica especialmente con el grupo de los gauchos, y la

herencia cultural española de la cual, entre sus principales características como ya he señalado, se encuentra su sujeción a un “americanismo” que promueve costumbres e instituciones atrasadas. Sarmiento se referirá al “gaucho”, “sentimiento gaucho”, “nuestros gauchos”, para establecer distinciones y sobre todo caracterizar una serie de costumbres y limitaciones compartidas por las sociedades de América del Sur. Por ejemplo, al hablar de “gaucho oriental” que desencaja en el panorama cosmopolita de Montevideo, lo representa del siguiente modo:

[...] con su calzoncillo i chiripá, afirmado en el poste de una esquina, pasa largas horas en su inactiva contemplación; atúrdelo el rumor de carros y de vehículos; el hierro colado ha reemplazado a los informes aparatos que ayudaban su grosera e impotente industria; la piedra que él no sabe labrar, sirve de materia para los edificios [...]; i aturdido, desorientado en presencia de ese movimiento en que pos su incapacidad industrial le está prohibido tomar parte, busca en vano la antigua pulpería en que acostumbraba pasar sus horas de ocio, escuchando cantares de amor i apuntando la botella amiga de la desocupación de espíritu. [...] Quédale la campaña i los bosques, el horizonte ancho i las praderas dilatadas (1996: 40).

A su vez, esta representación del “gaucho” es empleada por el escritor para caracterizar las acciones de los defensores de Rosas y, evidentemente, para referir a éste mismo. Aunque es necesario señalar que, al igual que en el *Facundo*, identificar distintos tipos de gauchos le permite realizar algunos matices, en particular para hablar de determinados personajes que le parecen destacados.¹¹⁸ Sin embargo, la amenaza de la barbarie americana, esa que habita la inmensidad de la pampa y que se despliega por el continente en diferentes formas, costumbres, grupos y personajes, permanece presente en *Viajes* donde configura un “otro”

¹¹⁸ Este es el caso de Mitre a quien encuentra también exiliado de Montevideo y define como: “poeta por vocación; gaucho de la pampa por castigo impuesto a sus instintos intelectuales; artillero, sin duda, buscando el camino mas corto, para volver a su patria; espíritu fácil, carácter siempre mesurado, i excelente amigo” (Sarmiento, 1996: 66).

que no es simplemente el enemigo político, ni el contradestinatario o letrado antagonista. Se trata de un “otro” con el que no existe una relación de interlocución en la obra y, por lo tanto, no forma parte del “nosotros” heterogéneo de la ciudad letrada.

El lugar de este “otro” interno fuera del circuito literario al que Sarmiento dirige su libro de viaje, no sólo revela la hegemonía cultural de los criollos euroamericanos en la sociedad argentina, sino también la importancia de su representación para asegurar el dominio cultural y político de un grupo social específico, con el que el viajero se identificaba. Es decir, la asociación que Sarmiento hace con la barbarie americana y la política de Rosas lejos de tratarse de una contradicción en términos de grupos sociales, justifica y autoriza la visión política del escritor. Esto es aún más evidente cuando en la onceava carta introduce el modelo político de Estados Unidos como el que debe ser seguido por América del Sur. Este “otro” que simbólicamente agrupa los componentes negativos de la barbarie según valores hegemónicos de la cultura europea, permite la identificación del “nosotros” con la elite verdaderamente autorizada para educar al “pueblo” (que es referido en *Viajes*, también, como “sociedad” o “estado”), y la responsable de consolidar un proyecto político civilizado. No es casualidad que Sarmiento termine su segunda carta de viaje saludando a sus amistades en el destierro y destacando su difícil tarea de construir una nación: “Alsina, Varela, Wright, Pico, Cané, Velez, cuantos arjentinos inteligentes encierra, tantos amigos dejo en esta ciudad [Montevideo], erizada de cañones, devorada por pasiones mezquinas, i encargada de la mas alta i gloriosa obra que pude encomendarse a un pueblo. Un abrazo a todos mis amigos” (1996: 66).

En suma, los “otros” del “nosotros” político en *Viaje* son aquellos grupos políticos, sociales y culturales que eran enemigos o una amenaza para la elite criolla con la que

Sarmiento identifica una serie de ideas y valores. En este sentido, podemos hablar de una ciudad letrada heterogénea con la que Sarmiento mantiene una relación de interlocución en su obra, haciendo del “nosotros” intersubjetivo uno que se dirige a sus prodestinatarios, identificados con los lectores explícitos de sus cartas de viaje, pero que también contempla la representación de contradestinatarios discursivos o antagonistas políticos. Asimismo, fuera de esta ciudad letrada, el “otro” de la barbarie americana configura un universo simbólico de elementos negativos, contrarios a los principios de la civilización dentro de la lógica cultural euroamericana y que refuerzan la autoridad y la justificación del proyecto político del escritor.

3.2.2. El “otro” hegemónico estadounidense y el “nosotros sudamericano”

He señalado anteriormente cómo el motivo de la alteridad del viaje juega un papel central en las representaciones del “nosotros” y de los “otros”, así como en su relación con la heterogeneidad literaria de este género. Como parte de esta cuestión, la representación del “nosotros sudamericano” en *Viajes* no sólo será representativo de una identidad política dentro de la heterogénea y hegemónica ciudad letrada, sino también establecerá relaciones de alteridad entre el “nosotros” del viajero latinoamericano y referente del “otro” hegemónico, tanto europeo como estadounidense. A su vez, la interacción con este “otro” hegemónico revela el problema de la referencialidad de la enunciación del viajero. Por ejemplo, el “nosotros sudamericano” de Sarmiento aparece desde el “Prólogo” de su obra, en donde el autor introduce el tema de la escritura de viaje que tiende a exagerar la realidad o que parte de una autoridad subjetiva que es la voz narrativa del viajero protagonista. Sobre esta cuestión, cito en extenso, Sarmiento destaca que:

Si esto ocurre de ordinario [en el género de viaje], mayor se hace todavía la dificultad de escribir viajes, *si el viajero sale de las sociedades menos adelantadas, para darse cuenta de otras que lo son mas*. Entonces se siente la incapacidad de observar, por falta de la necesaria preparación de espíritu, que deja turbio i míope el ojo, a causa de lo dilatado de las vistas, i la multiplicidad de los objetos que en ellas se encierran. [...]. *Nuestra percepción* está aun embotada, mal despejado el juicio, rudo el sentimiento de lo bello, e incompletas *nuestras nociones* sobre la historia, la política, la filosofía i bellas letras de *aquellos pueblos*, que van mostrando en sus hábitos, sus preocupaciones, i las ideas que en un momento dado los ocupan, el resultado de todos aquellos ramos combinados de su existencia moral i física. Si algo mas hubiera que añadir a esto, sería que el libro lo hacen para nosotros los europeos; i el *escritor americano*, a la inferioridad real, cuando entra con su humilde producto a engrosar el caudal de las obras que andan en manos del público, se le acumula la desventaja de una prevención de ánimo que le desfavorece, sin que puede decirse por eso que inmerecidamente (Sarmiento 1996: 9. Subrayado mío).

Este pasaje en el que Sarmiento plantea el significado de producir relatos de viaje desde la mirada de América del Sur, marca la posición de la que parte para representar a los “otros” cultural, social e históricamente distanciados del “nosotros sudamericano”. Se trata, de una distancia que no es meramente espacial, sino sobre todo de carácter temporal, lo que nos recuerda que el viaje no sólo es un desplazamiento en el espacio. Siguiendo la formalidad de este género, Sarmiento reproducirá la idea del viajero situado en una temporalidad distinta a las sociedades que visita, la cual consiste en la temporalidad del “nosotros sudamericano” en “sociedades menos adelantadas”. Lo interesante es que, a partir de este lugar de enunciación, el viajero justificará y autorizará (no exento de una “falsa modestia”) “nuestras percepciones”, “nuestras nociones” sobre los “otros” adelantados.

Este lugar de enunciación desde las sociedades “atrasadas” en la que se encuentra el “escritor americano”, en vez de ser un impedimento para la representación del “otro”

hegemónico, en *Viajes* justifica la autoridad de escritor a través de dos cuestiones relacionadas. La primera tiene que ver con la mirada autorizada del viajero que parte de la experiencia de lo visto, frente al cual Sarmiento realiza algunas distinciones que lo llevan a rechazar las intenciones de la tradición de las “impresiones” de viaje, “tan en boga como lectura amena”, y que tienden a exagerar, “hermoseando sus cuadros casi siempre en las ficciones de la fantasía, o bien apropiándose acontecimientos dramáticos o novedosos [...]; a punto de no saber si lo que se lee es una novela caprichosa o un viaje real sobre un punto edénico de la tierra” (1996: 8 y s.).

Por su parte, la segunda cuestión está vinculada con la declaración que realiza sobre el objetivo de su propia obra, con lo cual define una manera de mirar al “otro” hegemónico como respuesta a su lectura política. De este modo, el escritor adelanta a sus lectores que no le interesará representar ni:

la fisonomía exterior de las naciones, ni el aspecto físico de los paisajes, sujeto propio de observación [...]. *Materia mas vasta*, si bien ménos fácil de aprecia, *ofrecen el espíritu que ajita a las naciones, las instituciones, que retardan o impulsan sus progresos*, i aquellas preocupaciones del momento, que dan a la narración toda su oportunidad, i el tinte peculiar de la época” (1996: 8. Subrayado mío).

Esta finalidad de rastrear en las sociedades “avanzadas”, tanto los impulsos de su progreso como aquellos que lo retardan y son obstáculos de la civilización, es el aspecto “mediador” con el que el viajero intenta autorizar su representación del “otro” hegemónico. Por este motivo, en la onceava carta Sarmiento planteará el interés de su viaje a este país en los siguientes términos: “Dos cosas me habian hecho desear inspeccionar personalmente los Estados-Unidos. La colonización i las prácticas del sistema electoral; el modo de poblar el desierto, i la manera de proveer al gobierno de las sociedades” (1996: 353).

El “nosotros sudamericano” desde el cual Sarmiento asume su papel como mediador en la escritura de su viaje, parte de su experiencia de dicha realidad “atrasada” americana, sobre la que él mismo ha realizado esta función de comprensión siguiendo la focalización autorizada del viajero.¹¹⁹ Así, en este proceso de interpretación del “otro” hegemónico, sea Europa o los Estados Unidos, el escritor partirá de su apropiación que como miembro de la elite letrada estaba autorizado a elaborar de la barbarie americana, para justificar las comparaciones entre el estado de civilización y barbarie en dichas sociedades, así como en relación a la suya. Incluso, es desde esta idea de lo “propio” que el escritor justifica aquellos elementos de “imaginación” que en sus representaciones de lo “ajeno” puedan estar presentes en su obra. Esto es lo que Sarmiento destaca en su “Prólogo” al señalar que las comparaciones que realiza no están exentas de un grado de imaginación: “I como en las cosas morales la idea de la verdad viene ménos de su propia esencia, que de la predisposición de ánimo, i la de la aptitud del que recia los hechos, que es el individuo, no es estraño que a la descripcion de las escenas de que fuí testigo se mezclase *lo que no ví*, porque *existia en mí mismo*, por la manera de percibir; trasluciéndose mas bien *las propias* que *las ajenas* preocupaciones” (1996: 11. Subrayado mío).

Esta justificación resulta fundamental para la visión de Sarmiento. Así, el escritor argentino asumirá la autoridad del viajero de representar otras realidades diferentes a la suya, en condiciones de desarrollo desigual, especialmente desde la mirada de las “propias”

¹¹⁹ Como he enfatizado con anterioridad, esto es lo que en el *Facundo* Sarmiento menciona como la necesidad de “un Tocqueville” para el conocimiento de América del Sur, es decir un viajero “que, premunido del conocimiento de las teorías sociales, como el viajero científico de barómetros, octantes y brújulas, viniera a penetrar en el interior de nuestra vida política, como en un campo vastísimo y aún no explorado ni descrito por la ciencia, y revelase a la Europa, a la Francia, tan ávida de frases nuevas en la vida de las diversas porciones de la humanidad, este nuevo modo de ser, que no tiene antecedentes bien marcados y conocidos (Sarmiento, 1977: 10).

preocupaciones” (del “nosotros sudamericano”), entendidas éstas como las problemáticas políticas mencionadas en su discurso: la lucha de la civilización contra la barbarie. Dentro de esta perspectiva, el referente del “otro” estadounidense cumple una función central, ya que su representación permite que el “nosotros sudamericano” desarrolle una serie de críticas sobre las sociedades de América del Sur vistas como una totalidad, al mismo tiempo que lo lleva a desacreditar a Europa como modelo político. De este modo, a partir del referente de los Estados Unidos, Sarmiento redefine desde las primeras páginas de la onceava carta lo que entiende por “civilización”, haciendo una crítica a la definición del diccionario que reproduce la visión europea de dicho concepto:

El diccionario de Salvá,¹²⁰ porque el de la Academia no hace fe hoi, dice, definiendo la palabra civilización, que es “aquel grado de cultura que adquieren pueblos i personas, cuando de la rudeza natural pasan al primor, elegancia i dulzura de voces i costumbres propio de jente culta”. Yo llamaría esto civilidad; pues las voces mui relamidas, ni las costumbres en extremo muelles, representan la perfeccion moral i física, ni las fuerzas que el hombre civilizado desarrolla para someter a su uso la naturaleza (1996: 301).

Partiendo de esta resignificación de la idea de civilización, que responde a sus posturas políticas, Estados Unidos será el referente con el que Sarmiento presentará a sus lectores el grado de barbarie de la sociedad y la política europea y sudamericana. Entre los temas a los que recurre para hacer estas comparaciones se encuentran el del dominio del hombre sobre la naturaleza, la igualdad entre grupos sociales, el desarrollo tecnológico (particularmente el telégrafo y los medios de transporte), la organización social, la inmigración extranjera, el sistema de educación y la “geografía moral” y racial. Por ejemplo, al hablar del dominio de

¹²⁰ Sarmiento se refiere al *Nuevo diccionario de la lengua castellana* del valenciano Vicente Salvá (1786-1849), publicado en 1846. Esta obra, a su vez, es un diccionario alternativo al de la Real Academia Española, al que Salvá realiza numerosas críticas y adiciones.

la naturaleza, los caminos y los barcos de vapor que forman parte del paisaje de la modernidad en los Estados Unidos, cuestiona el lugar de Europa en el centro hegemónico de la civilización: “El sud-americano que acaba de desembarcar de Europa, donde se ha estasiado admirando los progresos de la industria i el poder del hombre, se pregunta atónito al ver aquellas colosales construcciones americanas, aquellas facilidades de locomoción, si realmente la Europa está a la cabeza de la civilización del mundo!” (1996: 302).

A su vez, estos ejemplos de desarrollo tecnológico que aparecen en varios pasajes de la onceava carta, son el punto de partida para introducir el tema de la igualdad en la sociedad estadounidense, como un rasgo de civilización que no está ausente de un tono utópico. Para Sarmiento, “La igualdad es, pues, absoluta en las costumbres i en las formas [de los Estados Unidos]. Los grados de civilización o de riqueza no están espesados como *entre nosotros* por cortes especiales de vestido. No hai chaqueta, ni poncho, sino un vestido comun i hasta una rudeza comun de modales que mantiene la apariencia de igualdad en la educación” (1996: 301). De este modo, Estados Unidos se convierte en el verdadero referente de igualdad, superando así a Francia e Inglaterra cuando, al describir la distribución de los pasajeros en los ferrocarriles de dichos países, el viajero crítica la separación de clases. Mientras que, “[...] en los Estados Unidos, no habiendo sino una clase en la sociedad, la cual la forma el hombre, no hai tres i aun cuatro clases de wagones, como sucede en Europa” (1996: 301).

Es interesante destacar que en esta resignificación del referente estadounidense, que para Sarmiento implicaba redefinir lo que era entendido por “civilización”, subyace una defensa de lo que para Europa era la “barbarie” en Estados Unidos, así como su identificación política con esta sociedad. De tal manera que al retomar las críticas que los viajeros europeos

solían realizar del país norteamericano en comparación con sus propios países (a los que consideran más civilizados), el escritor parece legitimar su mirada desde la realidad americana invirtiendo estos juicios. Es decir, Sarmiento ve en Estados Unidos un referente de identificación de su propia visión política, por lo tanto, este país se vuelve el punto de partida para la identidad del “nosotros” político. De este modo, el escritor va a desacreditar las críticas europeas dirigidas a la “barbarie” estadounidense:

La conclusión de todo esto es que los yankees son los animalitos mas inciviles que llevan fraque o paletón debajo del sol. Así lo han declarado jueces tan competentes, como el capitán Marryat, Miss Troloop i otros viajeros; bien es verdad que si en Francia i Inglaterra los carboneros, leñadores i figoneros se sentasen a la misma mesa, con los artistas, diputados, banqueros i propietarios, como sucede en los Estados-Unidos, otra opinion formarian los europeos de su propia cultura. En los paises cultos, los buenos modales tienen su límite natural. El lord inglés es incivil por orgullo i por desprecio a sus inferiores, mientras que la gran mayoría lo es por brutalidad e ignorancia [...] Los europeos se burlan de estos [hábitos] de rudeza, mas aparente que real, i los yankees por espíritu de contradicción se obstinan en ellos, i pretenden ponerlos bajo la égida de la libertad i del espíritu americano. Sin favorecer estos hábitos, ni empeñarme en disculparlos, despues de haber recorrido las primeras naciones del mundo cristiano, estoi convencido que los norte-americanos son el único pueblo culto que existe en la tierra, el último resultado obtenido de la civilización moderna (1996: 313).

Sobre este fragmento me interesa destacar tres aspectos: la crítica al modelo político europeo identificado con la aristocracia, que será un motivo frecuente en la desacreditación de este referente frente al modelo político que Sarmiento busca legitimar en *Viajes*;¹²¹ la crítica a la

¹²¹ Por ejemplo, al hablar de la educación superior de los estadounidenses en comparación con los europeos, Sarmiento parece reproducir un discurso ilustrado: “En los Estados-Unidos, todo hombre, por cuanto es hombre, está habilitado para tener juicio i voluntad en los negocios políticos, i lo tiene en efecto. En cambio la Francia tiene un rei, cuatrocientos mil soldados, fortificaciones de Paris que han costado dos mil millones de francos, i un pueblo que se muere de hambre. Los norte-americanos viven sin gobierno, i su ejército permanente monta solo a nueve mil hombres” (1996: 314).

interpretación que Europa hace de la “barbarie” americana y con ello a su visión del mundo; y, unido a lo anterior, la identificación del “nosotros” político del viajero con el “otro” estadounidense.

Si bien sobre el primer elemento abundaré en el siguiente capítulo al analizar la identidad nacional y el proyecto político de Sarmiento en *Viajes*, me detengo sobre la segunda cuestión que plantea la autoridad del viajero en relación a la identidad del “nosotros sudamericano”. Al respecto es interesante destacar que, como parte de la enunciación multisituada del viajero, el presente de la escritura focaliza el discurso en el momento en el que Sarmiento se encuentra en los Estados Unidos. Es desde este lugar que el “nosotros sudamericano” puede distanciarse de la barbarie que se localiza en otro tiempo y en otro espacio; esto es en las atrasadas Europa y América del Sur. Escribir sobre estas regiones desde los Estados Unidos le permite al viajero estar por encima de dichos países, junto con sus prodestinatarios que conforman la identidad política del “nosotros sudamericano”. Desde esta “superioridad” producida por la distancia (temporal y espacial) del viaje, el escritor observa y crítica la barbarie de América del Sur como un todo homogéneo, que abarca igual a la sociedad argentina, que a la chilena o mexicana. Todas ellas, para Sarmiento, se encuentran sumidas en el atraso de la herencia española, en la ignorancia de sus propias condiciones naturales de sus geografías,¹²² e imposibilitadas de civilizarse debido a sus sistemas políticos.

¹²² Cabe destacar en este caso la mención que Sarmiento realiza sobre la guerra entre México y los Estados Unidos que, como he señalado, coincide temporalmente con su viaje. Este tema es un punto de partida para comparar a los Estados Unidos con México y criticar el estado de ignorancia de este último: “Apénas se tiró el primer cañonazo en la frontera mejicana, al [*Sic*: la] Union fué inundada por millones de mapas de Méjico, en los cuales los yankees trazan los movimientos del ejército, dá batalla, avanza, toma a la capital i se estaciona allí [...]. Los mejicanos pueden ir a recibir lecciones de los leñadores yankees sobre la topografía, producciones i ventajas del país que sin conocer habitan” (1996: 304 y s.).

Podría decirse, entonces, que la autoridad del “nosotros sudamericano” de Sarmiento frente al “otro” no se encuentra únicamente en su mirada “europea”, como en algunos casos se sugiere desde la crítica, sino desde su focalización como viajero ubicado en el referente “estadounidense” resignificado como el centro de civilización y con el que se identifica. Asimismo, si bien este referente es de un orden socio-cultural distinto al suyo, comparte con el resto de América del Sur la construcción de una nación independiente de la Metrópoli colonial. Con ello, Estados Unidos es el ejemplo de éxito de la civilización en el contexto americano, posterior a la independencia de la Metrópoli europea; de ahí el interés del escritor por identificar los medios de control de la naturaleza y de los pueblos bárbaros que, en este caso, son los indios y los migrantes europeos. Por lo tanto, para Sarmiento, el país del norte es una especie de “Nuevo Mundo”, pero no en el sentido en el que el continente americano lo había sido para Europa, sino en cómo lo es para el “nosotros sudamericano”, que busca gobernarse a sí mismo sin la tutela colonial. Por eso, al inicio de su onceava carta señala:

Pais de Cucaña! diria un frances. La ínsula Barataria! Apuntaría un español. Imbéciles! Son los Estados-Unidos, tal cual los ha formado Dios, i jurara que al crear este pedazo de mundo, se sabia mui bien él, que allá por el siglo XIX, los desechos de su pobre humanidad pisoteada en otras partes, esclavizada, o muriéndose de hambre a fin de que huelguen los pocos, vendrían a reunirse aquí, desenvolverse sin obstáculo, engrandecerse, i vengar con su ejemplo a la especie humana de tantos siglos de tutela leonina i de sufrimiento. [...] ¿Por qué la raza sajona tropezó con este pedazo de mundo que tan bien cuadraba con sus instintos industriales, i por qué a la raza española le cupo en suerte la América del sur donde había minas de plata i oro, e indios mansos y abyectos, que venían de perlas a su pereza de amo, a su atraso e ineptitud industrial? No hai orden i premeditacion en todos estos acasos? No hai Providencia? Oh! amigo, Dios es la mas fácil solucion de todas estas dificultades (Sarmiento, 1996: 292).

El intento de homogenizar el referente de América del Sur frente al “otro” hegemónico, sea Europa o Estados Unidos, está relacionado con la misma dificultad de Sarmiento de inscribirse en un referente nacional único de comparación, como suele suceder en el género de viaje en el que el escritor compara el país lejano que visita con el suyo, al cual regresará o desde donde escribe, o en el que se encuentran sus lectores. Es decir, estando él en un doble exilio durante su viaje, y escribiendo en su onceava carta a un prodestinatario también en esta condición política,¹²³ Argentina parece desaparecer como el único referente del viajero, dando lugar a la América del Sur como una generalidad. Este hecho que ocasiona que el *aquí-ahora* y *allá-entonces* del discurso del viajero no abarque un único referente, refuerza la identidad política del escritor unida a la del “nosotros sudamericano”, con una historia cultural compartida (especialmente la española) y con una lucha en común contra la barbarie, al mismo tiempo que amplía la pertinencia de su obra a la recepción de los diferentes países en los que era parte de la elite política, como es el caso de Chile. Por lo tanto, en este esfuerzo de homogenización del referente desde el cual se representa al “otro” hegemónico, subyace una realidad socio-cultural heterogénea que plantea los enfrentamientos entre las elites criollas latinoamericanas. Así, por ejemplo, al realizar una crítica a Francia y a Chile al comparar sus aldeas con las de Estados Unidos que, para él, sí eran un “manifestación de la civilización nacional” (Sarmiento, 1996: 297), menciona: “i lo que es aplicable a Chile lo es a toda América española” (Sarmiento, 1996: 298).

Esta complejidad en las relaciones de cercanía o distancia con los referentes de los “otros” hegemónicos y del “nosotros sudamericano”, sin duda revela un tipo de heterogeneidad particular en *Viajes*. Podríamos decir que, incluso, esta condición presenta

¹²³ Si bien es necesario recordar que *Viajes* fue publicada por primera vez en Chile.

una problemática distinta a la que Tzvetan Todorov (2003) plantea en *Nosotros y los otros* al analizar las relaciones del “nosotros” europeo (especialmente en el caso de la tradición histórica francesa) y sus “otros” dentro de dos fórmulas que considera constantes en sus discursos. Retomando lo señalado en la “Introducción” de esta investigación, tales fórmulas son la “regla de Heródoto”, según la que los europeos “se han juzgado como los mejores del mundo, y han estimado que los otros son buenos o malos, según se hallen más o menos alejados de ellos” (2003: 432), generando discursos nacionalistas, xenofóbicos, racialistas, etc. Y a la inversa, la “regla de Homero” que “ha llegado a la conclusión de que los pueblos alejados son los más felices y admirables, en tanto que entre sí mismos no han visto más que la decadencia” (2003: 432), presente en los discursos exotistas, románticos, entre otros. En *Viajes* la inversión de la representación del “otro” introduce la complejidad del “nosotros” del criollo latinoamericano en la primera mitad del siglo XIX, quien emplea una lógica socio-cultural europea, pero resignificando categorías o referentes en función de sus propias problemáticas. En este caso, Sarmiento busca redefinir la idea de civilización unida a la de la nación estadounidense, y homogeniza el referente de América del Sur como respuesta a la “zona de ambigüedad y conflicto” político de su contexto nacional.

En suma, la heterogeneidad en las representaciones de los “otros” y del “nosotros” en *Viajes*, no sólo está en las contradicciones aparentes (como es el caso entre el discurso de la igualdad y el racial en su obra), sino sobre todo en la representación del “nosotros sudamericano” que se distancia de su propia realidad socio-cultural, sea la de América del Sur o la de Europa, para criticarla empleando tanto los recursos de autoridad del viajero, como la identificación del proyecto político del “nosotros sudamericano” con un “otro” hegemónico que ya no es Europa, sino Estados Unidos.

3.3. Los “otros” del “nosotros yucateco” en *Impresiones de Sierra O’Reilly*

Pasando ahora al caso de *Impresiones* de Sierra O’Reilly, en este apartado analizaré las representaciones de los “otros” internos y los externos presentes en esta obra, y su relación con el “nosotros”.

3.3.1. El “nosotros” regionalista y los “otros” centralistas e indígenas

El proceso de producción y difusión de *Impresiones* está definido, como señalé, por el complejo clima político de Yucatán y su relación con México en 1850 y 1851. Por tal motivo, la identidad política que desarrolla Sierra O’Reilly en esta obra está marcada por la ambigüedad en la representación de un “nosotros” que se mueve entre diferentes postura, entre ellas: la defensa de las ideas regionalistas del escritor, la crítica al modelo económico y político centralizado de la República mexicana, al mismo tiempo que ya no se define abiertamente federalista, ni separatista, tal como era evidente unos años antes (1847 y 1848) en la escritura de su *Diario* de viaje. Esta ambivalencia en la relación de “nosotros” de enunciación intersubjetivo con sus diferentes lectores, como en el caso de Sarmiento, puede ser analizada en las representaciones de sus destinatarios y contradestinatarios discursivos.

Al estudiar la dedicatoria de esta obra en el segundo capítulo señalé que se trata de una introducción dirigida a Alonso Aznar y Pérez, miembro de la elite criolla y política de Yucatán, a quien Sierra O’Reilly le destina la intencionalidad de *Impresiones* y su publicación. Con el fin de analizar la “heterogeneidad” presente en la producción y difusión de esta obra cito, de manera extensa, la dedicatoria en la que el escritor apunta la relación que tiene con este lector explícito y defiende una antigua amistad con él.

Mi buen y leal amigo:

Debo a usted la idea original de escribir y dar al público estas *Impresiones de viaje*; y por supuesto me atrevo a emprender una obra semejante, que en verdad no carece de dificultades, necesario es que usted se resigne a ver su nombre inscrito al frente de ella, aceptando la dedicatoria que le ofrezco, como signo del alto aprecio que hago de su juicio, y como una prueba de mi fina y antigua amistad. Yo no temo que estos sentimientos lleguen a cambiarse jamás, y me complazco por lo mismo en dar de ellos un público testimonio (Sierra, 2012: 27).

En esta cita parece que Sierra O'Reilly comparte con su lector explícito un "nosotros" homogéneo, es decir, aparentemente se trata de una sociedad que se habla a sí misma. Sin embargo, subyace a este dedicatoria los enfrentamientos y conflictos políticos e ideológicos presentes en el contexto mexicano de mediados del siglo XIX en Yucatán. Al respecto, es interesante destacar que este aparente prodestinatario, como lo era Alsina en el caso de la carta de Sarmiento, es en realidad un contradistinatario, ya que se trata de uno de los opositores político del escritor y de sus ideas regionalistas y separatistas. Las tensiones entre ambos personajes son evidentes desde el *Diario* de viaje, donde Sierra O'Reilly identifica en Aznar un enemigo político, responsable del fracaso de su misión en los Estados Unidos, ya que este último fue uno de los defensores de la anexión de Yucatán a México. Más adelante en la dedicatoria, Sierra O'Reilly alude a las discusiones que sobre este tema mantuvo con Aznar, al mismo tiempo que aprovecha para adelantar las críticas de sus posibles contradestinatarios, quienes formaban parte de sus opositores políticos y eran críticos de su reciente misión política en los Estados Unidos.

Recuerdo, amigo mío, que más de una vez discurrimos juntos sobre el poder de esa nación. Entonces fue cuando convenimos en escribir nuestras propias impresiones sobre el particular, si el recurso de los sucesos llegaba a producirnos el teatro mismo en que se verificaba aquel fenómeno. Me ha tocado en suerte ser el primero de los dos, y como mejor sepa voy a cumplir

con lo pactado. *La imprudencia mía consiste, lo conozco bien, en hacer público confidente de nuestras ideas y sentimientos, cuando el público es de ordinario tan severo y poco tolerante.* No, pues, tiene disculpa, quien a sabiendas se pone en sus manos para ser juzgados y sentenciado (Sierra, 2012: 27 y s. Subrayado mío).

Con estas aclaraciones introductorias, es evidente que Sierra O'Reilly era consciente de la polémica que podría generar la publicación de *Impresiones* entre sus "compatriotas", es decir, la elite criolla yucateca entre la que se encontraban políticos y "escritores distinguidos" que, según opina, ignoraban el verdadero funcionamiento de la nación estadounidense y que discurrían en equivocaciones al hablar "algunas cosas y personas de los Estados Unidos" (2012: 28). Al mismo tiempo, a esta defensa de sus ideas sobre el funcionamiento del país extranjero que recientemente había participado en la guerra de invasión a México, se suma la justificación de su misión de la cual esta obra era el documento escrito. Sobre estos servicios públicos que Sierra O'Reilly realizó siguiendo los mandatos del gobierno mendecista, aclara, "no tengo por qué sonrojarme ni arrepentirme jamás para que yo pensara en disimularlo" (2012: 28).

El "nosotros" que en el discurso abarca a "nuestros compatriotas" en *Impresiones*, plantea la complejidad de la identidad política del escritor. Las distinciones de un "nosotros" regionalista y aquellos (como el lector explícito) que defendían los intereses del gobierno mexicano son presentadas de manera ambigua, advirtiendo las tensiones del contexto político. Dicha ambivalencia responde a la doble intencionalidad apologética y didáctica de la obra, con la cual el escritor busca justificar su misión política en los Estados Unidos pero, sobre todo, educar a sus "compatriotas" en temas relacionados con el funcionamiento de esta nación. Esta finalidad es reiterada por Sierra O'Reilly al concluir su dedicatoria a Aznar con

la siguiente afirmación conciliatoria: “Corre, pues, a cargo de usted, amigo mío, acudir en mi defensa y auxilio, y, sobre todo, ilustrarme con sus luminosos consejos. Perfectamente sabe usted el caso que yo hago de ellos, y que soy su muy buen amigo y servidor affmo. Q. b. s. m.” (Sierra, 2012 29).

Queda claro, entonces, que Sierra O’Reilly no sólo le escribe a la elite criolla letrada defensora de un regionalismo, sino también y especialmente al grupo político en el poder que representaba para él los intereses centralistas del gobierno mexicano (como es su lector implícito Aznar). Sin embargo, el tono apologético y didáctico de la obra, al igual que la ambigüedad de la definición de una identidad ideológica, contrastan con el tono directo del “nosotros” político que observamos en el caso de Sarmiento, esto se debe a que a diferencia de éste, Sierra O’Reilly no está en el exilio al momento de escribir *Impresiones*, sino que se encuentra en Campeche, donde sigue realizando publicaciones periódicas como *El Félix*, en el cual profundiza en sus ideas regionalistas en un contexto político adverso a éstas. Las condiciones políticas y sociales de este periodo son las que marcan las diferencias en la postura del autor entre su diario y su libro de viaje, distanciados por dos años en su producción. A diferencia del *Diario* en el que el viajero defiende una postura claramente federalista y separatista, en *Impresiones* existe una ambivalencia en su discurso en relación a estas ideas.

Esta ambigüedad en la identidad política del “nosotros” del escritor resulta evidente en el momento en el que habla sobre los “federalistas” y los “centralistas” en Yucatán. Al aludir a dicho enfrentamiento de facciones, del cual él mismo formó parte, recurre a la neutralización de los dos grupos con la introducción de pasajes históricos en los que, al tomar una posición externa a los acontecimientos, describe de una manera distante y analítica,

eliminando la continuidad del conflicto en el presente. Esto sucede, por ejemplo, cuando el escritor menciona su encuentro en Nueva Orleans con el yucateco don José Tiburcio López, una figura representativa de la facción federalista y que fue gobernador de Yucatán. La trayectoria política del personaje se vuelve el pretexto que Sierra O'Reilly emplea para exponer el tema de los federalistas y centralistas bajo el lente objetivo del discurso histórico que, como señalé en el capítulo anterior, es central en esta obra: “Al concluirse este segundo periodo de su administración, su partido, que era ya el que se llamaba *federalista* o liberal, en contraposición del otro que se denominaba *centralista*, se encontró en una posición verdaderamente peligrosa y comprometida, y por tanto le fue preciso aceptar un papel delicado en las transacciones políticas de la época” (Sierra, 2012: 79).

Sin declararse abiertamente como un federalista y sin criticar explícitamente a los centralistas,¹²⁴ parece que Sierra O'Reilly desdibuja su identidad política como simpatizante de las ideas federalistas liberales que formaban parte de su regionalismo. No obstante, contraria a esta aparente neutralización de su postura que resulta de representar el enfrentamiento político de las dos facciones como sucesos del pasado y que no tienen vigencia con el acontecer contemporáneo a la escritura de su obra, el autor hace resurgir este conflicto bajo otra forma en su discurso. Así, realizará una diferenciación entre los simpatizantes y los antagonistas políticos mediante el despliegue de una serie de consejos y advertencias, justificadas en el orden del discurso del viaje. Lo cual sucede, especialmente, cuando el ejemplo de los Estados Unidos permite la introducción de un pasaje crítico, o

¹²⁴ Si bien en este pasaje Sierra O'Reilly hace una breve mención de un enfrentamiento con López, luego enfatiza su conciliación durante su encuentro en Nueva Orleans: “El señor López, que acaso tendría en la apariencia algunos motivos para no estar muy satisfecho de mí en el negocio que lo separó del gobierno la última vez, fue a visitarme con la mayor cordialidad y afecto, y tanto en esa ocasión, cuanto en la de mi regreso, debí muy buenos oficios, que siempre recordaré con satisfacción y gratitud” (Sierra, 2012: 79).

cuando un acontecimiento histórico evoca un argumento para condenar la realidad política de México.

Al respecto, uno de los temas recurrentes es la justificación de las particularidades históricas, geográficas y culturales de Yucatán para demandar un trato diferenciado en términos de las medidas económicas y políticas implementadas por el gobierno mexicano. Así, una de las principales críticas que Sierra O'Reilly realiza en *Impresiones*, consiste en el modo en el que se ha limitado la economía de Yucatán a través de las regulaciones impuestas por la República mexicana. Es interesante que el viajero yucateco, al igual que en el caso de Sarmiento al hablar de Montevideo, recurra al ejemplo de otra ciudad para denunciar esta forma de proceder de la política de México. Ahora se trata de la ciudad de Santa Anna de Tamaulipas, ocupada por las tropas estadounidenses en el momento en el que el viajero atravesó por ella rumbo a Nueva Orleans. Admirado por el rápido crecimiento y el abundante comercio que esta ciudad mantenía con otras de la región, el escritor realiza una fuerte crítica al centralismo del gobierno de México:

[...] no hay duda que a vuelta de un cuarto de siglo [esta ciudad] ha de ser de suma importancia mercantil para México, si México no tuviera la desgracia de perderla [frente a Estados Unidos], lo que sólo puede evitarse concediéndole toda la franca y decidida protección que su comercio merece; es decir, disminuyendo las absurdas gabelas que lo grava, aboliendo el sistema prohibitivo, que sólo conduce a provocar el contrabando y consiguiente desmoralización, y fomentando las obras que se emprendan para mejorar el puerto y expedir las comunicaciones interiores. De otra manera, y más si nunca llega a consolidarse un buen gobierno en la República, ese punto se perderá sin remedio. No hay que olvidarlo (Sierra, 2012: 55).

Esta crítica, que también es una especie de advertencia y que parece ser específica para el caso de Santa Anna de Tamaulipas, en realidad conforma una de las exigencias regionalistas

de Sierra O'Reilly que en su momento fomentaron la causa separatista por parte de los federalistas en Yucatán. La defensa de un trato especial para esta región, como respuesta a su historia desde la Colonia española, es una demanda con la que el escritor asumirá esta identidad política que vincula al “nosotros” regionalista con el “nosotros yucateco”. No parece extraño, entonces, que al hablar de Yucatán el viajero se refiera a él como un país con una historia particular, en donde las condiciones de aislamiento geográfico, sus costumbres culturales y sus vínculos especiales con otros países cercanos como Honduras, La Habana, Jamaica y Nueva Orleans, lo distinguen de otras regiones de México:

Y he aquí uno de los imprescindibles motivos de economía y conveniencia, para que se establezca una diferencia bien calculada entre el arancel que rige en Yucatán y el que deba observarse en los demás puertos de la República. La corona española, teniendo en justa consideración las peculiares circunstancias locales de Yucatán, concedió a sus comerciantes amplias franquicias, disminuyendo sobre todo los almojarifazgos que se cobraban para la real hacienda [...]. Y es preciso hallarse sumamente preocupado en semejante materia, para desconocer la imprescindible necesidad de que en Yucatán se establezca no sólo ésta, sino otras varias diferencias respecto a los aranceles. El sistema prohibitivo está profundamente arraigado en la República, y ni los buenos argumentos ni la experiencia de tantos años, que es el mejor de ellos, ha podido ejercer influjo alguno en el ánimo de nuestros economistas [...]. Pues bien; en Yucatán aunque no lo fuera en toda la República, eso es eminentemente absurdo e irrealizable a todo punto. El país es pobre. Las importaciones que se hacen a él son para su exclusivo consumo, supuesto que su configuración geográfica lo aísla enteramente de los demás estados, en los cuales no puede internarse los efectos extranjeros ya introducidos [...]. Pero esto es lo que no se comprende o no se quiere comprender. Sin embargo, ya era tiempo de verlo y meditarlo con alguna seriedad; porque ciertamente vale la pena de verlo y meditarlo (Sierra, 2012: 90 y s.).

Estos argumentos que pertenecían a la defensa de la soberanía nacional yucateca en contra de los “atropellos” de los que se sentían en relación a México, y que en gran medida impulsaron la misión política del viajero a los Estados Unidos, se mantienen a lo largo de

Impresiones, donde las ideas liberales e ilustradas definen un “nosotros” político que, lejos de esa ambigüedad presente en la intencionalidad apologética de la obra en su prólogo, definen una distinción clara entre grupos de la elite criolla yucateca y mexicana.

En este sentido, la representación de un “nosotros yucateco” identificado con una historia social y cultural diferente a la de México, plantea la heterogeneidad en la relación de intersubjetividad entre el “nosotros” y los “otros” de sus lectores. Se trata, entonces, de dos potenciales destinatarios a los que Sierra O’Reilly dirige la finalidad política y didáctica de su obra: contradestinatarios cuando se refiere a la elite política yucateca y mexicana que promueve los intereses centralistas de México; y prodestinatarios al dirigirse a la elite yucateca con la que simpatiza en ideas políticas y con la que comparte una visión regionalista de la identidad yucateca. Es principalmente a los primeros a quienes el escritor destina el objetivo didáctico de *Impresiones*, ya que son a ellos a los que busca informar y persuadir sobre el devenir de Yucatán y México, así como su relación con los Estados Unidos. Por ejemplo, al mencionar el caso de Nueva Orleans, el escritor formula esta justificación de su obra, recurriendo a una “falsa modestia”; este recurso retórico Sierra O’Reilly lo emplea con frecuencia al introducir pasajes de su discurso ensayístico e histórico.

La historia de Nueva Orleans, este vasto emporio del comercio del sur y oeste de los Estados Unidos, no carece ciertamente de interés, principalmente para *nosotros los yucatecos* que mantenemos allí antigua y frecuentes relaciones mercantiles. Como yo quisiera que mi librito, tal como va saliendo de mis manos, llegue a ser una especie de guía para *mis compatriotas*, hallando en este viaje, confío en que no tendrán a mal que entre, sin pretensiones ciertamente, en algunos detalles. No es mi objeto probar que yo conozco esos detalles, cosa que cualquiera comprenderá fácilmente sabiendo la clase de estudios a los que me dedico hace tiempo, sino ponerlos al alcance de aquellos *mis lectores*, que tengan motivos para ignorarlos (Sierra, 2012: 70. Subrayado mío).

Por lo tanto, se trata de un “nosotros” heterogéneo en el que confluyen las distinciones políticas de dos facciones en tensión y conflicto. Al mismo tiempo introduce la problemática de la identidad nacional a través de la multireferencialidad del “nosotros” ya que, en más de una ocasión, Sierra O’Reilly se referirá a Yucatán como “nuestro país”. La ambigüedad del término “mi país” recorre las páginas de esta obra, especialmente en la primera mitad donde es usado por el escritor para referirse a Yucatán.

La heterogeneidad socio-cultural en el circuito literario de *Impresiones* toma forma en el “nosotros” regionalista del viajero, así como en sus múltiples referentes de identidad que son Yucatán y México. Es importante señalar el papel que juega el referente del “otro” interno que participa en la heterogeneidad socio-cultural de *Impresiones*. En este caso, el “otro” interno a partir del cual se configura el “nosotros yucateco” no sólo está constituido por el “federalista” o el “centralista” de la elite yucateca o mexicana, sino también el “otro” que se encuentra fuera de ella política y culturalmente, es decir, el indígena maya.

El “indio” “rebelde”, “bárbaro” y “salvaje” que aparece en las páginas de *Impresiones*, también conforma un tema frecuente en la obra periodística y literaria de Sierra O’Reilly, ya que se trata de un grupo que era identificado como una de las amenazas históricas de la elite criolla yucateca. El enfrentamiento que el escritor señala frente a este “otro” interno, que en términos raciales consistía en una lucha entre la raza blanca criolla (española) y la indígena, presenta una alteridad mayor que aquella “otredad” frente a sus antagonistas políticos quienes, finalmente, eran también miembros de una elite criolla con la que compartía elementos culturales. Al igual que en el caso de Sarmiento, un rasgo importante de esta alteridad es que el “otro” indígena no participa dentro del circuito literario

de *Impresiones* y, por lo tanto, no es considerado prodestinatario, ni contradestinatario de la obra.

Al encontrarse fuera de la ciudad letrada, las representaciones que Sierra O'Reilly realiza de este referente perteneciente a un estatuto socio-cultural distinto al suyo, está enmarcado en *Impresiones* en un acontecimiento histórico específico: el levantamiento armado de los indígenas en el conflicto conocido como “guerra de castas” en 1847, que coincide temporalmente con su viaje. Recordemos que, justamente la amenaza de este grupo termina siendo uno de los principales motivos del viaje del escritor a los Estados Unidos, en donde buscaba conseguir el apoyo político para enfrentar a los “indios rebeldes”. No es extraño, entonces, que el motivo de este acontecimiento aparezca en la narración del viaje cuando, estando en Nueva Orleans, Sierra O'Reilly recibe noticias sobre Yucatán:

En lo más crítico de estas horas de fastidio y tristeza, arribó a Nueva Orleans un buque campechano que nos llevaba noticias de Yucatán, de un carácter verdaderamente melancólico y desagradable. Era un relato de los sucesos del 6 de octubre de aquel año [1847], y el anuncio de las espantosas consecuencias que comenzaban a reproducir esa situación, resultado de otras precedentes, sobre la *raza indígena*, ya armada y *en guerra abierta con la nuestra*. [...] un segundo buque nos llevó despachos oficiales de un carácter perentorio y urgente,¹²⁵ como lo eran los terribles acontecimientos que se iban precipitando sobre *nuestro infortunado país*, puesto al borde de un espantoso abismo por una fatal y rápida serie de convulsiones intestinas.¹²⁶ Desde este momento, ya no había lugar a deliberación ninguna: sólo debíamos obedecer, y por lo tanto resolvimos salir en el día mismo de Nueva Orleans, sin esperar el fin de la covalencia. No necesito decir cuál sería mi sobresalto y cuál la angustia de mi espíritu, al ver ya encima de *mi país* una de las grandes crisis que yo había temido desde algunos años

¹²⁵ Evidentemente, Sierra O'Reilly se refiere a “los despachos de nuestro gobierno” (110), es decir, el gobierno de Méndez en Yucatán cuando era independiente al mexicano.

¹²⁶ En este caso el escritor está haciendo alusión a los enfrentamientos entre la facción mendecista y la de Barbachano; la primera inclinada hacia el federalismo y la segunda hacia el centralismo.

atrás:¹²⁷ la sublevación de la *raza indígena*, perfectamente instruida y ensayada en el sangriento papel que ya comenzaba a representar por sí misma (Sierra, 2012: 110).

De este modo, en su libro de viaje Sierra O'Reilly introduce el problema del “otro” indígena como propio de la historia y del presente de Yucatán, evidentemente esto no sólo en términos políticos sino también raciales. Es necesario recordar que como parte de sus ideas regionalistas, a la largo de la producción de su obra periodística y literaria el autor desarrolló y promovió una historia yucateca que tenía como punto de partida el momento de la Colonia española, dejando fuera de ella el pasado prehispánico y la historia de los mayas. De hecho, bajo esta perspectiva del regionalismo yucateco, mantuvo una polémica (de la que hablé en el primer capítulo) con algunos viajeros europeos y estadounidenses que plantearon una teoría de continuidad entre el pueblo maya constructor de las ruinas y los indígenas contemporáneos, en relación a la cual el escritor defendía una postura de discontinuidad. Para él, los mayas que construyeron las pirámides que maravillaban las miradas externas, no eran los mismos indígenas que colonizaron los españoles y, por lo tanto, tampoco estaban vinculados con sus contemporáneos.¹²⁸

Reproduciendo el sistema de ideas del criollo euroamericano, el indígena maya contemporáneo se encontraba, para Sierra O'Reilly, en un estado de “salvajismo” que lo

¹²⁷ Es importante recordar que en 1842 una de las medidas que el gobierno yucateco había tomado para enfrentarse a la intervención de las tropas mexicanas encabezadas por Santa Anna, fue dotar de armas a la población indígena del Oriente del estado, acción que tuvo consecuencias en el levantamiento armado de los indígenas en la “guerra de castas”.

¹²⁸ Como mencioné en el Capítulo I, los textos centrales de Sierra O'Reilly sobre este tema son los artículos publicados en el periódico el *Museo Yucateco*, entre 1848 y 1851, con el título de “Consideraciones sobre el origen, causas y tendencias de la sublevación de los indígenas, sus probables resultados y su posible remedio”. Posteriormente, se publicaron de manera parcial en 1857, en su obra intitulada: *Los indios de Yucatán. Consideraciones históricas sobre la influencia de elementos indígenas en la organización social del país*. Asimismo, estas ideas se encuentran presentes en las notas a traducción que el escritor hizo del libro de viaje del americano John Stephens sobre Yucatán.

colocaba en una temporalidad distinta a la del “pueblo yucateco”. Este modo de representar al “otro”, que Johanes Fabian (1983) define como *denial of coevalness*,¹²⁹ consiste en la negación de la covalencia del tiempo (contemporaneidad) de dicho “otro” como un recurso epistemológico de aprehensión de él, lo que también plantea una relación de poder. Con ello, escribir sobre el indígena maya como “salvaje” y “bárbaro”, atrasado en relación con la sociedad yucateca, sin una historia de continuidad propia como sociedad, es finalmente un medio de dominación por parte de la elite criolla yucateca de la que el escritor formaba parte, y que reproducía la idea evolutiva de la historia de los pueblos que era conocida en el siglo XIX. Sin embargo, sobre esto último, veremos en el siguiente apartado que Europa ya no será concebida como el referente temporal de la modernidad, sino que ahora los Estados Unidos recuperan ese lugar, como la nación que para el escritor se encontraba adelantada al desarrollo de las sociedades europeas y, por lo tanto, estaba situada en una especie de futuro de las naciones.

El problema del “indio” atrasado como amenaza para la configuración y el progreso de la nación moderna, también emerge cuando el escritor alude a pasajes de la historia de los Estados Unidos y las medidas políticas que ejerció contra sus propios grupos indígenas, “tribus salvajes” o “bárbaras”, que son un símil de comparación para la situación de Yucatán. Para Sierra O’Reilly el punto central será justificar la supremacía de los criollos blancos

¹²⁹ Fabian explica que *coevalness* es un modo de relaciones temporales entre dos grupos o más dentro de una organizada praxis cultural, a su vez, es una condición epistemológica que como tal sólo puede ser referida a partir de resultados. Según Fabian, esta negación de la covalencia está enmarcada en el contexto de la temporalización evolucionista del siglo XIX, que ejerció en las políticas colonialistas e imperialistas del momento una aparente labor de incorporación, ya que creó un marco universal de referencias en las que se podía acomodar todas las sociedades. Partiendo de la premisa de que el conocimiento es poder, el argumento central de Fabian es que el reclamo de poder de la antropología se origina desde sus raíces, incluyendo en este caso el relato de los viajeros europeos del siglo XIX. Esto es evidente en los usos del tiempo que la antropología realiza cuando constituye su propio objeto: el salvaje, el primitivo, el otro.

frente a la raza de los indígenas y, con ello, mantener el orden social y cultural hegemónico que para él significaba el progreso de Yucatán. Este distanciamiento del referente del “otro” indígena es imprescindible para reforzar la autoridad de la mirada del criollo, ya que a partir del alejamiento de él, el escritor define su propia temporalidad legitimada para representar a los “otros” hegemónicos y promover un proyecto de nación.

En síntesis, los “otros” del “nosotros yucateco” en *Impresiones* conforman el problema del enfrentamiento entre facciones políticas dentro de la heterogénea ciudad letrada, representadas en la interlocución del “nosotros” con sus prodestinatarios y contradestinatarios. Así, al mismo tiempo que Sierra O’Reilly promueve un ideal político federalista que critica el modelo político de la República Mexicana, encuentra un punto de mayor heterogeneidad socio-cultural al representar al “otro” indígena maya que, si bien no juega un papel dentro del circuito literario de la ciudad letrada hegemónica, sin duda es un referente imprescindible para autorizar las representaciones del “nosotros yucateco” y reiterar su hegemonía cultural y social. A continuación, veremos cómo frente al “otro” estadounidense el “nosotros yucateco” adopta distintos referentes políticos de auto-representación, de los cuales me interesará señalar la heterogeneidad producida por la alteridad del viaje y la indeterminación de una definición nacional por parte del escritor.

3.3.2. El “otro” estadounidense y la representación multisituada del viajero

Hasta ahora he analizado la identidad política del escritor bajo la forma del “nosotros yucateco” en relación a los “otros” internos que, al mismo tiempo que contempla el conflicto político entre los distintos grupos que conforman la elite criolla yucateca, revela la heterogeneidad socio-cultural del discurso con el referente indígena. Como parte de esta

problemática, la representación del referente de los Estados Unidos revela las contradicciones no resueltas de la identidad nacional de Sierra O'Reilly en *Impresiones*. Observaremos que esto sucede en función de los dos tipos de representaciones que el escritor realiza del “otro” estadounidense que, si bien pueden parecer enfrentadas entre sí, en realidad permiten reconocer la perspectiva política desde la cual el viajero configura un “nosotros”. De este modo, mientras que, por un lado, la mirada del viajero se maravilla de los Estados Unidos y lo representa como el ejemplo de nación moderna que debe ser admirada e imitada; por el otro, desde el tiempo de la escritura del discurso ensayístico que lo ubica en el Campeche de 1850 y 1851, este país simboliza para México una de las principales amenazas a su autonomía nacional.

En cuanto al primer modo de representación del “otro” estadounidense, en el capítulo anterior señalé que Sierra O'Reilly sigue la fórmula de las “impresiones” de viaje que intercalan en la narración las valoraciones sobre lo que el escritor observa. Como sucede en dicho tipo de relatos, las impresiones que siguen la cronología de los recorridos, están dirigidas sobre todo a presentar a los lectores el funcionamiento de la sociedad estadounidense, sus costumbres y su geografía. Sin embargo, como parte de la apropiación de este género, el escritor se detiene en los aspectos que refuerzan su perspectiva política. Por lo tanto, se admira del rápido crecimiento de las ciudades, vinculado con el dominio del hombre blanco sobre el territorio y las “tribus bárbaras” (Sierra, 2012: 73), los mecanismos de inmigración, el desarrollo tecnológico y cultural, la identidad moral y racial del “yankee” y, sobre todo, el funcionamiento de sus instituciones, partidos políticos y constituciones estatales.

Este retrato de la vida política de los Estados Unidos se desarrolla particularmente en los pasajes del discurso histórico, en donde el viajero abunda en eventos ejemplares de su historia, incluyendo las biografías de sus figuras políticas destacadas como George Washington, Benjamín Franklin y Thomas Jefferson, a quienes considera los “gloriosos” fundadores de esta nación. Así, el “otro” estadounidense representado desde la focalización del “nosotros yucateco”, viajero e historiador, conjunta una serie de cualidades morales y raciales fundadas en su historia que dan forma a su “verdadero espíritu nacional” (Sierra, 2012: 357). No cabe duda que Sierra O’Reilly se identifica con este “espíritu” en términos políticos, y a partir de él realiza una crítica profunda del funcionamiento de México y de su historia nacional.

Con estas narraciones y descripciones, Sierra O’Reilly busca representar al “otro” estadounidense en relación con las condiciones de la consolidación nacional de México, sin embargo, subyace en ellas el problema de la referencialidad de la identidad nacional del escritor. La distinción entre el “nosotros” regionalista, defensor de los intereses de una elite política particular, y el “otro” interno, contradestinatario discursivo que hay que educar en materia de la historia de Yucatán y de los Estados Unidos, adquiere mayor profundidad en esta obra cuando el escritor habla del porvenir de la nación mexicana. Al respecto, no es extraño que, por un lado, en la narración del viaje que ubica al viajero en los Estados Unidos la expresión “nuestro país” represente a Yucatán. Por otro lado, al sumir la inscripción desde el presente de la escritura (del discurso ensayístico), y al mencionar la relación de México con los Estados Unidos, el viajero se identifica con la nación mexicana.

Para profundizar en este aspecto es necesario observar en qué consiste este “verdadero espíritu nacional” de los Estados Unidos, con el que el “nosotros yucateco” identifica sus

intereses políticos. El punto de partida para Sierra O'Reilly se encuentra en la historia misma de su pueblo, por eso al describir al "yankee" explica que:

No hay en los Estados Unidos quien, a la simple locución, no distinga un *yankee* de cualquier otro nativo de los demás estados de la Unión. Un *yankee* es atrevido, emprendedor y pocos obstáculos le detienen en su marcha. Es el anglosajón legítimo que, en su progreso invasor desde las regiones del nordeste del antiguo mundo, fue a fijarse a las orillas del Báltico, para cruzar después el Mar del Norte y conquistar la antigua *Britania* de los romanos, cuyo poder hizo desaparecer de todo punto en la isla conquistada. [...] Tal es la verdadera raza, la raza dominante que existe en los estados del este de la Unión Americana (2012: 616).

A este elemento racial que encuentra su origen en el momento histórico de la conquista inglesa, se suma la particularidad de un funcionamiento político independiente que el viajero observa y describe al hablar del sistema de elección, las constituciones estatales, las asambleas, el funcionamiento de los partidos, etc. Tomando en cuenta este horizonte histórico y cultural del "otro" estadounidense, el escritor realizará críticas a Europa y, especialmente, a México. Por ejemplo al hablar de las asambleas legislativas en las cámaras inglesas y francesas en comparación con las estadounidenses, Sierra O'Reilly crítica el funcionamiento de las primeras:

Véase lo que pasa en la asamblea legislativa de Francia, que está reunida constantemente casi todo el año, y lo que ocurre en las cámaras inglesas, y podrá uno menos de lamentarse de tanto tiempo perdido en fruslerías y discusiones extravagantes, en que el ministerio es llevado al retortero, recuérdese también lo que pasa entre nosotros, y me parece que la comparación nos dará un resultado favorable nuestros vecinos (2012: 351).

Estas cualidades positivas que el viajero identifica en el funcionamiento de las instituciones estadounidenses, suelen justificarse en la superioridad educativa y moral de sus representantes políticos. Sobre este mismo asunto, el escritor continúa: "Puestos en balanza

las ventajas y los inconvenientes que esta práctica pudiera producir, me parece preferible la que tienen establecida los americanos. Además los hombres de Estado que se hallan constantemente consagrados a profundos estudios administrativos, son sin duda los más propios para gobernar un país” (2012: 351). Como mencionaré más adelante, subyace en estas comparaciones con la clase política estadounidense la crítica a la elite política mexicana en el poder.

Por su parte, existe una segunda lectura en *Impresiones* de esta representación de la nación estadounidense que, como mencioné, está definida por la inscripción del viajero en el presente de la escritura del discurso ensayístico; esto es Campeche entre 1850 y 1851. Ahora, el “otro” estadounidense es leído desde el Yucatán anexado a la República mexicana, la cual se encuentra en un momento en el que todavía era un evento reciente la guerra con el país del Norte que, evidentemente, es visto como un enemigo político por el gobierno mexicano. Desde este referente de enunciación, el “nosotros” del escritor asume una identidad nacional construida a partir del “otro” estadounidense. Así, la amenaza de la invasión estadounidense aparece en *Impresiones* como una preocupación para la consolidación de la nación mexicana que, para él, se encontraba en condiciones de crisis debido a su funcionamiento político centralizado que ignoraba los intereses regionales. Para justificar esta lectura política del “otro” estadounidense, que era opuesta a la de sus contradestinatarios, Sierra O’Reilly parte de la autoridad de experiencia del viaje y de sus lecturas históricas. A partir de ello, el autor identifica en la política expansionista del presidente Mr. Polk una especie de anti-espíritu nacional estadounidense. Por eso, al hablar de esta tendencia invasora de los Estados Unidos advierte:

Si el genio de las conquistas llegase a echar raíces en ese pueblo tan próspero y floreciente; si en él llegase alguna vez a prevalecer el elemento militar, como ha sucedido entre nosotros y en todas las repúblicas hispanoamericanas, desaparecerían de un golpe las inmensas ventajas de aquellas sabias y gloriosas instituciones. ¡Qué triunfo para los que no han creído jamás en la estabilidad de la obra gloriosa de los Washington, Franklin y Jefferson! (Sierra, 2012: 357).

Ante esta amenaza del “anti-espíritu nacional” estadounidense, Sierra O’Reilly proyecta un futuro incierto para la sobrevivencia de México frente a la República vecina. Al respecto, cito en extenso un pasaje en el que me detendré para destacar varios elementos.

Nuestra raza está en el borde de un abismo; *nuestra nacionalidad* esta amagada, más cerca de lo que pensamos, y es terrible e inminente el riesgo que estamos corriendo de ser absorbidos de un instante a otro en las fauces enormes de la raza eminentemente invasora que ha puesto la huella sobre nuestra huella, y nos persigue de cerca para devorarnos. ¿Qué hacemos en tanto? ¿En qué pensamos? ¿Qué organizamos? ¿Qué clase de resistencia intentamos oponer? ¿Hemos comprendido acaso, la naturaleza de los medios que la *raza invasora* sabe y puede emplear, *sin que esos medios sean precisamente los de la fuerza*? Triste es pensarlo, y más aun decirlo; pero mientras nuestros hombres de Estado, los *hombres podridos* que han dirigido nuestra marcha política desde la fundación de la independencia nacional, se debaten en especulaciones vanas, en intereses mezquinos, el país ve llegar la hora formidable de los contratiempos. Los cálculos y las esperanzas de una protección extraña, si es que estos cálculos y estas esperanzas se fundan en algo y se abrigan de veras, son otras tantas quiméricas especulaciones. Además de los grandes intereses a que tiene que atender las potencias europeas dentro de su mismo seno, lo que las mantiene en sus relaciones con la América son de tal naturaleza, que sólo una presunción necia puede creer en la eficacia de una protección ultramarina. El equilibrio americano es diverso al equilibrio europeo. La raza anglosajona está en un extremo de la palanca, y las razas hispanoamericanas en el otro. Ved, si México solo puede por ahora mantener el equilibrio (Sierra, 2012: 618. Subrayado mío).

En este fregmento, Sierra O’Reilly busca posicionar y legitimar su postura política dentro de la realidad mexicana, configurando a un enemigo político común. En este sentido, el referente

del “otro” estadounidense desde esta segunda lectura parece homogenizar un “nosotros nacional”. Sin embargo, es interesante que frente a este “otro” hegemónico, el viajero hace mención de una “nacionalidad mexicana” fundada en un elemento racial e histórico: la raza y la Conquista española. Aunque esta nacionalidades no posee una unidad política.

De este modo, la amenaza de la “conquista” estadounidense es una toma de postura política y de legitimación frente al gobierno mexicano, a los “hombres podridos” del Estado que han llevado al fracaso la fundación de la “independencia nacional”. Contra a estos “hombres podridos” que confían en la próxima caída de la potencia estadounidense y en la ayuda europea como únicos medios para la salvación de México, se encuentran los “hombres pensadores” (con los que se identifica el escritor), quienes siguiendo las lecciones de la historia y conociendo el proceso de desarrollo por el que pasan todas las naciones, ven distante ese momento de declive de los Estados Unidos. Frente a estos “hombres podridos”, el autor autoriza su libro de viaje como un instrumento político imprescindible para la nación: “[...] pero no son los *hombres podridos* que han manejado hasta hoy sus públicos destinos los que la salvarán del conflicto terrible que le esperan. En este sentido, ningún estudio relativo a la situación y medios de poder que poseen los Estados Unidos, puede ser indiferente para ningún mexicano, y ésta es la única excusa que presento por mis frecuentes, y acaso no muy pertinentes digresiones” (Sierra, 2012: 620).

Ante el “otro” estadounidense, son los “hombres pensadores” los que tienen las respuestas y las interpretaciones autorizadas a cerca de dicho país y, sobre todo, el de la propia nación. Por lo tanto, para Sierra O’Reilly la amenaza de los Estados Unidos al gobierno mexicano es la oportunidad para promover sus propias ideas políticas identificadas con los intereses regionalistas del “nosotros yucateco”. Si bien estas nociones parecen

desfasadas con el contexto político de México de 1850 y 1851, recobran vigencia en su obra ante la necesidad de configurar una nación que era, para el escritor, el verdadero medio para enfrentar el “anti-espíritu nacional” de Estados Unidos. En este sentido, el tema de la defensa de la nación en *Impresiones* es, de hecho, el de la búsqueda de incidir y modificar la tendencia centralista del gobierno mexicano a favor de los intereses de la elite regional de la que Sierra O’Reilly formaba parte. Por eso, el viajero concluye este pasaje ensayístico diciendo:

Lo diré con mayor claridad y franqueza, porque en estos casos la reticencia es un delito. Si nuestras instituciones no se desarrollan y perfeccionan; si el comercio encuentra a cada paso trabas opresoras; si el pueblo en general se le hace soportar toda clase de cargas y vejaciones; si las clases industriosas no respiran; si el ciudadano carece de garantías, y los que gobiernan hacen más penosa esta situación multiplicando los obstáculos con su bastarda política; si el espíritu noble, franco y leal de la nacionalidad no se estimula; si en vez de fomentarse los fecundos y riquísimos elementos de la prosperidad moral y material que el país encierra en su seno, no se hace más que explorarlos torpemente sin pensar en el porvenir de la república; si sólo se trata de vivir el día de hoy sin pensar el mañana... ¡ah! El peligro irá siendo mayor cada momento. Los estados limítrofes con la república vecina, parte por promesas, parte por desaliento y pérdidas todas las esperanzas de mejorar de condición, identificará sus intereses con los del enemigo oculto que nos acecha y tendremos la repetición de los escándalos de Texas, y tras éstos, otros y otros (Sierra, 2012: 620).

Esta advertencia que parece homogenizar los intereses de la nación mexicana, revela en realidad la causa regionalista de Sierra O’Reilly a favor de un modelo político federalista. Por ello, al señalar el caso de los “estados limítrofes”, hace resurgir la amenaza específica del separatismo yucateco que, poco tiempo antes, había motivado su misión política en los Estados Unidos, y durante la cual hizo explícito los intereses de la facción mendecista de unir Yucatán a dicho país como medida para evitar la anexión a la República Mexicana. En este

sentido, lejos de tratarse de una homogenización de la identidad, se mantiene una heterogeneidad de las elites criollas vinculada al conflicto de la identidad nacional.

Si bien desarrollaré más este aspecto en el siguiente capítulo al tratar el tema de la identidad nacional ambivalente en esta obra, cabe destacar el papel que juega el “otro” estadounidense en la representación multisituada del viajero, ya que, en relación con éste, el “nosotros” político proyecta la indeterminación de los referentes nacionales desde los cuales parte su discurso, en este caso, Yucatán y México. Se trata, entonces, de un “nosotros yucateco” que en función de su doble mirada del “otro” estadounidense, se representa a sí mismo desde una elite criolla heterogénea, donde el referente (desde el cual se enuncia) de la nacionalidad es ambivalente entre una identidad política yucateca y otra “mexicana”. Como parte de tal heterogeneidad en el nivel del referente, si bien el escritor se distingue de esta última identidad, al mismo tiempo la “funcionaliza” dentro del “nosotros” para reforzar un modelo político regionalista. En esta aparente contradicción de la identidad nacional, se enfocará el análisis de *Impresiones* más adelante.

CAPÍTULO IV

UTOPIÁS Y PROYECTOS NACIONALES AMBIVALENTES

EN *VIAJES E IMPRESIONES*

En el capítulo anterior enfatiqué en qué medida los Estados Unidos fue adoptado por Sarmiento y Sierra O'Reilly como el nuevo modelo nacional. Ahora, analizaré los modelos políticos de nación que Sarmiento y Sierra O'Reilly proyectan en sus libros *Viajes e Impresiones* respectivamente. Para ello observaré la función de la configuración de una utopía política, en ambas obras identificada con la nación estadounidense, para la afirmación de un modelo acorde a las ideas compartidas y defendidas por el “nosotros sudamericano” del escritor argentino y el “nosotros yucateco” del autor mexicano. Posteriormente, como parte del contexto de escritura de sus obras y el marco político y social de sus propios países, destacaré en qué sentido sus ideas de nación son ambivalentes.

4.1. Naciones ficticias e identidades nacionales ambivalentes en América Latina

Al hablar de nación, hasta el momento, he destacado el complejo contexto histórico de fundación nacional que siguió a las independencias políticas de Argentina y México, marco

en el que Sarmiento y Sierra O'Reilly realizaron sus viajes a los Estados Unidos y escribieron sus libros *Viajes e Impresiones*. Con la finalidad de profundizar en los proyectos nacionales que los autores “imaginan” en estas obras y en qué sentido se trataron de construcciones ambivalentes, es necesario reflexionar sobre el concepto mismo de nación y las consecuencias contradictorias de su apropiación por parte de las elites criollas latinoamericanas en la primera mitad del siglo XIX.

El concepto de “nación” es, sin duda, uno de los más cuestionados por los estudios culturales y poscoloniales, los cuales han enfatizado la necesidad de deconstruir, redefinir e, incluso, superar, esta categoría que ha marcado las identidades políticas y culturales en las sociedades modernas. Entre estos críticos, Homi K. Bhabha ha destacado la “imagen portentosa y liminar de la nación” para señalar “la particular ambivalencia que aqueja a la idea de nación, al leguaje de aquellos que escriben acerca de ella y a las vidas de quienes viven en ella” (2010: 11). Para ello, observa la nación como una forma narrativa dotada de estrategias textuales, desplazamientos metafóricos, subtextos y estratagemas figurativas, definidos por la parcialidad del proceso histórico, es decir, de la temporalidad de la cultura y de la conciencia social.

Bajo esta mirada parcial de los procesos sociales, Bhabha busca poner en tela de juicio “la autoridad tradicional de aquellos objetos nacionales del conocimiento -la Tradición, el Pueblo, la Razón del Estado, la Cultura de la Élite, por ejemplo- cuyo valor pedagógico a menudo residió en el hecho de que eran presentados como conceptos holísticos, situados dentro de una narrativa evolucionista de la continuidad histórica” (2010: 13). Se trata entonces, para Bhabha, de establecer cortes sincrónicos en la lectura tradicional de la noción de “nación” y romper con su tendencia a la perspectiva totalizadora de lo particular.

Para nuestro análisis, resulta particularmente interesante cómo este enfoque permite profundizar más allá del lenguaje y retórica de la nación. Es decir, promueve la superación del estudio de la textualidad que tiende a la “totalización” de la cultura nacional, para observar lo que Bhabha describe como “la amplia diversidad a través de la cual construimos el campo de significados y símbolos que se vinculan con la vida nacional” (2010: 13 y s.). Para él, la “cultura nacional” no está unificada, sino que se caracteriza por una ambivalencia en la construcción de su discurso, lo que hace de la “nación” una de las principales representaciones culturales de la modernidad marcadas por la ambivalencia ideológica. Retomando a Edward Said, destaca que “la nación, como una forma de *elaboración* cultural, es un medio de narración ambivalente que mantiene a la cultura en su posición más productiva, como una fuerza para ‘subordinar, facturar, difundir o reproducir, en igual medida que para producir, crear, imponer o guiar’” (Bhabha, 2010: 14).

En este sentido, los márgenes del “espacio-nación” (como “localidad” de la cultura nacional) son siempre ambivalentes, ya que en él la frontera tiene dos caras, los de adentro y los de afuera, entre los que existen antagonismos y negociaciones de los significados de la autoridad cultural y política. De manera que para Bhabha será importante destacar que “en cada una de estas ‘ficciones fundacionales’, los orígenes de las tradiciones resultan tanto actos de adhesión y establecimiento como de repudio, desplazamiento, exclusión e impugnación cultural” (2010: 16). Con este planteamiento queda claro que la nación, entendida como una representación cultural, está inmersa en una situación de ambivalencia entre las partes que busca abarcar (“totalizar”, incluso, homogenizar), cuando en realidad se trata de un discurso ambivalente, de significados en los que intervienen las contradicciones, antagonismos y negociaciones de diferentes grupos sociales y culturales.

Bhabha desarrolla esta discusión retomando *Comunidades imaginadas* de Benedict Anderson. En esta obra, el autor plantea la importancia de dejar de entender el nacionalismo con “N” mayúscula, como si se tratara de una ideología específica, y señala que “se facilitarían las cosas si tratáramos el nacionalismo en la misma categoría que el ‘parentesco’ y la ‘religión’, y no en la del ‘liberalismo’ o el ‘fascismo’” (2007: 23). En sus palabras, define la nación como “una comunidad política imaginada como inherentemente imitada y soberana” (2007: 23). “Imaginada” porque si bien los miembros de una nación nunca se podrán conocer en su totalidad, en la mente de cada uno de ellos existe una imagen de comunión. Para Anderson no es importante distinguir entre si se trata de comunidades falsas o legítimas, lo que interesa es reconocerlas por el estilo con el que son imaginadas. Es decir, cómo han sido imaginadas. De igual modo, la nación se imagina “limitada” porque siempre implican la creación de fronteras finitas, que definen su lugar en relación con otras naciones; y se imagina “soberana” porque el concepto de nación nació con la Ilustración y la Revolución Francesa que pretendían derrumbar el reino dinástico jerárquico. En este sentido, la idea de nación surgió con el deseo de reconocer el pluralismo y la libertad que podría garantizar el Estado soberano.

Finalmente, Anderson concluye que la nación se imagina como comunidad “porque, independientemente de la desigualdad y la exploración que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal” (2007: 25). Por lo tanto, la idea de la nación como comunidad se funda en la imagen de homogeneidad a partir de la definición de sus límites imaginados y su soberanía también imaginada, sin reconocer su propia heterogeneidad y la ambivalencia de sus límites. Al

mismo tiempo que es un grupo específico, privilegiado, el que tiene la labor de incorporar su visión a los otros integrantes de la comunidad.

Cabe ahora preguntarnos, en qué sentido podemos pensar las “ficciones fundacionales” elaboradas por la elite criolla de América Latina en la primera mitad del siglo XIX. En los estudios literarios cada vez ha sido más frecuente la necesidad de redefinir el concepto de “nación” o “patria” al profundizar en los discursos elaborados dentro de las heterogéneas sociedades latinoamericanas del XIX. En este sentido, señala Friedhelm Schmidt-Welle, la noción de nación “como espacio discursivo y simbólico es una ficción, sobre todo si consideramos las contradicciones entre la supuesta homogeneidad de esta categoría en sus versiones dominantes y la heterogeneidad real” en América Latina. Son “ficciones” ya que conforman “representaciones simbólicas de una realidad cuya construcción se realiza precisamente a partir de ficciones. Es decir, el énfasis en el análisis de la comunidad imaginada se da en la influencia de lo imaginado sobre las prácticas sociales y, en este sentido, sobre la misma realidad histórica” (Schmidt-Welle, 2003: 11).

A partir de este planteamiento, la gran parte de los proyectos fundacionales en América Latina, una vez declaradas sus independencias de la Metrópoli española, fueron un esfuerzo de las elites criollas por adoptar el modelo de modernización basado en los ejemplos de Europa y Estados Unidos. En este sentido, la construcción de sus identidades nacionales fueron representaciones simbólicas elaboradas a partir de ficciones imaginadas por sujetos criollos. Es de este ejercicio del cual se derivan las numerosas contradicciones que caracterizan los nacionalismos de la época, marcados por la heterogeneidad histórica de este continente, así como por su experiencia de la Conquista y de la Colonia.

Entre los componentes distintivos de las ideologías nacionalistas decimonónicas, definidas por un proceso de descolonización, se encuentra “el proceso de diferenciación cultural de la metrópoli, de la ‘madre patria’. Este proceso fue, en parte, una característica de todas las ideologías nacionales o nacionalistas del XIX, incluso de las europeas, porque es a partir de esta diferencia cultural que se construyen las naciones” (Schmidt-Welle: 2003, 13). Sin embargo, en América Latina a la ruptura con el pasado colonial se suma la diferencia, que en algunos casos se dieron en los proyectos de las elites criollas, frente a la “naturaleza americana”, de la cual se separan y se reconocen como otros. Así, al mismo tiempo que las nuevas naciones rechazaban el pasado colonial europeo, adoptaron del viejo continente modelos políticos y sociales de modernidad para consolidar su autonomía y distinción ante el referente americano. Estas adopciones, sin embargo, fueron más bien adaptaciones que presentaban constantes contradicciones.

Javier Lasarte (2003) señala cómo las representaciones negativas del territorio y cultura continentales estaban generalmente vinculadas con la ideología liberal que formaba parte de las ideas de algunos grupos de las elites criollas y que, al mismo tiempo que “estaban guiadas por el deseo de liquidar todo vestigio del sistema colonial, fueron las que sustentaron la idea de transformar las naciones en replicantes de los considerados como indiscutibles modelos de desarrollo y civilización: Francia, Inglaterra o Estados Unidos, según los casos” (2003: 38). Así, la búsqueda de referentes políticos formaba parte de la necesidad de fundar naciones que mirarán más allá de lo propio, ya sea colonial o americano.

Para Schmidt- Welle, esta “‘naturalización’ de la diferencia sirve precisamente para implantar modelos europeos de la modernidad –aunque sea inconclusa o incompleta. Son estas características de la construcción de la diferencia dentro de la modernidad –periférica,

si se quiere- y sus resultados contradictorios siguen vigentes hasta nuestros días” (2003, 14). La “nación” como imaginario simbólico de la modernidad adaptado de un horizonte cultural diferente al propio, es una ficción en el contexto latinoamericano desde el origen de su empleo durante la primera mitad del siglo XIX. Este carácter ficticio de la nación responde a que en su interior tiene lugar el enfrentamiento y las negociaciones de distintos grupos sociales y culturales, construyéndose a partir de la diferencia. Como resultado, la nación produce ambivalencia dentro de sus discursos, derivada del intento imaginario de las elites criollas por lograr una homogenización de la heterogénea realidad social y cultural de América Latina, dejando fuera otros pueblos.

4.2. Utopías nacionales como ficciones fundacionales

En este horizonte crítico, antes de analizar el caso específico del proyecto de nación en los libros de viaje de Sarmiento y de Sierra O’Reilly, me parece importante introducir una categoría que me permitirá profundizar más adelante en el carácter ambivalente de sus discursos nacionales: el de la utopía que, a mi parecer, se suma a la construcción de las ficciones fundacionales en el caso de Argentina y México.

La tradición de las utopías es larga y compleja. Desde la publicación de *Utopía* en 1516, este término griego empleado por Tomás Moro para nombrar un “lugar que no existe” o “no hay tal lugar”, ha generado una gran ambivalencia y ambigüedad. En el siglo XVI, la corriente que floreció con Moro no fue el de la utopía sino el de “viajes imaginarios”, y fue hasta XVIII que recibió el popular nombre de utopía. En el siglo XIX la utopía ya conformaba una tradición literaria con ciertas reglas establecidas, no obstante se fortaleció la ambigüedad

del término a partir de la aparición de dos conceptos derivados: utópico y utopista. En adelante, la utopía como género se fue volviendo cada vez más compleja y finalmente se apartó del viaje imaginario que por mucho tiempo le sirvió como base de alteridad. Incluso, el término “utópico” llegó a adoptar el significado de algo quimérico e irrealizable, principalmente como resultado de las críticas que Marx y Engels realizaron al denominado “socialismo utópico” de Saint Simon, Fourier y Proudhon.

Algunos críticos han sistematizado cómo se construye desde el discurso una utopía literaria, observando las múltiples formas discursivas que operan en su interior. Retomemos el caso de Pierre-François Moreau (1986), quien analiza la obra paradigmática de Tomás Moro y observa que ésta se divide en tres discursos: un “discurso crítico” en el que se plantea la situación política y social de Inglaterra y otros estados europeos; un “discurso descriptivo” “que opone a los desórdenes que ha verificado el discurso anterior, la vida social de la Isla de Utopía” (Moreau, 1986: 11); y un “discurso justificativo” que “enuncia en qué condiciones tal vida social es posible” (Moreau, 1986: 11). Para Moreau, las relaciones de estos tres discursos fueron las que instituyeron los límites del género de la utopía por cerca de tres siglos, si bien la relevancia o frecuencia de cada discurso en las diferentes utopías literarias varía de una a otra.

De esta extensa tradición del género utópico, en este capítulo me interesa estudiar las utopías nacionales en el caso de *Viajes e Impresiones*, como representaciones de una forma de pensamiento que parte de argumentos discursivos críticos, justificativos y descriptivos para desarrollar proyectos políticos ideales. Por lo tanto, no pretendo argumentar que estas obras pertenecen al género de las utopías, sino que en ellas se desarrollan proyecciones imaginadas de un deber ser nacional, que respondían a los intereses y anhelos políticos de

Sarmiento y Sierra O'Reilly. Con ello, analizaré el tema de la utopía en ambas obras con dos finalidades: para identificar un “modo utópico” o “mentalidad utópica” en las representaciones imaginadas por el escritor argentino y mexicano de la nación ideal en sus países; y para caracterizar la representación idealizada de los Estados Unidos como un “referente utópico”.

Ambos aspectos forman parte del componente “ficticio” en las representaciones políticas de nación en cada una de estas obras. Las representaciones del ideal político basado en el ejemplo del referente utópico estadounidense, plantea en *Viajes e Impresiones* la posibilidad de un futuro alterno al presente. Es en esta proyección hacia el futuro donde se encuentra el ideal político que Sarmiento y Sierra O'Reilly anhelaban para sus propias naciones. Por lo tanto, me interesará observar cuáles son las representaciones utópicas nacionales del “nosotros sudamericano” y del “nosotros yucateco”, a partir de las cuales estos escritores fundaron sus ficciones de un ideal político que, en cada caso, imaginaban para sus países.

Teniendo en cuenta que una de las características de los discursos nacionales de la elite criolla latinoamericana durante la primera mitad del XIX fue el rechazo al referente metropolitano, la necesidad de definir un modelo a seguir, como sería el caso de los Estados Unidos, se volvió una tarea recurrente. Al respecto, la “mentalidad utópica” o “utopismo” conforma un tipo de conocimiento fundado en los principios de una reflexión crítica que conlleva un ideal que sólo puede ser construido y comprendido a través de la relación referencial o comparativa entre dos realidades diferentes. Así, para R. Ruyer, este modo utópico es “un ejercicio mental sobre las posibilidades laterales” (Ruyer en Blanco, 1999: 34), es decir, resulta una actitud de pensamiento que tiene la capacidad de analizar la realidad

que la envuelve y crear una alternativa. Esto hace que el utopismo parta siempre de un referente utópico en su búsqueda de una utopía.

En la búsqueda de un referente ideal subyace un “modo utópico” que comprende un sentimiento de rebelión frente a un estado histórico que es considerado poco satisfactorio, además de poseer una crítica a la sociedad a la que se pertenece y que se considera en una situación crítica. Esta rebelión inicial está siempre acompañada de un pesimismo que, en otras palabras, es resultado de un desencanto por las condiciones que el utopista considera reprobables de su propia sociedad, y de las cuales es consciente gracias a la comparación con otras realidades. Como resultado de dichas condiciones, surge la necesidad de una alternativa que sirva de modelo para corregir las deficiencias de la propia realidad.

En el siglo XIX, en el continente americano Estados Unidos fue el referente utópico predilecto para varios latinoamericanos por distintas razones históricas, entre ellas: el pasado colonial compartido con el país del Norte que facilitaba la identificación de la realidad poscolonial de América Latina; así como la crisis política de Europa de mediados del siglo XIX (como el caso de la Revolución Francesa de 1848), que cada vez más la alejaba de la hegemonía económica, política, cultural e, incluso, ideológica. En este horizonte, el viaje como fórmula de comparación entre varios espacios y temporalidades, permitió a los escritores realizar valoraciones profundas, proyectar ideales, criticar la realidad propia, distanciarse de la herencia colonial y “lo americano” y, especialmente, bajo esta mentalidad utópica, analizar el presente e imaginar un futuro mejor para sus convulsas naciones.

Señalado lo anterior, reitero que no pretendo caracteriza los libros *Viajes e Impresiones* como utopías literarias, es decir, como pertenecientes al género utópico. Lo que me interesa son las representaciones utópicas de sus autores, con el fin de observar cómo la

misma idealización de los Estados Unidos es una homogenización que se traslada al proyecto ambivalente de nación en cada una de las obras, y la proyección de dicho ideal en sus países es un proceso fundacional de imaginar la nación.

4.3. En búsqueda de una nueva utopía: el modelo de nación del “nosotros sudamericano”

Cuando Sarmiento partió de Chile en 1845 rumbo a Europa, tenía la idea de que encontraría en Francia, la cuna de la nación moderna, el modelo político que debiera imitarse por toda América Latina que, por su parte, se encontraba sumida en una crisis política derivada de las condiciones sociales y culturales de sus recientes independencias. Este imaginario se fundaba en el eurocentrismo de la época, cuyas ideas sobre la historia habían llegado a Chile bajo la concepción del progreso humano que, como señala William H. Katri, prevaleció durante la Ilustración con la noción de que “la historia se veía como un proceso en el cual las diferentes sociedades pasaban por etapas específicas de organización en su desarrollo hacia la civilización” (1996: 863). En la década de 1830, esta visión básica sobre el progreso sufrió algunos cambios, entre los cuales se encontraba la tendencia historiográfica de identificar a las sociedades europeas de esos días como las más avanzadas.

Particularmente para Sarmiento, la obra del francés François Guizot fue significativa sobre estas ideas. Guizot defendía a Francia como la nación más avanzada, ya que “allí prevaleció en todos los aspectos de la vida individual y social, el imperio de las ideas, de la razón de los principios generales, de lo que se llama la teoría” (Katri, 1996: 863). Sin embargo, este imaginario eurocéntrico, compartido por Sarmiento, que colocaba a Francia en el centro de la civilización de las naciones modernas, cambió cuando el escritor argentino

llegó a Francia en 1846, poco tiempo antes de que estallara la Revolución francesa de 1848. El panorama del que fue testigo contrastaba con los referentes que había consolidado en sus abundantes lecturas literarias y políticas sobre este país. Desde el viaje que emprendió en el buque *Rose* rumbo a Ruan, Sarmiento advirtió a don Carlos Tejedor, a quien dirigió su carta fechada el 9 de mayo de 1846, su posición y expectativa de Francia:

Sintiéndome, sin embargo, que no soi el huésped, ni el extranjero, sino el miembro de la familia, que nacido en otros climas se acerca al hogar de sus antepasados, palpítandole el corazón con la anticipación de las sensaciones que le aguardan, dando una fisionomía a los que solo de nombre conoce, i tomando prestado a la imaginación, objetos, formas y conjunto, que la realidad destruirá bien pronto, pero que son indispensables al alma, que como la naturaleza, tiene horror al vacío (Sarmiento, 1996: 77).

Este pasaje que parece describir una emoción más cercana a la felicidad por el regreso al hogar, que de expectación por un lugar lejano o desconocido, permite observar la primera identificación con Francia como su patria intelectual. La igualación de la voz del viajero con el referente cultural europeo, como si compartieran una familiaridad, responde al trasfondo ideológico del “nosotros sudamericano” propio del “nacionalismo paradójico” de los criollos latinoamericanos. No obstante, en el mismo fragmento se advierte que estas primeras impresiones pronto se transformaron una vez en contacto con la realidad de la sociedad francesa. Al arribar a las costas de Francia, Sarmiento describe una escena de “barbarie”:

La *Rose* entra en los *docks o bassins* (no conozco la palabra castellana que supla estos nombres), atraca al borde de madera de los canales, i una innoble turba de criados elegantemente vestidos nos asalta, nos grita, escala el buque por las maromas, nos rodea como moscas, nos apestan con su aliento, se insinúan en nuestras manos i en nuestros bolsillos para depositar una tarjeta con el nombre del hotel que los envía. Es en vano hablarlos, injuriarlos, espantarlos con las manos, fugarse, esconderse. Eh! Europa! Triste mezcla de grandeza y de abyección, de saber i de embrutecimiento a la vez sublime espectáculo de todo lo que al

hombre eleva o lo tiene degradado, reyes i lacayos, monumentos i lazaretos, opulencia i vida salvaje (Sarmiento, 1996: 86).

Con un tono de superioridad moral, Sarmiento parece empequeñecer en sus páginas el ideal de Francia como modelo de modernidad, hasta el punto de identificar en ella los mismos males que aquejaban a Argentina y a América Latina: una especie de barbarie que enfrenta a la civilización. Este discurso crítico acompaña al viajero hasta París donde, finalmente, se distancia del referente europeo como ideal de nación. De hecho, una de las principales decepciones que tuvo fue su encuentro con el ministro Guizot, a quien había considerado una de las mentes más brillantes de Francia. El desencanto por la figura del francés se derivó del diálogo que mantuvo con él, en el que Sarmiento intentó persuadirlo acerca del funcionamiento de Argentina y la crisis política del gobierno de Rosas. Para su sorpresa, Guizot era un simpatizante de Rosas y, desde su posición conservadora, los unitarios defendían una causa liberal sumamente cuestionable. Para el escritor argentino, esta mirada respondía al desconocimiento por parte del ministro de la realidad en el Río de Plata, que para él se oponía a los principios del progreso en dicho país.

De este modo, en la carta de París dirigida a don Antonino Aberastain, fechada el 4 de septiembre de 1846, Sarmiento reprodujo un diálogo con Guizot y el jefe del departamento político, Dessage, quien a su parecer era el responsable de la desinformación del ministro sobre los asuntos del Río de la Plata.

M. Dessage me interroga. Quiero yo establecerlos verdaderos principios de la cuestion. Hai dos partidos, los hombres civilizados i las masas semibárbaras. –El partido *moderado*, corrige el Jefe del departamento político, esto es, el partido moderado que apoya a Luis Felipe, el mismo que apoya a Rosas. –No señor, son campesinos que llamamos gauchos. –Ah! Los propietarios, la *petite propriété*, la bourgeoisie. –Los hombres que aman las instituciones...

La oposición, me rectifica el ojo i oído de M. Guizot, la oposicion francesa i la oposicion a Rosas compuesta de esos que pretenden instituciones... Me esfuerzo en hacerle entender algo; pero imposible! es griego para él todo lo que le hablo (Sarmiento, 1996: 106).

Queda claro que para Sarmiento el ministro Guizot tenía una lectura sobre las condiciones del Río de la Plata mediada por Dessage y, por lo tanto, una posición dada por las propias condiciones políticas y tensiones internas de la monarquía constitucional de Luis Felipe I, que gobernaba Francia en ese momento. Esta visión se sintetizaba para el escritor de la siguiente manera: “En resumen: Rosas= Luis Felipe; La mazorca= El partido moderado; Los gauchos= La petite propriété; Los unitarios= La oposicion del *Nacional*;¹³⁰ Paz, Varela, etc.=Thiers, Rollin, Barrot”¹³¹ (Sarmiento, 1996: 106).

Evidentemente, este esquema político con que Guizot interpreta las problemáticas del Río de la Plata no era compatible con el proyecto liberal criollo de Sarmiento, a quien la oposición a las oligarquías rurales lo llevaba a distinguir una barbarie criolla que identificaba con sus adversarios políticos, como lo era Rosas, un caudillo del campo alejado de la civilización. Sin duda, como veremos más adelante, este rasgo distintivo del nacionalismo de Sarmiento plantea matices en la adopción del modelo estadounidense, en especial en los temas de democracia, igualdad y educación.

El desencanto de Sarmiento por el funcionamiento del gobierno de Francia es cada vez mayor, hasta el punto de retratar a Guizot como responsable de detener el progreso en este país: “M. Guizot pide que la cámara decida si está o no satisfecha, i un movimiento en masa de la turba de cómplices, absuelve toda culpabilidad al rei i al ministerio. He ahí el pais

¹³⁰ Periódico oficial de la monarquía de Luis Felipe I.

¹³¹ Todos ellos eran opositores del ministro Guizot.

legal, he ahí los grandes hombres de la tierra!” (Sarmiento, 1996: 117). De este modo, para el viajero argentino, el pensamiento francés ha desaparecido: “Ha muerto como todas las cosas caducas que no están fundadas en la verdad” (Sarmiento, 1996: 103).

El cuestionamiento de Sarmiento al modelo monárquico burgués que prevalecía en Europa, en el cual identificaba elementos en común con Argentina, planteó el origen de una crisis moral e ideológica en el escritor argentino, quien emprendió su viaje creyendo que en estas naciones podría encontrar el ejemplo a seguir para América Latina. El viaje por el continente europeo significó la caída del referente utópico que Sarmiento había construido a partir de su visión de la Francia ilustrada. Por lo tanto, el viaje se vuelve en el pensamiento del escritor un parteaguas en la redefinición de un nuevo referente utópico, con el cual buscaría establecer los principios del modelo político para Argentina.

Como señala Dardo Pérez Guilhou, “esta crítica a la monarquía burguesa lo lleva [a Sarmiento] incluso a invalidar todo proceso histórico intelectual que culmina en ella [...], desde 1789 en adelante nada tiene autoridad como modelo” (Pérez, 1996: 1040). Parte del rechazo del viajero a la monarquía se derivaba de sus ideas igualitarias con las cuales analiza la desigualdad en Francia. Pérez Guilhou aclara que si bien este ideal “no lo hacía un demócrata práctico, sí lo perfilaba como republicano en cuanto repudiaba los fundamentos sobre los cuales se afirmaba la monarquía francesa, tanto la del régimen anterior a 1793 como las que se sucedieron con la restauración de Luis XVIII” (Pérez, 1996: 1040). Al mismo tiempo, dicha crítica era una forma de oponerse a la defensa y legitimación que el gobierno francés promovía del gobierno de Rosas en el Río de la Plata y que, para Sarmiento, era una postura contraria a sus propios intereses políticos.

El viaje en búsqueda de un referente de nación moderna pudo haber fracasado en Europa, pero la necesidad de un modelo utópico que permitiera criticar y superar el gobierno rosista era imperante para Sarmiento. En respuesta a la decepción que sufrió de las naciones europeas, en especial la francesa, Sarmiento viró su mirada hacia los Estados Unidos, con el anhelo de encontrar un ejemplo que pudiera satisfacer las necesidades políticas de su viaje, entre ellas la defensa del proyecto liberal criollo que lo mantenía exiliado en Chile y doblemente exiliado en Europa.

Como he señalado anteriormente, al tener Sarmiento una lectura menor a la que poseía sobre Europa, y sólo adquiriendo como referentes la *Vida* de Franklin, el *Federalista* y la popular obra de Tocqueville, los Estados Unidos apareció en su panorama como una alternativa de idealización para el escritor. Tal nación es representada de manera descriptiva como el referente utópico, el cual funciona como punto de comparación crítica. Al exaltar e idealizar las cualidades de la república estadounidense, el conocimiento parcial que Sarmiento tenía de este país lo complementó con sus propias creencias e ideas que reafirmaban la autoridad de su ideal político.

Con el fin de repensar un referente utópico, en *Viajes* Sarmiento exalta la grandeza de la nación estadounidense, caracterizada por la igualdad, la civilización de sus instituciones y la organización social, así como por ser un pueblo altamente educado, que adoptó con éxito un método de inmigración. A contra imagen de Europa y América Latina, señala:

Dios ha querido al fin que se hallen reunidos en un solo hecho, en una sola nación, la tierra virgen que permite a la sociedad dilatarse hasta el infinito, sin temor de la miseria; el hierro que completa las fuerzas humanas; el carbon de piedra que ajita las máquinas; los bosques que proveen de materiales a la arquitectura naval; la educación popular, que desenvuelve por la instrucción general la fuerza de producción en todos los individuos de una nación; la libertad religiosa que atrae a los pueblos en masa a incorporarse en la población; la libertad

política que mira con horror el despotismo i las familias privilegiadas; la República, en fin, fuerte, ascendiente como un astro nuevo en el cielo; i todos estos hechos se eslabonan entre sí, la libertad i la tierra abundante; el hierro i el jenio industrial; la democracia y la superioridad de los buques (Sarmiento, 1996: 336).

Siguiendo una estrategia comparativa en su discurso, la exaltación de la República estadounidense como modelo político ideal, es seguida por la crítica al sistema monárquico y a las ideas que lo legitimaban: “Empeñáos en desunirlos por las teorías i las especulación; decid que la libertad, la educacion popular, no entran por nada en esta prosperidad inaudita que conduce fatalmente a una supremacía indisputable; el *hecho* será siempre el mismo, que en las monarquías europeas se han reunido la decrepitud, las revoluciones, la pobreza, la ignorancia, la barbarie i la degradación del mayor número” (Sarmiento, 1996: 336). De la misma manera, subyace en esta denuncia la crítica del escritor al gobierno conservador de Rosas que, como he señalado, se encontraba en concordancia política con el francés.

Siguiendo una lógica colonial como sujeto criollo latinoamericano, Sarmiento cambia el modelo europeo por el estadounidense para legitimar un ideal de progreso fundado en la burguesía ilustrada a la que él pertenecía, defensora de la República, la libertad y la igualdad. A partir de un discurso crítico comparativo que coloca a los Estados Unidos como el referente moral para todas las naciones, el viajero cuestiona el orden monárquico y sus costumbres de ostentación: “[...] vosotros tendréis un día que esconder vuestros cetros, coronas i zaranjadas doradas para presentaros ante la República, por temor de que no os ponga a la puerta, como a cómicos o truanes [sic.] de carnestolendas” (Sarmiento, 1996: 337). Esta inversión de los valores recuerda un argumento común de las utopías, en donde aquellos aspectos que son símbolos admirables de poder y riqueza se vuelven motivos de burla y crítica. Con este

ejercicio el escritor pretende generar un extrañamiento o rechazo de aquello comúnmente considerado positivo, como los símbolos de la monarquía, y legitimar ante sus lectores, prodestinatarios y contradestinatario, el referente estadounidense.

En la representación de Estados Unidos como referente utópico, Sarmiento también parece ubicar a esta nación en un momento de desarrollo más avanzado en relación con otras. De este modo, el viajero coloca a este país en una especie de temporalidad futura, procedimiento que es similar a la propia obra de Tocqueville que lleva a concebir su viaje a los Estados Unidos como un desplazamiento en el tiempo. Para Sarmiento era claro que la supremacía de los Estados Unidos frente a las demás naciones del mundo era sólo cuestión de tiempo, es decir, era parte de su progreso natural:

El día del grande escándalo de la República fuerte, rica de centenares de millones, no está léjos! El progreso de la poblacion norte-americana lo está indicando; ella aumenta como ciento, i las otras naciones solo como uno; las cifras van a equilibrarse i cambiar en seguida las proporciones; i ¿estas cifras numéricas no esperaran lo que encierra en sí las fuerzas productoras i de energía física i moral el pueblo avezado a las prácticas de la libertad, del trabajo i de la asociación? (Sarmiento, 1996: 337).

La elevación moral de los personajes políticos también es un elemento utópico en *Viajes*. Partiendo de sus escasas lecturas sobre los Estados Unidos, Sarmiento retoma la figura histórica de Franklin como referente de la superioridad moral de sus representantes políticos, siempre ligados a los valores de la república democrática. Para el escritor: “Desde las castas inmóviles de indios i ejiptos, hasta la esclavitud i el proletariado normal de la Europa, todos los sistemas de moral han flaqueado por ahí. Franklin ha sido el primero que ha dicho: bienestar i virtud; sed virtuoso para que podais adquirir; adquirir para poder ser virtuoso” (Sarmiento, 1996: 338). Las menciones a destacados personajes históricos estadounidenses

en *Viajes*, le permiten a Sarmiento representar elementos morales ideales de esta nación, entre los cuales jugaban un papel importante los principios de libertad e igualdad, así como la confianza en el porvenir fundado en el trabajo y la noción de propiedad.

Además de las descripciones de los valores y principios políticos de los estadounidenses, Sarmiento se detiene en las prácticas inmigratorias que este país impulsó en su territorio. Para el escritor, la inmigración europea estaba asociada al grado de civilización de la nación, por tal motivo abordó dicha temática en gran número de las páginas de *Viajes*. Admirado por el rápido poblamiento de los Estados Unidos, que logró en corto tiempo la regeneración de sus habitantes, el viajero justifica en varios momentos de su obra la importancia y necesidad de implementar esta práctica en el Río de la Plata. La proyección utópica de esta alternativa a la realidad de la despoblada nación argentina, Sarmiento la realiza en una temporalidad de futuro posible, en el que finalmente la barbarie desaparecería de la campiña argentina:

Medio siglo bastaría para que la barbarie incurable de nuestras campañas arjentinas se mostrase en las estremidades de la Union, si los elementos vivos de rejeneracion que encierra aquel pais no constituyesen un flujo i reflujo que tiene en actividad toda la masa, i evitar que las partes lejanas o aisladas se estagnen i dejeneren” (Sarmiento, 1996: 343).

Cabe aclarar que para el escritor argentino los inmigrantes Europeos no eran civilizados al momento de llegar a los Estados Unidos; es más bien en este país donde se civilizaron a través de la práctica política y la educación que recibía de los grupos de pobladores más viejos. De hecho, Sarmiento consideraba que el habitante del Norte, encargado de educar a los bárbaros inmigrantes, “es el descendiente de los viejos peregrinos, el heredero de sus tradiciones de regeneracion i de endurecimiento al trabajo manual, el elaborador de las grandes ideas sociales i morales que constituyen la nacionalidad norte-americana”

(Sarmiento, 1996: 347); son ellos “los mentores i los directores de las nuevas jeneraciones”, “ellos han impuesto a la fisonomía del yankee aquella plácida bondad que se nota en la clase mas educada” (Sarmiento, 1996: 347).

Sin embargo, es importante reconocer en las representaciones de la nación estadounidense como referente utópico, la visión parcial que, como señala Katra, Sarmiento tenía sobre la sociedad estadounidense, de la cual excluye descripciones de las fábricas industriales o de los barrios obreros. Esta mirada selectiva sin duda respondía a los intereses del escritor por enfocarse en los aspectos positivos que satisfacían su ilusión política, pero también era resultado de su desconocimiento de aspectos fundamentales del funcionamiento político de los Estados Unidos. Es un hecho que en su viaje a los Estados Unidos Sarmiento no tenía dominio del idioma inglés y, al tratarse de un viaje realizado con dificultades financieras y sin los contactos suficientes, careció de la posibilidad de ingresar a las instituciones o de interactuar con figuras representativas. Incluso, es importante observar que en *Viajes* apenas menciona, en escasas líneas, el caso de la intervención estadounidense a México, sin reparar en la política expansionista que caracterizaba a esta nación al momento de su visita.

El Estados Unidos que Sarmiento representa en su libro de viajes y que comparte a sus lectores, al “nosotros sudamericano” con el que se identifica y al que pertenecen los destinatarios de sus cartas, es la ficcionalización de un referente utópico, cuya función es la justificación y proyección de su ideal político. En otras palabras, el papel de la representación de la nación estadounidense en su obra era el ser un ejemplo crítico en relación con Europa y el gobierno rosista.

Queda claro, también, que la utopía nacional que Sarmiento busca fundar en *Viajes* está configurada a través de una mirada criolla que rechaza el referente de la madre patria, así como el elemento autóctono de la América Hispana. Tal como sucedió en el proyecto de la modernidad de las elites latinoamericanas, se trata de una “naturalización” de la diferencia, a la cual se suma la caída de la utopía francesa como referente político, y la necesidad de redefinir un ideal afín a los intereses de los liberales, antirosistas, que conforman el “nosotros sudamericano” del viajero.

Sin embargo, la apropiación de modelos externos presenta contradicciones en el discurso del viajero. En este sentido, reproduce una idea limitada de democracia en la que tiene lugar la “naturalización de la diferencia”, así como la heterogeneidad social y las jerarquías culturales de las sociedades latinoamericanas. Sarmiento distingue una ciudad letrada capaz de ejercer el voto, pero también identifica una población que a su parecer no estaba en condiciones de hacerlo. Para él, el voto universal sólo podía ejercerse en “sociedades cultas” lo que, sin duda, eliminaba a la misma Francia, así como a las jóvenes naciones latinoamericanas. Como señala Miguel Rojas (1996), si bien admiraba el trabajo de Tocqueville sobre la democracia en los Estados Unidos, a diferencia de él, Sarmiento consideraba que era un peligro identificar la soberanía y la voluntad general con la mayoría de la población.

Esta contradicción también está presente en la noción de igualdad que Sarmiento desarrolla en *Viajes*, donde exalta esta cualidad de la sociedad estadounidense, mientras que en el caso de América Latina parte de una jerarquización socio-cultural. La división dicotómica de la civilización y de la barbarie americana plantea esta distinción entre el “nosotros sudamericano”, referente de autoadscripción del escritor, y los “otros internos”,

conformados tanto por el grupo de antagonistas políticos (rosistas, conservadores argentino) como por el de los gauchos o mestizos. Su utopía nacional, fundada en los principios ilustrados de la república democrática, es una ficción en la que las contradicciones de la adaptación de modelos externos, en un contexto poscolonial, crea jerarquías y divisiones entre los heterogéneos grupos socioculturales de la realidad argentina. Al mismo tiempo, como todo discurso de nación, siguiendo a Anderson, la utopía nacional de Sarmiento se imagina como una comunidad, limitada y soberana, pero este intento de homogenización es en realidad la reiteración del dominio criollo liberal.

Por lo tanto, las ideas de Sarmiento sobre la democracia que se vuelven tema de discusión recurrente en *Viajes*, revelan el proyecto político del escritor hacia futuro para Argentina. Para él, la república democrática era el último nivel del camino de progreso al que todas las naciones modernas debían aspirar a través de la cultura. Posterior a la escritura de su libro de viaje, esta visión siguió formando parte de su pensamiento. Al respecto, Pérez argumenta que la trayectoria política de Sarmiento fue ejemplo de ello, ya que, cuando Argentina era todavía un país analfabeto, el viajero “fue decidido partidario del voto calificado. Luego, en 1880, cuando cree que la Argentina ha alcanzado el nivel cultural del electorado, sostiene la necesidad de la vigencia del voto universal” (Pérez, 1996: 1043). De ahí surge la importancia de la educación de pueblo, la cual, siguiendo las ideas ilustradas, significaba para Sarmiento tomar la tutela de los grupos considerados inferiores que percibía como incapaces de ejercer soberanía. Con ello, su modelo de educación lejos de afirmar los principios de igualdad, reiteraba la supremacía del grupo de criollos con el que se identificaba el “nosotros sudamericano”.

No cabe duda que en *Viajes*, en especial en las cartas relativas al referente de los Estados Unidos, Sarmiento configura los principios del modelo político que lo conducirá a lo largo de su vida como escritor, intelectual y, posteriormente, presidente de Argentina. Un modelo producido de una idealización del referente estadounidense y de la proyección imaginada de una nación criolla y liberal para Argentina, profundamente contradictoria. Con ello, su utopía política reproduce un “modo” o mentalidad utópica en la que el viajero concibe sus propios valores e intereses políticos. Este proyecto de nación es ambivalente, ya que es una ficción fundada en la imaginación de una comunidad, la del “nosotros sudamericano” con la que Sarmiento identificaba a sus simpatizantes, y desde la cual pretende la homogenización de una realidad social y cultural jerárquica y heterogénea.

Generalmente, la crítica literaria e histórica suele reducir la vida de Sarmiento y su obra a un caso paradigmático del intelectual criollo latinoamericano del siglo XIX, alineándolo con los pensadores de la generación del 37 en Argentina y en Chile, entre ellos: Alberdi, Echeverría, Lastarria y Bilbao. Como señala Lasarte, “se hace de éstos representantes de un latinoamericanismo o, si se quiere, de un nacionalismo paradójico, mayormente ‘europeísta’” (2003: 57 y s.). Sin embargo, parece necesario observar que los matices en el pensamiento de Sarmiento, así como su evolución en los ideales en torno a la nación y a modo de superar la barbarie a favor de la civilización, se transformaron con el tiempo.

Viajes es una obra en la que es posible identificar las contradicciones del escritor, desde la exaltación en un primer momento de Europa, hasta su igualación con la barbarie americana y la posterior elevación de los Estados Unidos. Al mismo tiempo, la ambivalencia en las nociones de igualdad y democracia nos recuerda cómo estos conceptos con

pretensiones holísticas, que acompañan a la idea de nación, son en realidad representaciones simbólicas de una serie de tensiones, negociaciones e, incluso, ocultamientos. Para comprender las contradicciones y las ambivalencias en *Viajes* es importante tener en cuenta en qué circunstancias Sarmiento escribió esta obra.

En síntesis, *Viajes* es producida en un momento en el que Sarmiento era un viajero doblemente exiliado, que escribía desde la distancia sobre un modelo ideal, tras la caída de una primera utopía salvadora (Francia), y la exaltación un nuevo referente utópico (Estados Unidos). Esta obra tiene como objetivo la búsqueda de un referente utópico para proyectar un modelo nacional ficticio. El “nosotros sudamericano” no es la afirmación de una identidad del pueblo argentino, o de uno chileno, sino una especie de patria intelectual desde la cual Sarmiento interpreta y representa las sociedades que visita y la suya propia, en las complejas circunstancias de su viaje. Como consecuencia, su proyecto de nación, que posteriormente en mayor o menor medida intentará materializar en Argentina, es profundamente ambivalente y revela las tensiones de la escritura de su obra en el contexto adverso de su doble exilio. Se podría decir que esta obra es la búsqueda de un referente utópico a partir del cual legitimar un proyecto político para la nación Argentina, que está marcado por las contradicciones de la condición del escritor durante su viaje y en su contexto.

4.4. La utopía de un regionalismo: la nación federal del “nosotros yucateco”

En el capítulo anterior señalé cómo el “nosotros yucateco” que Justo Sierra O’Reilly configura en *Impresiones* se construye a través de su relación con los “otros”: centralistas, indígenas y estadounidenses. Mientras que el distanciamiento con el otro centralista es ambiguo y el rechazo del otro indígena legitima la autoridad de la escritura de esta obra, la

identificación con el otro estadounidense permite a Sierra O'Reilly ilustrar su ideal político desde una doble mirada que revela rasgos de su identidad nacional ambivalente, entre una identidad nacional yucateca y una mexicana. Destaqué, entonces, que esta aparente contradicción responde al contexto político de Yucatán, anexo a la nación mexicana poco antes de la escritura de *Impresiones*, y adelanté brevemente que esta mirada doble es un mecanismo para justificar la causa regionalista del escritor, a favor de un modelo político federalista. Profundizaré, ahora, en el análisis de la utopía nacional ambivalente del escritor.

Tal como sucede en el caso de *Viajes* de Sarmiento, en *Impresiones* la escritura del viaje a los Estados Unidos responde a una búsqueda por conocer un modelo de nación que permitiera superar las condiciones políticas y sociales, específicamente, de Yucatán y México. Es en esta búsqueda donde interviene la forma del pensamiento utópico en *Impresiones*. Sierra O'Reilly compartía con Sarmiento el entusiasmo por la obra de Tocqueville, *La democracia en América*, y había realizado la edición del libro de viaje de Lorenzo de Zavala sobre los Estados Unidos; en este sentido, existía desde antes de su viaje una expectativa de un ideal político. Los mismos objetivos de su misión en el país del Norte partían de la creencia de que encontraría en dicha nación el apoyo que el gobierno de Santiago Méndez necesitaba para afrontar los intereses del gobierno centralista que pretendía anexar a Yucatán, así como para enfrentar a los indios mayas que se habían sublevado en la Península.

En *Impresiones*, el utopismo de Sierra O'Reilly se presenta a través de estrategias discursivas que abarcan las tres formas de enunciación que analicé anteriormente. En la voz del viajero-ensayista se muestra un discurso crítico; en la del viajero-narrador, predominan la descripción de los Estados Unidos en su funcionamiento político y social; y en la del

viajero-historiador prevalece una intención justificativa que la atribuye a los Estados Unidos un desarrollo político ejemplar.

Los discursos descriptivo, crítico y justificativo operan en *Impresiones* bajo la finalidad didáctica de representar a los Estados Unidos como ejemplo político de la nación moderna. Por tratarse de un libro de viaje, el discurso descriptivo de la utopía es el predominante dentro de la escritura. Bajo la forma narrativa de la voz del viajero-narrador Sierra O'Reilly realiza representaciones descriptivas y narrativas que van desde cuadros sobre la naturaleza sublime de los Estados Unidos, hasta la arquitectura perfectamente organizada bajo los principios de orden y planeación.

Desde el momento de su partida del apacible puerto de Campeche en la goleta *Essex*, Sierra O'Reilly narra su recorrido por la costa veracruzana, en el que describe cuadros de la naturaleza mexicana. Entre los recursos literarios que emplea se encuentra uno de los tópicos por excelencia del Romanticismo: lo sublime. Esta estrategia se relaciona con la experimentación de extrañeza o terror por parte del viajero, en tanto que la experiencia de la fuerza de la naturaleza limita la comprensión del sujeto. Similar a la famosa subida de Humboldt al Chimborazo, el escritor mexicano describe un cuadro del Pico de Orizaba como una vista que exige el respeto del espectador debido a su aspecto imponente.

El motivo recurrente de la naturaleza sublime en sus descripciones revela que Sierra O'Reilly nunca pierde la perspectiva literaria de su obra, ya que se trata de pasajes que buscan amenizar la lectura y evocar estas imágenes popularizadas por el género de viaje decimonónico. De hecho, retomando las propias representaciones que Chateaubriand hizo en sus textos, el escritor yucateco logró conciliar estas ideas de la naturaleza con el paisaje civilizado del espacio estadounidense. Evidentemente, si bien la visión de la naturaleza del

espacio mexicano que presenta es exótica, exuberante y dominante frente al hombre, en los Estados Unidos ésta se encuentra enmarcada y ordenada por la sociedad. Los contrastes entre ambos espacios surgieron de la admiración que el desarrollo industrial del país extranjero generó en el viajero, especialmente en cuanto al tema del transporte y la comunicación. Por ejemplo, admirado de la capacidad y la velocidad del vapor americano *Empire* durante su recorrido por el río Mississippi, Sierra O'Reilly escribió:

Yo no sé si será humillante para mí la confesión que voy a hacer; pero aseguro con franqueza que esa particularidad de nuestro viaje llamó más la atención y me proporcionó momentos más agradables e interesantes que la vista majestuosa del río, de los bosques, de los estibotes y aun de la animación y vida de algunas poblaciones (Sierra 2012, 114).

La preferencia por describir las características del vapor sobre el de las imágenes de la naturaleza o las escenas de la vida pintoresca de sus habitantes, revela el interés político del viaje y de la obra de Sierra, quien buscaba representar el referente estadounidense como el de una nación avanzada en términos de industria, en contraste con el atrasado desarrollo de México.

No es casualidad, entonces, que para realizar una descripción romántica del río Mississippi, Sierra O'Reilly recurrió a la mención de las célebres obras de Chateaubriand.¹³² Estas descripciones en los textos del escritor francés encuentran sus contrastes con la realidad que el viajero observa al momento de su travesía. A partir de esto, no exento de una nostalgia más evidentemente por la obra del escritor francés que por el pasado natural, Sierra responsabiliza a la civilización y al desarrollo de las transformaciones del paisaje.

¹³² “Chateaubriand ha inmortalizado el Mississippi en su *Atala*, los *Natchez* y sus memorias *d'outre-tombe*. Contemplad esas brillantes pinturas, esos golpes tan admirables de un pincel que ha ido buscar los sublimes coloridos en la paleta infinita de una imaginación sobrehumana [...]” (Sierra 2012, 117).

La mano del hombre y el poder de la civilización han alterado las sombras de esos cuadros primitivos y ha confundido los acentos del poeta inspirado el crujir de las máquinas de vapor; pero allí está todavía el gigante, aún permanece en pie de las selvas y florestas; y sobre todo, el recuerdo imperecedero de la presencia del cantor de Atala. ¡Quién, que haya leído las páginas brillantes que ha escrito Chateaubriand sobre el Mississippi, puede ver por primera vez este río, sin que sienta inundarse su corazón de los sentimientos más tiernos! (Sierra 2012, 117).

Para Sierra O'Reilly, en el espacio estadounidense la Naturaleza ha sido domesticada por el hombre y ha dejado de ser la fuerza negativa que obstaculizaba el viaje o que colocaba a los sujetos en un estado de perplejidad y pequeñez frente a ella. Por lo tanto, el viajero yucateco conjuga una visión romántica de la naturaleza, al mismo tiempo que idealiza la transformación que de ella hace el hombre en aras de la civilización.

Entre las descripciones de las ciudades que visitó, además de la información geográfica y representaciones románticas del espacio, fueron abundantes las menciones a instituciones y servicios públicos con las que Sierra buscaba evidenciar la valiosa asistencia del Estado y el gran nivel de civilización de su sociedad. Evidentemente, es justo en dichos pasajes donde el autor expresa las principales idealizaciones políticas que convirtieron a los Estados Unidos en su referente utópico de nación. En este sentido, abundan en *Impresiones* descripciones sobre su buen funcionamiento: los hospitales ofrecían servicio a todo ciudadano; las escuelas públicas se regían por las ideas ilustradas; las prisiones operaban como símbolo del orden y el mandato de la ley; los gabinetes de lectura que revelaban las costumbres de una sociedad civilizada; los trenes y el telégrafo hicieron de la velocidad de la comunicación un elemento de la modernidad, y, en otro nivel, existía en el país del Norte una gran diversidad de iglesias y la libertad de profesar cualquier religión. Todas estas

características de la organización social son el punto de parte del viajero para el proyecto de nación que imaginaba para Yucatán y México.

Por ejemplo, Sierra O'Reilly se detuvo en la descripción del estado de Ohio para destacar los importantes avances dentro de la nación estadounidense y, sobre todo, dar a conocer a sus lectores cuál era el funcionamiento de este país según los principios ilustrados de libertad e igualdad. En sus palabras: "El estado de Ohio es uno de los más eminentes en libertad e ilustración: los beneficios de la civilización aparece en todas partes; las discusiones de los partidos son apasionadas, pero severas y circunspectas; el amor al orden, al trabajo y a la paz es característico" (2012: 156). Al igual que en la descripción de otros lugares que el viajero visitó, en esta ocasión se interesó en reproducir fragmentos de la constitución de Ohio con el objetivo de evidenciar el tipo de regulación jurídica en los temas de las elecciones, la esclavitud, así como el funcionamiento de las cámaras de diputados y senadores. Tal es el caso de un tópico que era de su especial interés, este fue el planteamiento que dicho estado mantuvo en la polémica cuestión de la esclavitud:

La esclavitud está allí prohibida para siempre, aunque la constitución indica la manera con que debe introducirse y verificarse las reformas en ellas misma, ordena que se deseche toda enmienda que tenga por objeto modificar la prohibición de la esclavitud. El rigor de principios en este punto, ha sido llevado en Ohio a un extremo verdaderamente fanático (2012: 156).

En estas descripciones, vemos cómo la proyección del ideal político en los Estados Unidos responde a la necesidad del viajero de representar una sociedad alterna, la cual sería el punto de partida de su propio programa nacional. Por tal razón, siguiendo los pasos de un utopista, detalla aquellos aspectos del funcionamiento los estados estadounidenses que observó y que consideró relevantes, apelando siempre a la verdad y la legitimidad de sus representaciones,

especialmente fundadas en la autoridad de la enunciación del viajero-narrador, es decir, en la experiencia del viaje.

Los temas que son de interés para Sierra O'Reilly, y en los cuales se detiene para mencionar ejemplos y explicaciones en *Impresiones*, son aquellos que forman parte de las problemáticas que él identificaba en el contexto mexicano. Así sucede durante su paso por Nueva Orleans, donde se admiró del lugar destacado que ocupaba la educación e, inmediatamente, le atribuyó a esta institución el alcance que suponía tenía los principios de la Ilustración en la nación estadounidense:

Me parece que no se necesita decir que en un país, que es y ha de ser gobernado por la inteligencia ilustrada de los ciudadanos, la educación pública de la juventud es allí un negocio de la primera y más alta importancia. Como en el saber está fundado el hermoso templo de la libertad, las puertas de la ciencia están de par en par abiertas a todo el mundo; al menos las de aquellas ciencias que pueden ser consideradas como las más propias y acomodadas a la índole y carácter y tendencia de un pueblo semejante (2012: 84).

Junto con sus instituciones, para Sierra O'Reilly las costumbres sociales de los estadounidenses los distinguían de otros pueblos. Era particularmente motivo de admiración para el escritor las prácticas cotidianas de igualdad. No obstante, este ideal político era una de las constantes razones de crítica y disgusto para algunos viajeros que se extrañaban de los modos estadounidenses.

Sin embargo, después de examinar mucho, cuanto cabía en mi peculiar posición, no pude menos de admirarme más y más de la absurda crítica de algunos viajeros escritores, que yo leía sin cesar, empeñados en comparar las costumbres y maneras de la gente del pueblo de los Estados Unidos, con costumbres y maneras de cierta y determinada clases de la sociedad de otros países [...] Pues bien: el pueblo de este país, no es igual enteramente al pueblo de otros países. Allí, el que tiene comodidades, y que las tiene la mayoría, está en el derecho de presentarse y ser admitido en donde quiera que paga su dinero, sin que le importe un bledo

que las personas, en cuya compañía ha querido la casualidad colocarle, sean de mejor educación, más elevadas en rango social en otra parte [...]. Cada obrero, cada labrador, cada vendedor de bueyes y marranos es igual, como ciudadano, al que se considere más encumbrado en la Unión Americana: viste poco más o menos como los demás y vale tanto como los otros” (Sierra, 2012: 148).

Observamos que en *Impresiones*, una vez representado referente utópico proyectado en los Estados Unidos, el discurso crítico interrumpe la narración del viaje a manera de digresiones y realiza comparaciones entre ambas naciones. Las críticas elaboradas por Sierra fueron constantes y atravesaron diferentes problemáticas, entre ellas se encontraban: la falta de reconocimiento de la soberanía de Yucatán por parte del gobierno mexicano, los atropellos a los jesuitas en México, la incapacidad de atender el desarrollo del país teniendo en cuenta la potencia del vecino estadounidense, la falta de igualdad entre los ciudadanos y, especialmente, el mal funcionamiento del modelo republicano en el país. A partir de semejantes observaciones, el viajero yucateco introduce en su obra el proyecto de nación mexicana que consideraba ideal. Al mismo tiempo, esta estrategia discursiva era de utilidad para fundamentar su oposición a las medidas económicas y políticas tomadas por el gobierno centralista de Santa Anna, el cual había puesto en riesgo los intereses del grupo criollo que el escritor identificaba con el “nosotros yucateco”.

Como parte de la descripción de expresiones de igualdad en la nación estadounidense, Sierra O'Reilly desacreditó las críticas que se solían hacer del pueblo estadounidense, elemento que compartió en común con Sarmiento. Ahora bien, este esfuerzo por elogiar la igualdad como un rasgo distintivo de los Estados Unidos fue, al mismo tiempo, un intento por rechazar las prácticas de desigualdad que él reconocía en México. De este modo, empleando el recurso comparativo, contrastó la austeridad de la vivienda y la vestimenta del

presidente estadounidense, Mr. Polk, con las riquezas y exuberancia del mexicano. La crítica que subyace en estas comparaciones descriptivas tiene como finalidad exaltar el referente estadounidense como un ideal al cual debía aspirar México. En este sentido, al mismo tiempo que eleva las cualidades políticas del país del Norte, Sierra O'Reilly afirma los que considera los fundamentos de su proyecto político, en este caso, la igualdad y la austeridades de los gobernantes.

Las comparaciones que el viajero yucateco realizó entre las costumbres políticas estadounidense y las mexicanas revelan las contradicciones y deficiencias de su propia sociedad, entre ellas las limitaciones heredadas de la época colonial que impedían la consolidación de una verdadera república. Podríamos decir que el viaje era un pretexto para revisar la historia de México y sus lamentables consecuencias en el presente.

Como un caso de este procedimiento reflexivo, cito en extenso uno de los eventos que impactó a Sierra O'Reilly durante su recorrido por Washington. Me refiero a la visita que realizó al presidente estadounidense Mr. James Knox Polk en la Casa Blanca, el día 22 de noviembre de 1847, mencionada anteriormente, y en la que se admiró de la sencillez con la que fue conducido y recibido por este importante personaje:

El que tiene que hacer una visita o hablar de algún negocio con el presidente, se acerca a la puerta principal, tira del cordón de la campanilla y viene un criado cualquiera a introducir al que llama sin más ceremonia ni cumplimiento que los que se usan en la vida social. Yo no sé que por eso haya jamás llegado a relajarse la encumbrada dignidad del jefe de la república, ni que la falta de aparato exterior haya inducido a nadie a mirar con desprecio al ciudadano que habita en *White House*, sino al contrario. El que ha visto, como yo, no ya al presidente de la República Mexicana cuya regia ostentación es al mismo tiempo una ridícula parodia de las cortes europeas y un cruel epigrama contra el espíritu de nuestras instituciones democráticas, sino a gobernadores de provincia y jefes militares rodeándose de un ejército de guardias, ayudantes, edecanes, caballerizos y dependientes de *casa y boca*, manifestándose

al *pueblo soberano* con tanta pompa y majestad; y después haber visto al presidente de los Estados Unidos de Norte América en su modesta residencia, sólo acompañado apenas de un individuo de su familia, sin distintivo de ninguna clase [...]; la verdad, no podrá menos de hacer muy triste comparaciones en prejuicio de nuestras costumbres y hábitos republicanos [...]. En México, todos los honores tributados a los antiguos virreyes, y acaso más todavía, se han transmitido al primer funcionario de la república. Es un contrasentido, una antilogía; pero estamos habituados a ello y el contraste no puede menos de chocarnos. Sin embargo, somos un pueblo republicano; y cuenta con que nos envanecemos de ello, hasta tocar en el ridículo (2012: 286).

Empleando una vez más la comparación, el viajero criticó la ostentación y la herencia colonial de la República Mexicana e idealizó los principios republicanos de igualdad, soberanía y democracia. Asimismo, exaltó el ejemplo moral encarnado en la figura del presidente estadounidense, quien debía ser elegido por sus méritos. Esto significaba que los cargos que ocupaban los representantes políticos, o los títulos que llevaban, eran definidos no por cuestiones aristocráticas sino que dependían de las obras y los trabajos realizados. Esto último suele ser una cualidad moral presente en las utopías clásicas y, sin duda, forma parte de las proyecciones ideales que el escritor mexicano realizó sobre los Estados Unidos.

Junto con las descripciones y comparaciones críticas, la reconstrucción de eventos o pasajes de la historia de los Estado Unidos, así como de sus principales personajes fundadores, también fue una estrategia empleada por Sierra O'Reilly para proyectar el desarrollo de una nación que debía ser imitada. Por un lado, la reconstrucción de la historia fue el mecanismo propicio para presentar el desarrollo de la nación moderna como ejemplo y justificación de su viabilidad; por el otro, la historia de México y Yucatán fue el marco de comparación, a partir del cual Sierra pudo señalar y criticar el origen histórico de los problemas contemporáneos que aquejaban a la elite criolla yucateca.

En *Impresiones*, el discurso histórico es justificativo del proyecto nacional mexicano que el escritor yucateco desarrolló en esta obra, y es clave para comprender su visión de lo que debería ser el funcionamiento y el progreso de una nación. Tal vez los ejemplos más contundentes al respecto sean las abundantes menciones a la política de exterminio de los indios que la nación estadounidense siguió desde la fundación de sus ciudades, y el proceso de poblamiento de su territorio con grupos inmigrantes originarios de Europa. Este tema era de gran interés para Sierra O'Reilly ya que en Yucatán la elite criolla se encontraba enfrentada con los mayas rebeldes, y la supremacía del “nosotros yucateco” dependía del sometimiento de los “indios”. Este conflicto fue consistentemente retratado por el viajero, así como una preocupación permanente en su *Diario* de viaje, y siguió siendo de gran inquietud para el escritor en *Impresiones*.

Por lo tanto, un asunto fundamental para Sierra era incluir en *Impresiones* la ejemplar historia del estado de Ohio en su enfrentamiento contra los indios. Para retomar este aspecto, el escritor narra las hazañas del general William Henry Harrison, décimo presidente de los Estados Unidos, y la “prolongada lucha que sostuvo contra las tribus bárbaras de aquel inmenso territorio, y en la guerra última con la Gran Bretaña” (2012: 161). Además de admirarse de los valores de nobleza y valentía del general, el autor yucateco exalta su causa en contra de los “indios” para legitimar la que él defendía en Yucatán. De hecho, es en estos términos que Sierra compara las injustas circunstancias en las que los emisarios ingleses salidos del Canadá dotaban de armas a los indios para enfrentar a los estadounidenses, con el envío de armas de los colonos de Belice a los indios de Yucatán. De este modo, subyace en estas exaltaciones de la historia estadounidense, el anhelo del viajero por seguir los pasos del modelo de exterminio e inmigratorio empleado en aquel país. Finalmente, como parte del

pensamiento criollo del “nosotros yucateco”, para Sierra la nación debía estar fundada en la supremacía “blanca” y el sometimiento de los grupos indígenas. Paradójicamente, junto con los principios de igualdad y soberanía, estas medidas racialistas fueron uno de los ideales políticos de su proyecto nacional y que le interesó retomar de la historia estadounidense.

A partir de las consistentes críticas a la historia y funcionamiento de la nación mexicana presentes a lo largo de *Impresiones*, queda claro que el autor tenía una visión negativa de su país al momento de viajar. Esto es evidente en su discurso crítico, con el cual juzga las condiciones en las que se encontraba México durante la intervención norteamericana que, si bien coincide con el período de visita, también es narrado como un acontecimiento de la historia nacional. En este caso, el escritor explica la victoria del país extranjero frente al mexicano realizando observaciones de los vicios sociales, la inmoralidad y el desorden en la que se encontraba México. El tono calificador de estas líneas fue seguido por un ensalzamiento de la precisión estratégica de Polk, por haber iniciado esta guerra en circunstancias políticas que eran ventajosas para su país. Sin embargo, cabe señalar que posteriormente, en el libro segundo de *Impresiones*, Sierra O’Reilly criticó al presidente estadounidense, quien justificó públicamente la invasión a México destacando que fue en defensa ante los supuestos ataques de la nación mexicana:

A penas puede creerse la malignidad hipócrita que encierra el lenguaje de esta introducción de Mr. Polk. Sin los pérfidos artificiosos de una política falaz e invasora (como que la historia contemporánea puede marcar paso a paso, el origen, progreso y desenlace de esta infausta guerra), o se creería que un hombre colocado en la posición del presidente de una grande y poderosa república, dotado además de muy recomendables circunstancias personales, osase arrojar delante del mundo entero, que comprendía perfectamente el fondo de esta historia, una serie de falacias tan mal compaginadas y aun ridículas (2012: 354).

Este pasaje amargo de la Intervención Norteamericana en México advierte a los lectores de *Impresiones* sobre la situación su propio país en comparación con los Estados Unidos y, con ello, la diferencia que existía entre sus procesos históricos. En este sentido, Sierra O'Reilly también retomó la historia de Yucatán para revelar a sus contemporáneos las limitaciones e ineficiencias del Estado mexicano, al cual se había integrado una vez fracasada su misión política en 1848. Para él, el desconocimiento que el gobierno de Santa Anna tenía de la historia yucateca era una de las razones que lo llevaba a cometer una serie de desajustes y absurdos. Tal fue el caso del contrabando de productos que había formado parte de la historia yucateca desde la época colonial y que, al ser una costumbre ignorada por el gobierno de México, éste no lograba sacar provecho económico del comercio con Yucatán.

Al respecto, es importante destacar el elemento de ambivalencia en la adscripción identitaria del viajero ya que, tal como he señalado con anterioridad, en *Impresiones* Sierra se refirió a “mi país” para hablar de Yucatán y no de México. Esta ambivalencia entre la nación mexicana y la yucateca la he analizado en el capítulo pasado para estudiar la identidad heterogénea del viajero, me interesa plantear ahora cómo está presente en la configuración temporal de la utopía nacional en *Impresiones*.

Debido al objetivo didáctico de la obra, el tiempo presente permanece como aquel que hace de los Estados Unidos el referente utópico por excelencia, mientras que el énfasis en el futuro se desdibuja y, con ello, el pasado cobra mayor importancia. Sin embargo, en *Impresiones* es posible observar un esfuerzo por hacer ver a sus contemporáneos, prodestinatarios y contradestinatarios, cuál es el “deber ser” de una nación moderna, en contraparte a como “es” en el presente del Yucatán y México de 1850 y 1851, y como ha sido en su historia. Esta proyección de una utopía nacional en el futuro próximo es todavía

más evidente en su *Diario* de viaje, donde el escritor deja ver constantemente su preocupación por el presente del Yucatán de 1847 y 1848 que se encontraba en luchas internas con los indígenas mayas y en conflicto externo con México.

Considero que en el *Diario* la premura de plantear una alternativa al complejo contexto regional define un primer proyecto político, que por momentos parece responder al deseo de anexar Yucatán a los Estados Unidos, como una alternativa. Por su parte, en *Impresiones*, la esperanza que Sierra O'Reilly expresaba por la marcha del tiempo se fundó en la visión que tenía de la historia. Para él, “la historia constante e invariable de todos los siglos [...] nos muestra el origen, desarrollo, progreso, engrandecimiento y caída de los pueblos más poderosos de la tierra. Un pueblo que nace, crece, se robustece y llega a la cúspide del poder, de caer tiene por fuerza, porque ésta es la ley invariable de los acontecimientos humanos” (2012: 617).

Desde el punto de vista del escritor yucateco se trataba de seguir el ejemplo que la historia de la nación estadounidense le había dejado durante su viaje, así como comunicar a sus contemporáneos esa realidad alterna en la que podía tomar forma una verdadera república guiada por el progreso y la civilización, con la esperanza de algún día alcanzar esta utopía nacional. Dicha visión de la historia de las naciones está presente en las reflexiones y advertencias que Sierra O'Reilly dirige a sus lectores acerca de la relación política entre los Estados Unidos y México, la cual ha llevado a estos países a diferentes encuentros conflictivos en sus historias. En este llamado, el viajero anuncia los peligros de que México continúe repitiendo en su historia “el humillante espectáculo de una nación, conducida al último grado de desorden y desmoralización por los hombres que se habían encargado de regenerarla” (Sierra, 2012: 167).

Mientras subsistan, el peligro será el mismo: la fuerte, rica y civilizada nación vecina continuará engrandeciéndose a expensas de la nuestra, que al fin desaparecerá envuelta y arrastrada por ese desbordado torrente, abrazada por ese coloso, tragada por esa vorágine formidable, si el aspecto y tendencias de nuestra sociedad no cambian, si no hacemos un poderoso esfuerzo para ponernos al nivel de las ideas y exigencias del siglo. Mucho tiempo se necesitará para llegar a la altura, y nuestro pueblo pasará sin duda, por una inmensa revolución moral para obtener ese resultado; pero esto no debe causarnos desconsuelo y desesperación. ¿Qué son una, dos, cinco, ni diez generaciones en la historia de un pueblo? Yo me dirijo frecuentemente esta cuestión, y confieso que al analizarla suelo tranquilizarme acerca del porvenir de nuestra patria (Sierra, 2012: 167).

La necesidad de Sierra O'Reilly de proyectar su ideal en el porvenir de la que llama "nuestra patria", responde a la finalidad política de su viaje, así como de la escritura de *Impresiones*. Los Estados Unidos era para el escritor yucateco el mejor referente de una nación moderna, que conjuntaba los principios de soberanía, libertad y democracia de una República, pero que al mismo tiempo era una amenaza en relación a México. Preocupado por la asimetría entre estas dos naciones, el viajero pretende señalar la importancia del desarrollo de su país a la altura del estadounidense. En el último libro que conforma su obra hace un llamado claro a los mexicanos y a su gobierno:

Pero hablando con toda franqueza y concretándonos a la posición, que respectivamente guardan en el Nuevo Mundo las razas invasoras del norte y la raza española, más claro, el pueblo de los Estados Unidos y el pueblo mexicano, que son los que se hallan en más inmediato contacto porque así plugo a la Divina Providencia colocarnos, ¿es cordura librar la salvación de nuestra nacionalidad constantemente amagada, pudiera decirse que por la naturaleza de las cosas, en la próxima decadencia de la nación vecina? ¡Qué error tan funesto! Los que se imaginan que los Estados Unidos han legado ya a la cima del poder, que en esa posición comienzan ya a vacilar, y que están a punto de caer, es preciso decir que son soñadores de teorías, y están creyendo en un verdadero desatino. Por más rápido y casi fabulosos que hayan sido el origen, progreso y engrandecimiento de la república vecina, todavía está ella en principios de su carrera; y los hombres de Estado que se mantengan

tranquilos esperando la caída del coloso, para dar por libre y segura nuestra nacionalidad, yo no sé qué nombre merezcan, ni qué castigo debiera imponerles la indignación pública (2012: 617 y s.).

En este sentido, la ficción nacional de Sierra O'Reilly era crítica en relación con el presente de México y estaba sujeta a la esperanza futura de una transformación del modelo político, más acorde al desarrollo de los Estados Unidos. En *Impresiones*, dicha “comunidad imaginada” conformó el ideal de la nación yucateca que el escritor configuró en su literatura, historiografía y ensayos periodísticos, pero también contempló el destino de México como una nación peligrosamente cercana al país del Norte.

Por tal motivo, la utopía nacional de Sierra O'Reilly difería del proyecto de la República mexicana encabezado por Santa Anna, el cual buscaba integrar la heterogeneidad del país bajo la también fundación imaginaria de una comunidad homogénea: la nación mexicana. Lejos de esto, el caso de Yucatán en la primera mitad del siglo XIX, representado por Sierra en *Impresiones*, pone en entredicho el Nacionalismo con mayúsculas, retomando a Benedict Anderson, y nos permite pensar en los numerosos y diversos nacionalismos que conformaron el pensamiento político de México en dicha época. No cabe duda que el propio nacionalismo regionalista del escritor yucateco también fue un intento por homogenizar la heterogeneidad sociocultural de Yucatán, a través de la exclusión de aquellos otros que no compartían su estatuto, ya sea el otro indígena que era rechazado y considerado un peligro para la supremacía de los sujetos criollos, o el otro político, de perspectiva centralistas, que amenazaba los intereses de la elite federalista.

Esta visión de Sierra O'Reilly es aún más evidente en su *Diario* personal de viaje, el cual escribe durante su misión anexionista a los Estados Unidos, siendo Yucatán todavía una

nación independiente. Asimismo en su obra periodística, en el *Museo Yucateco*, fundó su nacionalismo regional basado en elementos históricos y culturales que conformaban la identidad yucateca como diferenciada de otros pueblos en México. Sierra imaginó la nación yucateca como una comunidad soberana. Estos elementos que formaban parte del discurso regionalista del grupo federalista en Yucatán durante la primera mitad del siglo XIX, son la justificación que Sierra retomó en las páginas de *Impresiones* para promover su ideal político de nación. Cabe recordar uno de ellos, a propósito de enfatizar la finalidad que la obra tenía para sus lectores:

La historia de Nueva Orleans, este vasto emporio del comercio del sur y oeste de los Estados Unidos, no carece ciertamente de interés, principalmente para *nosotros los yucatecos* que mantenemos allí antigua y frecuentes relaciones mercantiles. Como yo quisiera que mi librito, tal como va saliendo de mis manos, llegue a ser una especie de guía para *mis compatriotas*, hallando en este viaje, confío en que no tendrán a mal que entre, sin pretensiones ciertamente, en algunos detalles. No es mi objeto probar que yo conozco esos detalles, cosa que cualquiera comprenderá fácilmente sabiendo la clase de estudios a los que me dedico hace tiempo, sino ponerlos al alcance de aquellos *mis lectores*, que tengan motivos para ignorarlos (Sierra, 2012: 70. Subrayado mío).

En este modelo de nación, el elemento de ambivalencia revela la condición política de Sierra O'Reilly al momento de la escritura de *Impresiones*. Por lo tanto, dicha característica en su obra responde al choque entre el regionalismo del escritor y las transformaciones políticas de su contexto, particularmente la incorporación de Yucatán a la nación mexicana durante su viaje. Como consecuencia, la ambivalencia del nacionalismo de Sierra O'Reilly es evidente en el discurso de su libro de viaje, en donde se desdibuja por momentos los límites de su identidad entre una mexicana y una yucateca. Asumiendo una doble adscripción nacional, el autor se refiere tanto a una patria mexicana como a una yucateca, manteniendo una constante

tensión en su identidad nacional. Algunos ejemplos de esta ambivalencia fueron analizados en el capítulo anterior, al momento de estudiar las distinciones que el viajero realiza entre el “nosotros yucateco” y los múltiples “otros”.

Lo cierto es que el escritor retomó las particularidades del “pueblo yucateco” y también aquellas del “pueblo mexicano” y las colocó en diálogo con el referente utópico que para él era los Estados Unidos. Como consecuencia, su visión de una nación se convirtió en un ideal de proyección futura, en el que México debía lograr respetar la soberanía de los distintos grupos que lo integran, respetando en este caso al “pueblo yucateco”, y siguiendo el modelo de la nación estadounidense fundada en los principios de una verdadera república.

CONCLUSIÓN

A lo largo de esta investigación he estudiado las representaciones de los “otros” y “nosotros” en los libros *Viajes* de Domingo Faustino Sarmiento e *Impresiones* de Justo Sierra O’Reilly, atendiendo cuatro líneas de análisis: 1) el contexto histórico de la primera mitad del siglo XIX, específicamente los primeros años de independencia de Argentina y México, así como el marco político en el que estos escritores realizaron sus viajes a los Estados Unidos; 2) las identidades discursivas y narrativas presentes en sus obras, y en particular la “apropiación” de la “heterogeneidad discursiva” (que caracteriza el género de viaje) que cada autor realiza en sus obras; 3) la heterogeneidad sociocultural presente en los diferentes niveles del proceso literario de dichos textos; 4) y, finalmente, los proyectos nacionales “ambivalentes” y utópicos que ambos escritores contemplaron en sus trabajos. Con el objetivo de realizar un comentario final, concluiré este estudio planteando una síntesis general de la investigación.

A partir de este análisis es posible señalar que existen importantes elementos en común en la producción de los libros de viaje de Sarmiento y Sierra O’Reilly. Estos escritores compartieron el momento crítico de las guerras civiles latinoamericanas, las cuales fueron parte de las respuestas a las recientes independencias de la metrópoli española durante la primera mitad del siglo XIX. He destacado que estos escritores eran figuras políticas reconocidas por la elite criolla de Argentina y Chile, en el primer caso, y de Yucatán y

México en el segundo. Como miembros de la ciudad letrada de sus respectivos contextos, ejercieron la autoridad de la pluma para promover ideas y proyectos sobre las identidades argentina y yucateca, en un convulso marco político que los situó en espacios cambiantes de la enunciación.

Al respecto, en esta investigación he enfatizado el doble exilio de Argentina y Chile de Sarmiento, y la anexión de Yucatán a la República mexicana que cambió el orden social de la región, como condiciones que determinaron el lugar de la escritura de sus libros. Denominé a este lugar de enunciación de los viajeros: “escritura desde los márgenes políticos”. En su momento observé que esta “marginalidad” no significaba que estos autores estuvieran fuera de la elite política, sino que, en la etapa de la producción de sus obras *Viajes e Impresiones*, se encontraban en un estado de enfrentamiento o conflicto con el grupo que estaba en el poder. En el caso de la Argentina rosista y federalista, el Sarmiento unitario era un sujeto exiliado, y en el caso del Yucatán centralista y barbachanista, Sierra O’Reilly era un federalista mendecista desplazado del grupo dirigente.

Atendiendo lo anterior, no es casual que estos dos escritores hayan recurrido a uno de los géneros más populares del siglo XIX y, también, uno de los más complejos en términos discursivos y de representación de la realidad: el de la literatura de viajes. Ambos elaboraron sus obras como resultado de la realización de sus viajes a los Estados Unidos, los cuales llevaron a cabo bajo justificaciones políticas: Sarmiento excusó su desplazamiento de Europa a Norteamérica argumentando su deseo de conocer el modelo de enseñanza del país de Norte. Por su parte, Sierra O’Reilly partió de Yucatán persiguiendo una misión diplomática que incluía la negociación de la liberación de algunas zonas de la nación yucateca que se encontraban bajo el dominio estadounidense, así como la alianza económica y política para

enfrentar el levantamiento de los rebeldes mayas. Sin duda, la motivación política de sus viajes es un factor en común y determinante de la escritura de sus textos.

Asimismo, hemos podido observar que la escritura de *Viajes e Impresiones* respondía tanto a una necesidad política como a un particular horizonte de lecturas que Sarmiento y Sierra O'Reilly compartieron, entre la que destacan los discursos de la Ilustración y los textos del Romanticismo, principalmente de origen francés. Del primer *corpus* literario ambos escritores retomaron los principios de libertad e igualdad, mientras que del segundo adoptaron la lectura social e histórica que caracterizó sus obras. Sin embargo, parte del análisis de esta investigación permitió reconocer cómo cada uno de ellos seleccionó y adaptó en sus textos aspectos diferentes de la Ilustración y del Romanticismo, así como de los recursos literarios y discursivos del género de viaje que se había popularizado en el siglo XIX.

Esto último es evidente en la forma en la que Sarmiento y Sierra O'Reilly se apropiaron, de modo distinto, de la “heterogeneidad narrativa”, una de las características principales de las literaturas de viaje. Como mencioné, esta heterogeneidad consiste en la diversidad de discursos secundarios que se suman al discurso primario de la narración del viaje, sin confundirse con ella pero sí acompañándola. Estos viajeros continuaron con la tradición de incluir varios tipos de discursos en sus obras, sin embargo, mientras Sarmiento siguió la corriente ensayística aquella que le permitía ‘ensayar’ una alternativa social para América Latina, Sierra O'Reilly adoptó el discurso histórico como principio básico de configuración (narrativa) de identidades.

Observé que a partir este discurso, Sarmiento enlazó en su obra la experiencia del viaje con las numerosas críticas que le inspiraban la comparación entre los Estados Unidos,

las naciones europeas y latinoamericanas, incluyendo a Argentina y Chile entre su repertorio; e ilustró una serie de tensiones en torno a las representaciones del “nosotros” y los “otros”. Por su parte, en *Impresiones* de Sierra O’Reilly, el discurso histórico se vuelve un punto de partida y de legitimación desde el cual el viajero focaliza las comparaciones, críticas y lineamientos que guían su proyecto político de nación. Así, mientras Sarmiento recurre a la autoridad reflexiva y crítica del ensayo, Sierra O’Reilly lo hace dese la legitimidad del acontecimiento histórico como explicación del proceso o devenir de las naciones y los pueblos.

Sin duda, estos modos distintos de escribir el viaje a los Estados Unidos responden a dos visiones diferentes de entender la historia y la escritura, así como a las condiciones contextuales en las que se encontraban el viajero argentino y el mexicano. No obstante, en ambos casos, tanto la apropiación ensayística de Sarmiento como la historiográfica de Sierra O’Reilly revelan el papel político de sus obras que, tal cual he destacado en varias ocasiones, pretendían educar, persuadir, criticar e, incluso, imaginar un orden social diferente al que los autores vivieron en ese momento. Es en este sentido que me interesó señalar el aspecto de “plasticidad creativa” en la apropiación del género en *Viajes e Impresiones*, noción planteada en su momento por Ángel Rama para analizar la respuesta original de los escritores latinoamericanos a la presión de la modernidad en el siglo XX. Me parece que estos libros son dos ejemplos importantes de dicha plasticidad en el siglo XIX, ya que si bien retoman la forma literaria del género de viaje, la adecúan según las necesidades pragmáticas de su época. Por supuesto, plantear la plasticidad en la literatura de viaje del siglo XIX ha sido un reto teórico de esta investigación que, sin duda, tendría que extenderse para próximos estudios.

Por lo pronto, subrayo esta respuesta creativa que hace de la apropiación de la heterogeneidad discursiva del género de viaje una transculturación literaria, con el fin de señalar la riqueza de las identidades que ambos escritores configuraron en sus obras *Viajes e Impresiones*. La diversidad de perspectivas de enunciación que Sarmiento y Sierra O'Reilly adoptaron en dichos libros les permitió desarrollar sus ideas y proyectos políticos en el complejo contexto en el que se encontraban. Ambos hicieron de la literatura, y en especial de este género, un canal ideal para configurar las representaciones de las complejas identidades del “nosotros” y de los “otros”. ¿Qué mejor forma de escribir sobre “nosotros” que a través de un lugar “otro”? ¿Y qué mejor modo de escribir sobre el “otro” sino a partir de la autorización del “nosotros” como un sujeto de enunciación legitimado, como lo es el viajero?

Atendiendo lo anterior, he observado que a esta heterogeneidad de formas discursivas (a la cual también me referí como hibridación), encargada de potenciar los diferentes lugares de enunciación y las identidades de los viajeros, se suma la “heterogeneidad literaria” estudiada por Antonio Cornejo Polar en el caso de la literatura latinoamericana. Este enfoque de análisis permitió observar los distintos órdenes socioculturales que conforman el entramado de *Viajes e Impresiones*, tanto en el texto como en la relación pragmática con sus lectores. Por tal motivo, un punto de partida en este capítulo fue el estudio del proceso literario de producción y difusión de las obras, tomando en cuenta las identidades políticas de ambos escritores que, dentro de sus discursos, revelan el conflicto social y cultural entre las heterogéneas y hegemónicas ciudades letradas de sus países.

El otro punto de investigación fue la heterogeneidad producida en relación con los referentes de representación de dichos textos, sobre la cual me interesó señalar el tipo de

alteridad que experimentaron en sus viajes Sarmiento y Sierra O'Reilly, así como la problemática de la referencialidad de sus identidades nacionales. De este modo, mientras que en un primer momento de la investigación analicé las apropiaciones y respuestas creativas de Sarmiento y Sierra O'Reilly en su adopción del género de viajes, más adelante me enfoqué en observar cómo estas apropiaciones forman parte de la heterogeneidad literaria de sus obras, y en qué sentido dicho fenómeno implica el choque entre estatutos socioculturales diferentes a nivel de producción, texto, recepción y referente. Esto quiere decir que el referente de representación y las formas de escritura en *Viajes e Impresiones* no siempre pertenecían al mismo estatuto sociocultural que el de los escritores, y de igual modo la recepción encontraba sus diferencias de orden.

En el caso de *Viajes* señalé que la identificación política y cultural del “nosotros sudamericano”, en el que Sarmiento se incluye, se construye en relación con los “otros” internos y “otros” hegemónicos. Entre los primeros se encuentra la elite política antagonista identificada con el gobierno de Rosas en Argentina (contradestinatarios discursivos), asociada a su vez con la “barbarie” americana que, en términos culturales y sociales, el escritor ubica en la cultura del “gaucho” y la herencia española. De este modo, el viajero desarrolla una serie de asociaciones simbólicas mediante las cuales plantea la dicotomía del “nosotros” y lo “otros”, al mismo tiempo que distancia estos dos universos al concebirlos contradictorios y enfrentados entre sí. Uno de los aspectos más interesantes a destacar sobre esta dicotomía, construida mediante la negación y distinción del “nosotros” frente al “otro”, consiste en la forma con la que Sarmiento logró legitimarse como una voz autorizada en *Viajes*. Sobre esta cuestión observé que el referente de Estados Unidos, en relación al “nosotros sudamericano” y al “otro” europeo, posibilitó que el viajero resignificara la noción

de “civilización”. Es decir, en las representaciones que realizó del país del Norte desplazó a Europa como modelo político civilizado. Ya no era desde aquel espacio privilegiado de donde surgían las voces legitimadas para hablar de la nación moderna, sino que ahora provenían de América. Como un conocedor de primera mano de esta región, Sarmiento buscó redefinir para sus lectores qué era civilización y qué barbarie.

Al respecto, también fue importante señalar que este “nosotros sudamericano” partió de varios referentes latinoamericanos para su representación frente al “otro” hegemónico. Recordemos su constante ir y venir discursivo entre el referente estadounidense y el chileno, lugar este último de donde inició su viaje en una suerte de doble exilio. Esta forma de narrar el recorrido y el desplazamiento, y que amplía los espacios de referencialidad entre el aquí y allá, deja ver el complejo lugar de enunciación del sujeto exiliado, condición de Sarmiento a lo largo de sus viajes y en el momento de producción y difusión de su obra en Chile. Sin duda, éste es el aspecto que introduce el problema de la referencialidad de la identidad nacional dentro su obra.

Por su parte, en el caso de *Impresiones* de Sierra O'Reilly, el “nosotros yucateco” que conformaba su identidad política y cultural también se construyó en relación con sus “otros” internos y hegemónicos. En los primeros se ubicaban aquellos antagonistas políticos que representaban los intereses del gobierno mexicano (contradestinatarios discursivos), y el grupo de los indígenas mayas que eran vistos como una amenaza para la raza blanca criolla. En el caso de los segundos, el escritor menciona el “otro” europeo y, especialmente, el “otro” estadounidense que es el referente central de su viaje. Desde estas representaciones, Sierra O'Reilly buscó posicionar los intereses regionales de la elite yucateca con la que se identificaba, partiendo de las condiciones políticas de la reciente anexión de Yucatán a

México que, en términos de su discurso, plantea una perspectiva multisituada de la nacionalidad entre estos dos referentes: la nación mexicana y la yucateca.

Desde este análisis, un elemento que tienen en común las representaciones del “otro” estadounidense en las obras de Sarmiento y de Sierra O’Reilly consiste en que ambos recurrieron al relato de viaje para posicionar a esta nación como centro político. Para lograr dicho objetivo, tanto el escritor argentino como el mexicano intentaron resignificar las ideas que se tenían sobre el país norteamericano entre sus opositores de las elites criollas latinoamericanas y en Europa. En el caso Sarmiento este “posicionamiento” se realizó desde América Latina, mientras que en Sierra O’Reilly el lugar de partida fue Yucatán.

Tal vez, especialmente en el caso de Sarmiento, dicha perspectiva de representación del referente estadounidense se trata de una forma de “descolonización” de las representaciones que Europa realizó en el siglo XIX de los Estados Unidos. En este sentido, esta “descolonización” se da en los términos de un discurso criollo latinoamericano que, como he señalado, recurrió a modelos y conceptos europeos de los que se apropió bajo la perspectiva de sus particulares contextos. En *Viajes e Impresiones* esto se traduce en la identificación de ambos viajeros con el “otro” estadounidense a partir del principio de la autoridad del criollo euroamericano, que los autorizó a invertir la representación del “otro” hegemónico. De este modo, la civilización está en los Estados Unidos, para el escritor argentino; y el futuro está en la nación del Norte, para el mexicano. Este nuevo orden que intentan legitimar en sus obras es, en realidad, la búsqueda de invertir también el estado político de sus propios países. Con ello, podríamos concluir que la exaltación de la nación moderna en el “otro” estadounidense es la legitimación de sus propios proyectos políticos

dentro sus conflictivos contextos latinoamericanos, incluyendo en este panorama la problemática de la invención de las naciones en un horizonte histórico postcolonial.

Finalmente, destaqué que dichas narraciones ambivalentes sobre la nación argentina y mexicana presentan una temporalización de los “otros” y del “nosotros”, con lo que cada uno de ellos es ubicado en tiempos diferentes en relación al desarrollo histórico de las naciones. Así, mientras que los países latinoamericanos están situados en el pasado, en una especie de atraso y barbarie, Estados Unidos se localiza en el presente de las modernas. Lo interesante para este estudio es que, tanto Sarmiento como Sierra O’Reilly, dan un paso más allá en esta visión temporal de los referentes que representan y proyectan una tercera temporalidad, la del futuro, la cual da cabida a las añoranzas de consolidar en sus países una nación moderna que tuviera un lugar dentro del repertorio contemporáneo. Estas proyecciones hacia el futuro son las que identifiqué como las utopías nacionales que *Viajes e Impresiones* narran a sus lectores, ya sea para educarlos, persuadirlos, o simplemente para justificar, a manera de apología, los objetivos políticos de sus viajes y su escritura.

Sin embargo, si bien me ha interesado destacar las similitudes y puntos de encuentro entre estos autores, es necesario destacar que existen diferencias importantes en las representaciones del “nosotros” y los “otros” en *Viaje e Impresiones*, desde las que es posible advertir las particularidades de las heterogéneas literaturas latinoamericanas. Menciono a continuación dos de ellas que considero centrales.

En el análisis de la heterogeneidad de las ciudades letradas en la que se enmarcan los procesos literarios de *Viajes e Impresiones*, subrayé que en ambos casos está definida por los enfrentamientos entre las elites políticas criollas en el contexto argentino-chileno y yucateco-mexicano; en términos discursivos esto se observa en la distinción de prodestinatarios y

contradestinatarios en sus obras, según la identidad política de los escritores. Así, mientras Sarmiento dirige sus cartas a sus prodestinatarios (representados por el lector explícito Alsina), con los que se identifica el “nosotros” político del escritor unitario, Sierra O’Reilly lo hace especialmente a sus contradestinatarios o antagonistas políticos (representado por su lector explícito Aznar), defensores del centralismo e impulsores de la anexión de Yucatán a México. ¿Podríamos decir, entonces, que en el caso de sus destinatarios Sarmiento le escribe a sus “amistades” (Alsina) y Sierra O’Reilly a sus “enemigos” (Aznar)? Esta diferencia sin duda responde a las condiciones particulares de la producción de sus obras, ya que, si bien se elaboran desde los “márgenes” políticos del exilio o del desplazamiento del grupo político en el poder, son textos escritos en momentos diferentes en relación al tiempo del viaje.

Ahora bien, al analizar la hegemonía política y cultural de la elite criolla me interesó señalar que, tanto en Sarmiento como en Sierra O’Reilly, la representación del “otro” interno indígena y “bárbaro” jugó un papel central en la auto-representación de la elite criolla argentina y yucateca que, como ya he mencionado, desarrolló una lógica criolla euroamericana desde la cual reforzó su dominio político y cultural frente a este “otro”. Sin embargo, en el caso de *Viajes* el “otro” bárbaro adquirió un valor simbólico profundamente arraigado a sus ideas políticas, que lo llevó a identificar este elemento (perteneciente a la dicotomía de la civilización) con el grupo criollo del gobierno rosista y la “americanidad” (de herencia española) en general. A partir de él representó un “nosotros sudamericano” político identificado con el “otro” estadounidense. Por su parte, en *Impresiones* el “otro” indígena es representado en un orden temporal y cultural distinto al suyo, lo que le permitió al escritor reforzar un regionalismo no sólo político, sino también histórico y cultural.

Bajo este panorama, me interesó analizar la tensión y contradicción que subyacen en los discursos de *Viajes e Impresiones*, aspectos no siempre reconocidos por la crítica que ha canonizado las obras de Sarmiento y Sierra O'Reilly como parte del repertorio de las literaturas nacionales. Estas interpretaciones dejan de lado la ambigüedad presente en el lugar de enunciación de los escritores en sus relatos de viaje, al mismo tiempo que obvian la ambivalencia en los procesos de referencialidad del “nosotros” y de los “otros”, la cual es constitutiva de la configuración de identidades nacionales en contextos poscoloniales.

Lo interesante de este análisis fue reconocer que tanto *Viajes* como *Impresiones* son obras que fueron escritas respondiendo a los objetivos de homogenización perseguidos por los proyectos nacionales, particularmente en el conflictivo panorama político de Argentina y México, no obstante, se fundan en narraciones ambivalentes de la identidad nacional. Atendiendo a la categoría de Homi K. Bhabha de “nación”, como una forma narrativa dotada de estrategias textuales, desplazamientos metafóricos, etc., definidos por la parcialidad del proceso histórico, observamos que Sarmiento y Sierra O'Reilly hicieron uso del género de viaje y sus estrategias discursivas para conformar un ideal nacional identificado con los Estados Unidos. Las proyecciones que ambos autores realizaron de sus ideales nacionales estaban inmersos en una constante tensión de referentes. En estos casos, el “espacio-nación” es siempre ambivalente ya que en él la frontera tiene dos caras: los de adentro y los de afuera. Entre estos dos rostros de la misma moneda existen antagonismos y negociaciones de los significados de la autoridad cultural y política.

En este estudio ha sido importante señalar la diferencia en las miradas de Sarmiento y Sierra O'Reilly sobre los Estados Unidos, ya que si bien compartieron un mismo género literario y fueron figuras políticas imprescindibles en sus respectivos contextos y lugares de

origen, sus proyectos de nación respondían a perspectivas distintas, marcadas por la historia nacional de sus países. Sin embargo, uno de los aspectos que los aproxima y justifica el análisis comparado que hemos realizado durante este estudio, se vincula con el referente nacional que ambos escritores contemplaron para imaginar sus propios países. Ha sido revelador observar cómo cada viajero hizo de los Estados Unidos su propia utopía política. Siguiendo los procedimientos de idealización del referente utópico, Sarmiento y Sierra O'Reilly inventaron y se apropiaron del país del Norte, respondiendo a las necesidades y carencias que advertían en Argentina y México. Al igual que América fue imaginada e inventada por sus conquistadores europeos en el siglo XV, estos viajeros latinoamericanos proyectaron en ese otro lugar, apenas conocido, sus añoranzas y anhelos políticos.

Viajes e Impresiones son, sin duda alguna, dos obras imprescindibles de la historia y las letras latinoamericanas. Su estudio conjunto ha permitido observar que el género de viaje de origen europeo fue acogido por esta región en el siglo XIX, pero no únicamente como un discurso lúdico o de carácter literario, sino como un tipo de escritura que podía dar materialidad discursiva a los proyectos políticos de la elite criolla latinoamericana. Es por ello que las características de este género fueron herramientas idóneas para desarrollar complejas comparaciones, críticas profundas y representar, de manera total, el funcionamiento social y político de otras regiones; esto último gracias al amplio registro de temporalidades y espacios que este tipo de texto permite abarcar dentro de una narración.

En esta tesis, estudiar el viaje y su escritura también ha permitido reconocer el reto crítico que implica analizar dicho género desde las herramientas teóricas de la crítica literaria. La diversidad de sus niveles discursivos, como parte de su propia heterogeneidad, es una de sus principales dificultades de estudio. Asimismo, como sucede con los géneros

autobiográficos, *Viajes e Impresiones* se mueven entre la realidad de la experiencia vivida por Sarmiento y Sierra O'Reilly, y la ficción que hace del viajero un personaje dentro de una narración. Este aspecto liminal entre texto biográfico, histórico, epistolar, ensayístico o literario, lo he resuelto atendiendo la heterogeneidad de estas obras. Por lo tanto, esta investigación es también una invitación a analizar este tipo de textos observando su complejidad discursiva, así como su relación con sus lectores, su autor y los referentes de representación.

Por este motivo ha sido de utilidad para este estudio retomar conceptos de la crítica cultural latinoamericana (Rama, Cornejo). Este enfoque que parte del análisis de las particularidades de nuestra literatura, me ha permitido profundizar en la complejidad e, incluso, las contradicciones presentes en las representaciones de la identidades nacionales latinoamericanas que, lejos de como suelen ser contempladas dentro de la tradición literaria e histórica, estaban enraizadas en las ambivalencias propias de las jóvenes y conflictivas naciones de esta región a mediados del siglo XIX.

Esta tesis ha intentado ser un aporte para entender la complejidad que caracteriza la vida y la obra de estos dos destacados escritores y figuras políticas latinoamericanas del siglo XIX. *Viajes e Impresiones* son el registro de las transformaciones en las identidades nacionales que formaron el siglo XIX, antes de la consolidación de sus naciones como entidades políticas, definidas en las geografías que hoy en día conocemos. Difícilmente podríamos caracterizar *Viajes* como una obra del nacionalismo argentino, o *Impresiones* como una pieza del nacionalismo mexicano. Es exactamente esta imposibilidad de definición de la cual se deriva la riqueza que hace de estos textos documentos imprescindibles de conocer y estudiar dentro de la tradición del pensamiento y la literatura de América Latina.

Viajes de Domingo Faustino Sarmiento e *Impresiones* de Justo Sierra O'Reilly son dos obras que permiten reconocer que las identidades nacionales latinoamericanas del siglo XIX se fundaron en el pensamiento y en las letras de sus elites criollas. Estos grupos privilegiados formaban parte de una ciudad letrada encargada de definir un “nosotros” a partir de relaciones ambivalentes y contradictorias con numerosos referentes de identidad social y cultural, “otros” y “nosotros”. Fueron ellos quienes configuraron los discursos de identidad nacional imaginando utopías externas, y recurriendo al heterogéneo género de viajes en el cual la realidad y la ficción se cruzan en un complejo entramado discursivo que todavía, hoy en día, despierta sugerentes interpretaciones y retos analíticos para la crítica literaria.

BIBLIOGRAFÍA

Abreu Gómez, Ermilo

1987 “Sierra O’Reilly y la novela”, Justo Sierra Méndez et al., *Justo Sierra O’Reilly*. Yucatán: Instituto de Cultura de Yucatán/Consejo Editorial de Yucatán: 37-51.

Anaya-Ferrerira, Nair María

2011 “Transculturación y poscolonialismo en el Caribe anglófono”, Friedhelm Schmidt-Welle (coordinador), *Multiculturalismo, transculturación, heterogeneidad, poscolonialismo*. México: Herder: 153-170.

Anderson, Benedict

2007 *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Ávila, Alfredo y Luis Jáuregui

2011 “La desilusión de la monarquía hispánica y el proceso de independencia”, *Nueva historia general de México*. México: El Colegio de México: 355-396.

Bajtín, Mijaíl

2003 *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI Editores.

Barthes, Roland

2009 “El discurso de la historia”, Françoise Perus (compiladora), *La historia en la ficción y la ficción en la historia*. México: Universidad Nacional Autónoma de México: 93-106.

Benveniste, Émile

2004 *Problemas de lingüística general I*, Juan Almela (traductor), México: Siglo XXI Editores.

Bhabha, Homi K. (compilador)

2010 *Nación y narración. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Blanco Martínez, Rogelio

1999 *La ciudad ausente. Utopía y utopismo en el pensamiento occidental*. Madrid: Akal.

Brizuela, Gabriel Eduardo

2001 *Viajes por Europa, África y América: su significado en la evolución del pensamiento político de Domingo Faustino Sarmiento*. San Juan: Editorial de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes.

Campobassi, José S.

1975 *Sarmiento y su época*. Buenos Aires: Editores Losada.

Campos García, Melchor

1995 “La influencia de la tradición jurídica española en el separatismo yucateco”, Othón Baños Ramírez (compilador), *Liberalismo, actores y política en Yucatán*. Yucatán: Universidad Autónoma de Yucatán: 23-56.

Cerutti, Horacio

1993 “Hipótesis para una teoría del ensayo”, *El ensayo en nuestra América: para una reconceptualización*. México: Universidad Nacional Autónoma de México: 13-26.

Chiaramonte, José Carlos

2011 “El federalismo argentino en la primera mitad del siglo XIX”, Marcello Carmagnani (Coordinador), *Federalismos latinoamericanos: México/Brasil/Argentina*. México: El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica: 81-132.

Cicerchia, Ricardo

2005 *Viajeros ilustrados y románticos en la imaginación nacional*. Buenos Aires: Editorial Troquel.

Clark de Lara, Belem

2005 “Crónica en el siglo XIX”, Belem Clark de Lara y Elsa Speckkman (coordinadoras), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Volumen I*. México: Universidad Nacional Autónoma de México: 325-354.

Colombi, Beatriz

2004 *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*. Argentina: Beatriz Viterbo Editorial.

2006 "El viaje y su relato". *Latinoamérica*. 043: 11-35.

Cornejo Polar

1978 "El indigenismo y las literaturas heterogéneas: su doble estatuto socio cultural". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 4, 7/8: 7-21.

1983 "La literatura peruana: totalidades contradictorias". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 9, 18: 37-50.

2003 *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Perú: Centro de Estudios Literarios "Antonio Cornejo Polar"/Latinoamericana Editores.

De Armond, Louis

1951 "Justo Sierra O'Reilly and the Yucatecan-United States Relations, 1847-1848". *The Hispanic American Historical Review*, 31, 3: 420-436.

Dottori, Nora y Silvia Zanetti

1977 "Notas y cronología". *Facundo*. Domingo Faustino Sarmiento. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Eagleton, Terry

1993 *Una introducción a la teoría literaria*. México: Fondo de Cultura Económica.

Ette, Ottmar

2001 *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Garrels, Elizabeth

- 1993 “Traducir a América: Sarmiento y el proyecto de una literatura nacional”.
Revista de Crítica Literaria Latinoamericana, 38, 19, Centro de Estudios
Literarios “Antonio Cornejo Polar”: 269-278.

Genette, Gérard

- 1998 *Nuevos discursos del relato*. Madrid: Cátedra.

Gómez-Martínez, José Luis

- 1987 “Pensamiento hispanoamericano del siglo XIX”, Luis Íñigo Madrigal
(Coordinador), *Historia de la literatura hispanoamericana. Del
neoclasicismo al modernismo. Tomo II*. Madrid: Ediciones Cátedra: 399-417.

González Bernaldo de Quirós, Pilar

- 2001 *Civilidad y política en los orígenes de la Nación Argentina. Las sociabilidades
en Buenos Aires, 1829-1862*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Halperin Donghi, Tulio

- 1980 “Prólogo”, Tulio Halperin Donghi (Copilador), *Proyecto y construcción de
una nación (Argentina 1846-1880)*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho: XI-CI.

Janik, Dieter

- 2003 “Ilustración y Romanticismo en la primera mitad del siglo XIX: ¿oposiciones
contradictorias o complementarias?”. Friedhelm Schmidt-Welle (Editor),
*Ficciones y silencios fundacionales: literaturas y culturas poscoloniales en
América Latina (siglo XIX)*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert: 273-284.

Jiménez, Julio

1977 “Federalista”. *Dr. Justo Sierra O’Reilly*. México: Ediciones de la Universidad de Yucatán. 9-23.

Jitrik, Noe

1977 “Prólogo”. *Facundo*, Domingo Faustino Sarmiento. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Katra, William H.

1996 “Sarmiento en los Estados Unidos”, Javier Fernández (Coordinador), *Viajes por Europa, África i América, 1845-1847*. Madrid: ALLCA XX/Colección Archivos: 853-911.

Krotz, Esteban

2004 *La otredad cultural entre utopía y ciencia. Un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa/Fondo de Cultura Económica.

Lasarte Valcárcel, Javier

2003 “El XIX estrecho: leer los proyectos fundacionales”. Friedhelm Schmidt-Welle (Editor), *Ficciones y silencios fundacionales: literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert: 47-77.

Lozano, Jorge et al.

1989 *Análisis del discurso*. Madrid: Editorial Cátedra.

Lozano, Jorge

1994 *El discurso histórico*. Madrid: Alianza Editorial.

Martínez Andrade, Mariana

2004 “Al encuentro con el otro: un viaje de Guillermo Prieto”, Luz Elena Zamudio (coordinadora), *Espacio, viajes y viajeros*. México; Universidad Autónoma Metropolitana/Editorial Aldus: 65-89.

Moreau, Pierre-François

1986 *La utopía. Derecho natural y novela del Estado*. Buenos Aires: Hachette.

Nolte Blanquet, Ludwig

2005 *Imagen de los Estados Unidos de América en la obra del mexicano Justo Sierra O'Reilly*. Tesis de doctorado. Berlín. Consultado en línea en 2008:
http://www.diss.fu-berlin.de/diss/receive/FUDISS_thesis_000000002282www.diss.

Oss, Adrian C. van

1987 “La América decimonónica”, Luis Íñigo Madrigal (Coordinador), *Historia de la literatura hispanoamericana. Del neoclasicismo al modernismo. Tomo II*. Madrid: Ediciones Cátedra: 11-53.

Pérez Martínez, Héctor

1988 “Orígenes sociales y económicos de la guerra de castas”, Justo Sierra O'Reilly, *Diario de nuestro viaje a los Estados Unidos*. Libro I y III. Yucatán: Consejo Editorial de Yucatán: 7-41.

Pérez Guilhou, Dardo

1996 “Ideas y sistemas políticos en los *Viajes* de Sarmiento”, Javier Fernández (Coordinador), *Viajes por Europa, África i América, 1845-1847*. Madrid: ALLCA XX/Colección Archivos: 1033-1051.

Pimentel, Luz Aurora

2008 *El relato en perspectiva*. México: Siglo Veintiuno Editores.

Ponce, Aníbal

1976 *Sarmiento constructor de la nueva Argentina. Y la vejez de Sarmiento*. Buenos Aires: Hachette.

Pozzi, Pablo A.

1995 “Los Estados Unidos y Sarmiento: una visión para el desarrollo nacional”. *De Sur a Norte. Perspectivas Sudamericanas sobre Estados Unidos*. Septiembre: 67-89.

Pratt, Mary Louise

2010 *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. México: Fondo de Cultura Económica.

Quezada, Sergio

2001 *Breve historia de Yucatán*. México: Colegio de México/Fondo de Cultura Económica.

Rabinovich, Silvana

2009 “Alteridad”, Mónica Szurmuk y Robert Mckee Irwin (Coordinadores), *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*. México: Instituto Mora/Siglo Veintiuno Editores.

Rama, Ángel

1984 *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.

2004 *Transculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI. 32-56.

Ramos, Julio

2003 “Saber del *otro*: escritura y oralidad en el *Facundo* de D. F. Sarmiento”. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Chile: Editorial Cuarto Propio/ Ediciones Callejón: 35-53.

Rawicz, Daniela.

2003 *Ensayo e identidad cultural en el siglo XIX latinoamericano*. México: Universidad de la Ciudad de México.

Rojas, Elena M.

1996 “Glosario. Índices onomásticos y toponímico de *Viajes*”, Javier Fernández (Coordinador), *Viajes por Europa, África i América, 1845-1847*. Madrid: ALLCA XX/Colección Archivos: 599-616.

Rojas Mix, Miguel

1980 “La cultura hispanoamericana del siglo XIX”, *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho.

Said, Edward

2004 *Orientalismo*. México: Debolsillo.

Sarmiento, Domingo Faustino

1949 *Viajes por Europa, África y América. 1845-1847*. Buenos Aires: Editorial Luz del Día.

1977 *Facundo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

1996 *Viajes por Europa, África i América, 1845-1847*. Madrid: ALLCA XX/Colección Archivos.

2001 *Obras completas III. Mi defensa. Recuerdos de provincia. Necrologías y biografías.* Buenos Aires: Universidad Nacional de La Matanza.

Schmidt-Welle, Friedhelm

2003 “El liberalismo sentimental hispanoamericano”. Friedhelm Schmidt-Welle (Editor), *Ficciones y silencios fundacionales: literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX).* Madrid: Iberoamericana/Vervuert: 317-336.

Serrano Ortega, José Antonio y Josefina Zoraida Vázquez

2011 “El nuevo orden”, *Nueva historia general de México.* México: El Colegio de México: 397-442.

Sierra, Carlos J.

1996 “Prólogo”, Justo Sierra O’Reilly, *Páginas escogidas.* México: Universidad Nacional Autónoma de México: V-XXIX.

Sierra O’Reilly, Justo

1850^a *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos y al Canadá.* Libro Primero. Campeche.

1850^b *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos y al Canadá.* Libro Segundo. Campeche.

1976 “Noticia”, Lorenzo de Zavala, *Viaje a los Estados Unidos de Norte América.* México: Editorial Porrúa.

Tanck de Estrada, Dorothy y Carlos Marichal

2011 “¿Reino o colonia? Nueva España, 1750-1804”, *Nueva historia general de México.* México: El Colegio de México: 307-354.

Taracena Arriola, Arturo

2007 “El *Museo Yucateco* y la reinención de Yucatán. La prensa y la construcción del regionalismo peninsular”. *Península*, II, 1, Yucatán: Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales/Universidad Nacional Autónoma de México: 13- 46.

2010 *De la nostalgia por la memoria a la memoria nostálgica*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales.

Thomas, Jack Ray

1992 “Latin American View of United States Politics in the Nineteenth Century”. *Journal of the Early Republic*, 12, 3, University of Pennsylvania Press on behalf of the Society for Historians of the Early American Republic: 357-380.

Todorov, Tzvetan

2005 *Nosotros y los otros*. México: Siglo XXI Editores.

Trejo, Evelia

2000 “Lorenzo de Zavala en el uso de la palabra”. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 20, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas: 41-66.

Viñas Piquer, David

2002 “Estudios Culturales” en *Historia de la crítica literaria*. Barcelona: Ariel. 571-578.

Viveros Anaya, Luz América

2015 *El surgimiento del espacio autobiográfico en México. Impresiones y recuerdos (1893), de Federico Gamboa.* México: Instituto de Investigaciones Filológicas/Universidad Nacional Autónoma de México.

Vogt, Wolfgang

2008 “Goethe y otros autores alemanes en la cultura mexicana del siglo XIX”, Julio Ortega y Celia del Palacio (coordinadores), *México trasatlántico.* México: Fondo de Cultura Económica/Universidad de Guadalajara: 158-165.

Weinberg, Liliana

2001 *El ensayo, entre el paraíso y el infierno.* México: Fondo de Cultura Económica/Universidad Nacional Autónoma de México.

2006 *Situación del ensayo.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Williams Bunkley, Allison

1966 *Vida de Sarmiento.* Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Zabludousky, Gina

1995 *Sociología y política. El debate clásico y contemporáneo.* México; Universidad Nacional Autónoma de México/Porrúa.